



Déjate
arrastrar por
el juego de
la seducción

Ochenta melodías
de pasión
en ámbar

Vina Jackson

Suena la música para el baile más sensual



MAEVA

Vina Jackson

Ochenta melodías de pasión en ámbar

Suena la música para el baile más sensual

Traducción:

MARTA ARMENGOL ROYO



MAEVA

Índice

Cubierta

1. Bailando con los chicos malos

2. Bailando a la luz de la luna

3. Bailando con caballos

4. Bailando con pistolas

5. Bailando con amantes

6. Bailando sola

7. Bailando con ámbar

8. Bailando por todo el mundo

9. Bailando en el parque

10. Bailando con la muerte

Epílogo

Agradecimientos

Notas

Créditos

Bailando con los chicos malos

Siempre me atrajeron los chicos malos.

Y, cuando crecí, los hombres malos.

Hacía seis meses que había dejado a Chey, y me encontraba en Nueva Orleans. Diciembre llegaba a su fin, y mi mente daba vueltas como un derviche tratando de imaginar cuáles serían mis propósitos para el nuevo año cuando el reloj diera las doce en Nochevieja. Tan pronto mi mente se quedaba en blanco como una maraña de ideas y emociones revoloteaba por mi cabeza como una bandada de pájaros al vuelo, aunque era incapaz de atrapar ninguno. No podía

serenarme ni concentrarme.

Me aburría. Mi vida se había convertido en una repetición incesante de bailar, comer, beber, dormir, algún polvo, viajar, bailar de nuevo, comer, beber, dormir, y así sucesivamente.

Echaba de menos a Chey.

Echaba de menos a los hombres malos y a los chicos malos.

Aunque era invierno, el calor persistía en el aire, húmedo y fragante. Mientras mataba el tiempo dando un paseo por las callejuelas estrechas pero hermosas del Barrio Francés, la brisa que se alzaba del cercano Misisipi me acariciaba los brazos desnudos. Parecía irreal, como si yo formara parte del sueño de otra persona. Hacía menos de una semana que había celebrado la Navidad con Madame Denoux y habíamos comido en la terraza de su casa junto al lago, con algunos familiares y amigos. Uno de

los hombres presentes, que era primo lejano suyo, me acompañó de vuelta al centro de la ciudad en su coche y, al deslizarnos sobre el puente bajo que cruzaba el inmenso Pontchartrain, me sentí como si casi pudiera rozar la superficie del lago con solo alargar un poco el brazo a través de la ventana abierta. Parecía un espejismo, con las luces del Vieux Carré parpadeantes en el horizonte, y la alegre decoración navideña que colgaba de las fachadas de las casas de la orilla. Me acosté con él y me llevé una decepción. Un amante torpe y poco generoso. No me quedé a desayunar en su céntrico apartamento de Magazine Street. Regresé a pie a mi casa, en Canal Street, a través del desierto distrito financiero, con el vientre hambriento. Pero no de comida.

Nueva Orleans era un lugar tan extraño...

Muy diferente a Donetsk, donde nací, y donde todos los edificios eran cuadrículas de líneas rectas absolutamente funcionales, y el único horizonte que se divisaba era una hilera irregular de chimeneas de fábricas que escupían día y noche bocanadas de humo negro.

El club de Madame Denoux había cerrado durante cinco días por Navidad, pero ese día tocaba regresar a la realidad y volver a bailar.

Al entrar en el camerino, intenté recordar las navidades y nocheviejas que había pasado en Ucrania, pero no guardaba ningún recuerdo en particular. Todo era una nube desdibujada. Ya había tres mujeres en el camerino en varios estadios de desnudez, retocándose el maquillaje frente a los grandes espejos; algunas se recolocaban sus disfraces, otras ajustaban tirantes aquí y allá o regaban sus cuerpos con perfume, se empolvaban o hacían malabarismos

con bisutería barata. Yo venía de California y, antes de eso, de Nueva York, y todas mostraban suspicacia ante mi presencia y mi experiencia en la gran ciudad, y también ante el hecho de que Madame Denoux me hubiera elegido a mí para el número principal antes que a ellas. Me consideraban bella y distante, una mala combinación en lo que respecta a hacer amigos. Pero es que yo era hermosa, la gente me lo decía desde que era una niña, y era algo que daba por supuesto. Siempre había vivido según mis propias reglas, sin necesidad de amigas. Tenía poco en común con ellas. Y ellas lo sabían tan bien como yo.

Di la espalda a las otras mujeres y me desnudé con sus ojos clavándose en mi espalda como puñales. Todas me miraban, su atención fija en la hendidura entre mis nalgas, en la ligera protuberancia del coxis cuando me incliné para

desabrocharme las sandalias. Que me miraran. Estaba acostumbrada. Muy acostumbrada.

La música de la sala nos llegaba como un zumbido a través de los altavoces: «Minnie the Moocher», de Duke Ellington. Era la señal de Pinnie para salir a escena. Era una mulata bajita y llena de curvas, preciosa. Tenía una reluciente melena negra que le caía hasta la mitad de la espalda en la que le gustaba envolverse mientras bailaba, tentando con ella a los espectadores cuando cubría parcialmente sus pezones cobrizos como una cortina provocadora. La otra característica que la hacía única era que llevaba el vello púbico completamente al natural, exuberante; se extendía sobre su sexo con la ferocidad de un animal de la jungla. Tenía un lunar en medio de la frente, y en lugar de ocultarlo o distraer la atención hacia él, lo resaltaba con un flequillo tan recto y geométrico

como si se lo hubieran cortado a cuchillo. Era la única bailarina que me trataba con amabilidad e intentaba entablar conversación entre los números, mientras las demás me ignoraban deliberadamente. Igual que yo a ellas.

Faltaba por lo menos una hora hasta que llegara el momento de mi actuación. Yo era la última en bailar.

Saqué el libro que estaba leyendo de mi capacho, me acomodé en mi sillón y me abstraí por un momento del entorno. En los últimos tiempos, leer novelas se había convertido en mi mayor adicción. Esta trataba de un circo. Era barroca y llena de color. Nunca he sido muy aficionada al realismo. Ya tuve suficiente con las lecturas obligatorias de la escuela, edificantes e interminables tomos sobre las tribulaciones de la humanidad con las que nunca me había identificado.

Alcé la mirada al oír cómo la música se atenuaba al final de una canción, «Into the mystic», de Van Morrison, y Sofia regresó al camerino echando pestes porque había tenido un pequeño incidente con el vestuario durante su actuación. La mirada que me lanzó antes de sentarse en su tocador y empezar a quitarse el maquillaje era de pura maldad, como si el accidente hubiera sido culpa mía, porque el traje que yo llevaba para mi número era muy simple y no me molestaba con velcros, hebillas, cierres de apertura rápida, botones o cremalleras.

Aún tenía cinco minutos antes de subirme al escenario, así que cerré los ojos. Me puse en situación. Hacer *striptease* no tiene nada de sensual. Es solo un trabajo; pero cuando conseguía hacer desaparecer lo que me rodeaba, encerrarlo en otra dimensión, flotaba a través de mi número como si volara con alas invisibles.

Durante el último año había usado *La mer* de Debussy como banda sonora, y conocía de memoria cada ola de ese mar imaginario, cada curva sensual de la melodía. Era la pieza musical favorita de Chey. Siempre le había gustado el océano. La primera vez que bailé con esa música fue para él. En privado.

Bailar, desnudarse, exponerse, se convirtió en una ceremonia secreta en la que yo era al mismo tiempo carnero sacrificial y suma sacerdotisa enarbolando la daga fatal, una fantasía en la que me refugiaba, un mundo que habitaba hasta que se terminaba la música.

Desconecté.

Como siempre.

Oí mi señal desde muy lejos, mientras Madame Denoux ponía mi canción en el reproductor y el silencio inicial llenaba los altavoces. De puntillas, me acerqué al zumbido

casi inaudible del escenario en la oscuridad, y me coloqué en posición.

Conecté.

Y entonces, el público jadeó de asombro.

Cada noche recibía la misma respuesta y sabía que, a poca distancia, oculta entre bambalinas, Madame Denoux sonreía.

Primero, solo unos movimientos infinitesimales. Como si estuviera reuniendo energías, retirándome a ese lugar interior donde no había nada más que quietud y un núcleo en perpetua ebullición, un poder invisible que esperaba a que yo lo recogiera, lo enviara a todos los rincones de mi cuerpo y lo pusiera en acción. Yo era la marionetista que movía mis propios hilos.

Durante el primer minuto, imitaba la sensación de la brisa soplando sobre la superficie de las olas; las gotitas casi invisibles

de agua y bruma que flotaban en el aire cuando el día prometía tormenta; la atracción constante de la marea; un simple gesto de mi brazo aquí, un movimiento de mi muñeca allá, una onda de mis caderas a tiempo con un aumento en la intensidad de la música; el suave y triste sonido de la flauta dulce fundiéndose con el apacible rasgueo del harpa y el tamborileo de la percusión, como una suave lluvia que empezaba a caer, la primera señal de la tormenta que arreciaba.

Entonces empezaba el segundo movimiento: las notas más tenebrosas del clarinete y el oboe, un tambor quedo, la primera señal del trueno que se avecinaba; la energía removiendo el agua, y a mí; el oleaje que se hacía más alto, y mis movimientos, en consonancia, más enérgicos, más rápidos, más atléticos.

Ahora tenía al público casi invisible en mis

manos, igual que al ritmo. Podía relajarme, mirar a mi alrededor, pensar. Conocía cada paso; cada balanceo al son de la música estaba tatuado bajo mi piel. Iba al compás con el latido de mi corazón y el fluir de mi sangre y me llevaba, sin pensar, hasta el final del número, no como si me arrastraran las olas, empujada caprichosamente por el diálogo incesante entre el viento y el mar, sino como si fuera el jinete de la tormenta, el director de orquesta, la responsable de la ondulación del océano.

A veces, no era tan romántico. Era una cuestión de práctica. Chey decía eso de casi todo.

Siempre era cuestión de práctica, de sangre, sudor y lágrimas. Pero por fuera parecía innato, lo sé. Podía verlo en la forma en que los espectadores mudos me miraban, en sus caras de deseo, como si fueran jueguistas que

hubieran venido a ver a la mujer barbuda o al ilusionista del libro que estaba leyendo, inconscientes de todos los demás engranajes de la maquinaria, de cada paso desde la entrada hasta la taquilla, el olor y el sabor de cada refresco del bar, la calidad del aire, el atuendo de Madame Denoux, sus elaborados y siempre elegantes trajes, su máscara blanca, la forma peculiar en que se conducía, una languidez estudiada y perfeccionada que la hacía parecer una mística cuando en realidad era una mujer normal como las demás, por más que se ganara la vida vendiendo los cuerpos de otras mujeres.

Esa noche no había tanta gente como yo había esperado. Era Nochevieja, y Nueva Orleans ya se había convertido en la ciudad de la fiesta. El aire hervía de expectación, la promesa de un final que colisionaba con un principio flotaba en el ambiente, y todos los

habitantes de la ciudad habían salido para ver morir el año viejo y nacer el nuevo. Era la única vez en que toda la gente de la calle se convertían en iguales: los criminales, los turistas, las prostitutas y los niños limpiabotas; todos unidos en la sensación de que sus vidas se esfumaban en la noche, apagándose junto al año que se iba como los fuegos artificiales que florecían sobre el Vieux Carré e iluminaban el cielo durante un breve instante para después desaparecer, dejando atrás destellos de belleza, el recuerdo de haberlo pasado bien y, en la mayoría de casos, una resaca.

Me pregunté qué es lo que yo dejaba atrás. Ser bailarina no era como ser músico. Nadie grabaría mi contribución a la noche para después reproducirla. Me olvidarían, cada uno de mis pasos de baile suspendido en el tiempo durante una fracción de segundo, reflejado en las caras

del público, tal vez grabado a fuego en su recuerdo si les gustaba lo suficiente, pero nunca repetido de la misma manera.

Dos espectadores llamaron mi atención. Una pareja entre las pocas presentes. Distinta a las demás. Las otras mujeres, acompañadas de sus maridos o amantes, parecían aburridas, ya lo habían visto todo y más, o se mostraban incómodas, celosas, temerosas de lo que sus hombres querrían hacerles en casa después de verme en escena, conscientes de la forma en que sus cuerpos se movían al desnudarse, de cómo colgaban sus pechos bajo el peso inevitable del tiempo y la gravedad, de la blandura de sus muslos.

Pero aquella pelirroja del vestido negro tenía fuego en los ojos llenos de ardor. Su cuerpo estaba en tensión, y con el brazo estirado agarraba el muslo de su acompañante como un

torno mientras seguía cada preciso movimiento de mi cuerpo. Y él no me miraba a mí, la miraba a ella mirándome a mí, la vista fija, como un león que acaba de descubrir a una gacela solitaria en medio de una pradera. Tenía el pelo grueso y oscuro, la espalda ancha, un torso compacto y cincelado y un aire de confianza, seguro pero no arrogante. Como Chey.

Giré sobre una pierna para poder verlos mejor, aunque fingía ignorar a mi público. Madame Denoux siempre lo recomendaba, pero pocas chicas le hacían caso. Baila como si nadie te estuviera mirando. Los espectadores quieren sentirse como mirones, como si estuvieran presenciando un momento íntimo, como si le robaran algo personal y prohibido a la bailarina. De lo contrario, no eres más que una chica que se desnuda por dinero y eso no tiene nada de especial.

Aquella chica que me miraba junto a su apuesto acompañante tenía algo. Me recordaba a mí. La forma en que apreciaba mi cuerpo. Cómo devoraba la teatralidad del número. Se imaginaba en el escenario, se preguntaba cómo sería tener a toda esa gente mirándola a ella en lugar de a mí. Y a Madame Denoux no se le había escapado. La había visto merodeando a su alrededor, me imaginaba que debía de estar haciendo sumas, siempre haciendo cuentas, sin dejar escapar jamás la oportunidad de vaciarle los bolsillos a un hombre o encontrar una chica nueva para su colección, como me encontró a mí.

¿Fue la expresión de la pelirroja, o el hombre que me recordaba a Chey, o la forma en que una nota conducía la melodía hacia una sutil variación, por más que conociera la música de memoria? No hubiera podido decirlo.

De repente, los recuerdos volvieron de golpe, sin que yo lo quisiera. Fragmentos de mi pasado se desplegaban sobre un fondo negro, imágenes que se sucedían a toda velocidad como si me hubiera drogado. Vívidas. Dolorosas.

Las caras de mis padres la última vez que los vi con vida. Diciéndome adiós con la mano mientras su coche se alejaba en la distancia por la carretera sin asfaltar que salía del instituto agrícola donde vivían y trabajaban. Yo tenía cinco años. Mi padre dirigía el instituto, y mi madre trabajaba como investigadora en el laboratorio con cultivos experimentales. Ahí fue donde se conocieron y se enamoraron. O eso es lo que me habían contado siempre mis familiares.

Él era un ingeniero, de San Petersburgo; ella, una chica de la región de Donbass. A él le destinaron a Donetsk para un puesto temporal,

que se convirtió en permanente una vez que se casaron y tuvieron a su primer hijo. A su única hija. Yo.

Sé que fui muy deseada y querida, y ahora me duele horrores que los recuerdos de mis padres y mis primeros años se estén difuminando en la nada cuanto más me alejo de aquel pasado. Guardo el recuerdo vago de un huerto, algunos de mis juguetes, pero se me escapan sus voces, las nanas tranquilizadoras que mi madre me cantaba para dormirme. Lubachka, creo que me llamaba cariñosamente. Pero ahora esos recuerdos, esas canciones, están enterrados a mucha profundidad y soy incapaz de recuperarlos, ni puedo rememorar su sonrisa, ni el aire severo y profesional de mi padre.

Ni siquiera sé de qué color tenían los ojos. Y los falsos recuerdos generados por las pocas

fotografías que conservo de mis padres son todos en blanco y negro.

Me contaron que el conductor del camión que chocó contra su coche en la autopista de Moscú estaba borracho. El camión articulado, que transportaba un cargamento de material de construcción, perdió el control. No era ningún consuelo saber que él también había muerto en el accidente, aplastado en la cabina por enormes bloques de cemento que se soltaron de la parte de atrás. Los tres murieron en el acto. En mitad de la noche.

Fui a vivir con mi tía, la hermana de mi madre. Estaba divorciada y no tenía hijos, y también vivía cerca de Donetsk. En su juventud había querido ser bailarina de ballet, y convirtió en su objetivo vital conseguir que yo siguiera sus pasos; me animaba a bailar e hizo grandes sacrificios de dinero y ocio para que yo pudiera

cumplir su ambición y triunfar donde ella no fue capaz.

Me apuntó a la academia de danza local, y tomaba clases después del colegio tres veces por semana, además de los fines de semana. Para pagar mis clases, mi tía se vio obligada a dar clases de piano todos los sábados en nuestro piso, cosa que significaba que esos días yo tenía que ir a pie hasta la escuela de danza, a más de cinco kilómetros de distancia, nevara, hiciera sol o lloviera. Empecé a tener que hacer ese viaje con regularidad también después de la escuela, cuando su viejo coche comenzó a fallar y ya no podía venir a recogerme.

Tenía mucho tiempo para soñar despierta.

Naturalmente, como la mayoría de niñas de la URSS, y mucho más de Ucrania, soñaba con convertirme en *prima ballerina*, y me decían a menudo que tenía el talento natural necesario.

Pero ¿tenía también la disciplina y la ambición?

Aquello no estaba tan claro.

Era perezosa y poco dispuesta a aprender los pasos clásicos, detestaba su rigurosidad; prefería perderme en la música e improvisar movimientos que se me ocurrieran de forma natural y no formaran parte de una de las coreografías que nuestros severos profesores trataban de grabar en nuestras pequeñas cabezas.

—Lubov Shevshenko —me gritaban una y otra vez—, eres incorregible. ¿Qué vamos a hacer contigo?

Creo que tenía once años por aquel entonces, y logré aprobar los últimos exámenes y obtener una plaza en la prestigiosa Escuela de Arte y Danza de San Petersburgo, el lugar de nacimiento de mi padre. Ya no tenía familiares allí y, por ser huérfana, me concedieron una pequeña beca para cubrir mis gastos, aunque no

me dieron a elegir y tendría que vivir en una residencia para estudiantes de provincia perdidos en la ciudad, un antiguo edificio de la Policía secreta que habían convertido en una escuela para los desfavorecidos.

La idea de vivir sola no me intimidaba; la vida con mi tía se había convertido con los años en una serie de silencios y malentendidos. Desde el día en que me acogió me había tratado como a una adulta, cuando yo quería seguir siendo una niña.

Tirarme de cabeza a la piscina y tener que compartir dormitorio con siete niñas más, la mayoría mayores que yo, fue una experiencia algo traumática. Venían de Siberia, Tajikistan, había un par que también eran ucranianas, y otras de los países bálticos, con sus pieles perfectas, pómulos altos y dientes podridos. Enseguida me di cuenta de que no tenía nada en

común con la mayoría. Solo dos de nosotras íbamos a la escuela de danza; las demás estaban repartidas por diferentes institutos, y ninguna de ellas tenía aspiraciones artísticas, así que Zosia y yo destacábamos.

Ni siquiera podía fingir que nos hicimos amigas. Como mucho, desde la ventaja de los dieciséis meses que me llevaba y los pechos que empezaban a crecerle, me toleraba; mi presencia le resultaba conveniente como mensajera, esbirro y facilitadora. Luba, pequeña ayudante en toda materia ilegal o ilícita, como meter cigarrillos en el dormitorio, o esconder el maquillaje prohibido de las demás bajo mi colchón. Mis primeros pinitos en el mundo del crimen...

Pocos años después de mi llegada a San Petersburgo, Zosia se quedó embarazada. Se veía con un chico del instituto de física y yo, por

supuesto, encubría sus ausencias cuando iba a verlo. Ella solo tenía dieciséis años. Cuando la descubrieron, las consecuencias fueron fulminantes. Un día estaba allí, y al siguiente ya no. Expulsada de la escuela y devuelta a su familia de los alrededores de Vilnius como un paquete sucio. Nos contaron que un familiar suyo tenía una grave enfermedad y se había visto obligada a regresar, pero nosotras sabíamos la verdad.

Casi dos años después, cuando estaba en mi último año en la Escuela de Arte y Danza y pensaba que después de graduarme obtendría una plaza en el cuerpo de ballet en una de las pequeñas compañías de danza de la ciudad, recibí una carta de Zosia. Había tenido un niño, llamado Ivan, y estaba casada con un hombre mayor que trabajaba en el ayuntamiento. Decía que era feliz, y adjuntaba una fotografía de su

familia. Se había tomado en un jardín con árboles que parecían esqueléticos, e incluso la hierba era de un verde enfermizo. Zosia tenía por aquel entonces casi diecinueve años, pero a mí ya me parecía una anciana; aparentaba muchos años más de los que tenía en realidad, con los ojos hundidos, el pelo sin brillo, el lustre de su juventud perdido para siempre.

Ese día me juré que jamás me casaría ni tendría hijos.

Durante aquellos años, teníamos clases normales por la mañana: gramática rusa, literatura rusa (mi preferida), aritmética, y después matemáticas y geometría, historia, geografía, educación cívica y otras asignaturas en las que me distraía soñando despierta. Las

tardes estaban llenas de clases de ballet, entrenamientos y ensayos. Cada una de nosotras tenía tres trajes de danza, uno reservado únicamente para las actuaciones, en las que la pieza que llevábamos meses ensayando podía por fin ver la luz en un festival. Nunca me habían dado un solo, y parecía destinada a ser un pequeño cisne bailando eternamente en el conjunto del cuerpo de ballet. Aunque yo me sentía más un pato mareado. Oh, ¡cómo odiaba a Tchaikovsky!

Los sábados también teníamos clases de ballet, así que el único día libre que se nos concedía era el domingo. Sin embargo, la mayoría de las mañanas de domingo estaban reservadas a lavarnos la ropa, planchar, remendar y ordenar el dormitorio, solo nos quedaba el domingo por la tarde. Lo más habitual era que fuéramos al cine y a la

heladería del barrio. Allí teníamos la oportunidad de encontrarnos con chicos antes de nuestro toque de queda: las ocho para las menores de quince años, las nueve y media para las mayores. El toque de queda se observaba con severidad, y la desobediencia se castigaba con la pérdida de privilegios de fin de semana.

Chicos...

¿Cómo no iba a interesarme por ellos, después de tantos años –los años de la adolescencia se hacen eternos– viviendo junto a siete mujeres, en un mundo de falsas confidencias, exageraciones, hormonas en ebullición y envidia? Nos vigilábamos las unas a las otras con la intensidad de los halcones, muertas de curiosidad, alimentando nuestros celos como si no hubiera un mañana. ¿Quién era la más guapa, la más alta, la que tenía los pechos más grandes? Algunas ocultaron la llegada de su

primer período, mientras otras lo proclamaron a los cuatro vientos. Yo, la huerfanita ucraniana, no era el patito feo de la bandada. No era la más alta, ni la más vistosa, ni fui la primera ni la última en menstruar, pero siempre supe que era especial. Me di cuenta de que, al contrario que mis compañeras, ambicionaba ver mundo, mientras ellas solo pensaban en el futuro inmediato, el éxito académico de algún tipo y las perspectivas de un buen matrimonio. Todo lo que me rodeaba susurraba que en la vida había algo más que eso.

El sexo...

Un tema de conversación muy frecuente durante las largas noches en un dormitorio femenino. Una cháchara constante que continuaba en los vestuarios, las salas de ensayo, las duchas y el muro de ladrillo que había detrás del edificio, y que sabíamos que ningún adulto se

molestaba en vigilar con mucho celo. Allí era donde nos turnábamos para fumar cuando conseguíamos cigarrillos americanos.

Al ser una de las más jóvenes, me convertí en una mirona. Durante aquellos años, todas mis compañeras de habitación florecieron, pero, a pesar de mis clases de ballet, y de las duras sesiones de ejercicio a las que me sometía, al principio me costó deshacerme de las formas infantiles. Todo el mundo me decía que tenía una cara preciosa, pero mi cuerpo tardaba en emerger de su capullo. Y así, en las duchas comunes, me sentía como una espía, con el agua resbalando por mi cuerpo mientras no dejaba de observar los cuerpos de las demás: las curvas de sus caderas, la caída de sus pechos, el volumen de sus traseros, mientras yo seguía siendo un saco de huesos envuelto con piel flácida, sin definición ni gracia.

Oh, cómo hablaban cuando se apagaban las luces, sobre los chicos que conocían y los que conocerían, y las cosas que harían con ellos. En silencio, yo escuchaba, intentando discernir la verdad de las mentiras, a veces absolutamente estupefacta; otras, ardiendo por dentro con toda aquella información tabú que recibía. Estaba convencida de que algún día me uniría a ellas. Me convertiría en una adulta, en una mujer.

La heladería de la avenida Lugansk era donde solíamos pasar el rato, una reliquia de la época estalinista. Nueve de cada diez veces solo tenían helado de vainilla, que ni siquiera era natural y dejaba un regusto químico en la boca, pero las dos ancianas que la regentaban —en representación del Estado, por supuesto— nos dejaban quedarnos durante horas, intercambiando cotilleos y consejos de maquillaje y encontrándonos con los chicos de fuera de la

ciudad que traficaban con medias de nailon y a menudo robaban besos a las chicas mayores, no como pago –el pago en metálico era inevitable– sino como una especie de propina para garantizar que volverían a vendernos esas medias que eran imposibles de encontrar fuera del mercado negro.

Luego, cuando nos hicimos mayores, algunas de las chicas empezaron a pavonearse de dar a los hombres algo más que un beso.

En cualquier caso, yo no podía permitirme comprar medias de ningún tipo, así que para mí todo aquello no era más que una experiencia educativa. Luego, desde que me vino el primer período, cada vez que visitaba la heladería de Lugansk me ruborizaba mientras un curioso zumbido ronroneaba en mi bajo vientre y se me disparaba la imaginación. También hacía que el sabor de la falsa vainilla fuera más tolerable.

Un año después de la partida repentina de Zosia, llegó una chica de Georgia a sustituirla, Valentina.

Valya era una salvaje, siempre metiéndose en problemas, no por maldad, sino porque era traviesa y provocativa. Fue ella quien me instruyó en el arte de practicar felaciones, que, insistía, gustaban mucho a los hombres y a las chicas nos daban línea directa a su corazón o, como yo descubrí más tarde, a su entrepierna. No dejaba de bromear con que yo nunca sería una rusa de verdad hasta que no supiera chupársela a un hombre. Llegó incluso a robar plátanos de la cocina, en las contadas ocasiones en que nuestros apreciados camaradas cubanos tenían a bien mandar por barco un cargamento a cambio del apoyo moral que les brindábamos, según los periódicos y el Comité Central.

Al principio me interesaba más por el sabor y

la textura celestial de los plátanos, pero Valya insistía en que practicara durante horas y horas hasta que me declaró preparada para hacerlo de verdad.

Se llamaba Boris, o Serguey. No recuerdo su cara con detalle, ni su nombre. Porque después de Boris –o Serguey– vino Serguey –o Boris– unos días más tarde, puesto que enseguida me hice reincidente. Estudiaba –estudiaban– en el instituto técnico cercano. Yo tenía dieciséis años, y supongo que él sería un año o dos mayor. Valya organizó nuestra cita, anunciando mi disponibilidad y, sin duda alguna, embolsándose algunos rublos por el servicio. Nos encontramos en la heladería. Recuerdo que era un día en el que tenían sabores adicionales, y elegí el helado de fresa silvestre además de la clásica vainilla con regusto químico. Pagó él. Más tarde, caminamos de la mano hacia la

pared roja de ladrillo detrás de la escuela mientras Valya vigilaba. Él se desabrochó el cinturón que le rodeaba la cintura y se bajó el raído pantalón de pana hasta las rodillas. Su ropa interior era de un tono entre blanco y gris. Me miró a los ojos. Parecía aún más aterrado que yo. Cautelosamente, tendí la mano hacia su entrepierna y le tomé el pene a través del algodón gastado. Estaba blando, desinflado, como un mal corte de carne. Él se quedó petrificado. Por un momento, no supe qué hacer, por más que había ensayado con Valya para prepararme para ese momento.

Y entonces recordé. Me puse de rodillas. El suelo estaba frío. Aparté el calzoncillo y vi por primera vez un pene. El espectáculo era tan terrorífico como fascinante. No era como lo imaginaba. Más pequeño, tal vez. Inspiré profundamente. Un olor algo rancio me llegó a la

nariz. Olor a hombre.

Entonces agarré el miembro de Boris —¿o era Serguey?— con la mano. Dio un respingo. Podía sentir cómo la sangre bombeaba en su interior.

Abrí la boca, me puse en posición, y acerqué el pene a mis labios.

Saqué la lengua y lamí primero el tronco, y después la gruesa vena que se perdía en el escroto, algo que Valya me había recomendado que hiciera si no estaba completamente erecto.

Una vez más, un temblor lo sacudió.

Finalmente, aspiré una bocanada de aire e introduje la punta en mi boca.

En pocos segundos, antes de que pudiera succionarlo, lamerlo, agarrarlo o hacer nada, sentí cómo crecía, llenándome.

Fue una revelación.

Cuando mis labios sujetaron con más firmeza

aquel miembro que se endurecía por momentos, sentí su suave solidez, su textura resistente como de esponja.

Él gemía, aunque yo no estaba haciendo nada.

Mi mente iba a toda velocidad, almacenando la experiencia, tomando nota de cada sensación, diseccionando mis sentimientos encontrados. Fue como entrar en un mundo nuevo.

Pero apenas duró más de un minuto, Boris – ¿o era Serguey?– se retiró bruscamente de mi boca y eyaculó un hilillo blanco de semen sobre mi barbilla y el cuello de mi vestido. Turbado, me miró, balbució una disculpa y se subió los pantalones. Dio media vuelta y se largó, dejándome arrodillada como si rezara, aún boquiabierta y con la mente en ebullición.

–¿Qué tal? –me preguntó Valya–.
¿Divertido?

—No lo sé —le respondí con sinceridad—. Ha sido interesante, pero todo ha pasado muy deprisa. Me gustaría volverlo a intentar.

—¿En serio? —dijo Valya.

—No creo que hiciera nada mal —añadí—. Quizá fue culpa suya.

A la mañana siguiente, mientras me cepillaba los dientes, me miré detenidamente al espejo, y vi a una persona nueva. La niña había desaparecido. Por fin era una mujer quien me sostenía la mirada. Sé que una transformación así no ocurre de un día para otro, pero era como si hubiera cruzado un puente metafórico, una conquista triunfal.

Me di cuenta de que había obtenido un poder muy concreto sobre el pene de aquel chico, y que yo era quien más había disfrutado de la experiencia, a pesar de lo que decían las expectativas y la tradición.

El segundo, que pudo haber sido Serguey, ya estaba en erección cuando le bajé los pantalones, y su pene era incluso más bonito, recto como una regla, de un precioso color rosa, sin venas que lo afearan, y con unos pesados testículos colgando debajo.

Hasta sabía diferente.

Durante los meses que siguieron, guiada por mi curiosidad insaciable y una atracción profunda por el mundo del sexo, me encontré con una gran variedad de penes. No tenía el menor interés por los hombres a quienes pertenecían. Solían ser chicos de la zona, a menudo groseros, toscos, torpes, bebedores en su mayor parte, que no despertaban en absoluto mi curiosidad. Pero no había dónde elegir.

En sueños, imaginaba a chicos malos más sofisticados, hombres elegantes con un instinto especial para el erotismo, que me seducirían con

total impunidad y ansiarían mi inocencia desflorada. Quería jugar con los mejores, hombres cuyas voces hicieran que me temblaran las rodillas y que galvanizaran mis sentidos. Sabía que existían en algún lugar y que me estaban esperando, preparados para forzarme y excitarme. Pero hasta que llegaran a mí, tendría que conformarme con pueblerinos que no eran lo suficientemente malos, pero sí bastaban para probar lo prohibido.

Cuando se extendió por nuestro reducido círculo el rumor de mi voluntad y mi disponibilidad —para las felaciones, se entiende—, vinieron corriendo. Pocos se dieron por satisfechos con eso, todos buscaban algo más, pero yo dejé las reglas muy claras. Mi cuerpo conservaría su misterio, y todo intento de sobrepasar mis límites supondría la inmediata pérdida de mis favores. Como es natural, ellos lo

intentaron de todas formas, pero mi voluntad era implacable. Yo facilitaba sexo oral, y nada más. Y, por supuesto, nunca permití a ninguno que me tocara.

Los jóvenes rusos que tuve oportunidad de conocer parecían todos cortados por el mismo patrón vulgar, pero había oído rumores de que los extranjeros eran de otra especie completamente distinta. Nina, una de las chicas mayores, que tuvo una vez el privilegio de viajar a otro país para hacer una sustitución en el grupo de danza de una pequeña compañía itinerante, nos informó al resto de las chicas del dormitorio que los extranjeros no solo estaban mejor dotados, sino que además eran poetas.

En mi inmensa inocencia, aquello se convirtió en una misión. ¡Qué equivocada estaba! Por si fuera poco, a mi inseguridad se añadió la mala reputación, resultado de mi buena voluntad para

satisfacer a los chicos, y cada vez me era más difícil hacer amigas. Por un lado, estaban celosas de mí, mientras que por el otro temían que un día pudieran robarles a sus hombres. La mente de las chicas funciona de formas misteriosas.

Pero aunque ahora ya no recuerdo las caras de mis chicos malos de Rusia, sí recuerdo con una sonrisa –una sonrisa traviesa– los penes a los que atendí en pro de mi educación para convertirme en una mujer de mundo. ¡Ay, mis chicos malos! Pronto me cansé de ellos, de su escasa originalidad y falta de vocabulario, y de su torpeza. Fue entonces cuando empecé a sentir el anhelo de conocer a hombres mundanos.

Decidí mudarme al extranjero en cuanto tuviera la oportunidad.

Sin la ayuda de Valya para coordinar a los hombres como hacía con los muchachos tras el muro de la escuela, mis descubrimientos sexuales llegaron a un abrupto final en cuanto abandoné San Petersburgo.

Hasta que llegó Chey.

Mi primer amante de verdad. El primer hombre que me penetró, que me poseyó.

Era un hombre, no un chico como los de la heladería. Sabía perfectamente qué hacer con su miembro y, aún mejor, conmigo. La vida junto a él me hizo egoísta en la cama; otros hombres, inferiores, me aburrían.

La relación con Chey me marcó de una forma tan permanente como el dibujo que más tarde me tatué en la piel; una pistola humeante, a unos centímetros del interior del muslo, un lugar que la mayoría de mujeres guardan en secreto,

solo para los ojos de los amigos y amantes más íntimos. Para entonces, ya había empezado a bailar desnuda, y la pistola de Chey se exhibía ante locales que se llenaban de gente noche tras noche. Veía cómo se iluminaban sus ojos al verla por primera vez. Podía apreciar su curiosidad inicial, sus miradas interrogantes que se preguntaban qué sería, tal vez una flor abriéndose, y después, la sorpresa cuando se daban cuenta de que tenía un arma bajo la piel, que señalaba otra arma, la más poderosa de todas: mi sexo. Y entonces, veía el apetito de los hombres, a veces también de las mujeres, que interpretaban aquel tatuaje como la señal de mi sensualidad extrema, de que era peligrosa en la cama o me gustaba que me hicieran daño. Que era una chica mala.

Pero yo no era una chica mala. Era la chica de Chey.

Recuerdo el día en que nos conocimos. Yo tenía diecinueve años, y acababa de llegar a Nueva York.

Animada por un profesor de danza bienintencionado, el año anterior me había presentado a las pruebas de acceso para la Escuela Americana de Ballet, en Lincoln Center, donde envié una cinta de vídeo.

Mi solicitud fue denegada.

Otra chica de mi curso sí que entró, pero ella venía de una familia con posibles. Su padre había ganado dinero rápido, comprando acero y fábricas de fertilizantes por un precio irrisorio durante el colapso económico de los años ochenta mientras el resto de la población se moría de hambre.

Era una chica inexpresiva, de miembros tan delgados como cerillas, pero tenía elegancia, y una flexibilidad evidente, una uniformidad de

movimientos que debía de haber complacido al tribunal de selección.

Me quedé con su dirección, y la utilicé como contacto para solicitar el visado después de graduarme. A través de mi tía, que tenía familia lejana en Estados Unidos, conseguí ayuda económica. Me concedieron un visado de posgrado para tres meses, tiempo suficiente para orientarme y adquirir algo de experiencia laboral como camarera. Cuando expiró el plazo, pasé a formar parte de las calles de Ridgewood, Queens, un barrio lleno de emigrantes de Europa del Este. Eslavos, albanos, ucranianos, rumanos, todos llegaban en busca de una nueva vida en América, y acababan viviendo prácticamente la misma existencia que antes, aunque bajo la sombra de unos edificios diferentes.

Encontré un apartamento algo sórdido pero muy barato que quedaba cerca de una línea de

metro con buena conexión a Manhattan, donde había encontrado trabajo en una cafetería-pastelería de Bleecker Street. El propietario era un francés llamado Jean-Michel que acababa de divorciarse y no daba importancia a mi estatus de inmigrante ilegal, pero sí a que fuera guapa y manejara sus pasteles con la mayor delicadeza. Los cruasanes y *pains au chocolat* que hacía eran los mejores del Village, ligeros y esponjosos, con un olor que era como un canto de sirena para los estómagos delicados, y los milhojas estaban para morirse, así que se vendían solos. Yo siempre había sido muy paciente, quizá como resultado de no tener una ambición particular, ni un reloj biológico que contara los años, ni nadie que me metiera prisa o ante quien rendir cuentas, así que nunca me precipitaba a la hora de hacer los pasteles: dejaba que la masa de cruasán reposara el

tiempo necesario antes de extenderla y untarla de mantequilla, voltearla y volver a extenderla, doblándola y apilándola cada vez, para finalmente añadir la mezcla de chocolate negro y cocer la masa en el horno hasta que la pastelería se llenaba del aroma de dos docenas de *pains au chocolat* listos para exponer en una bandeja de cristal en el escaparate. Y Jean-Michel, cuyas manos a veces se paseaban libremente por mi trasero mientras me instruía en el arte pastelero, no me molestaba en exceso, siempre que tuviera claro que no le dejaría ir más lejos.

El otoño empezaba a dar paso al invierno, pero los días seguían siendo luminosos, y el cielo, azul. Los neoyorquinos habían empezado a llevar bufandas y guantes, preparándose para noches más frías, pero yo estaba acostumbrada a un clima mucho más gélido, y disfrutaba al sentir el aire fresco sobre mis brazos desnudos cuando

bajaba caminando por West Broadway. Era el primer domingo de noviembre, y estaba sola en la tienda. JeanMichel se había ido a correr el maratón de Nueva York, en un esfuerzo por librarse de los kilos que había acumulado al claudicar ante la mediana edad y al tamaño de las raciones en América, que habían hecho crecer su barriga en proporción con el volumen de sus cruasanes.

La campanilla de la puerta tintineó, y me dio un susto que por poco me hace soltar la bandeja de bonitos mostachones de color claro que había hecho durante toda la mañana, mezclando claras de huevo con almendra triturada y azúcar, y disponiendo la masa en perfectos círculos idénticos sobre papel de horno. Una vez horneados, los rellenaba y colocaba en elegantes cajas cerradas con cintas para vendérselos a las chicas de la ciudad que venían en busca de un

premio dulce, o a maridos con complejo de culpa que no habían encontrado una floristería en su camino al metro.

Me quemé la punta de los dedos y la palma de la mano en mi precipitación por enderezar la bandeja antes de que los dulces cayeran al suelo. Irritada e impaciente, salí de la trastienda para atender a los nuevos clientes.

Chey.

—Deberías ponerte algo de hielo —dijo, señalando la línea roja de la quemadura que tenía en la mano. Me encogí de dolor cuando dejó las monedas sobre el mostrador, en lugar de en la palma de mi mano, por su cruasán de chocolate y un capuchino.

—Sí —repuse yo, porque no se me ocurría nada más que decir.

Vestía de forma informal, con la sudadera de una universidad, vaqueros y zapatillas de

deporte. Su ensortijado cabello rubio tenía el mismo brillo que la paja bajo el sol que entraba por los ventanales del escaparate; parecía que venía de dar un paseo por Central Park, o por alguna de las calles que no estaban cortadas por el maratón.

Un look cien por cien americano, exceptuando sus ojos, que denotaban inteligencia, pero también frialdad. Me sostuvo la mirada cuando la apartó de mi mano. Sus ojos eran de un azul grisáceo, como el mar en un día nublado. No sabría decir por qué, pero no se correspondían con el resto de su atuendo ni con el sonido de su voz. No tenía acento de Nueva York. Había algo más, algo que no podía señalar.

Aquella ropa tan informal no iba con él, era como si hubiera despertado en la casa equivocada, junto al armario de otra persona.

Me estremecí al darle el cambio. Una moneda de veinticinco centavos.

Se sentó dentro del local, en uno de los taburetes de la barra junto al ventanal, y comenzó a hojear un libro tan deprisa que parecía increíble que lo estuviera leyendo, mientras yo, escondida entre el horno y el mostrador, observaba cómo agarraba el cruasán con la mano izquierda y lo mojaba en la espuma de la leche y en el cacao en polvo de su café, dejando pequeñas migas que se pegaban al borde de la taza.

Por la temperatura de los hornos, hacía mucho calor en la tienda, y al rato se quitó la sudadera; se le levantó la camiseta y dejó al descubierto durante un instante una espalda bronceada y musculosa y un tatuaje que recorría su costado derecho. Llevaba una camiseta de manga corta lo suficientemente ajustada como

para revelar unos brazos bien torneados con músculos que se tensaron cuando se llevó la taza a la boca.

De repente, se dio la vuelta y me miró.

Y me di cuenta de que yo estaba conteniendo la respiración.

Bailando a la luz de la luna

No volví a verlo hasta una semana después. Cuando entró, llevaba un elegante traje de color antracita y venía acompañado. Chey y su amigo se sentaron en el mismo lugar junto a la ventana, dándome la espalda. Su acompañante, un hombre gordo, pidió un segundo bollo y otro capuchino, y me miró el escote descaradamente cuando se lo serví.

—Camarera —dijo chasqueando los dedos, como si fuera muy difícil llamar mi atención aunque estaba a pocos metros de mí y no había nadie más en la tienda.

Le llevé el café a la mesa y su mano salió disparada hacia el azucarero que estaba justo detrás de mi bandeja, tiró la taza y derramó el café sobre mi blusa blanca. Grité y di un salto atrás cuando el líquido ardiente empezó a quemarme la piel, logrando apenas contenerme para no soltar una palabrota.

El hombre gordo alcanzó una servilleta y se acercó hasta mí de un salto para secarme los pechos, pero Chey se levantó y tiró de él para obligarlo a volver a su asiento.

—Ya basta —dijo. Su compañero se encogió visiblemente, y toda su chulería se esfumó en el aire como un globo al desinflarse.

Se lo había dicho en ruso.

Al día siguiente, llegó un paquete de Macy's a la tienda con una nota que decía, simplemente: «Mis disculpas. Por tu blusa».

Era una camisa de pura seda, con un

delicado cuello de encaje, mucho más bonita y más cara, sin duda alguna, que la blusa de trabajo que se me había manchado. Mi jefe francés enarcó una ceja al verme guardar el paquete junto a mi abrigo y mi bolso, y yo no hice ninguna mención de devolverla. El amigo de Chey se había comportado de forma grosera, y yo aceptaría su regalo a cambio.

Una semana después, yo cumplía veinte años y él me invitó a cenar.

—¿Cómo sabías que era mi cumpleaños? —le pregunté cuando entró en la tienda para comprobar que había recibido su paquete. Mi tono era acusatorio. Lo último que necesitaba era un acosador, especialmente uno con amigos torpes, por muy guapo que fuera.

—No lo sabía —replicó con una sonrisa—. Feliz cumpleaños. Espero que sea de tu talla, y que reemplace debidamente la que te estropeó mi

amigo.

—Oh. Sí, por supuesto. Gracias. De verdad que no hacía falta...

—No hay de qué —contestó él.

Estaba a punto de salir de la tienda cuando mi curiosidad se hizo con la situación y le pregunté en mi lengua materna:

—¿Eres ruso?

Aquella pregunta cayó entre nosotros como una piedra, más pesada de lo que yo pretendía. Me sentí como una tonta, una tonta entrometida. Fisgonear era una cualidad que desaprobaba.

—No, no soy ruso —contestó él en inglés—. Lo hablo un poco. Por trabajo.

—Qué lástima —repuse yo—. A veces echo de menos hablar en mi idioma.

Se detuvo, como si estuviera reflexionando sobre algo. Me arrepentí de haber sido tan franca con un extraño. No tenía amigos en

Nueva York, llevaba demasiado tiempo sola, y acababa de quedar como una estúpida delante de ese hombre. La campanilla de la puerta permanecía muda por más que yo deseara que entrara otro cliente a rescatarme de aquel bochorno.

—¿Puedo invitarte a cenar, Luba? —me preguntó después de un largo silencio. Sabía mi nombre por la placa que me colgaba del delantal—. No podré hablarte en ruso, pero sí hacerte compañía por una noche. Sé lo que es ser nuevo en una ciudad. Y es tu cumpleaños, después de todo.

Me habían contado que los americanos eran más lanzados que la gente de otros lugares del mundo, pero Chey fue el primero en dar muestras de ello. Si un hombre atractivo y agradable quería llevarme a cenar, no iba a rechazarlo sin un buen motivo. Acepté.

Comimos en Sushi Yasuda, en la 43 Este, rodeados de paredes y mesas de bambú, como si hubiéramos entrado a un templo, a un mundo apartado del temible bullicio de Times Square, que se encontraba a tan solo unos bloques de distancia. Era la primera vez que comía pescado crudo. Me puse su blusa, por supuesto, y una falda negra sencilla con unos zapatos de tacón bajo que me había comprado para hacer entrevistas de trabajo. Su atuendo también era formal, para mi alivio: una simple camisa blanca de buen corte y unos vaqueros.

Chey me enseñó que el wasabi se mezcla en la salsa de soja y yo le hablé de mi infancia en Ucrania. En contrapartida, él me contó la suya.

Su padre sirvió en el Ejército y, como consecuencia, él vivió en bases militares de todo el mundo, donde había aprendido el poco ruso que sabía, así como algo de alemán y español, y

bastante francés e italiano.

Se ganaba la vida como comerciante de ámbar, lo que le daba muchas oportunidades de practicar el ruso con los vendedores de Kaliningrado. Sus padres habían fallecido, como los míos. Su padre no murió en combate, sino en una pelea en un bar cuando él tenía quince años, y su madre se suicidó poco después.

Chey se fugó del centro de acogida de Nueva Jersey en el que el estado planeaba alojarlo hasta que alcanzara la mayoría de edad, y empezó a trabajar en una casa de empeños. Su aptitud para los negocios y un ojo agudo como el de una urraca para las joyas lo llevaron a dedicarse al comercio internacional de piedras preciosas. Más adelante, se especializó en el ámbar.

Le pregunté por qué había elegido un fósil en lugar de otras piedras más bonitas y conocidas, y

seguramente más valiosas, como los diamantes o los rubíes. Me contó que la primera vez que vio una piedra de ámbar, que llevó una mujer lituana a la tienda en la que trabajaba cuando tenía dieciséis años, se sintió como si tuviera en la mano un trozo de sol poniente, por la intensidad de su color dorado y su tacto tan suave y sedoso. La pieza contenía un insecto atrapado en su interior, tal vez de miles de años de antigüedad, y el joven Chey se preguntó cómo sería estar atrapado en una prisión de luz. Así comenzó su historia de amor con el ámbar.

Tal y como la contaba, su vida me parecía de lo más poética, y me ruboricé al recordar que alguien me contó una vez que los penes de los poetas eran más bonitos que los del resto de los hombres —¿o era más largos?—. No podía negar que me gustaba. Me sentía atraída por él, por el magnetismo de sus ojos, el ángulo de sus

hombros cuando se inclinaba hacia delante y me hablaba con un aire casi de confidencialidad. Estábamos sentados en una mesa estrecha, y a veces nuestras rodillas se tocaban, o sus dedos me rozaban la manga cuando alargaba el brazo para alcanzar la salsa de soja o el agua. Era un hombre de verdad, complejo, carismático y potencialmente peligroso, susurraba una voz dentro de mi cabeza; me atraía como una llama a una polilla.

Cuando me acompañó a la calle y pagó a un taxista para que me llevara a casa y evitarme la incomodidad de un trayecto en metro hasta Brooklyn a altas horas de la noche, esperaba que diera el primer paso, que se abalanzara sobre mí y reclamara el pago por la cena o por su amabilidad. Estaba acostumbrada a los hombres que reclamaban un beso o algo más a cambio de sus regalos. Pero sus manos no

buscaron mis nalgas, y sus ojos nunca fueron más abajo de los míos en busca de los secretos que podía albergar bajo la blusa que me había comprado para sustituir la que su amigo estropeó a propósito.

Chey me dio un beso suave en la mejilla, me abrió la puerta del taxi caballerosamente y prometió que me llamaría. Yo regresé a casa sintiéndome decepcionada, rechazada y algo furiosa con él. Estaba acostumbrada a que los hombres me desearan, y a que expresaran de manera muy directa sus deseos. Con los años, me había dado cuenta de que las citas no eran más que una transacción; la verdad es que la idea de practicarle una felación no me hubiera resultado un inconveniente, ni mucho menos.

La fría caballerosidad de Chey me dejó con las manos vacías, sin las armas habituales que yo hubiera empleado para asegurarme sus

favores.

Empecé a irritarme al ser consciente de que esperaba que viniera a la tienda; cada vez que sonaba el timbre, daba un salto y corría al mostrador por si era él.

Dos días después, llamó mientras yo espolvoreaba azúcar glas sobre los *choux chantilly*, manejando el colador con cuidado para cubrir los buñuelos de forma ligera y uniforme y que no resultaran demasiado dulzones.

¿Podíamos volver a vernos? Acepté, y esta vez me llevó al cine, al gran multisala cercano a Union Square. Esperaba que me tocara la rodilla, o que su brazo me rodeara los hombros durante la película, pero fue un perfecto caballero, y tuve la sensación de que desaprobaba la idea de toquetear a una mujer a oscuras en su segunda cita.

Tomamos un café en University Place después de la película, y antes de irse me atrajo hacia sí y me besó suavemente en los labios, no durante mucho rato, pero sí con sentimiento. Cuando se apartó, sonrió y alzó el brazo para detener un taxi. Me metió dentro y cerró la puerta después de pagar al conductor para que me dejara en Brooklyn. Yo estaba un poco desilusionada; esperaba que el beso fuera a llevar a algo más.

Mi impaciencia siguió creciendo durante las dos semanas siguientes. Nos vimos en un par de ocasiones y, una vez más, él no hizo nada. Era como si me observara con calma, como si me juzgara y orquestara el aumento progresivo de mi deseo. Yo no quería parecer impaciente, pero cada vez me sentía más frustrada. Me gustaba, y era evidente, por la forma en que coqueteaba conmigo y por sus besos suaves y sensuales al

final de cada cita, que yo le atraía.

Y entonces lanzó la bomba.

Tenía que hacer un viaje inesperado a la República Dominicana por trabajo, me contó por teléfono.

Y quería que fuera con él.

Cuando le confesé que si salía del país lo más probable era que no pudiera volver a entrar, me explicó que, en ocasiones, para sus viajes disponía de un *jet* privado, y que la Policía aeroportuaria no supondría ningún problema. Supuse que pretendía sobornar al personal del aeropuerto para que falsearan los registros que indicaban que un pasajero tenía la documentación en regla. A la salida y a la llegada.

Así fue cómo descubrí que Chey era un hombre con dinero, poder e influencia, hasta un extremo que nunca había sospechado en

nuestras citas.

Esa debería haber sido la primera pista de que sus negocios en el mercado del ámbar no eran todo lo humildes y legales que yo había supuesto. Pero yo me había criado con el mercado negro, en un mundo en el que sobornar a la Policía formaba parte de la vida. Y, en lo que respecta al dinero, Chey era tan discreto que llamaba la atención. No solía hacer gala de su dinero, siempre vestía bien pero de forma sencilla, y jamás había organizado una cita extravagante. Si tenía una fortuna oculta, yo no podía reprochárselo. Ni preguntarle de dónde sacaba el dinero. Una herencia, tal vez, una inversión que había salido muy bien, o puede que incluso un premio de la lotería. En cualquier caso, decidí que nunca me había mentido sobre sus ingresos, y si resultaba que eran más cuantiosos de lo que yo había esperado, aquello

solo podía ser bueno para mí.

No iba a dejar escapar la oportunidad de ir de vacaciones al extranjero. A menos que lograra un permiso de residencia o abandonara Estados Unidos para siempre, quizá no volviera a tener una ocasión como esa.

Así que acepté su invitación, y llegué a La Romana con cuatro cosas en una bolsa de mano. Gasté parte de mis escasos ahorros en un traje de baño, un diminuto bikini dorado brillante, y un par de sandalias topolino. Llevé un vestido de algodón, una falda, y la blusa blanca, y si aquello no bastaba para los lugares lujosos a los que pensaba llevarme, entonces Chey tendría que comprarme más cosas.

Un chofer vino a recogerme al aeropuerto. Al parecer, Chey se encontraba en una reunión de trabajo y no podía venir personalmente. Me acomodé en el asiento de atrás con la ventana

abierta, disfrutando de la brisa cálida que me acariciaba la piel y el olor dulzón que salía de las fábricas de azúcar. Mientras, el coche avanzaba por las amplias calles bordeadas de palmeras hasta que llegamos a la villa privada que Chey tenía dentro del recinto del hotel. Era tan grande que, al verla, supuse que aquellos edificios de piedra blanca, con tejados de paja y vistas al océano, que se disponían en un círculo dejando un gran espacio entre unos y otros, constituían todo el recinto del hotel, y que nosotros ocuparíamos una habitación. En realidad, me explicó el conductor, todo aquello era para Chey y para mí, al menos durante unos días.

Una doncella uniformada me acompañó a la planta de arriba, y me condujo hasta una habitación enorme con vistas a la playa privada de la villa, cuya orilla interminable era de arena dorada. Dejé la bolsa sobre la cama gigantesca

y admiré brevemente el espacio.

Los suelos eran de mármol reluciente, y desde los balcones había vistas al mar centelleante a un lado y a una piscina de forma ovalada al otro. Nunca había estado en un sitio tan lujoso, me sentía fuera de lugar. La decoración era elegante y en absoluto ostentosa, denotaba dinero y buen gusto.

Me desnudé en uno de los amplios cuartos de baño, y sentí la agradable frescura de las baldosas bajo mis pies. Necesitaba refrescarme tras el largo viaje, me puse el bikini y bajé a la piscina. Pedí un cóctel con fruta a un camarero que surgió de la nada en cuanto aparecí. Con la copa en la mano, saqué un libro de mi bolsa y me tumbé a esperar junto a la piscina, mientras me maravillaba de los extraños giros de la vida, que habían llevado a una chica de Donetsk hasta un lugar como aquel.

Chey llegó al ponerse el sol: una enorme esfera naranja que lanzaba sus rayos llameantes al cielo, como si buscara puntos de apoyo para no caer. Sombras de rosa y naranja tan brillantes como el mango que decoraba mi bebida relucían con fuerza sobre el intenso azul del océano.

No lo vi acercarse a la piscina, pero sentí el calor de su piel cuando se sentó en el borde de mi tumbona y se inclinó para besarme en la mejilla. Alcé los ojos. Iba sin camisa, vestido solo con bermudas y sandalias. Su piel estaba muy bronceada, como resultado, sin duda, de los días que había pasado tumbado al sol del Caribe antes de que yo llegara.

—¿Quieres ir a dar una vuelta? —preguntó.

Sin esperar mi respuesta, me acercó el vestido de algodón que yo había dejado colgado en el respaldo de la tumbona y me tomó de la mano para guiarme hacia la salida, donde había

una motocicleta aparcada sobre el césped. Subió y yo monté detrás, y rodeé su cintura fuerte y musculosa con los brazos. Me agarré fuerte mientras bajábamos a toda velocidad hasta el paseo marítimo de La Caleta, pasados los feos edificios de hormigón que creaban un extraño contraste con los techos de paja y las coloridas paredes de los bares y tiendas de estilo tropical, en las que se apilaban montones de plátanos junto a aparejos de pesca y letreros que anunciaban actividades para turistas.

Chey alquiló un barco en el muelle, un pequeño yate con el nombre *Valya* casi borrado de la proa. Encontrar el nombre de mi vieja amiga, quien había orquestado mi despertar sexual, era una señal. No sabía si positiva o negativa, pero tuve el presentimiento de que anunciaba sexo.

Y era verdad.

Surcamos las olas en el *Valya*; el viento me echaba el pelo hacia atrás, y el sabor del salitre pesaba en el aire como un beso del mar.

—Esto es Isla Catalina —dijo Chey cuando atracamos en un pequeño muelle de recreo, y me ayudó a saltar a tierra firme. La arena era casi blanca, y el agua transparente, cristalina.

Cruzamos a pie las dunas bajo un entoldado de palmeras, y pasamos junto a varias calas con pequeños grupos de bañistas esparcidos por la arena fina y cálida. Los niños jugaban con cubos y palas y se veía a bañistas flotando en el suave oleaje. Mientras él me guiaba, tuve la oportunidad de observar el tatuaje que cubría la parte derecha de su espalda desnuda, a excepción de la gruesa correa de la bolsa que tapaba parte del tatuaje. Era una especie de gato, grabado en tinta dorada. Un leopardo,

pensé. Los músculos de Chey hacían ondular el cuerpo esbelto del animal; la correa de la bolsa ocultaba su cabeza.

Tuve más ocasiones para inspeccionarlo cuando llegamos a una playa alejada y resguardada de las miradas de los bañistas por un cerco de árboles. Chey se agachó para sacar una manta de la bolsa y dejó al descubierto el hombro y la cabeza del leopardo; tenía los ojos negros y la boca abierta como si rugiera.

—No es más que un gatito —dijo con una sonrisa cuando vio que lo estaba mirando.

Se sentó en cuclillas sobre la manta y comenzó a sacar cosas de la bolsa. Una botella de champán, dos copas, un poco de pan y queso.

Comimos y hablamos. No mucho sobre él, más sobre mí.

—¿Y qué hacen las chicas en los internados rusos para pasar el rato?

—Quieres decir, ¿qué hacen cuando no están sobornando a chicos para que les den cigarrillos?

—Sí. ¿Por qué viniste a Estados Unidos? ¿Qué quería ser de mayor la pequeña Luba?

—Una *prima ballerina*, como todas las niñas rusas. Pero no era lo bastante buena. Era demasiado perezosa.

—No me lo creo. —Vertió más champán en mi copa—. ¿Aún bailas?

—Nunca. Ni siquiera cuando canto en la ducha.

—¿Bailarás para mí?

Quizá fue el champán y el cóctel que me había tomado antes, que se me habían subido a la cabeza, o quizá fue el escenario de ensueño, que parecía sacado de una película de Hollywood, o la sensación de que le debía algo por llevarme allí. Y yo siempre pagaba mis deudas. El caso es que me puse de pie y

empecé a moverme sobre la arena, meciéndome suavemente al ritmo del susurro de los árboles y el murmullo de las olas.

Era consciente del efecto que tenía sobre él. Estaba prácticamente desnuda con aquel bikini, y mis pezones se marcaban bajo la fina tela dorada ahora que empezaba a refrescar.

Los ojos de Chey brillaban, clavados en mí.

Mi mundo se detuvo por un segundo bajo la intensidad de su mirada, y sentí un subidón de adrenalina, el mismo que sentía junto al muro de ladrillo detrás de la escuela de Donetsk. Pero ahora no tenía delante a un adolescente ruso de provincias, sino a un hombre atractivo y generoso, que lo único que pretendía era mirarme. Ante la sola idea de exhibirme ante él y bañarme en su mirada todo mi cuerpo se estremecía.

Me llevé una mano a la espalda y

desabroché el pequeño cierre que unía las tiras de la parte de arriba del bikini, que dejé caer sobre la arena mientras, con los brazos levantados, seguí bailando.

—Eso también —me ordenó Chey, deslizando los ojos desde mis senos desnudos hasta el triángulo dorado de la braguita del bikini.

La parte de abajo se abrochaba con unas tiras que se ataban en una lazada sobre las caderas, así que pude quitármela con un par de tirones, y entonces me quedé completamente inmóvil, no por miedo, sino deliberadamente, para que él pudiera examinar mi cuerpo bajo la luz brillante de la luna tropical.

—Eres una sirena —me dijo—. Te mueves como el mar.

Me ofreció su mano y me atrajo hacia él. Yo me senté a horcajadas sobre su cintura, y me coloqué de tal manera que pudiera sentir el bulto

duro de su miembro bajo las bermudas y disfrutar del tacto de aquella tela gruesa bajo mi piel.

Antes de Chey, solo había besado a un chico. Uno que vino a buscarme al muro de ladrillo por mediación de Valya. El único que no quiso que se la chupara; prefería un poco de ternura. Quizá fuera tímido. Se llamaba Sasha, y cuando me arrodillé y acerqué las manos a sus pantalones, tiró de mí hacia arriba y me besó en los labios.

Ahora Chey tiraba de mí hacia abajo para besarme. Sabía a champán. Sus labios eran firmes, y su lengua rozaba mi boca con suavidad. Me sostuvo la barbilla con la mano, dirigiendo el beso. Después, deslizó sus manos sobre mis hombros para acariciarme los brazos, los pechos, y se detuvo en la cintura. Me arrastré hacia abajo sin previo aviso, y empecé a

desabrocharle los pantalones para mostrarle mi habilidad, la única que sabía.

Chey se echó a reír cuando se dio cuenta de lo que me proponía.

—No, sirena mía, déjame a mí —dijo dándome la vuelta para tumbarme boca arriba, bajo las estrellas que brillaban en el cielo como luciérnagas, mientras él metía su cabeza entre mis muslos y apretaba su lengua contra mi sexo.

Jadeé, sorprendida, mientras una oleada de placer recorría mi cuerpo.

Nunca se me había pasado por la cabeza que un hombre pudiera ser tan rápido en devolver el favor, y jamás me había preguntado cómo sería. En el dormitorio compartido de Ucrania, habíamos intercambiado rumores febriles sobre muchas cosas, pero ese había sido siempre el más escandaloso de todos. Las chicas presumían de su habilidad llevándose un pene a

la boca, pero la idea de tener la boca de un hombre entre las piernas era un tabú vergonzoso.

Evidentemente, yo me tocaba a menudo, y había construido una amplia paleta de placeres, pero a oscuras, bajo las mantas, intentando no hacer ruido. Conocía la geografía del miembro masculino como la palma de mi mano, pero nunca había tenido ocasión de ver mi cuerpo a plena luz, tampoco había imaginado cómo sería para los chicos el aprendizaje de complacer a una mujer. No sabía si aquello formaba parte de su educación, si venían a mí esperando algo más que unos pantalones bajados, o si se marchaban insatisfechos.

Así que el tacto de la lengua de Chey sobre mi clítoris fue como una puñalada en el corazón. Eléctrico. La sensación física trastornaba la fisiología, y encendía un fuego en lo más

profundo de mi cuerpo.

Sentía como si estuviera cayendo dentro del sol; cerré los ojos y me abandoné a la sensación de sus caricias, a veces lentas y, otras, rápidas, breves y apremiantes o largas y lánguidas, dejándome llevar por las reacciones de mi cuerpo a cada nuevo contacto.

Continuó jugando con sus dedos, y aquello también fue una revelación. Nunca había utilizado un dildo. No me daba vergüenza entrar en las tiendas de las bocacalles de Broadway, con sus escaparates rosas, rojos y morados en los que se exhibía lencería hortera en colgadores de plástico, pero administraba cada dólar que ganaba con disciplina militar, y apenas tenía suficiente para pagar la comida, el alquiler, el transporte, apartar una cantidad para el fondo en caso de emergencia, y los libros, el único lujo que me permitía. Gastar dinero en un juguete

sexual se me antojaba una extravagancia ridícula.

Estaba mojada por la danza de la lengua de Chey, y su dedo me penetró con facilidad para explorarme por dentro, para probarme; le siguió otro dedo.

—Dios, qué estrecha eres —susurró mientras yo buscaba su mano con mis caderas, deseando que me colmara, que fuera más lejos. Había sido virgen durante bastante tiempo, pensé, y ese era el último obstáculo que tenía que salvar para convertirme en mujer.

No me reservaba para el matrimonio. Era demasiado práctica para eso. Sencillamente, no había querido que ocurriera con uno de los chicos contra la pared de ladrillo, o con un hombre con aliento a alcohol que conociera en un bar y me dejara con un bebé y sin futuro, como Zosia en aquel jardín de árboles raquícos.

¿Qué mejor oportunidad tendría que el atractivo Chey bajo una luna tropical? Aunque la arena de la playa era algo fría y dura comparada con la enorme cama del hotel, estaba dispuesta a soportar la molestia.

Alargué la mano, impaciente por tocar su miembro; quería descubrir qué tipo de hombre era. Hacía mucho tiempo que no tocaba uno, y lo echaba de menos. Quería sopesar sus testículos en la palma de mi mano, subir con mis caricias hasta su cintura, recorrer con los dedos todos los rincones y las nervaduras de su piel.

—Eres impaciente —dijo mientras me apartaba las manos y proseguía con la exploración de mi cuerpo.

Deslizó un dedo dentro de mi ano, penetrándome por los dos orificios al mismo tiempo mientras me acariciaba el clítoris; la sensación fue cegadora. Era mejor que nada que

hubiera sentido antes multiplicado por cien, y me olvidé de él por completo mientras mi propio placer me consumía. Le agarré del pelo y tiré de mi cadera hacia arriba para sentir su lengua con más intensidad y atrapar su cabeza entre mis piernas, por si se había hecho ilusiones de apartarse para respirar. Un cambio de ritmo en ese momento lo estropearía todo. Entonces alcancé el orgasmo, era como una ola que se alzaba, se rompía y se retiraba.

Mientras volvía en mí y mis espasmos se ralentizaban, fui absolutamente consciente de lo que me rodeaba: el murmullo de los árboles; la firmeza de la arena contra mi espalda bajo la manta; el chasquido de ramas provocado por un animal o por una persona que nos espiaba; la suave brisa que me acariciaba la piel y la multitud de estrellas que resplandecían en el cielo como testigos silenciosos de mis aventuras.

Chey se incorporó y se tendió a mi lado, acunando mi cuerpo junto al suyo hasta que el calor que me llenaba se disipó y pude relajarme en sus brazos.

–Shhhh –decía, a la vez que me mecía como si fuera una niña.

Era la primera vez que un hombre me daba un orgasmo.

No protestó cuando me puse de rodillas y le desabroché el pantalón, que después le quité y arrojé sobre la arena junto a mi bikini. Su pene seguía duro como una roca, y tan bronceado como el resto de su cuerpo, como si llevara semanas tomando el sol desnudo.

Gimió cuando agaché la cabeza hacia su entrepierna y lo lamí desde el tronco hasta la punta.

–Oh, Luba –dijo con un estremecimiento mientras yo lo introducía en mi boca.

Su sabor era delicioso, y su miembro me llenaba la boca de una forma que nunca antes había experimentado. Saboreé el momento y empecé a bailar con la lengua por el glande, rodeando la cabeza mientras él seguía gimiendo mi nombre y enredando los dedos en mi cabello. Yo quería abandonar la técnica y el sentido del deber para, simplemente, sentir cómo entraba y salía de mí, cómo me penetraba hasta lo más profundo.

Él se estremeció y se retiró mientras me acariciaba la barbilla con ternura.

—Luba... —dijo otra vez con reverencia.

—Quiero montarte —repliqué.

Llevaba mucho tiempo esperando, quería saber cómo era tener a un hombre dentro que me llenara por completo. Pero no quería quedarme embarazada, y aunque sabía que podía tomar una pastilla al terminar para evitarlo,

no tenía ni idea de cómo conseguirla, así que suspiré aliviada cuando él alargó la mano hacia la bolsa y sacó una caja de condones del bolsillo, y más aliviada aún cuando, en lugar de tenderme uno, él mismo lo abrió y desenrolló la fina goma hasta la base de su pene. Practicar felaciones con un plátano era una cosa, pero que te descubrieran con preservativos en el dormitorio, suponiendo que hubiéramos podido conseguirlos, hubiera significado la expulsión inmediata.

Yo aún estaba mojada después de mi primer orgasmo, impaciente por saciar mi deseo. Me senté sobre él y descendí lentamente sobre su erección. Cuando rasgó la membrana que aún tenía intacta y un pinchazo de dolor recorrió mi cuerpo, ahogué un grito. Duró solo un momento, y entonces me di cuenta de que ya estaba, que aquello era un coito. Al principio, la sensación fue algo decepcionante, comparada con la de su

lengua sobre mi sexo, y me pregunté a qué venía tanta emoción.

Entonces empecé a moverme, y él me puso las manos en las caderas para moverme hacia atrás y hacia delante, lento al principio para después aumentar el ritmo. Descubrí que podía estimularme aún más si me inclinaba un poco hacia adelante y frotaba el clítoris contra los músculos de su vientre. Contemplé cómo una expresión de intenso deseo le llenaba el rostro, y decidí que todas las felaciones del mundo palidecían comparadas con el poder que ejercía una mujer sentada a horcajadas sobre un hombre.

Chey no se corrió a los pocos minutos como los chicos de la escuela. Cuando me cansé de cabalgar encima de él, me dio la vuelta ágilmente con un brazo para ponerme a cuatro patas, frente a las dunas y las palmeras que se

mecían en la distancia. Sentía cómo sus pesados testículos chocaban con mis muslos a cada embestida, ebria del sonido de sus gemidos me incliné hacia él, llevándolo al orgasmo.

Y entonces se corrió. A la vez que me agarraba de los hombros con sus manos fuertes y me penetraba profundamente hasta que alcanzó el clímax y yo llegué a mi límite; después nos separamos, jadeantes y eufóricos.

Pasamos un rato abrazados, deseando poder teletransportarnos al hotel sin tener que caminar hasta el barco y luego regresar a tierra firme, por muy romántico que fuera navegar bajo la luz de la luna.

Él recorrió mi cuerpo con las manos, pasando por mi vientre y mis muslos, y se detuvo al encontrar restos de sangre entre mis piernas.

—Ha sido tu primera vez —dijo maravillado—. No lo sabía.

–Tengo que ponerme al día –le dije yo, y él se echó a reír.

–Será un placer ayudarte.

Pasamos los días siguientes haciendo el amor a todas horas, hasta quedarnos agotados y en carne viva. Estábamos recuperando el tiempo perdido.

–Tu cuerpo está hecho para el sexo, Luba – me dijo Chey un día, tumbado a mi lado entre las sábanas de seda de la cama. Pero, para entonces, yo ya lo sabía. Todos mis años de clases de ballet y mi imaginación desbordante no habían sido más que la fase de formación.

Pero nuestro viaje no podía durar para siempre, y después de cinco días, regresamos a Nueva York. En los diferentes aeropuertos por

los que pasamos fui testigo de cómo Chey ofrecía fajos de billetes a diversas autoridades, que nos abrieron las puertas sin poner el menor inconveniente.

Adoraba Nueva York, pero, al regresar, me resultó gris e insípida, aunque no tanto como los deprimentes paisajes de Donetsk.

Regresé a mi guarida en Brooklyn, y Chey me aseguró que se pondría en contacto conmigo. Pronto.

Fue fiel a su palabra, y dos días después, cuando acabó mi turno en la pastelería de Bleecker Street y salí, ahí estaba, esperándome en la acera, con su uniforme informal de vaqueros y camiseta. Me llevó a su apartamento.

—Te deseo otra vez —dijo.

Pero no pasó mucho tiempo antes de que sus negocios le reclamaran de nuevo en el

extranjero. Unos días aquí, unos días allá, cada ausencia se hacía más larga que la anterior, sin avisos ni explicaciones. No volvió a pedirme que lo acompañara.

No es que yo fuera posesiva —crecer sin padres pronto lo cura a uno de ese sentimiento—, pero tras el éxtasis inicial de la relación, sus ausencias constantes, las citas canceladas y las promesas rotas empezaron a disgustarme.

Me regaló una pieza de ámbar, un precioso broche engarzado en un delicado marco de acero que me ponía a diario. Me lo dio antes de devolverme a Brooklyn al regresar del Caribe. Más tarde, me dejó las llaves de su apartamento del Meatpacking District, en Gansevoort Street.

Chey vivía en un antiguo edificio de ladrillo que en el pasado se usó como almacén, y que se había reformado en un bloque de apartamentos de lujo, donde incluso el baño era más grande

que mi modesto piso de Brooklyn.

La vivienda era una sinfonía en blanco y negro sacada del sueño de un decorador minimalista. Cada uno de los elegantes muebles y electrodomésticos, especialmente en la equipadísima cocina, donde abundaba el acero inoxidable y las superficies relucientes, parecía salido de una revista de decoración. Todo olía a caro y, por primera vez, me llevó a preguntarme de dónde sacaba sus ingresos. Era imposible que el negocio del ámbar fuese tan lucrativo.

Mi realismo pesaba más que mi lado romántico, y era consciente de que la escapada repentina a la República Dominicana debía de haberle costado una fortuna. Me dijo que podía ir a su piso siempre que quisiera, pero, muy a menudo, cuando me presentaba sin avisar, él no estaba.

Una vez me desnudé y me tumbé a esperarlo

sobre su enorme cama, pero me dormí, y el sol me despertó a la mañana siguiente haciéndome cosquillas en la piel. Me sentí sola y un poco tonta.

Irritada por lo que consideraba un desplante deliberado, saqué una de sus camisas impecablemente planchadas del armario, me la puse y empecé a explorar el apartamento. Descubrí que, a excepción de los cajones y armarios en los que guardaba su ropa exorbitantemente cara, los trajes, camisas, corbatas y zapatos, todo lo demás estaba cerrado con llave. Y eso no hizo más que avivar mi curiosidad.

Sin embargo, era más fácil cerrar los ojos y disfrutar del momento. Cuando estábamos juntos, el sexo era maravilloso y Chey, a pesar de todo lo que me ocultaba, era todo cuanto yo siempre había deseado en un hombre. Era

fuerte, atento, irónico y decidido.

Tiempo después, un día, en la tienda, las manos inquietas de Jean-Michel se pasaron de la raya y discutimos. No me quedó otra elección que dejar el trabajo. No tenía la menor intención de presentarme ante Chey con la mano tendida a pedirle apoyo moral o económico. Soy una mujer orgullosa. Tampoco me hubiera servido de nada, puesto que el incidente coincidió con una de sus ausencias más prolongadas fuera de Manhattan.

La última vez que estuvimos juntos fue en la cama, y vi que tenía unos hematomas apenas visibles en sus nudillos. Los ignoré, sabiendo que se cerraría en banda si me molestaba en preguntarle, como había hecho en nuestro viaje cuando quise saber por qué tenía aquellas cicatrices paralelas que le recorrían los hombros, así como el significado de su críptico tatuaje del

leopardo. Sabía que los prisioneros veteranos de las cárceles rusas llevaban tatuajes con distintos significados, pero el suyo no era de ese estilo.

Sus cicatrices y el tatuaje aumentaron mi fascinación. Cuando hacíamos el amor, los acariciaba en un intento de almacenarlos en mi memoria y extraer su significado. Oh, cuánto me gustaba explorar su cuerpo, su piel, sus músculos, la forma en que todas sus partes estaban conectadas y lo convertían en una máquina perfecta para amarme. Cada uno de sus rincones se adaptaba a mis ritmos internos; sus salvajes embestidas lo alojaban en lo más profundo de mi ser; adoraba la brisa fragante de su respiración entrecortada, la rigidez mecánica de su miembro encerrado en mi sexo.

Ahora podía olvidar a todos los chicos rusos, y su falta de sutileza y sofisticación. Chey era un hombre a quien no hacía falta enseñar cómo

tocar a una mujer, atarla, soltarla en el momento adecuado y observar la dirección de su deseo hasta satisfacerla por completo.

Me encantaba cómo deslizaba sus dedos sobre mi piel, para encenderme, provocarme, jugar, incluso para hacerme daño. Hasta que llegaba ese momento mágico de liberación. Me hacía sentir como una flor, y me abría para él de una manera que era del todo desconocida para mí. Había sido un capullo, una larva, y ahora era una mariposa que podía volar.

Muy alto.

En el momento de correrme siempre susurraba su nombre.

Chey.

Y entonces me quedaba dormida en sus brazos, a salvo y caliente, desmadejada, inundada por la liberación de su deseo.

Al despertar una mañana, él ya se había ido.

Solo había una nota en el mármol de la cocina diciendo que tenía que marcharse urgentemente y no sabía cuándo volvería, pero que me quería tanto como para ir y volver hasta la luna. Sonreí. Era una expresión que oímos en una serie de televisión, y los dos nos echamos a reír al mismo tiempo. Se había convertido en una broma privada, aunque yo empezaba a sentirla como una verdad.

En su nota sugería que me quedara a cuidar del apartamento durante su ausencia. Pues mira qué bien, pensé, furiosa porque pudiera abandonarme tan fácilmente. Para apaciguar mi frustración, fui a trabajar a pie y tuve la discusión que me puso de patitas en la calle.

Mis ahorros apenas duraron dos semanas, y sin un visado, conseguir otro trabajo no sería nada fácil. Chey no daba noticias. No me quedó otro remedio que dejar mi apartamento de

Brooklyn y trasladar mis pocas pertenencias a su casa, temerosa de su reacción cuando se enterara. Pero seis semanas después, seguía sin dar señales de vida, y su teléfono dejó de admitir mensajes en el buzón de voz.

Una mañana, arramblé con toda la calderilla que encontré en su escritorio y me senté en el Starbucks más cercano a tomar un café, con la mirada fija en las columnas oxidadas del High Line Park estudiando mis posibilidades, cuando oí que alguien me llamaba.

—¡Luba!

Era el amigo gordo de Chey, el ruso que me echó el café por encima a propósito. Se llamaba Lev, y cuando Chey nos presentó hacía ya unos meses, se disculpó profusamente por su comportamiento. Era evidente que temía a Chey, él llevaba la voz cantante en su supuesta relación profesional. Nunca hablábamos en

nuestra lengua materna; Lev tenía un marcado acento de la Costa Este.

Lo saludé con poco entusiasmo, puesto que mi furia ante la ausencia de Chey se trasladaba también a sus amistades.

—¿Cómo va todo? —me preguntó.

—Así, así —contesté—. No sabrás dónde se ha largado Chey, ¿verdad? O cuándo tiene intención de volver.

—Nunca me cuenta esas cosas —dijo él.

—Típico. —Solté un exabrupto en voz baja.

Sin que yo lo invitara, se sentó a mi mesa. Su camisa parecía a punto de reventar por las costuras, los botones agonizaban bajo la presión que su barriga ejercía contra ellos. ¿Cómo podía ser que esa bola de sebo se relacionara con Chey?

Interpretó mi desprecio como tristeza.

—¿Qué te pasa? —me preguntó, preocupado.

—Tu amigo Chey, eso me pasa —repliqué—. Un día está aquí, al día siguiente, ¿quién sabe? Sin avisar. No me lo pone fácil —me quejé.

Entonces le conté lo que había ocurrido en la pastelería, que había perdido mi trabajo y mi situación era de lo más precaria.

Se ofreció a prestarme unos cientos de dólares, pero no podía aceptarlos. De Lev, no. Era el tipo de hombre que esperaría una compensación de algún tipo, y yo no estaba dispuesta a dársela. Rechacé su ofrecimiento y le dije que tenía que encontrar trabajo, cosa nada fácil para mí.

Una gran sonrisa bobalicona le iluminó el rostro.

—Yo también estoy ilegal —declaró, como si fuera motivo de orgullo.

—¡Felicidades! —exclamé amargamente—. Estoy muy contenta de ser miembro del mismo

club...

–Pero Chey me ha dicho que eres una bailarina excelente. Te formaste en Rusia, ¿no es así?

–Sí. Pero hace mucho tiempo. Y no era muy buena, no tenía técnica suficiente.

–¿Qué tiene de técnico la danza?

–Creo que no lo entenderías –recalqué, dando un sorbo de mi café, que estaba tibio.

–Si quisieras bailar de nuevo, por dinero, creo que podría ayudarte. Hasta que vuelva Chey, si quieres.

–Cuéntame más –dije, aunque ya sospechaba que no sería un trabajo en el Lincoln Center, o con el ballet de Nueva York.

Me lo explicó.

Al principio, no lo vi nada claro.

–¿Estás seguro de que no tienes ni idea de cuándo volverá Chey? –pregunté, deseando que

aquella no fuera mi única elección. ¿Cómo iba a bailar desnuda para otros hombres, cuando, en lo más hondo de mi corazón, solo quería bailar para Chey?

—No. Es imposible de saber. Los negocios... ya sabes.

—Llévame, pues —dije.

El club se llamaba El Corazón Tierno, y se encontraba en la parte alta del Bowery, en un edificio de persianas metálicas, paredes cubiertas de grafiti y un toldo rosa descolorido. Más adelante, me contaron que había sido una sala de conciertos muy famosa durante la época dorada del punk. Las paredes del sótano rezumaban el sudor alcoholizado de varias generaciones, y casi vomité cuando Lev me guio a través del estrecho recibidor hasta la zona de oficinas.

—Es mucho mejor cuando encienden el aire

acondicionado, al atardecer, cuando abren al público –me aclaró–. Barry, el jefe, siempre trata de ahorrar dinero, así que lo apaga cuando está cerrado.

Barry era un británico diminuto que se estaba quedando calvo, con un bigote pasado de moda que no inspiraba confianza alguna. Durante cualquier conversación recordaba varias veces a su interlocutor que venía de Liverpool. Pero no se parecía en nada a ninguno de los Beatles.

Estaba sentado tras una mesa desvencijada que parecía haber sobrevivido a varias guerras, frente a unas hileras desordenadas de archivadores. Es solo un contable dándose aires, pensé, no había ninguna indicación acerca del propietario del lugar. Sospeché de Chey brevemente, pero aquel sitio era demasiado barriobajero y sin clase, decidí, como para que él tuviera alguna relación con él.

Lev había llamado para anunciar nuestra llegada.

—¿Así que eres la chica de Chey? —sonreía.

—Soy una mujer —dije—. Me llevó bastante tiempo llegar a serlo, así que estoy muy orgullosa de ello. Y no soy de nadie.

—Y guerrera, además —concluyó con una sonrisa divertida. Debía de creerse muy gracioso.

—Sí, en Rusia nos crían para ser duras —repliqué, exagerando mi acento a propósito.

Me miró de arriba abajo, como un carnicero valorando una pieza de carne.

—¿Nuestro amigo común te ha contado lo que hacemos aquí?

—Sí.

—¿Bailas?

—Bailaba. Aunque no el tipo de danza que tienes en mente.

—¿Tienes algún problema con eso?

—No.

Barry lanzó una mirada a Lev, y el ruso gordo salió de la estrecha oficina.

—¿Puedo verte? —preguntó—. Tu cuerpo. Desnudo. En este trabajo, como comprenderás, es lo que yo llamo un... —buscó la palabra adecuada— requisito. Los clientes necesitan algo decente para alegrarse la vista.

—De acuerdo —asentí.

Él se recostó en su sillón de cuero sin dejar de mirarme fijamente.

Me quité la ropa.

Sus ojos recorrieron cada centímetro de mi piel, de punta a punta, como si me examinara, me valorara, me juzgara.

Yo me quedé de pie mirándolo mientras sentía el calor opresivo que flotaba en la habitación y se colaba por debajo de la puerta

desde las zonas públicas del club, con las piernas ligeramente separadas para mantener un mínimo de modestia y elegancia mientras me sometía a su escrutinio.

—Muy bonito —dijo finalmente.

Bajé la mirada.

—Pechos pequeños pero auténticos, altos y firmes. Eso está bien. Piernas de bailarina, flacas, pero fuertes. Date la vuelta —ordenó.

Obedecí.

—Un culo precioso. Una obra de arte —proclamó—. Gírate.

Me miró una vez más de arriba abajo, deteniéndose entre mis piernas.

—Eso tendrá que irse —dijo.

Miré hacia abajo, perpleja.

—Ese vello —señaló—. Un color muy bonito, a juego con tu pelo. Es raro encontrar rubias auténticas hoy en día. Todas son de bote.

Algunas de nuestras chicas en otros locales se tiñen lo de abajo, pero yo pienso que queda artificial. Aunque a algunos clientes les pone. Pero en este establecimiento tenemos por norma que las bailarinas sean suaves como bebés...

Al parecer, mi expresión seguía siendo de perplejidad.

—Depiladas —aclaró.

Dije que estaba de acuerdo. Era algo que no había hecho nunca. En el internado no estaba permitido. En la escuela de San Petersburgo nos obligaban a recortarnos los bordes para que ningún pelo se saliera de nuestros maillots, aunque tanto en los ensayos como en las representaciones llevábamos gruesas medias debajo.

La visión de mi sexo desnudo me pasó por la mente, y sentí un estremecimiento perverso.

Suave como un bebé... Todo formaba parte

de mi nuevo yo americano.

La voz de Barry me sacó de mi ensueño.

—Hay algunas reglas que jamás deben romperse —prosiguió—. Nunca enseñes la flor. Nunca hables con los clientes, a menos que te pidan un baile privado. Puedes negarte a un baile privado, siempre y cuando no lo tengas por costumbre. Lo que hagas fuera del club es asunto tuyo. ¿Queda claro?

No del todo, aun así asentí con la cabeza. Necesitaba el trabajo, pero, además, algo estaba creciendo dentro de mí, la anticipación de bailar y desnudarme. Intuía que no solo me gustaría, sino que me daría una sensación de control. Sobre mi vida. Sobre los hombres. Era la misma sensación que tuve tras mis primeras felaciones, y también la noche que perdí la virginidad. Una sensación de poder.

Barry seguía parloteando con su acento de

Liverpool.

—Daré por sentado que sabes bailar, y como vienes de parte de Chey, no te cobraré la tarifa por número que pagan las otras chicas, así que todo lo que ganes de tus propinas y bailes privados será para ti. Pero, por favor, no se lo cuentes a las otras bailarinas. Se harían mala sangre.

Asentí de nuevo.

—Bueno, ¿cuándo quieres empezar? —preguntó finalmente.

Mi vida como *stripper* empezó al día siguiente. Lev me prestó algo de dinero para que pudiera comprarme un disfraz, que elaboré juntando varias prendas que compré en el mercadillo junto al aparcamiento del edificio de Broadway donde antes se encontraba la tienda de discos Tower Records, a unos pasos de Shakespeare & Co., la librería donde me

encantaba pasar horas hojeando las novedades. También me rompí la cabeza pensando en la música adecuada. Primero pensé en buscar una pieza clásica, rusa, quizá, pero se me antojó demasiado artística para el Bowery. Finalmente me decidí por «A murder of one», de los Counting Crows. La melancolía de esa canción apelaba a mi alma rusa.

Para cuando hube hecho y rehecho mi bolsa por enésima vez, para asegurarme de que tenía todo cuanto pudiera necesitar, y cerré la puerta del apartamento tras de mí, casi hubiera preferido volver corriendo a la pastelería y prometer a Jean-Michel que podría tocarme el trasero siempre que quisiera para no tener que subirme al escenario que me esperaba como la

picota al condenado. Aunque era demasiado testaruda como para permitir que algo tan insustancial como el miedo me detuviera. Cuando llegó mi turno, salí de detrás de la cortina del vestuario, llena de manchas de cerveza y quemaduras de cigarrillo, apreté la mandíbula y me dispuse a afrontar lo que me esperaba.

Todas las cosas importantes de la vida, nacer, morir, perder la virginidad, parecen estar relacionadas con la desnudez de alguna manera, y a mí el *striptease* me parecía otra de esas experiencias que ahora podría tachar de mi lista de asuntos pendientes, algo para lo que me había estado preparando desde que decidí saltarme las clases de ballet para ir a jugar con los chicos en la tapia trasera de la escuela. Cuando empezó a sonar la música y la letra familiar comenzó a escucharse por los altavoces, me pregunté qué

sería lo que llevaba oculto dentro, qué tipo de criatura saldría cuando me quitara el endeble disfraz y revelara mi desnudez a los espectadores, apenas visibles al otro lado del foco del escenario.

Sentí instintivamente que acababa de emprender un viaje sin retorno, que había elegido un camino y ya no podría dar marcha atrás. Hiciera lo que hiciera en el futuro, nada borraría ese momento.

Alcé los brazos sobre mi cabeza como si fueran alas y empecé a bailar.

Bailando con caballos

Al principio, en El Corazón Tierno, la decadencia del club me impedía concentrarme, y me costaba reconciliar mi voluntad de ser elegante además de *sexy*. La atmósfera deprimente de la sala principal, con sus tapices baratos que apenas ocultaban los viejos carteles raídos que anunciaban actuaciones pasadas de Patti Smith, Richard Hell & the Voidoids y Television, sumada a las melodías discotequeras chabacanas que mis compañeras elegían para actuar eran un cubo de agua fría sobre cualquier intento de mantener la dignidad.

Mi primera noche, además de sentirme terriblemente cohibida e incómoda en mi piel desnuda, cometí el error de deshacerme de mi bikini diminuto y la colección de pañuelos de seda que creí que combinarían y me darían algo con lo que entretenerme, así que me quedé completamente desnuda y sin nada que hacer en medio de la canción. En el centro del escenario, aislada, frente a la mirada de hastío de media docena de clientes de rostros indistintos, me sentí más como una muñeca que como una bailarina. Intenté hacer un *entrechat* y casi caigo al suelo después de resbalar sobre el parqué del escenario. Deseché rápidamente la idea de continuar con los pasos de ballet por temor a hacer aún más el ridículo.

Meneé un poco las caderas, di unas cuantas vueltas, sonreí todo lo que pude. Entonces repetí esos movimientos temblorosos una y otra vez,

deseando que la melodía llegara a su fin. Me mantuve apartada de la barra metálica que dominaba el escenario, con la que el resto de bailarinas jugaban, bailaban y se abrazaban con un desenfreno falsamente erótico.

Para mi profundo alivio, llegó el siseo del silencio a través de los altavoces, así como la oscuridad que aproveché para agacharme con rapidez y recoger los pañuelos, el bikini y un solitario billete de cinco dólares que uno de los espectadores había dejado al borde del escenario.

Con el tiempo, algunas de las otras chicas, un grupo variado que cambiaba constantemente, pues llegaban un día y se marchaban al siguiente, me enseñaron a bailar en la barra, pero nunca me aficioné a esa disciplina.

Quería ser diferente.

Aprendí a calcular el tiempo para introducir

golpes de efecto y elegir los momentos en los que revelaba mi cuerpo, mis armas. Desde que Chey y yo regresamos de la República Dominicana, donde el sol había aclarado mucho mi melena rubia, no volví a cortármela; nunca había llevado el pelo tan largo. A él le gustaba así. Le gustaba agarrármelo cuando me penetraba por detrás. Ahora era lo bastante largo como para cubrirme los senos cuando me lo echaba hacia adelante, un elemento más para jugar que parecía complacer a los hombres anónimos que me observaban y a la clientela habitual que empecé a reunir. Les gustaba entrever mis pezones a través de la cortina de mi cabello.

Viendo a las demás, descubrí cómo se guardaban el último golpe, permitiendo a los clientes un brevísimo vistazo de su sexo justo antes de que se apagaran las luces y la música

llegara a su clímax, como una última ofrenda tentadora. Para mí, aquello era hacer trampas. ¿Acaso los hombres no venían para eso?

Ahora que me había depilado, me maravillaba el espectáculo de mi suavidad, y un pequeño fuego se encendía en mi vientre antes de cada número frente a la posibilidad de mostrar a esos extraños mi parte más íntima, consciente de que solo podrían mirar, y no tocar, preguntarse a qué sabría, pero no saborearlo. Sentía que podría llevarlos adonde fuera, hacer lo que yo quisiera, solo por ver lo que tenía entre las piernas.

—Chica, cada vez lo haces mejor —me dijo Barry una noche tras ver mi número final, unas semanas después de mi llegada al club—. Empezaste algo torpe, y, de no ser porque tienes un cuerpo espléndido y eres amiga de Chey, no me hubiera quedado contigo. Pero tu progreso

ha sido espectacular.

—Me alegro de oírlo —repliqué.

—La verdad es que eres demasiado buena para este sitio. Tendrías que bailar en algún lugar donde sepan apreciar la clase. Aquí estás perdiendo el tiempo, tendrías que irte a la parte alta, donde las propinas son mejores.

Era verdad que las posibilidades económicas de los espectadores de El Corazón Tierno dejaban mucho que desear. Y algunos de ellos eran tan desagradables y groseros que, al segundo día, había decidido negarme a hacer bailes privados, e informé a Barry de que era una condición innegociable.

Barry me facilitó algunos nombres y fui a hacer entrevistas y pruebas. Seguía sin tener noticias de Chey.

Tras dejar claro que no me interesaban los revolcones «para probar la mercancía» y que solo quería bailar y entretener a los clientes, enseguida recibí ofertas para actuar en establecimientos de más categoría, incluso tuve donde elegir.

Empecé a alternar entre dos clubes privados en el Upper East Side, que frecuentaban vecinos adinerados y algunos extranjeros que se hospedaban en los hoteles de cuatro y cinco estrellas de la zona de Central Park.

Las propinas eran muchísimo mejores, y pronto me hice con el ritmo de los horarios; dormía por las tardes y trabajaba por las noches y los fines de semana en el Sweet Lola's o el Grand, donde admiraban mi formación clásica que además estimulaban, puesto que dos noches a la semana había música de piano en vivo, y las

chicas bailaban números más lentos en plan cabaré. Me gané una gran ovación, y el favor de Blanca, la hermosa mujer checa que se encargaba de las bailarinas, con una versión de «Makin' Whoopee!» que consistía más en contonearme sobre el piano que en bailar; de hecho, sentí que no me había ganado las propinas de esa noche.

Incluso accedí a hacer algún baile privado, puesto que los clientes de mis nuevos clubes eran mucho más sofisticados que los del local de Barry. Vestían trajes caros y tenían los bolsillos repletos de billetes que les encantaba arrojar al escenario a la menor provocación. Había un hombre que no quería que hiciera otra cosa más que quitarme los zapatos para él y enseñarle los pies. Pagaba elevadas sumas de dinero solo por un breve vistazo de los dedos de mis pies, y aún más si le permitía acercar la cara a mis tobillos

mientras me sostenía sobre las puntas, aunque nunca dejé que me tocara. Tenía miedo de perder la buena posición que había adquirido si incurría en la ira de los jefes rompiendo las reglas por un poco de dinero extra.

Por seguridad, las chicas compartíamos taxi para volver a casa siempre que podíamos. Nos llevamos un susto mayúsculo cuando a Gloria, una de las bailarinas con las que trabajaba regularmente, la atacó un admirador loco en un callejón detrás del Sweet Lola's; se abalanzó sobre ella después de que lo rechazara. Además, así también ahorrábamos dinero. Ganaba más de lo que hubiera creído posible cuando empecé en El Corazón Tierno, pero seguía siendo muy austera, así que aquella noche le pedí al conductor que se detuviera cuando el taxímetro llegó a la cantidad de dinero suelto que llevaba encima, más la propina, e hice a pie el resto del

camino a casa desde la esquina de la 14 Oeste con la Undécima Avenida. Eran las seis de la madrugada de un domingo. Las calles bulliciosas de la West Side Highway estaban tranquilas a aquella hora, así que di un rodeo y me acerqué al gran arco de acero del Pier 54 y contemplé el apacible fluir de las aguas del río Hudson, relucientes bajo el sol del amanecer. Una compañía de danza local actuaba y daba clases allí, y alguna vez había contemplado la posibilidad de unirme a ellos y quizá hacer nuevos amigos.

Ahora las cosas me iban bien en Nueva York. Aun así, aunque estaba acostumbrada a estar conmigo misma, a menudo me sentía terriblemente frustrada y sola sin Chey. No hubiera sido tan malo si supiera adónde iba y durante cuánto tiempo. No quería ser pesada ni dependiente, y era perfectamente capaz de

seguir adelante sin él, pero yo había nacido en un mundo de líneas rectas, de uniformidad y precisión, y no me gustaba el caos que sus ausencias inexplicadas y caóticas causaban en mis planes. Quería dar algo de orden a mi existencia, fomentar la sensación de que, por patética que fuera, mi vida tenía un propósito.

Cavilando sobre todo esto y cansada de la actividad de la noche, al llegar a casa no me di cuenta de que la americana de Chey colgaba del respaldo de una silla en la habitación que utilizaba como despacho. Tampoco vi el periódico doblado sobre la barra de la cocina, ni oí el suave zumbido de su lavadora futurista.

Yo me dispuse a seguir mi ritual de después del trabajo: dejé la bolsa, que desharía cuando me despertara, de cualquier manera sobre el sofá del comedor; encendí el hervidor de agua para hacerme un té con una rodaja de limón,

como cuando era niña; me lavé la cara con agua fría para deshacerme de la identidad de bailarina nocturna y pasar a ser la Luba de todos los días, que iba vestida la mayor parte del tiempo..., y entonces lo encontré en el dormitorio. No es que fuera poco observadora, pero Chey se movía como un felino, elegante, silencioso, como un muelle en tensión esperando a que lo soltaran. Podría haberse acercado a una bandada de palomas sin asustarlas.

Mi ilusión inicial al verlo pronto dio paso a otras emociones más poderosas al recordar que me había abandonado, y cómo esta vez pensaba dejarle las cosas claras y decirle que no permitiría que me tratara así. Pero entonces vi que estaba sentado junto a una pila de raso y encaje. El disfraz que me probé y luego decidí no utilizar para esa noche.

Echó un vistazo a mi expresión culpable y

defensiva, y su rostro se endureció.

—Creía que solo bailabas para mí —dijo—. ¿Este es tu nuevo uniforme en la pastelería? Fui a buscarte, y me dijeron que te habías ido...

—Pues te equivocas —repliqué airada—. Bailo para mí. Para nadie más.

Eso era cierto. Cuando terminé mi primera actuación en El Corazón Tierno, descubrí lo mucho que echaba de menos el rigor de los pasos, el fluir de la música, el placer que me daban los aplausos del público satisfecho, lo mucho que disfrutaba de saber que todos aquellos ojos estaban clavados en el ritmo de mi cuerpo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Creías que no podías llamarme, que yo no te cuidaría?

—No soy tu mascota —le dije, molesta—. Tampoco una novia por catálogo que se quedará en casa a esperarte. Que se gastará tu dinero y

te lo pagará con sexo, como una prostituta.

—Sabes que no te veo así —contestó, visiblemente ofendido.

Yo enderecé los hombros y tensé la mandíbula, dispuesta a discutir hasta el amargo final. Mi independencia era algo por lo que siempre había tenido que luchar con todas mis fuerzas, y, como consecuencia, algo que valoraba enormemente. Y si a Chey no le gustaba, lo dejaría, y utilizaría el dinero del baile para encontrar mi propio camino.

—Me gusta bailar. Lo echaba de menos. Y no te debo nada, ni a ti ni a nadie.

—Sabes que no eres ninguna *prima ballerina* en un sitio como ese, Luba. —Agitó en el aire la tarjeta del local de Barry, que había encontrado dentro de mi bolsa.

—Ya no trabajo allí. Ahora estoy en un club más selecto, más acorde con mi estilo. Y no me

trates como si fuera una fulana cualquiera – insistí—. Ni siquiera me has visto bailar.

Finalmente, llegamos a un acuerdo. Vendría a ver una de mis actuaciones. Si le gustaba, me dejaría seguir. Si no, yo dejaría de bailar por dinero, aunque solo si encontraba otra forma de tener ocupados el cuerpo y la mente y de ganarme la vida.

Esa noche me hizo el amor como un poseso. Como si el ardor y la dureza calculada con que me trataba fueran una forma de reforzar nuestros vínculos al nivel más primario.

Nunca había visto a Chey tan tierno y tan brusco, y era una combinación que me encantaba y me asustaba al mismo tiempo, como si estuviera conociendo al verdadero Chey, un nuevo hombre que era a la vez príncipe y demonio hecho carne.

Mirándolo a los ojos cuando me penetraba

sin tregua, agarrándome las nalgas mientras yo estaba tumbada de espaldas amortiguando sus salvajes embestidas, me di cuenta de que estaba imaginando la forma en que me exhibía desnuda ante otros hombres cuando bailaba, y esa era su manera de marcarme como suya y mantenerme alejada de las zarpas de los demás. Eran celos, que lo convertían en alguien mucho más autoritario, en un amante inigualable.

Invertí más tiempo en preparar la primera actuación que Chey presenciaría que en la del primer número en El Corazón Tierno. ¿Qué le gustaría? ¿Qué le parecería aceptable? Ciertamente, yo no le debía nada, y podía hacer lo que quisiera. Pero Chey me gustaba; entre todas las alternativas que tenía, continuar como hasta

ahora con su bendición era, sin duda alguna, mi preferida.

Intuía que le gustaría mi número, como le gustó cuando bailé para él en la playa. Pero quería estar completamente segura de que se daría cuenta de que lo que yo hacía era diferente. Yo no era una cabaretera más, que meneaba los pechos por una propina. Era algo más. Lo mío era arte. Quería algo más que su aprobación. Quería su respeto.

Así que hice todo lo que estuvo en mi mano para asegurarme de que cada detalle de mi actuación fuera de su gusto, desde la iluminación —blanca en lugar de roja hasta la ropa: un sencillo vestido de algodón blanco largo hasta los pies como el que llevé en nuestro viaje, que podía quitarme fácilmente desde los hombros sin necesidad de hacer un elaborado *striptease*. Salí a escena descalza y actué a un lado del

escenario, con la barra en penumbra. Elegí una de sus canciones favoritas, algo que había escuchado en su despacho en las pocas ocasiones en que estaba en casa trabajando en el ordenador. «Devil in the details», una canción cien por cien americana de los Walkabouts; era muy lenta al principio, y poco a poco iba *in crescendo*. Me daba la oportunidad de empezar con movimientos delicados hasta llegar a pasos más atrevidos. También era una señal para Chey, para decirle que no me olvidaba de él mientras bailaba.

Vino a ver mi siguiente actuación en el Sweet Lola's. Y cuando, al terminar, me dijo que era buena, me henchí de orgullo.

Su siguiente comentario, sin embargo, me cayó como una bofetada.

—Pero podrías ser mejor —añadió mientras introducía el código de acceso en la entrada de

su edificio.

Me enfurecí, pero me contuve antes de saltar, y recordé que pretendía ganarme la aprobación y el apoyo de Chey para mi nuevo proyecto. Si algo había aprendido acerca de los hombres era que les gustaba sentir que tenían el control, aunque no fuera cierto.

—¿En serio? —respondí, con toda la dulzura que fui capaz de expresar—. Por favor, explícamelo.

Si Chey percibió acritud en mi tono, no dijo nada.

—Unos pasos de baile clásicos necesitan música clásica.

—Ya lo pensé, pero creí que sería demasiado para el club. El Grand me deja usar un poco de clásica...

—Déjame los clubes a mí —replicó él con firmeza.

–De acuerdo... –Si Chey podía granjearme el favor de las *madames*, mucho mejor. No era tan orgullosa como para no aceptar su ayuda, si con ella conseguía más libertad creativa.

–Y tus movimientos son demasiado salvajes.

–Empiezas a parecerte a mis profesores de ballet de Rusia.

–Pues tus profesores de ballet de Rusia tenían razón. Te beneficiaría algo más de control.

Al principio, sus planes para influenciar mi estilo eran enteramente físicos. Me llevó a su *dōjō*, la academia de artes marciales de la 27 Oeste en la que entrenaba cuando estaba en la ciudad para mantener su cuerpo en forma y sus músculos firmes, un hábito que yo no tenía intención de cuestionar, pues no estaba dispuesta a salir con un hombre que se permitiera engordar, como su amigo Lev.

Aparte de la danza, nunca había sentido la necesidad o el deseo de hacer ejercicio físico. Todo aquel sudor me parecía desagradable e innecesario; además, desde que dejé de tener el cuerpo débil de niña me mantenía delgada sin esfuerzo. Ni siquiera mi desayuno habitual en la pastelería, que consistía en un *pain au chocolat* o en un bollo con crema chantillí y un café espumoso, había añadido ni un kilo a mi cuerpo esbelto.

Chey me condujo a través del vestíbulo, franqueó el paso con su carné de socio y anotó mi nombre en la lista de invitados mientras yo observaba a mi alrededor. Olía a sudor seco y a toallas húmedas. Al ver a los pocos hombres y a las aún más escasas mujeres ataviados en ropa barata de ejercicio, me pregunté cómo iba aquello a mejorar mi danza.

Nos cruzamos con un conocido de Chey que

solo llevaba un reluciente pantalón corto de satén y cinta protectora en las manos. Boxeaba con su reflejo frente a las paredes de espejo, y reprimí la risa cuando pasamos junto a él. Cruzó la mirada con Chey en señal de reconocimiento, y agachó la cabeza, como un perro ante el macho alfa de la manada.

Me agradaba constatar que, en compañía de Chey, nadie se quedaba mirándome. Nadie se fijaba en mí ni parecía extrañarse ante mi presencia. Yo me sentía tan fuera de lugar como la primera vez que pisé un escenario, pero la actitud segura de Chey y su expresión ligeramente feroz parecían desviar toda la atención de mí, y eso, para variar, era agradable. No me gustaba que me miraran a menos que yo hubiera dado mi consentimiento, como cuando bailaba.

Me enseñó algunos estiramientos y

movimientos básicos. Muay thai, lo llamaba, y descubrí para mi asombro que mi cuerpo de bailarina era muy apropiado para aquel ejercicio. Mis piernas y abdomen eran fuertes, y tenía buen equilibrio, así que cuando pasamos a los sacos de boxeo, descubrí que podía golpear con brazos y piernas con facilidad y que tenía una fuerza pasmosa.

A continuación, me mostró algunas técnicas básicas de combate cuerpo a cuerpo; se puso protecciones en los brazos y me animó a golpearlo, mientras él me esquivaba y me bloqueaba.

Era evidente que permitía a propósito que la mayoría de mis golpes dieran en el blanco, y que contenía su propia fuerza para no hacerme daño. Pero, aunque sabía que se estaba dejando ganar, descubrí que disfrutaba con el esfuerzo al que estaban familiarizados mis músculos, y también

del baile con Chey como oponente en lugar de amante; el impacto de mi cuerpo contra su cuerpo, la forma en que se agachaba y apartaba para evitar un golpe de mi codo o de mi pie; su sonrisa, y el sudor que empezaba a perlarle la piel, resaltando la definición de sus músculos.

Hice una breve pausa para recuperar la respiración, y él se inclinó hacia delante para besarme; me mordió el labio inferior con tanta fuerza que tuve que reprimir un grito.

—Tendrías que haberme bloqueado —me dijo, tomándome el pelo—. No estabas concentrada.

—Te he visto venir desde un kilómetro —contraataqué yo—. Pero es que no quería detenerte...

Me alzó en volandas, y yo le rodeé la cintura con las piernas, atrapándole con mi cuerpo mientras él se acercaba a la pared y apoyaba mi espalda en el espejo.

—La puerta está abierta. Puede entrar alguien... —susurré, aunque sabía que no quería que parara. Atrapada entre Chey y el espejo frío, sentía crecer mi excitación. Estábamos en una de las salas más pequeñas, donde había colchonetas para hacer estiramientos y un par de sacos de boxeo, que daba a una sala más grande en la que se alzaba un *ring*, varios sacos más colgados del techo y una zona de pesas.

—Pues que entre —replicó él mientras me levantaba la camiseta y revelaba mis pechos, con los pezones en erección, a cualquiera que quisiera entrar—. Además, nadie va a molestarnos. Me he asegurado.

Me pregunté por un momento lo que habría hecho Chey para que el resto de miembros del gimnasio le tuvieran tanto miedo. Quizá era un luchador especialmente fuerte. Quizá el *dōjō* fuese suyo... Pero todos aquellos pensamientos

desaparecieron de mi mente cuando me bajó las mallas y deslizó un dedo dentro de mí, y después otro.

—Parece que has disfrutado de nuestra sesión más de lo que quieres admitir —dijo, tocando la humedad que se deslizaba por mis muslos, como reacción a la situación y a la imagen de su cuerpo firme moviéndose junto al mío—. Bueno ¿dejarás que te entrene, sirena? —Se había convertido en su apodo para mí desde mi baile en la playa.

—Sí —contesté.

—Bien —dijo él con una sonrisa exasperante.

Él bajó la cabeza hasta mi oreja y apretó sus labios contra el lóbulo, y yo sentí su aliento cálido sobre mi piel.

—Tu primera tarea será aprender a esperar.

Estaba jugando conmigo, y mi irritación profunda al sentirme tan impotente se vio

superada por la grandiosidad de mi excitación. Estaba tan desesperada por sentir sus manos recorriéndome entera, por tenerlo dentro una vez más y disfrutar de lo que saliera de su fértil imaginación, que dejé que desenredara mis piernas de su cintura y me recolocara la ropa.

Me sentía aturdida, ebria de deseo, mientras Chey me llevaba de la mano hacia la salida, muy consciente de que mis pezones eran perfectamente visibles bajo la fina tela de mi camiseta, excitándome aún más.

Pero tan pronto como regresamos a su apartamento, recibió un aviso para salir de viaje otra vez, y entre disculpas y promesas de compensarme, se marchó, y yo volví a quedarme sola, a comer, bailar y dormir sola, y a esperar a que regresara.

Una semana después, al volver a casa, encontré un disfraz muy peculiar sobre la cama. No había visto a ninguna de las chicas del club vistiendo nada parecido. Un armazón de correas de cuero y hebillas de metal, y unas pinzas de las que colgaban un par de cascabeles que, supuse, eran para los pezones.

Había visto a una de las chicas del Sweet Lola's actuar en corsé de cuero, botas negras con cordones y un látigo que hacía restallar a cada pirueta, pero su disfraz no se parecía en nada a este, y no era el tipo de conjunto que jamás hubiera imaginado que Chey podría elegir para mí. Para mí, el cuero, el látex y demás materiales de ese tipo eran algo vulgar, lo típico que encontraría en el escaparate de un *sex-shop*. Era una elección más indicada para aquellas chicas que buscan algo ostentoso para

desviar la atención de su falta de talento para la danza, algo que les permitiera frotarse contra la barra metálica y esperar que nadie advirtiera sus ojos vacíos ni la torpeza de sus pasos.

Junto al disfraz había una nota: «Pruébatelo».

Chey conocía mi personalidad. El cuero era grueso, pero suave. No parecía barato, ni usado. Las hebillas brillaban a la luz, y el conjunto estaba bien elaborado, como si hubiera sido obra de un curtidor experto, y no producto de una fábrica que se dedica a escupir prendas baratas por docenas.

Tuve que ponerme frente a un espejo y hacer varios intentos antes de descubrir cómo abrochármelo, pero, una vez lo logré, me llevé una grata sorpresa. El traje formaba un arnés que resaltaba mis pechos y mi pubis en rombos, con una correa en la espalda que me enderezaba los hombros y el porte.

Cuando me giré, vi a Chey en el quicio de la puerta, sonriendo.

—Te queda bien —dijo—. Me gusta.

—No es lo que me esperaba. No es muy... clásico. ¿Crees que debería bailar con esto?

El arnés era sofisticado, pero muy diferente de mi atuendo escénico habitual, que, en mi opinión, llamaba la atención sobre la delicadeza de mis movimientos y resaltaba la idea de que mi actuación no tenía que ver con el sexo. O no solo con el sexo.

—Solo para mí. —Fue su respuesta.

Alzó la mano para mostrarme otra parte del disfraz: un par de botas largas de plataforma sin tacón y con una anilla de metal en la suela, que parecían los cascos de un caballo.

Enarqué una ceja, dubitativa.

—Van muy bien para el equilibrio —dijo él—. Pero es muy difícil caminar con ellas. O eso es

lo que me han dicho.

Chey dejó esas botas tan extrañas junto a la puerta del dormitorio y me dedicó una profunda mirada, para después echar a andar hacia su despacho mientras se aflojaba la corbata.

Disfrazarme de animal se me antojaba una tontería, pero respondí enseguida a la posibilidad de un reto. Mis profesores de danza me habían criticado por muchas cosas, pero nunca por mi postura y mi habilidad de ponerme sobre las puntas.

Las botas estaban hechas de un cuero fino y suave, con una cremallera camuflada en los laterales, y me llegaban hasta medio muslo. Al principio tuve que apoyarme en los muebles para poder tenerme en pie y mantener el equilibrio sobre la plataforma del zapato para dar algunos pasos. No era como en el ballet, puesto que no podía estirar el pie por completo, pero después

de probar un rato, pude ajustar mi postura para conseguir una cierta estabilidad, aunque no tan grácil como me hubiera gustado.

Para completar el cuadro, saqué las pinzas con los cascabeles y me las coloqué con cuidado en los pezones. No me dolían, a menos que las golpeara o tirara de ellas. Volví a mirarme al espejo.

El resultado era hermoso, aunque algo extraño. Había oído a menudo, en boca de Chey y de otros, que me movía como un animal, y, con mis piernas largas y cuerpo delgado, supongo que me parecía a un equino. Como toque final, recogí mi larga melena rubia en una cola de caballo sobre la coronilla.

Entonces fui al despacho de Chey dando pasos cortos para enseñarle cómo me quedaba.

Chey alzó la vista de la pantalla de su ordenador y me dedicó una sonrisa perversa.

–Preciosa –me dijo–. Ven aquí.

Me acerqué a él con paso vacilante hasta quedarme justo en frente del sillón en el que estaba arrellanado, ahora sin camisa y corbata, y vistiendo solo unos vaqueros amplios que le caían en la cadera, dejando al descubierto la «V» que describían sus abdominales.

–Abre las piernas –me dijo.

Obedecí, deleitándome con el fervor de su mirada y el reconocimiento con el que contemplaba mi cuerpo.

Tanteó mi sexo con sus dedos, para comprobar lo mojada que estaba, y entonces empezó a acariciarme el clítoris con la punta del dedo en círculos diminutos, primero despacio y después cada vez más deprisa, al sentir que me relajaba bajo su tacto. Me temblaban las piernas, y por poco pierdo el equilibrio cuando sus caricias se volvieron más vigorosas y yo gemí,

invitándolo a continuar la danza de sus manos sobre mi cuerpo. Me agarró cuando mis piernas cedieron y me dio la vuelta, apartando los papeles que había sobre su mesa para hacerme sitio.

El peculiar diseño de las botas impedía la postura. Tenía que permanecer de puntillas, con el trasero apuntando al aire y la espalda arqueada, con los antebrazos apoyados sobre la mesa. Oía su respiración entrecortada a mi espalda mientras me contemplaba, e imaginé el aspecto que debía de tener con aquellas botas y el arnés de cuero que enmarcaba mis nalgas e impedía que me moviera con naturalidad. Cada vez que me movía, los cascabeles de las pezoneras tintineaban, un recordatorio de que había aceptado vestirme así por él, algo de lo que Chey parecía disfrutar tanto como yo con su admiración.

Agarró bien cada nalga y tiró de ellas e hizo círculos con las manos sobre mi piel, después me abrió y las separó bien para verificar con mucho cuidado la estrechez de mi ano con la punta del dedo.

Oí cómo abría un cajón de su escritorio, el clic del tapón de una botella, tras lo cual continuó con lo que estaba haciendo. Metió primero un dedo, y después otro, en mi orificio, mientras seguía acariciándome el clítoris con la otra mano.

Me dolían las rodillas a causa de la posición forzada que me obligaban a mantener las botas, y los pezones me palpitaban bajo las pinzas, pero todo aquello desapareció en cuanto el placer que me provocaba su tacto inundó mi cerebro, y todos mis pensamientos se volcaron en un torrente de placer, como si toda mi conciencia estuviera saliendo de mi cabeza para colmar mi

cuerpo.

—Eso es, relájate —me tranquilizaba Chey, y poco a poco noté cómo me abría y le franqueaba la entrada, deseando sentir su miembro, que se apoyaba en la entrada del esfínter.

Algo que garantizaba un silencio incómodo en las conversaciones trasnochadas en mi dormitorio de la escuela era mencionar que el pene de un hombre no solo estaba hecho para la vagina, o la boca, sino que podía introducirse en otro lugar, el más íntimo e innombrable de todos: el ano.

Pero una vez superada la sorpresa inicial del deseo de Chey de explorar esa parte de mí, descubrí que me encantaba, o que, por lo menos, la sensación de sus dedos dentro de mí mientras me hacía el amor o jugaba con mi clítoris me impulsaba a un orgasmo seguro. Ahora quería sentir más, tener su pene dentro, dejar que me

poseyera entera y me llenara por completo.

Me sujeté a la mesa con las manos y esboqué una mueca de dolor ante la presión inicial. Él se detuvo por un momento para que se aliviara la incomodidad inicial, y me frotó la espalda y el cuello, caricias suaves para animarme, hasta que yo me relajé y arqueé la espalda para darle la bienvenida.

Entonces empezaron las embestidas, suaves al principio y luego cada vez más vigorosas; yo gemía de placer y lo animaba a continuar. Me agarró del pelo y se enroscó mi coleta alrededor de la muñeca para guiar mis movimientos mientras yo corcoveaba contra él hasta que sentí cómo Chey se tensaba y se dejaba ir dentro de mí.

Puse la espalda recta para darme la vuelta y besarlo, pero él me presionó en las lumbares para que mantuviera la posición.

—No. Quédate así —dijo suavemente mientras se ponía de rodillas y me tentaba con la lengua sobre mi clítoris, hundiéndose en los labios de mi sexo como él sabía que me gustaba, para después darme lametones hasta que llegué al orgasmo. No separó la cara de entre mis piernas, como si quisiera beberse mi placer hasta la última gota.

Yo ya no podía más, y cuando mis rodillas se vinieron abajo, él me sostuvo en sus brazos y me acompañó al suelo, acercando sus labios a los míos en un beso lento y apasionado.

Se agachó junto a mí y me quitó las pinzas de los pezones con cuidado, después me bajó la cremallera de las botas y las retiró, tras lo cual me masajé los tobillos y los pies para reanimar la circulación de la sangre.

—¿Por qué sonríes? —le pregunté, al detectar la expresión divertida que pasó por su cara.

—No sabía si lo harías. Ponerte el disfraz.
Creí que quizá había ido demasiado lejos.

Consideré lo que decía.

—Me lo he puesto por mí —dije—. Para ver si era capaz. Para ver cómo sería. La curiosidad me motiva a hacer muchas cosas.

—Mi gata curiosa.

Yo esperaba que siguiera por el mismo camino y me regalara un mono de látex, pero no lo hizo. En lugar de eso, me regaló una diminuta cadena de plata para ponerme en el tobillo, con un colgante tan pequeño que nadie sabría lo que era a menos que lo examinara muy de cerca. Una herradura de ámbar.

Era uno de los muchos regalos que me había hecho, todos tallados en esa gema. Las piedras

mágicas con las que supuestamente se ganaba la vida, esos fragmentos de las profundidades del tiempo en la tierra.

En mi siguiente actuación, imaginé que Chey me montaba, que yo era su corcel particular. Mi danza fue salvaje, excesiva, animal. Mis mejillas se tiñeron de escarlata de tal forma que tuve que pedir prestado algo de maquillaje para mi siguiente número para no parecer Blancanieves. Después de un buen polvo con el príncipe, por supuesto.

Blanca, la *madame* checa, chasqueó la lengua en señal de desaprobación cuando pasé junto a ella al salir del escenario, pero había un brillo cómplice en su mirada como si supiera exactamente lo que Chey había hecho conmigo el día anterior. Me ruboricé aún más al pasar junto a ella de camino al camerino.

—La flor, no, Luba. La flor, no. —Y no se

refería a mis mejillas. En mi frenesí, había enseñado demasiado a los espectadores.

Aunque ninguno se había quejado.

Hasta que conocí a Chey, no sabía que el ámbar podía tener tantas formas y colores.

En la República Dominicana, en respuesta a algunas de mis preguntas iniciales sobre sus negocios, me llevó a un pequeño museo privado situado en un centro comercial decadente donde se exhibía una colección de ámbar increíblemente variada. Me explicó que las piedras eran fósiles muertos que se habían convertido en esas piezas increíbles, y cómo su claridad y color influían en su valor. En el primer regalo de Chey, el broche, el ámbar estaba dentro de un relicario de acero que encargó a un

artesano local. Esta pieza era demasiado pesada para ser un collar, así que sugirió que me lo colgara de la muñeca esa misma noche. Para entonces, yo ya había pasado un tiempo considerable bajo el sol, y descubrí que me bronceaba con facilidad sin quemarme a pesar de la palidez natural de mi piel, aunque, por supuesto, había tomado la precaución de untarme brazos y hombros con toda suerte de cremas hidratantes y lociones protectoras. Se quedó maravillado ante la forma en que el color del ámbar combinaba con mi piel, una pequeña sinfonía de ocres y naranjas, con una línea difuminada entre la materia viva y la muerta. Recuerdo que yo llevaba un vestido blanco.

Unos días después me dio una pieza de ámbar más pequeña, de aspecto lechoso, que me regaló al despertar de una siesta vespertina. Me ordenó que me tumbara sobre la espalda y

estirara brazos y piernas en forma de estrella, mientras una suave brisa agitaba las cortinas del balcón con vistas a la playa. Cuidadosamente, depositó la gema en la oquedad de mi ombligo.

—Destaca el color leonino de tu sexo —dijo; señaló mi vello púbico y arrastró un dedo entre mis piernas en apreciación de mis encantos. Intenté no ruborizarme. Naturalmente, una cosa llevó a la otra y llegamos tarde a cenar. Esa noche me convenció para ir a cenar sin ropa interior a un restaurante exclusivo en el que había reservado mesa; mi sexo aún estaba magullado por el asalto continuado de sus caricias y sus potentes embestidas.

En Nueva York, hizo crecer mi colección de ámbar con una generosidad exagerada; cada nueva piedra se adaptaba a mi estado de ánimo, a la ropa que me compraba o a las tonalidades por las que pasaba mi cuerpo cuando me hacía

el amor, convirtiendo nuestra pasión en una ceremonia casi sagrada.

Hubiera podido jurar que siempre que bailaba en el intervalo de las veinticuatro horas siguientes a un encuentro con Chey, todos los espectadores anónimos lo sabían con solo ver el bamboleo de mis senos, el fulgor de mi entrepierna o los destellos de mi trasero bajo los focos. Y me excitaba. Salvajemente.

Era sensual, era una mujer. Era la mujer de Chey.

Si él dejara de desaparecer sin avisar, negándose a decirme dónde o por qué se iba... Mi corazón y mi sexo lo llamaban de madrugada en aquella cama tan grande, en la que las noches se hacían eternas. Lo echaba de menos con toda mi alma, mi cuerpo tenía síndrome de abstinencia, y la necesidad de sentirlo dentro de mí era como un apetito que nunca podría

saciarse.

Fue después de una de esas largas noches cuando sucedió lo peor.

Había estado celebrando en el bar del hotel Algonquin, en la 44, una noche de propinas astronómicas con Alice y Maya, dos bailarinas rusas que se movían por los mismos locales que yo. Vestíamos nuestras mejores galas, que, por aquel entonces, yo ya podía permitirme. Salíamos del hotel para tomar un taxi que nos llevara a nuestras casas respectivas, en mi caso el vacío apartamento de Gansevoort Street que compartía con Chey, cuando reconocí una silueta familiar en la acera contraria. Hacía semanas que no veía a Lev, desde que me llevó a El Corazón Tierno para presentarme a Barry.

Lo llamé, y él se giró, con una mirada furtiva y avergonzada al reconocirme. Al principio parecía a punto de salir corriendo, pero decidió esperar a que me acercara hasta él, que subía las escaleras del hotel Royalton, donde se encontraba el Philippe Stark, uno de los establecimientos con más clase de Manhattan.

—Luba.

—Hola, Lev...

—Tienes... buen aspecto... —Parecía evitarme con la mirada.

Su nariz era bulbosa y parecía torcida, y tenía cercos negros y morados bajo los ojos. La forma en que se sostenía de pie delataba cojera, o algún dolor en las piernas.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté.

—¿No lo sabes?

—No.

—¿Chey no te lo ha contado?

—Casi no lo veo, cuéntamelo tú.

Titubeó un momento, y entonces me miró a los ojos.

—Fue él. Me pegó una paliza.

—¿Por qué? —pregunté con incredulidad.

—Por ti.

—¿Por mí? ¿Qué ha pasado? —Estaba sinceramente perpleja. Si esa hubiera sido la primera reacción de Chey, podría haberlo entendido. Supuse que Lev o Barry le habrían contado cómo llegué hasta El Corazón Tierno, y su cólera no me sorprendía. Sabía que los hombres podían ser celosos. Pero habían pasado meses desde que empecé a bailar, y tras su sorpresa inicial, Chey parecía aceptar mi profesión, incluso se podría decir que estaba orgulloso de mí y de mi forma de bailar. Sentí cómo empezaba a bullir por dentro, mientras añadía ese incidente a la larga lista de cosas que

Chey mantenía en secreto, a las mentiras que me contaba.

—No le hizo mucha gracia que yo te diera la idea de... bailar. Se puso furioso. Nunca lo había visto tan enfadado.

—¿Él te hizo esto? —Examiné sus facciones malheridas. No era atractivo en circunstancias normales, pero es que ahora parecía una figura grotesca malherida. Recordé cómo los hombres del *dōjō* evitaban la mirada de Chey. No era de extrañar, si hacía eso a sus amigos a la menor provocación.

—Me recolocaron la nariz —dijo Lev—. Las señales se irán con el tiempo. Y mi pierna se pondrá mejor.

Yo estaba furiosa. Lev era solo un conocido, nadie con quien yo elegiría pasar mucho tiempo. Pero me ayudó cuando más lo necesitaba. ¿Cómo había sido Chey capaz no solo de

hacerle eso, sino de ocultármelo?

—Es un hombre celoso, Luba. Tú no te das cuenta del poder que tienes. Puedes hacer que los hombres se comporten así, ¿sabes?

Cuando finalmente subí a un taxi, no pude llegar al Meatpacking District lo bastante rápido. Echaba humo de tan furiosa que estaba, y estaba absolutamente decidida a enfrentarme a Chey de una vez por todas y descubrir quién era en realidad, me gustara o no.

Por supuesto, cuando llegué él no estaba en casa. Peor aún, se había dejado el armario abierto, cosa que daba a entender que había hecho la maleta con prisas y a última hora. Y eso significaba que estaría fuera una semana, por lo menos.

Sobre mi mesilla de noche me había dejado, a modo de regalo de despedida, otra pieza de ámbar. La décima, si no me equivocaba. Pero

esta vez estaba decidida a no dejar que se saliera con la suya. Me metí en la ducha de un salto y, colérica, me froté vigorosamente para lavarme, como si quisiera borrar a Chey de mi piel.

Más tarde, paseando a oscuras por el enorme apartamento, demasiado alterada como para acostarme, reparé en que había dejado un cajón de su escritorio abierto.

Ese cajón siempre estaba cerrado, como tantas otras puertas del apartamento, así que no pude evitar acercarme a fisgar.

Había varios documentos sobre transportes en varios idiomas, una cantidad sorprendente de sujetapapeles y gomas elásticas y, bajo todo el desorden, una pistola.

Negra y brillante.

Olía a aceite.

Mi corazón dio un vuelco.

La saqué del cajón con cuidado para verla
mejor.

Una Sig Sauer.

Parecía peligrosa, pero bella.

Como mi amante.

Mi corazón se hundió.

¿Había huido de Rusia para acabar con un
hombre malo americano, con un gánster?

Bailando con pistolas

Cuando encontré la pistola, mi mundo se congeló.

Sabía que en Estados Unidos tener una pistola era algo relativamente común. Pero no una pistola como esa. El arma de Chey, como el resto de sus posesiones, parecía cara. Reluciente como si le hubieran sacado brillo hacía poco, de un gris acerado, era fácilmente accesible desde el cajón superior derecho de su escritorio, donde la mayoría de la gente guardaría los objetos de uso más frecuente, como bolígrafos o blocs de notas, quizá una

agenda. No un arma letal.

Podría haber inventado excusas, creer que la guardaba para protegerse contra los ladrones, de no haber encontrado el silenciador en el mismo cajón. Nunca había visto uno excepto en la televisión, pero aquel delgado tubo de metal no podía ser otra cosa. Nadie utiliza un silenciador para protegerse. Alguien que tratara de defender su casa querría hacer el máximo de ruido posible para alertar a los vecinos de que necesitaba ayuda. Solo los cazadores necesitan silenciadores, no sus víctimas. La gente que tiene algo que ocultar. Como Chey.

Ahora todo encajaba.

Las mentiras. Las largas ausencias injustificadas. Su relación con Lev. Su armario lleno de prendas que no conjuntaban, sin un estilo particular, trajes de diseño junto a sudaderas de universidades a las que yo sabía

que no había ido. Todo aquel dinero, los sobornos, el estilo de vida lujoso y las reuniones de negocios en los lugares más variopintos de la ciudad. Los cajones cerrados con llave. Los documentos en varios idiomas que tenía en la mesa, notas escritas de su puño y letra en un ruso más avanzado del que fingía hablar.

Era una especie de gánster. No sabía de qué clase, ni si estaba metido en drogas, armas, o algo peor. Fuera lo que fuera, no quería saberlo. Había visto suficientes películas de Hollywood, y conocido el mercado negro en primera persona, de la mano de los chicos que se ganaban la vida vendiendo medias y cigarrillos a las chicas rusas, como para saber que cuanto más sabías, más aumentaban tus posibilidades de acabar flotando en el río Neva o, en mi caso, en el Hudson.

Tendría que haber devuelto el arma al cajón y echado a correr, pero la pistola de Chey me

llamaba con un canto de sirena, letal y hermoso, y mis manos regresaron a su fría superficie plateada para acariciarla antes de que ningún pensamiento racional pudiera ordenarme huir y fingir que nunca la había visto.

La sostuve como si estuviera hecha a mi medida. El cañón era esbelto y curvilíneo como el cuerpo de una mujer, y el gatillo parecía suplicar que lo tocaran, que lo acariciaran, que lo apretaran.

Sujeté la pistola con los brazos estirados, tal como había visto en las películas de acción, y me paseé por la casa girándome ocasionalmente para apuntar a enemigos imaginarios. Me miré en el espejo del dormitorio, donde me había contemplado con el disfraz de caballo antes del polvo en el despacho. Junto al cajón que contenía la pistola.

Mi postura era de seguridad. Los brazos

completamente extendidos, los codos bloqueados, los músculos abdominales tensos y un brillo en los ojos que transmitía a la vez sensualidad y violencia.

En aquel momento, sentí por fin que lo comprendía.

El animal que tenía dentro, la atracción por el peligro, el instinto de supervivencia que superaba a todos los demás incluso cuando significaba herir a la gente que me amaba.

Y entonces, el dolor me golpeó como un puñetazo y la furia se preparó para propinarme un segundo golpe.

Una pelota de dolor, disgusto y traición crecía en mis entrañas, y entonces recorrió mis brazos hasta el cañón de la pistola.

Di un bandazo.

Levanté los brazos.

Y disparé.

Hubo un fuerte estallido. Y entonces un chasquido y un fuerte estrépito cuando el cristal de la pantalla plana del televisor de cuarenta pulgadas se hizo pedazos. El impacto me hizo salir despedida hacia atrás, casi se me disloca el hombro por el simple hecho de que la bala saliera disparada del cañón.

Me silbaban los oídos. Pues vaya con el silenciador, y con todas esas películas que prometían que apenas se oiría más que el sonido de una botella de champán al descorcharse. El disparo reverberó como una avalancha por el apartamento, temí que hubiera despertado a todo el vecindario, por no hablar de la explosión del televisor de Chey sobre el suelo de madera.

No iba a quedarme para dar explicaciones, ni a Chey, ni a los vecinos, ni a la Policía, ni a nadie; tampoco iba a revelar que había descubierto su secreto. Las autoridades podrían

tomarme por cómplice. Los enemigos de Chey – sin duda tendría unos cuantos, pues, de lo contrario, no tendría necesidad de armas– podrían tomarme a mí también por enemiga. Sus amigos podrían pensar que tenía información que me convertía en peligrosa. El mismo Chey podría creer que había descubierto un secreto que no podía permitirme guardar.

Así que hui.

Metiendo todas mis posesiones en la bolsa que Chey me había comprado para guardar mi ropa de trabajo, desaparecí entre las calles. Siempre me sentí segura rodeada de gente, así que me acerqué al bullicio de Times Square y el centro de Manhattan. Sabía que me volvería invisible entre los turistas y oficinistas apretados como sardinas en las aceras, todos avanzando a un ritmo silencioso: rostros clavados en las pantallas de las fachadas que no dejaban de

repetir su procesión incesante de vídeos musicales y anuncios; manos tecleando mensajes en teléfonos móviles o manipulando otros aparatos. Y nadie que me hiciera el menor caso.

Al principio, sentí demasiado miedo como para disgustarme o ponerme furiosa.

Cada persona que se me acercaba, un golpe metálico sobre el asfalto producido por un perro que arrastraba la correa por el suelo, perseguido por su dueño, el claxon de los taxis que luchaban por circular entre el denso tráfico, todo me aceleraba el pulso y me hacía zumbar los oídos.

Me detuve a comprar un refresco y una bolsa de panecillos a un vendedor callejero para tener algo que hacer con mis manos temblorosas, y entonces encontré un banco vacío en el que sentarme y considerar mis opciones.

Tenía el estómago revuelto, y todos mis nervios, músculos y tendones estaban de punta y a punto de saltar, como si esperara el siguiente golpe sonoro de una canción y el botón de pausa se hubiera atascado. Mis pensamientos se dispersaban como palomas al vuelo, y gruesas lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas cuando la tristeza se unió a la ira. Ya no sabía si quería pegarle un puñetazo o besarlo.

Así que eso era tener el corazón roto.

Arrojé un trozo de pan a la acera y lo pulvericé con el pie mientras imaginaba todo lo que le diría a Chey a gritos si tuviera la oportunidad de decirle exactamente lo que pensaba de él, lo bien que estaría sin él y lo poco que lo necesitaba.

Pero inmediatamente después empezaba a recordar todas las cosas que adoraba de él, y mi corazón se rompía otra vez.

Un chaval con una cresta morada pasó junto a mí a toda velocidad en un monopatín amarillo y escupió. Su saliva aterrizó peligrosamente cerca de mí, y le solté una obscenidad en ruso, cosa que solo causó su risa mientras se alejaba rodando para unirse a sus amigos, que le sonreían para darle ánimos y me gritaban.

Esta provocación se sumó al nudo de furia que tenía en el pecho y no dejó de crecer hasta llevarse por delante mi dolor y mi corazón roto y recordarme el presente y mi nueva realidad. Ya no podía contar con Chey. Estaba sola, y lo primero que tenía que encontrar era un lugar en el que pasar la noche y pensar en qué hacer.

Blanca fue la primera persona a quien pensé en llamar.

La única persona.

Era la anfitriona principal del Grand, y la mujer con quien sentía más afinidad. Quizá

porque ella también provenía de Europa del Este, y había abandonado su patria para venir a Nueva York. La mayoría de las otras chicas del Sweet Lola's y del Grand eran americanas, y tenía poco en común con ellas. Selma y Santi venían de México, y Gina, de Argentina, pero eran nuevas y apenas nos habíamos dirigido la palabra. Pensaba que debería hacer más esfuerzos por ser amistosa, pero no le veía mucho sentido cuando las demás tampoco parecían muy dispuestas a serlo conmigo, y sobre todo teniendo en cuenta que la mayoría de las chicas no duraban más que unos pocos días.

Blanca apareció en el umbral de su puerta cuando yo me acercaba a su *loft* de Williamsburg, no muy lejos de mi antiguo piso en Queens, pero mucho más exclusivo. Las cosas no le iban mal, pensé, mientras me conducía a la cocina, llena de electrodomésticos de acero

inoxidable; después pasamos al espacioso salón adyacente, donde yo dormiría en un sofá cama. Probablemente sisaba algo de las propinas de las bailarinas como extra a su sueldo y de la tarifa de la casa que las chicas pagaban por cada número. En mi opinión, merecía cada centavo por asegurarse de que el Grand conservaba su ambiente exclusivo y no hacía concesiones en sus normas como otros locales de la zona que conseguían así chicas ordinarias y dinero fácil.

Era la primera vez que la veía fuera del trabajo, donde solía vestir con largos trajes sueltos que realzaban su escote generoso como dos orondos panecillos blancos que se ofrecían a bocas dispuestas.

Ese día llevaba unos vaqueros y una blusa blanca, su cabello caoba recogido en un moño sobre la coronilla. Éramos de la misma estatura pero, en contraste con mi delgadez, Blanca era

de formas voluptuosas. Le echaba unos treinta y tantos. Sabía que había bailado en el Grand durante años antes de asumir el puesto de supervisora de las chicas, y se notaba: su figura era redonda en todos los sitios adecuados, pero también firme y carnosa, como pude comprobar cuando se dio la vuelta para enseñarme el resto del apartamento. Yo bajé los ojos para admirar sus nalgas, altas y turgentes, maravillosamente esculpidas bajo la tela de los vaqueros.

Al observar el trasero de Blanca mecerse a cada paso que daba, se me ocurrió que tenía más opciones además de los hombres. Mi relación con el sexo masculino siempre había sido un toma y daca. Intercambiar un activo por otro. Era una cuestión de cálculo racional, de pura lógica. Romance, claro, pero antes estaba el asunto de la supervivencia, del sexo a cambio de la seguridad y el confort. No es que no me

gustara el sexo. Pero incluso eso era una transacción, mi cuerpo a cambio del suyo, un orgasmo por otro.

Quizá sería diferente con una mujer. No tanto una lucha de poder, sino un encuentro entre iguales.

Las primeras noches me distraje del dolor sintiendo una combinación de ira y deseo. Recordaba todas las formas en que Chey me había hecho daño y todos los motivos que tenía para odiarlo, e imaginaba el cuerpo voluptuoso de Blanca desnudo bajo el siseo de la ducha de su diminuto cuarto de baño mientras me preguntaba si tendría los pezones erectos, si tendrían el efecto de partir la cortina de agua que resbalaba sobre su piel mientras se enjabonaba, si llevaba el vello púbico rasurado como una bailarina, o si se lo había dejado crecer de nuevo como un velo para cubrir sus

secretos más íntimos. Me dormía con la mano bajo la manta delgada, acariciando mi propio pubis hasta que un orgasmo me transportaba al país de los sueños, feliz y ligera, más deprisa que cualquier somnífero.

Pero Blanca no me dio ningún motivo para creer que sentía lo mismo por mí, y su trasero permaneció firmemente encerrado dentro de sus vaqueros durante toda mi estancia. Peor aún, yo no era la única chica a quien refugiaba, y pronto me encontré compartiendo el sofá cama con Dee-Dee, una jamaicana que acababa de llegar a Nueva York y cayó inmediatamente en los brazos de un Lev o un Barry que se la pasaron a Blanca tan pronto como se dieron cuenta de que tenía algo de ritmo en sus largas piernas y unos pechos lo bastante bonitos como para ser modelo de un catálogo de lencería.

Con Dee-Dee dormida a mi lado, sus

pesadas extremidades ocupando la mayor parte de la cama, mis episodios de placer nocturno desaparecieron y mis sueños se volvieron más oscuros, llenos de balas y cañones de acero que imaginaba de mil maneras distintas. Unas veces yo estaba dentro de la pistola, bailando como una chica Bond, otras tenía la pistola contra mi cabeza y, Chey, el dedo en el gatillo, y otras, la tenía dentro de mí y la gélida longitud de la Sig Sauer me dejaba al borde de un orgasmo que era tan terrible como inmenso en su placer.

Intentar quitarme a Chey de la cabeza y olvidarme del dolor que sentía era como pretender impedir el curso de un río con muros de arcilla. Estaba destinada al fracaso. Lo echaba de menos, por más que fingiera que no. Echaba de menos su mente, su compañía, su cuerpo y su sexo, y todas aquellas cosas maravillosas que me hacía en las contadas

ocasiones en que estaba en casa.

Me resultaba doloroso ser consciente de que vivíamos en la misma ciudad y que nuestros caminos podían cruzarse en cualquier momento. Por la calle, en un bar, en cualquier sitio. Me mantenía alejada del Meatpacking District, de su apartamento y del Upper East Side, donde se encontraban los clubes en los que él sabía que había trabajado. Si me topaba con él no sería lo bastante fuerte como para resistirme a la atracción que ejercía sobre mí, y aceptaría cualquier patraña que inventara para justificar sus ausencias periódicas cuando estábamos juntos y la presencia de la pistola en el cajón.

Había una parte de mí que soñaba con un encuentro fortuito, por escasas que fueran las posibilidades en un lugar tan grande como Manhattan, mientras mi parte más sensata temía que eso llegara a ocurrir y mi reacción si

finalmente ocurría.

Llevaba a Chey bajo la piel.

Él sabía lo mucho que me gustaba pasar gran parte de mi tiempo libre husmeando en librerías, en particular en Shakespeare & Co., en Broadway, donde a los empleados no les importaba que me pasara horas hojeando libros al azar antes de decidirme, al cabo de una hora o más, por una edición barata de bolsillo. Así que dejé de frecuentar esa tienda y me pasé a la librería Strand, donde podía perderme entre la multitud. A veces, mientras paseaba entre los pasillos de las distintas plantas y me detenía a hojear un libro, sentía una mirada posada sobre mí. Siempre pensaba que era Chey, y me giraba con el corazón acelerado para descubrir que se trataba simplemente de un hombre que se había detenido a admirar mi belleza, poco acostumbrado a ver a una rubia con aspecto de

extranjera que no encajaba en el estereotipo de lectora en una librería.

Pasaron un par de meses y Blanca me informó que Chey no había aparecido en ninguno de los dos clubes a preguntar por mí, y que tal vez debería regresar al trabajo. Quizá pasar primero un par de semanas en locales más lejanos de Long Island o Nueva Jersey para habituarme de nuevo al baile y calmar mis nervios antes de volver a actuar en la ciudad.

Di mi consentimiento y empecé a inspeccionar anuncios de alquileres con la intención de encontrar algún sitio para vivir, quizá en el West Village. Sola. Quería mi propio espacio, y la oportunidad de pensar, tumbarme a la bartola y ser todo lo dejada que quisiera. Las últimas semanas que había pasado junto a Blanca y las bailarinas con quienes no tenía nada en común, que entraban y salían constantemente

de su casa, empezaban a cansarme. La conversación era limitada, y me hartaba que me pidieran prestado ropa o maquillaje a la menor oportunidad. Necesitaba aire para respirar.

Rehusé la posibilidad de actuar fuera de la ciudad.

—No, quiero volver al Grand —le dije a Blanca—. Si me aceptan. Me gusta el sitio, y ningún hombre me impedirá hacer lo que quiero. Además, tienen unos guardias de seguridad muy fornidos...

—Desde luego que sí, querida —dijo Blanca.

Volvía a ser una mujer con determinación y, junto a Blanca, planeé mi gran regreso al escenario. Ensayé un número nuevo. Escogí la música con cuidado. Adquirí el vestuario perfecto y los accesorios adecuados.

«El gran regreso de Luba al Grand.»

Emocionadas como niñas, diseñamos un

panfleto para anunciar mi actuación inicial, y decidimos que, después de mi número ese sábado por la noche, concedería un único baile privado. Al mejor postor.

Me sentía desafiante, segura de que Chey no se atrevería a aparecer e inmiscuirse.

Y, si lo hacía, yo me exhibiría con todo el erotismo de mi cuerpo para enseñarle lo que se perdía, para provocarle, para mostrar a todos los hombres presentes todo aquello que él nunca volvería a tener. Para demostrarle que ya no era la chica que solo «montaba» él, sino una mujer a la que todos deseaban.

Había un importante congreso de informática en la ciudad, en el Javits Center, y esa noche el club estaba lleno a rebosar, con una fila de limusinas aparcadas en la acera con sus potentes motores ronroneando suavemente, chóferes esperando y una multitud de ejecutivos

vestidos con trajes elegantes en la cola para entrar una vez superado el escrutinio de nuestros monumentales guardias de seguridad.

Durante el turno de las otras bailarinas, me senté en el camerino, vestida y maquillada y sin nada que hacer, con una bandada de mariposas bailando un tango en mi barriga. Aún me preguntaba si se encontraría entre el público para observarme, desearme, ¿quizá echarme de menos?

El silencio cayó sobre la sala cuando las luces se apagaron y yo entré en el escenario.

Los altavoces despertaron para anunciar mi presentación:

—Me llamo Luba... —Mi voz, mi acento ruso, mi ronquera. Me había llevado más de una hora perfeccionar esas tres palabras como obertura para la música de Debussy. Quería parecer misteriosa, inalcanzable, seductora, desvelar mi

propia esencia.

La actuación pasó como un sueño.

Sentí que no había nadie más en la sala.

Atrapada en los movimientos de la danza, prisionera del foco cegador, un cuerpo blanco conectado a la luz ardiente de color rojo. Incluso había pedido que desmontaran la barra para que nada me tapara ni distrajera la mirada implacable de los espectadores mientras bailaba.

Era la encarnación del deseo. Era la reina de la noche. Era sensualidad, pechos, sexo y nalgas. Cada instante ensayado pretendía que todos los presentes me desearan con fuerza, para que suspiraran, jadearan, se excitaran, sintieran por mí una pasión descontrolada en cada célula de su cuerpo. Quería que todos me anhelaran, que me desearan más de lo que nunca habían deseado nada en su vida hasta verme en el escenario del Grand cuando les abrí

los ojos.

Pero al mismo tiempo bailaba para mí, como si estuviera sola, ignorando las oleadas de deseo que llegaban hasta el escenario, hasta mis dominios, como golpes de calor que se podían tocar.

Funcionó.

Salí a escape del escenario cuando la oscuridad me envolvió como un manto protector, sudando a mares, con las mejillas encendidas, un cosquilleo en el cuero cabelludo y las entrañas encendidas por la excitación. Blanca me lanzó una mirada de soslayo.

—Eso ha estado en el límite entre lo obscuro y lo hermoso, Luba... Nunca dejas de sorprenderme. —Me guiñó un ojo en señal de complicidad.

Las demás bailarinas me miraban de forma extraña, como si hubiera roto las normas o las

hubiera ofendido. No me molestó. Para ellas, bailar era solo un trabajo. Para mí, ahora era también una expresión de mi ser.

A través de los altavoces, podía oír a Blanca en el escenario, organizando con entusiasmo la subasta de mi exclusivo baile privado.

Se llamaba Lucian, y se convirtió en mi primer millonario y en el segundo hombre con el que me acosté.

Desde fuera, desde Rusia, por ejemplo, o, concretamente, desde un cenagal como Donetsk, en Ucrania, California parecía un paraíso inalcanzable. Un lugar ideal donde el sol brillaba constantemente sobre un paisaje de aguas azules, palmeras y una abundancia ostentosa. Como el Caribe, donde Chey me

llevó, pero sin la pobreza ineludible que rodeaba al lujo. Una tierra prometida a la que solo los gánsteres y sus mujeres podían acceder en la vida real.

Y ahora, yo estaba allí.

Por cortesía de Lucian, mi extraordinario informático.

Nunca supe cuánto pagó por su audiencia privada conmigo en el reservado del club. Más tarde, Blanca se limitó a tenderme un fajo de billetes que ni siquiera me molesté en contar. No eran solo las ganancias de la subasta, sino también una montaña de billetes que miembros agradecidos del público arrojaron al escenario al terminar mi número. Nunca me quedaba a recoger esas propinas, pues me parecía indigno y degradante tener que agacharme desnuda bajo los focos a recoger billetes del suelo. Blanca se ocupaba de ello por mí. Decía que contribuía a

mi mística de mujer inalcanzable, otra de mis características que no hacía ninguna gracia al resto de las bailarinas.

El baile privado no tuvo nada de especial. Él no intentó tocarme, y yo apenas me restregué contra él, pues parecía satisfecho solo con ver cómo me meneaba y me sacudía a unos centímetros de distancia, con mi bikini blanco y mi piel pálida, y mis propias manos recorriendo seductoramente mis pechos, mi vientre y mis muslos; sabía que aquella forma de tocarme complacía a los hombres. Él no era ninguna excepción; me contemplaba con los ojos muy abiertos, como una caricatura del adorador, sin sonreír. La música que había elegido, una canción del grupo británico de trip hop Archive llegó, a su fin, y yo me separé de él. En la semipenumbra, la tienda de campaña que su erección formaba en los pantalones era

imposible de disimular. Sus gafas de montura gruesa pasada de moda estaban algo torcidas.

—Ya está —dije—. Espero que te haya gustado.

—¿Eres rusa de verdad? —soltó.

—Cien por cien.

—Creo que las mujeres rusas son preciosas —dijo—. Diferentes.

—¿Exóticas?

—No, no quería decir eso —añadió. Hizo una pausa, como si estuviera buscando las palabras adecuadas. Decidí echarle una mano.

—Todas somos diferentes. Como las mujeres de todas partes, ¿sabes? En realidad soy de Ucrania. Las chicas de los países vecinos a veces son muy distintas. Algunas tenemos las piernas muy largas, otras tienen los pómulos muy pronunciados, y las de los países fronterizos con Asia pueden tener los ojos rasgados y los

traseros bajos. Hay mucha variedad. No se debe generalizar.

—Ya lo sé —insistió—. Pero...

Se calló. Yo me disponía a marcharme, cuando me llamó otra vez.

—¿Luba es tu nombre real, o solo un nombre escénico?

—Es mi nombre de pila, sí. En realidad es un diminutivo de Lubov, pero ese nadie lo usa mucho.

—Luba —repitió; saboreaba todas las letras del nombre en la punta de la lengua como si fuera una exquisitez culinaria.

Tendría unos cuarenta y muchos años, pero por su aspecto y su ropa parecía diez años más joven. Había hecho fortuna desarrollando *software* que después vendió a las empresas líderes del sector. Y después, se dedicó a invertir en empresas emergentes, incluyendo

Google y Facebook, y logró amasar una fortuna tal como para no tener que trabajar nunca más. Pasaba gran parte de su mucho tiempo libre diseñando juegos de rol, para su propia diversión, sin molestarse en venderlos. Tenía una casa enorme en un canal de Venice Beach, donde amigos e interesados entraban y salían a su antojo. El niño que llevaba dentro nunca maduró; seguía siendo un adorador en el altar de la belleza y tenía problemas para relacionarse con las mujeres.

Todo lo contrario a Chey. Quien, en esos momentos, me había dejado rota y vacía, y debía de haberse ido de la ciudad una vez más con algún encargo o misión ilegal, pues, de lo contrario, sin duda habría estado entre el público del Grand para que yo lo viera, o para suplicarme que volviera con él.

—¿Volverías a bailar para mí? —preguntó

Lucian.

—Esta noche, no —respondí—. Era un baile exclusivo. Tengo que atenerme a las normas.

—¿Mañana, pues? —insistió.

—No trabajo todos los días —repliqué.

—Te pagaré —añadió.

—No es cuestión de dinero —dije.

—Oh...

Él era solo un hombre y, en aquel momento, supe que yo era una marionetista.

—¿De dónde eres? —le pregunté.

—Omaha, Nebraska —contestó—. Pero ahora vivo en California.

Al oírle decir eso, de repente Nueva York se me antojó un sitio triste, frío y gris, lleno de recuerdos de Chey y de todo lo que no había funcionado, y sentí apetito de algo nuevo.

—Bailaré para ti allí —dije—. Llévame a California y lo haré.

Se le iluminaron los ojos.

—Con dos condiciones —improvisé rápidamente al ver su reacción—. Que nos marchemos mañana, y que no me hagas prometer que me acostaré contigo. Quizá lo haga, quizá no. Ya veremos. Nos dejaremos llevar, pero siempre podemos ser amigos.

Él tragó saliva.

Era un buen hombre, pero una vocecita interior me susurraba al oído con malicia que los hombres buenos nunca serían suficiente, y que solo los malos podían satisfacer mi cuerpo y mi alma. Pero Lucian estaba ahí, era lo mejor que se me ofrecía y no iba a desperdiciar esa oportunidad.

Sabía que había sido el mayor postor en la subasta por mi baile privado, pero ni siquiera me hacía a la idea de lo rico que era.

Lo descubrí cuando pasamos por la terminal

VIP del aeropuerto JFK y nos llevaron al hangar privado donde aguardaba el avión que había alquilado.

Cumplí mi palabra y bailé para Lucian en el enorme salón de su casa en Venice Beach con vistas al canal. Cada noche.

Me convertí en su bailarina particular.

De día, mientras él trabajaba en el estudio que tenía en la parte trasera de la casa, yo salía a pasear por la playa. A veces llegaba hasta Santa Mónica, donde me recompensaba con un helado al final del embarcadero. Elegía un sabor diferente en cada ocasión para romper con la monotonía.

Me convertí en una turista en aquel mundo de fantasía. Una mujer hermosa entre miles.

Después de cada baile, Lucian me dejaba un fajo de billetes, manteniendo nuestra relación como un arreglo puramente profesional.

Detrás de sus gafas gruesas, observaba mis movimientos como un niño en una tienda de chucherías, siempre abochornado por sus erecciones. Le dije que podía tocarse si quería, pero era demasiado tímido para hacerlo estando yo delante. Tras una semana así, me metí en su habitación una noche y me acosté con él. Se lo debía.

Lucian era correcto, pero nada más. Tiernamente torpe, cariñoso, parlanchín hasta la irritación, aunque cada vez que su torrente de palabras se volvía demasiado cursi y sentimental yo me llevaba un dedo a los labios para acallarlo.

A excepción del sexo, era como vivir con el hermano que nunca tuve. Después de instalarme en su habitación, seguí bailando para él por las

noches, pero dejé de aceptar su dinero. No me parecía correcto.

Pero yo no estaba hecha para ser una mujer ociosa, y la monotonía de California y la personalidad blanda de Lucian pronto empezaron a cansarme.

—Soy una bailarina —le dije una noche mientras sorbíamos mojitos en la terraza de un lujoso restaurante de Figueroa Boulevard. Yo me había pasado la tarde de compras por el centro, pero ni siquiera la ropa de California me entusiasmaba—. Necesito bailar, para un público, no solo para un hombre. Si no, no me siento completa...

Lucian suspiró, como si imaginara lo que yo tenía en mente.

—Es tu vida, Luba. Yo no te detendré.

Le hice jurar que no vendría a los lugares donde yo bailarías. Explicué que quería mantener

nuestra vida privada y mi danza profesional estrictamente separadas. Aceptó a regañadientes.

Encontré trabajo en el White Flamingo, cerca de Burbank. Era un garito de mala muerte y las propinas eran escasas, pero me permitía perderme en la música. Los jefes del local no eran muy de fiar ni podían tener las manos quietas, e insistían en que bailara con música más animada. Yo no podía engañarme. Eso era hacer *striptease*, no bailar.

Era como vivir en dos mundos distintos, que existían rigurosamente separados el uno del otro. Las luces horteras del club de Burbank por la noche, y las pacíficas callejuelas de Venice Beach y la casa de Lucian de día. Cualquier chica hubiera suspirado por esto último, pero algo en mi interior se sentía locamente atraído por el peligro y el *glamour* de lo primero.

Lucian tenía que ir a Canadá a un congreso en London, Ontario, y lo acompañé al aeropuerto. Alquiló una limusina que me llevara de vuelta a casa después de separarnos. A los cinco minutos de arrancar, el conductor acababa de desviarse de Airport Boulevard para enfilarse en una carretera secundaria que nos llevaría a la costa, cuando divisé un edificio ruinoso a nuestra derecha. De su fachada colgaba un letrero que parpadeaba débilmente a la luz del sol: SIN CITY, y bajo el nombre escrito en letras mayúsculas: «Se necesitan bailarinas». Era una especie de cabaña amplia, con las paredes encaladas y el techo de uralita. Le pedí al conductor que se detuviera, me apeé y le dije que podía marcharse.

El jefe era ruso. Tenía un acento de la región báltica.

—¿Sabes bailar? —preguntó. El aliento le olía

a vodka.

–Sí.

–Ah, *russki*... –Era imposible ocultar el acento si abría la boca.

–Estoy en América. Aquí hablo inglés.

Asintió y me dirigió una mirada familiar. Yo me desnudé.

–Tetas pequeñas –señaló mientras agarraba una para comprobar su firmeza—. Los americanos las prefieren más grandes. Si quieres, podemos pagar operación y luego tú devuelves el dinero en unos meses, ¿no?

–No –dije—. Me quedo así. Grande no me va.

–Me quedé mirándolo de forma retadora.

–¿Tienes nombre? –me preguntó.

–Luba.

Ronroneó mientras meditaba si darme o no su aprobación y después me informó de las reglas de la casa. Si es que podían llamarse así;

casi todo estaba permitido en ese lugar.

El diablillo que llevaba dentro quería saber cuán bajo podía caer. ¿Completaría el círculo para acabar ofreciendo felaciones junto a la pared encalada de la parte trasera del club?

Consentí en empezar al día siguiente. Durante el último turno. Había una parada de autobús a la vuelta de la esquina del Sin City que me llevaría a la costa de Venice Beach, con su estridente retahíla de tiendas de camisetas, patinadores y bares de poca monta. Estaba a punto de meterme en una de las calles laterales que conducía a los canales y a casa de Lucian cuando la silueta imponente de un hombre rubio y alto en ropa de deporte que salía de una tienda llamó mi atención. Por un momento, se me detuvo el corazón, pero agucé la mirada y me di cuenta de que no se parecía en nada a Chey, solo tenía la misma estatura y constitución.

Cuando mi respiración recuperó la normalidad, me fijé en las imágenes coloridas del escaparate de la tienda. Era un estudio de tatuajes.

¿Era una señal? ¿Otra indicación de que mi vida iba a cambiar? Para bien o para mal.

Entré.

—Quiero un tatuaje.

El dependiente, un *hippy* de pelo larguísimo peinado a lo rastafari, me miró. Cuando me preguntó dónde quería hacerme el tatuaje, mi respuesta fue inmediata.

Sabía que yo era una criatura moldeada por el sexo, que siempre sería parte de mí.

Me quité la falda y las bragas.

—Aquí. —Señalé una zona junto a mi entrepierna.

Él no se amilanó en absoluto, y me tendió un folleto con posibles dibujos.

—Los más populares son rosas o delfines. Te cobraré según el tamaño que quieras.

Rechacé las muestras.

—Sé lo que quiero —dije.

Y me callé.

—¿Qué? —preguntó él.

—Una pistola.

Me senté en un gastado sillón de cuero en la trastienda que me recordaba al de la consulta de un dentista. Pero el resto de la habitación era sorprendentemente luminosa, limpia y aséptica, de líneas rectas, como una sala de alta tecnología. Yo me esperaba algo sórdido.

Me dolió horrores. Nunca había experimentado algo así.

Imaginé que era como cortar con un bisturí una quemadura solar. Entre el dolor del calor extremo y el frío extremo. Pero también me pareció terriblemente erótico, y mi entrepierna

se humedeció mientras el habilidoso, pero en apariencia indiferente, tatuador se dedicaba a su tarea con la delicadeza de una pluma.

Dio un paso atrás y me tendió un pequeño espejo rectangular que me devolvió la imagen de mi sexo desnudo.

Y el nuevo tatuaje junto a él.

La pistola minúscula.

Hasta se parecía a la Sig Sauer de Chey.

Volvía a estar completa, ya no estaba vacía, y Chey formaría para siempre parte de mí.

El tatuaje desencadenó algo en mi interior. Era como si la aguja del tatuador se hubiera introducido en mis venas, como si me hubiera marcado el alma además de la piel.

El dibujo era diminuto. Una pistola, imposible

de reconocer a distancia. Ante los ojos de los espectadores sentados a pocos metros del escenario cuando yo bailaba, podría haber sido cualquier cosa. Un carácter chino, mi signo del zodiaco —era Aries—, una flor. Pero cualquier hombre, o mujer, que se acercara lo suficiente reconocería el cañón de la Sig Sauer apuntando directamente a mi sexo.

Desde el momento en que me tatué, sentí un cambio en mí, pero también en mis clientes.

Mis movimientos se volvieron más abiertos, más arriesgados. Elegía música más oscura, bailé al son de «Creep» de Radiohead, y «Voodoo Child» de Jimi Hendrix. Me mecía como una mujer fatal, giraba como una posea y enseñaba la flor todo lo que quería, y si a los jefes no les gustaba, pronto cambiaron de opinión cuando me convertí en el número estrella de todas las noches.

Los hombres en los bares y locales zarrapastrosos en los que bailaba lo adoraban. Yo era peligrosa, salvaje, y cuanto más salvaje pensaban que era, más salvaje me volvía yo.

Inevitablemente, Lucian empezó a aburrirme. Solo sabía follar de las mismas tres maneras: posición del misionero, del perrito, o conmigo encima. Siempre en el dormitorio a la misma hora tres o cuatro noches por semana con la misma expresión blanda en su cara mientras me embestía hasta quedarse satisfecho, sin molestarse en comprobar si yo también había llegado al orgasmo.

Yo no fingía, en contra de las recomendaciones de mis antiguas compañeras de habitación, que insistían en que era lo más considerado para mantener a un hombre feliz. Me importaba un bledo. Esperaba que él se apartara y se quedara dormido, y entonces yo

me daba la vuelta y me tocaba hasta llegar al orgasmo; con los dedos mojados en la semilla que él había vertido dentro de mí, ejecutaba una danza familiar con mi clítoris hasta que sentía aquel fuego extenderse por mis piernas hasta mi mente y mi corazón.

Cuando no bailaba o me masturbaba, me sentía vacía. California era un lugar demasiado positivo para mí. Superada la fascinación inicial, la ciudad de Los Ángeles y sus habitantes me parecían vacuos. Añoraba los inviernos fríos y la melancolía de Nueva York, incluso de San Petersburgo. Y, al no saber conducir, tenía que ir a todas partes en taxi, cosa que, a pesar de la generosidad de Lucian, me irritaba y me costaba dinero.

Estaba vacía.

Naturalmente que podría haber buscado consuelo en las drogas y el alcohol como las

otras chicas de los clubes que entumecían sus sentidos antes y después de cada turno para hacer que el tiempo pasara rápido y que desnudarse fuera más fácil, pero yo sentía lástima por ellas, y empecé a encontrarlas lamentables, esnifando los beneficios de una noche para poder hacer frente a la siguiente.

Muy deprisa, la reluciente ordinarietà californiana empezó a afectarme, la luz llana, la alienación social... Caí en la cuenta de que aquello perjudicaba a mi danza. Me encontraba bailando de forma rutinaria a menudo, quizá incluso poniéndome al nivel de las demás. Iba cuesta abajo.

Los hombres a los que empezaba a admitir en mi cama cuando sentía que necesitaba algo más sustancial que Lucian ya no me excitaban. No eran lo bastante malos. Me eran indiferentes.

Quizá tiene que ver con ser rusa.

Me volví filosófica acerca de todo, analítica, incluso.

Sabía que surgiría algo.

Y era verdad.

Después de un número poco inspirado ante un público de surfistas y motoristas vestidos de cuero en un garito cercano al aeropuerto, conocí a Madame Denoux.

Ella había ido a la ciudad en busca de nuevos talentos en los locales más exclusivos de Beverly Hill y Hollywood, pero recorrió de manera infructuosa los escenarios infestados de silicona de Orange County, donde las chicas cada día eran más jóvenes y más artificiales. Su vuelo a Nueva Orleans se había retrasado por el mal tiempo en el noroeste y, después de que le dieran una habitación en uno de los hoteles del aeropuerto, decidió, sin nada mejor que hacer,

pasar el rato visitando los locales más cercanos.

Yo ya me había duchado y vestido después de bailar, y el club estaba medio vacío. La mayoría de los surfistas se habían ido a acostar pronto para poder disfrutar de las primeras olas al alba, y los moteros volvían a casa con sus mujeres e hijos. Yo me dirigía a la salida, ataviada con una camiseta vieja y un pantalón corto, cuando oí que la voz de una mujer me llamaba.

—¡Eh!

Me paré en seco y me giré hacia aquella mujer mayor que me esperaba junto a la barra, con una copa de algo que parecía whisky o bourbon.

—¿Sí?

—¿Eres Luba, la rusa?

Asentí.

—Chica, desperdicias tu talento en un sitio

como este.

Tenía un acento muy peculiar, americano, pero con una forma de arrastrar las palabras que más tarde descubriría que era sureño, de Nueva Orleans. Era una cajún de quinta generación.

Tenía un cuerpo de formas voluptuosas, llevaba un vestido de terciopelo verde; sus senos generosos sobresalían del elegante escote.

—Como si no lo supiera —repliqué—. ¿Y qué?

¿Trataba de ligar conmigo? Últimamente me pasaba mucho. ¿Era algo típico de la Costa Oeste? En alguna ocasión me había sentido tentada por experimentar, pero la mayoría de mujeres que habían llamado mi atención eran camareras de los clubes, incluso, aunque casi nunca, alguna bailarina, y no había querido complicar las cosas. Nunca mezcles el placer con los negocios, me había dicho alguien hacía tiempo.

–Yo tengo un local. En casa, en el Barrio Francés de Nueva Orleans –explicó. Me tendió una tarjeta. Era de color rojo pálido, con el texto en negro y en cursiva. Lo único que decía era «The Place», El Lugar, junto con el número de teléfono. Me la acerqué a los ojos y la miré con perplejidad.

»Es muy exclusivo –añadió–. No abrimos al público general. Es solo por invitación. Tiene clase.

Hice una seña al camarero y pedí un té helado.

–Cuéntame –le dije a Madame Denoux después de que nos diéramos un formal apretón de manos y ella se presentara.

–Luba. Es un nombre fantástico. ¿Es tu verdadero nombre?

–Sí.

–He oído rumores sobre ti, ¿sabes? Estabas

en Nueva York, bailabas sobre todo en el Grand, ¿verdad? Luego desapareciste de la faz de la tierra. Mi buena amiga Blanca se llevó un disgusto. ¿Por qué?

—Tuve mis motivos —comenté.

—Suele ser por un hombre, ¿no es así?

—Eres muy perceptiva —sonreí.

—Da igual, no es asunto mío. Pero las bailarinas sí que son asunto mío. Qué casualidad, encontrarte aquí...

—Los rusos creemos en el destino. Desde siempre.

Ella dejó su copa sobre la barra con decisión.

—Me gustaría que trabajaras para mí —declaró.

—¿The Place?

—Sí. Estamos en una zona tranquila y discreta del Vieux Carré. Una actuación por noche, solo cuatro días a la semana. Un contrato de,

digamos, tres meses. Verás que merece la pena. Después, quizá quieras quedarte. Si quieres irte, tengo contactos en el extranjero. Tienes clase, aunque no creo que esta noche fuera tu mejor momento. ¿Tengo razón?

—Sí. ¿Solo bailar? ¿Nada de actividades obligatorias fuera del escenario?

—Algún baile privado de vez en cuando, para clientes especiales. Hay posibilidad de ganar dinero extra, pero eso podemos discutirlo más adelante. Pienso que tienes talento, y yo creo que lo que ofrecemos también puede ser artístico. Mucho más que carne desnuda.

Me miró de arriba abajo, no como un carnicero valorando un trozo de carne, sino como un experto en busca de algo intangible.

Una semana después estaba en Nueva Orleans, con mi ropa y mi bolsita llena de ámbar guardada en un desvencijado armario de bambú

en la impecable habitación de un hotel regentado por una familia en Métairie.

Cuando informé a Lucian de que lo dejaba, no se sorprendió. Parecía que esperaba mi partida. Creo que, en lo más profundo de su corazón, siempre había sabido que yo estaba de paso, y que había estado todo ese tiempo junto a él solo por dinero. No andaba del todo desencaminado, pero, aun así, yo lo apreciaba. Fue el hombre adecuado en el momento adecuado, pero las cosas cambiaron rápidamente, mis demonios se habían apoderado de mí y trajeron la certeza de que él no era mi futuro. Me dio su bendición con generosidad y me deseó buena suerte. Prometimos mantenernos en contacto, pero nunca lo hicimos.

Una vez más, vivía para bailar, regresaba a mi ambiente y a mi música clásica. Ya no intentaba ser provocativa, estaba a gusto

conmigo misma y con lo que hacía.

Era Nochevieja, empezaba el último día de diciembre. Casi se podía tocar enero. Estaba concluyendo mi número, la música se apagaba como en un cuadro impresionista, con pinceladas aisladas sobre un lienzo. Desperté del ensueño de mi pasado y mis ojos se posaron en la bonita pelirroja sentada junto a su hombre entre el escaso público. Y vi cómo me miraba, como si fuera un espejo.

Bailando con amantes

Se comportaba como un animal que tiraba de su correa. Era un pozo de energía en permanente ebullición, imposible de contener, una combinación de productos químicos que esperaban el catalizador que los hiciera estallar.

Se me acabó el tiempo para espiar cuando las notas finales de Debussy se vertieron en el éter desde los altavoces y el foco fundió a negro desde su blanco rutilante.

Como siempre, un silencio se extendió por el público, como reacción al erotismo físico de mi número, con su abrupto final y la oscuridad que

seguía capturando a los espectadores como una niebla; la sorpresa cortaba el habla por unos momentos mientras yo recogía mi vestido y desaparecía entre bambalinas intentando no emitir ni un sonido.

Madame Denoux me esperaba a un lado, solo el pico de su máscara era visible, reluciente entre las sombras como un faro de mal agüero. Cubrió mi desnudez con una capa estampada de leopardo, la señal para regresar rauda al escenario y recibir un aplauso mientras su voz susurraba por los altavoces, con el misterio de una reina del vudú de Nueva Orleans.

—Muestren su aprecio por Luba.

Era otra cosa que me distinguía de las demás chicas, que permanecían en el escenario después de sus actuaciones bajo la luz del foco para recibir el aplauso y la ovación del público.

En lugar de sugerir que cambiara mi estilo

para adecuarme a las expectativas, ella prefería destacar mis diferencias. Creía que una segunda y brevísima visión de mi cuerpo envuelto en piel de animal, iluminado durante solo un instante, grabaría mi imagen en las mentes de los clientes, una imagen deseable, salvaje, única, que los haría regresar, ansiando otra dosis de su droga preferida, Luba.

Me satisfacía esa estrategia, porque entre otras cosas disfrutaba de aquel tributo corto pero intenso, con todos los ojos clavados en mí.

Esa noche aproveché la oportunidad de mis minutos finales en escena para mirar por última vez a la chica pelirroja y a su atractivo acompañante.

Cuando los vi, estaban completamente absortos el uno en el otro. Ella tenía una expresión animada, su excitación era palpable en el pequeño grupo de espectadores. Estaba

radiante, su piel pálida tenía un brillo opalescente en contraste con el fuego de su melena.

Él la contemplaba con una mezcla de hambre y satisfacción, como si hubiera estado esperando una señal por parte de ella y acabara de recibirla. Apenas se tocaban, pero la fuerza del deseo mutuo era tan evidente que la imagen de los dos sentados tan cerca, vestidos con modestia pero evidentemente mucho menos recatados en sus pensamientos, era casi obscena.

La oscuridad regresó mientras el aplauso llegaba a su fin, y permanecí unos segundos más en las tinieblas del lateral del escenario, ansiosa por observar a la pareja. Su respuesta a mi baile me parecía importante.

Desde mi oscuro rincón, veía que estaban inmersos en una conversación, pero era incapaz de entender de qué hablaban, por más que

clavara la mirada en sus labios, que se curvaban sensualmente alrededor de cada palabra inaudible.

Madame Denoux se acercó a ellos y dijo unas palabras al hombre. Tuvieron un pequeño intercambio que hizo que la chica se ruborizara.

Él y *madame* se apartaron un poco de la mesa, fuera de mi campo de visión. Yo continué observando a la chica mientras su piel pasaba por una colección de tonalidades y su postura cambiaba para reflejar su respuesta a la situación. Roja de vergüenza, pálida de miedo, tensa de excitación creciente y con la espalda muy derecha de orgullo.

The Place solo ofrecía un servicio adicional, que yo supiera: bailes privados, aunque Madame Denoux los llamaba «bailes personales», que le parecía un nombre más elegante.

¿Me querría la pareja para un número

íntimo? Ello explicaría el comportamiento de la chica y la desaparición del hombre junto a Madame Denoux. Siempre pasaba la tarjeta de crédito de los clientes antes de soltar la mercancía.

Normalmente, los bailes privados me aburrían, y solo los aceptaba de vez en cuando porque se ganaban buenas propinas, era lo que se esperaba de mí, y hacerlos me aseguraba el favor de mi jefa.

Pero solo de pensar en ir con aquel hombre y su chica me causaba escalofríos.

La dureza de él. La complacencia de ella. Me los imaginaba a los dos en un beso apasionado. Me imaginaba el sabor que tendría cada uno.

Mi corazón se desbocó mientras imaginaba las posibilidades, de vuelta a la seguridad del camerino, que ahora estaría vacío. El resto de

bailarinas se había ido a la calle de fiesta antes que llegara Nochevieja o a sus casas en busca de algo de quietud.

Me senté frente al espejo para limpiarme la cara y relajarme, mientras pensaba que no tenía mucho sentido especular sobre los deseos de mis misteriosos admiradores. Si habían pedido un número más íntimo, pronto me enteraría; como Madame Denoux prohibía terminantemente todo contacto sexual entre clientes y bailarinas, fantasear con que mi baile privado con la pareja misteriosa podría llevar a algo más solo me traería frustración.

Sin el bullicio habitual, el vestuario parecía estar tomándose un respiro en soledad hasta que llegaran las chicas a la noche siguiente y, con ellas, el zumbido de chismes volando de boca en boca, el susurro de los escuetos disfraces, el tintineo de la bisutería, el abrir y cerrar de las

bolsas.

Aquella quietud me gustaba, y era uno de los motivos por los que siempre me ofrecía para hacer los últimos turnos.

Llevaba un maquillaje mínimo, pero siempre me lavaba a conciencia antes de ponerme mi ropa de calle para volver a casa. Era una forma de cambiar mi personalidad del trabajo a la que yo veía como mi yo auténtico. Cuanto más crecía mi pasión por la danza, más se entremezclaban las dos facetas, hasta que ya no sabía dónde terminaba la Luba del día y dónde empezaba la de la noche, cosa que hacía que mi pequeño ritual purificador fuese aún más importante.

Frotarme la cara con un disco de algodón no me relajó como yo esperaba. La tormenta de fantasías y recuerdos continuaba, una procesión interminable de imágenes que bailaban por mi

mente.

Primero, Chey y yo, entrelazados en todas las posturas imaginables, y después la chica con el pelo de fuego y el hombre que la encendía, y sus cuerpos que se retorcían y giraban en un intercambio sexual tan violento que era difícil decir si se completaban o se destruían; quizá sucedieran ambas cosas al mismo tiempo.

Yo también me había sentido así.

El ardor entre Chey y yo nunca se había enfriado, probablemente porque no estuvimos juntos el tiempo suficiente como para cansarnos el uno del otro.

Los primeros días y noches que pasamos en su apartamento de Gansevoort Street, o en el hotel de la República Dominicana, fueron un maratón de sexo. Solo salíamos de la cama cuando era absolutamente necesario comer o lavarnos y ya no podíamos posponer nuestras

necesidades fisiológicas.

Incluso en aquellos momentos, había llegado a sentarme a comer sin ropa interior, o había llevado conmigo cualquier objeto que Chey hubiera comprado para la ocasión, como un exquisito dildo anal de cristal, o un vibrador con control remoto que se agitaba dentro de mí cada vez que él pulsaba el botón que tenía en el bolsillo.

Estaba convencida de que nos echarían de un bar de La Caleta cuando él insistió en ponerse junto a mí en el reservado donde nos sentamos a tomar cócteles adornados con parasoles de papel de color rosa, y él puso el brazo alrededor de mis hombros como si nada. En realidad lo extendía a lo largo de mi espalda y sus dedos exploraban mi trasero mientras los turistas a nuestro alrededor no se enteraban de nada.

Con el rabillo del ojo, percibí un movimiento. Madame Denoux de nuevo, con su vestido rojo como la sangre y su máscara. El terciopelo del traje se camuflaba tan bien con la decoración de The Place que le daba la capacidad de materializarse de la nada como un fantasma, no como si fuera la dueña del establecimiento, sino parte de las paredes. Hasta en su propia casa mantenía un aura de misterio y un toque macabro que me hacían temer que, si seguía en este negocio durante mucho tiempo, acabaría volviéndome como ella, incapaz de separar un personaje de otro.

Parecía muy complacida. Yo había aprendido a leer sus estados de ánimo bajo su disfraz, y la forma en que tensaba o relajaba su cuerpo me permitía adivinar los pensamientos que pasaban por su peculiar mente.

Bailar no solo me servía para comprender

mejor mi propio cuerpo, sino también el de los demás. La causa del buen humor de Madame Denoux era, indudablemente, aquella pareja, e imaginé la gran suma de dinero que les habría cobrado por los servicios que pedían. Pero no me había preguntado si estaba dispuesta a hacer un baile privado, ni parecía que fuera a hacerlo.

No. Guardaba otro secreto, y fuese el que fuese, yo estaba decidida a averiguarlo.

El único punto flaco que había encontrado en la armadura impenetrable de la discreción de Madame Denoux era su orgullo. Le gustaba vanagloriarse de sus triunfos.

—Una chica extraordinaria —le dije, para avivar las llamas de su ego—. Fascinante.

—No te pongas sutil, Luba. No te pega.

—Solo tengo curiosidad. Es algo natural, ¿no?

—Bueno, si tienes paciencia, lo verás —replicó con suficiencia. Me había ofrecido la posibilidad

de bailar pronto para poder irme a celebrar el año nuevo, pero yo no quise. No era supersticiosa, y el paso de un momento al momento siguiente no significaba nada para mí.

Hice una pausa, a sabiendas de que me pondría al corriente si esperaba el tiempo suficiente.

Finalmente, prosiguió:

—Estaba segura de que iba a pedirme un baile contigo. Pero lo único que quiere es ver bailar a su chica. Qué raro. Cuando crees que conoces a los hombres, no dejan de sorprenderte.

Me dolió un poco que no fuera mi compañía lo que querían. Era evidente que aquel hombre estaba completamente absorto en su compañera. Pero me intrigaba su petición de verla bailar a ella. En público. Desnuda. Recordé la reacción de Chey cuando descubrió mi trabajo. Su sorpresa y furia.

¿Qué tipo de hombre, me preguntaba, pagaría para ver a su mujer desnudarse delante del público?

El tipo de hombre al que me gustaría conocer, resolví.

—¿Así que volverán mañana? ¿Y ella bailará?

—Sí, a las dos de la madrugada del día de año nuevo.

—¿Será el baile de un nuevo comienzo, o de un final? —me pregunté en voz alta, fascinada por la psicología de aquellos dos extraños que ahora no podía quitarme de la cabeza.

—Qué melodramática eres a veces, querida mía... Es un hábito que solo te llevará a la ruina. La curiosidad mató al gato, ya sabes.

Dudé por un momento si la pelirroja se atrevería a hacerlo. Pero en mi fuero interno sabía que ya se había decidido, igual que yo la

primera vez, antes incluso de poner un pie sobre el escenario. El reto y la posible humillación eran parte de lo que lo hacía tan emocionante.

Abandoné mi ritual de aseo, recogí mis cosas rápidamente y me fui a casa. Eran casi las cuatro de la madrugada, ese momento silencioso de la mañana en que el aire se torna más ligero y la atmósfera parece tensa, como si estuviera preparándose para dar a luz al sol.

Pasé el resto del día descansando con indolencia. Dormitando en la cama o recostada en un sillón junto a la ventana, inmersa en un libro.

Pero en cuanto la tarde dio paso a la noche, no pude dormir más. Me puse nerviosa, abandoné el libro manoseado y regresé al trabajo.

No me acostumbraba a estar ociosa, y, como tenía algunas horas que matar por delante, decidí

pasarlas preparando un disfraz de entre la inmensa colección de trajes que Madame Denoux había coleccionado a lo largo de los años para un nuevo número que quería ensayar. Sería el primer baile en el que utilizaría un elemento externo. Quería disfrazarme de paloma y bailar en una jaula dorada que colgaba del techo, para después escapar de mi encierro y volar haciendo piruetas, suspendida de un arnés invisible. Estaba bastante orgullosa de la coreografía, que había diseñado en una de mis muchas noches en vela, en que me quedaba dando vueltas en la cama, presa de pesadillas febriles o pensando en cualquier cosa que me distrajera de Chey.

Pasó el rato. Atrapada voluntariamente en la jaula, que en aquellos momentos estaba colgada en el almacén de los disfraces, me sentía parte de otro mundo, un universo brumoso donde mi

mente habitaba un lugar entre el sueño y la vigilia, la danza y la quietud, y mis recuerdos eran una maraña de imágenes que hubieran podido llenar el Kama Sutra. Apenas percibí el ruido lejano de los fuegos artificiales en la distancia y los aplausos que llenaron la sala cuando el número que Madame había planeado para el gran final llegó a su clímax y, con él, el nuevo año.

La voz de la chica me distrajo de mi ensoñación.

—Prefiero bailar desnuda —dijo mientras enderezaba la espalda con el propósito de dar más altura y autoridad a su postura.

Madame trataba de convencerla de que se pusiera uno de sus elaborados disfraces, pero ella quería salir desnuda desde el principio. Parecía que aquella pelirroja se creía demasiado buena como para desnudarse en escena.

Bailaría desnuda, pero no se quitaría la ropa para nadie.

Me pregunté de nuevo qué tipo de relación tenía con el hombre que había pagado para que bailara para él. El orgullo de ella y el evidente deseo de poseerla de él parecían una combinación extraña.

Tal vez hubiera ganado el primer asalto, pero subestimaba a Madame Denoux, que era testaruda como una mula y nunca permitiría que una bailarina se saliera con la suya. Sin inmutarse, sacó la caja forrada de terciopelo que yo había visto junto a las otras joyas. Había considerado utilizarla en uno de mis números, pero nunca me había atrevido, me parecía demasiado arriesgado, incluso para The Place.

—Te pondrás esto. Tu benefactor lo prefiere.

Desde mi refugio en la esquina del vestuario, desde donde yo sabía que no podía verme la

cara, observé conteniendo la respiración cómo Madame Denoux supervisaba los preparativos de la pelirroja. Vi cómo se estremecía cuando Madame le puso las joyas de la caja de madera: los anillos en los pezones, las finas cadenas metálicas enganchadas a los labios de su sexo y, finalmente, con decisión, el pequeño dildo anal. Mientras Madame la conducía al escenario vacío, yo salí del vestuario y corrí de puntillas por los pasillos estrechos hasta llegar al fondo de la platea, donde me encontraba en la oscuridad más profunda. Empezaba a notar el cansancio. Había sido una larga noche, y las extremidades empezaban a dolerme después de pasar tanto rato en la jaula, pero no quería perderme aquello por nada del mundo.

Veía los hombros recios del acompañante de la joven silueteados contra la luz tenue del escenario, sentado en primera fila, y lamenté no

poder ocultarme entre bambalinas, para seguir la reacción de él además de la danza de ella.

El telón de terciopelo se alzó.

El rostro de la pelirroja era una mezcla de miedo y orgullo cuando estalló la potente luz del foco, resaltando su soledad en la isla desierta del escenario.

El violento fuego rojo de su vello púbico era como un imán para mis ojos.

Titubeó durante unos segundos hasta que empezó la música, y una mirada de pánico se adueñó de su cara cuando se dio cuenta de que seguía inmóvil.

La joven había elegido bailar al son de una pieza clásica. La había oído mil veces pero al principio no lograba ubicarla hasta que, de repente, mis recuerdos se concentraron y vi la funda del disco de vinilo en la sala de ensayo de mis clases de ballet en San Petersburgo. Una

pintura bucólica, de aspecto medieval, probablemente de la escuela flamenca, que representaba a unos campesinos trabajando el campo mientras unas ninfas de muslos rotundos retozaban en la linde del bosque. *Las cuatro estaciones* de Vivaldi. Nunca las habíamos bailado, porque no formaban parte de ningún repertorio.

No era música para bailar.

Me pregunté por qué nuestra artista invitada la habría elegido. Quizá su hombre la escogió por ella.

Sus primeros movimientos fueron tentativos. La desnudez se le daba bien, y se estiraba con firmeza, con la espalda recta, casi desafiante, confiando en el poder de su cuerpo, pero con una torpeza inicial en el modo de mover los brazos, poco sincronizados con sus piernas mientras su pelvis se mecía al compás de la

melodía. No había lugar a dudas de que tenía oído musical, pero ninguna formación en danza que pudiera ayudarla a intentar seguir la música con toda la dignidad que pudiera reunir y combinar elegancia y erotismo mientras controlaba el dildo anal que la penetraba y limitaba sus movimientos a la vez que tensaba sus nalgas para sujetarlo.

Por supuesto que nunca nos obligaron a llevar dildos anales en las clases de ballet, pero tuve una profesora, una mujer flaca y malvada que siempre llevaba una cola de caballo y nos hacía trabajar hasta la extenuación, que nos ordenaba a menudo que imagináramos que teníamos uno puesto. Todas nos ruborizamos profundamente, pero el concepto se grabó en nuestra memoria, una indicación perfecta cuando se trataba de mantener la postura con gracia.

La pelirroja empezó a relajarse, sus movimientos se volvieron más libres mientras abandonaba su mente y su cuerpo a la música, y al momento.

Su rostro era un remolino de emociones mientras se crecía en su actuación y pasaba de la aprensión inicial a una resignación dócil, hasta asumir finalmente los dictados de su erotismo. Se veía que se encendía por dentro con una energía que irrigaba su alma y el oscuro pozo de sus deseos. Cada gesto se volvía más suave, menos brusco, en la frontera entre lo obscuro y lo hermoso. Ella no apartaba la mirada del hombre del público ante quien se estaba exhibiendo, más que desnuda y adornada exóticamente, desnuda en cuerpo y alma para ofrecerse a él como un sacrificio.

Reconocí todas esas fases. Yo también las experimentaba cuando bailaba. Fingía que lo

hacía para Chey.

Me abría.

La tentación era demasiado grande. Me acerqué a la barra furtivamente, procurando mantenerme en las sombras, y adopté una nueva posición desde donde por fin podía observar al hombre. A Madame Denoux se le había escapado que se llamaba Dominik. Sus ojos estaban clavados en su pelirroja, que bailaba y sucumbía al vértigo de sus emociones más secretas.

Él estaba hipnotizado por el espectáculo de la danza, boquiabierto, conteniendo la respiración, sus rasgos atractivos marcados por el poder y el anhelo, tan esclavo como dueño de la chica.

Yo conocía esa mirada.

Cerré los ojos un instante e imaginé la cara de Chey mientras me montaba, el balanceo elegante de su torso, el ángulo afilado de su

pene, el leve aroma de su aliento y su calor.

Y comprendí que cada vez que actuaba sobre un escenario, desde que disparara la pistola y huyera del refugio de sus brazos, lo estaba llamando para que viniera a tomarme, a saciarme, a poseerme hasta el límite, y la forma cada vez más pornográfica en que me movía por esos escenarios era solo un llanto desesperado, un sustituto del sexo que me definía y me completaba.

La joven pelirroja por fin terminó, con las piernas abiertas, el pecho agitado y las pequeñas anillas que le colgaban de los pezones temblando imperceptiblemente como recuerdo de su baile. Tenía los labios del sexo hinchados; toda la sangre de su cuerpo se le había concentrado entre los muslos. Desapareció por un lado del escenario cuando el foco se apagó.

Yo estaba celosa de ella.

Porque sabía que cuando abandonara The Place y regresara a la habitación del hotel en que se alojaba aquella pareja fascinante, el hombre, Dominik, la haría suya, la follaría, le grabaría el alma de una forma salvaje, y yo quería ser ella, quería ser yo quien estuviera en los brazos de un hombre exigente, un hombre dominante que me excitara, me castigara, que jugara conmigo con crueldad hasta satisfacerme.

A la mañana siguiente me levanté temprano y me acerqué dando un paseo a la orilla del Misisipi, desde Jackson Square hasta la Gran Avenida, pasando por el acuario, el cine Imax y los muelles donde atracaban los barcos de vapor para los turistas, el *Creole Queen* y el *Natchez*. El aire estaba lleno de especias mientras las barcazas se arrastraban por el enorme río como monstruos prehistóricos. La limpieza de la celebración de Año Nuevo estaba en curso,

aunque el olor a cerveza persistía en las cloacas de la calle Bourbon. El cielo estaba gris y tuve que ponerme una sudadera. Las gaviotas volaban bajo, sobre el agua. Cuando ya no pude andar más lejos, di media vuelta y regresé sobre mis pasos hasta el Café du Monde, en la puerta del cual había un payaso inflando globos alargados. Crucé la plaza y, después de girar en la intersección con Dauphine Street, llegué hasta el club. Madame Denoux también se levantaba temprano, y la encontré haciendo cuentas con la ayuda de un libro de contabilidad pasado de moda. No tenía ningún interés por los ordenadores.

—¿Hoy no es tu día libre? —preguntó al verme llamar a la puerta abierta de su oficina.

—Lo es —confirmé—. Pero quería hablar contigo.

—Eso suena grave.

—No, en serio. Solo quiero charlar.

—Cuéntame, niña —dijo finalmente mientras apartaba el libro de contabilidad y me dedicaba toda su atención.

—Creo que necesito un cambio de aires —dije.

—Ay, los rusos, siempre en movimiento. ¿Ya se te ha pasado el enamoramiento con Nueva Orleans?

—Para nada. Me encanta esta ciudad. Es única. Podría pasarme la vida aquí. Es... Soy yo. Ya no me basta con bailar. Necesito más. Aunque no sé el qué —expliqué.

Madame Denoux sonrió.

—¿Puedo hacerte una propuesta, Luba?

—Por supuesto.

—Prométeme que no te escandalizarás ni te enfadarás. —¿Es que a estas alturas aún no me conoces? —dije.

Era consciente de que Madame Denoux tenía muchos contactos. Sus frecuentes ausencias de Nueva Orleans en viajes de negocios y los misteriosos visitantes que las bailarinas veíamos entrar y salir de su despacho mientras ensayábamos confirmaban esa impresión.

—¿Te gustan los hombres? —Me miraba directamente a los ojos, más como una afirmación que una pregunta.

—Sí —contesté—. Pero no me prostituiré. Eso, ni hablar —añadí.

—Bien —replicó—. Porque no se trata de eso.

—Ve al grano —exigí, irritada por su falta de concreción.

—Sí —prosiguió—. El sexo forma parte del asunto, y, de alguna manera es sexo por dinero, pero para nosotras, para ti y para mí, será sexo como belleza, como arte. Eso es lo que pagan

nuestros clientes cuando vienen a verte, a ti y a las otras chicas. La ilusión del sexo. Bueno, se trata de darles mucho más que una ilusión, de llevar las cosas algo más allá de la mera tentación. Y hay hombres dispuestos a pagar fortunas por ello.

Apelaba a la artista que llevo dentro. Porque, incluso cuando bailaba y me convertía en una criatura movida por la sexualidad y el deseo, me consideraba por encima de la mayoría. Para mí la danza era una forma de expresión deliberada. Otros no lo consideraban arte, pero yo sí. En cualquier caso, era mi forma de justificar mi implicación en todo aquello.

—Te acostarías con hombres —explicó—. Como tú, hermosos, con cuerpos potentes y elegantes hechos para el amor. Y gente adinerada pagaría por veros juntos. Sin artificio ni trucos. Igual que cuando bailas, tendría lugar

bajo los focos, para que todos puedan ver cada movimiento, cada gota de sudor, oír cada ruido que hagas, observar cada temblor que recorra tu piel mientras te sometes al sexo. Te conozco, Luba, serías perfecta. Te adorarán.

Contuve la respiración; mil fantasías pasaban a toda velocidad por mi mente mientras trataba de asumir la idea.

—Interesante —fue la única palabra que fui capaz de pronunciar.

—Hay una red que se dedica a esto, y tengo contactos. Mi local ha acogido en algunas ocasiones ese tipo de espectáculos para pequeños grupos de invitados muy exclusivos, pero los artistas siempre venían de fuera. Es una especialidad a la que no todo el mundo puede dedicarse. —Se pasó la lengua por los labios mientras recordaba—. En dos ocasiones he propuesto a bailarinas que yo descubrí o empleé.

Las dos estaban dispuestas, pero no pasaron la selección. –Suspiró.

–¿Es seguro? –pregunté.

–Del todo. Todos los bailarines se hacen análisis con regularidad, tanto los hombres como las mujeres. Es indispensable. Los requisitos son muy estrictos, y no aceptan a todo el mundo...

Calló por un momento, y vi cómo una oleada de remordimiento enturbiaba sus facciones impecablemente maquilladas.

–¿Qué pasa? –pregunté al percibir su cambio de humor.

Inspiró profundamente y confesó:

–Yo estuve en ese circuito. Cuando era joven. Solo unos pocos años. No me arrepiento de nada. Gané lo suficiente como para montar el negocio cuando me retiré. Nunca olvidaré aquellos años...

Fuera, un típico chubasco de Nueva Orleans

caía sobre el Barrio Francés, barriendo los pecados de la ciudad con una cortina de agua gruesa como un telón.

—¿Qué tengo que hacer? —le pregunté.

La academia de formación estaba en Seattle. Ocupaba un viejo almacén reconvertido en una escuela de danza a poca distancia del mercado de Pike Place y la escalinata que conducía a la orilla del mar.

Ahí descubrí el resto de este peculiar negocio, y conocí a los tres hombres con los que tendría relaciones sexuales durante los siguientes dieciocho meses mientras viajábamos por todo el mundo por separado y nos reuníamos cuando alguien requería nuestros servicios sobre escenarios improvisados, en la mayoría de los

casos glamurosos y a veces sórdidos, frente a un público reducido.

Nunca me dijeron sus nombres y nunca pregunté. Tampoco conocí a ninguna de las bailarinas que formaban parte de la Red, la Red del placer, como me divertía llamarlo.

Me alojaron en un hotel alto y moderno. Desde la última planta podía divisar algunas de las lejanas islas de la bahía de Puget. Estaba a pocos minutos a pie de la escuela de danza donde me personaba cada mañana a las nueve, como una oficinista. Me pesaron, midieron, analizaron y fotografiaron desde cualquier ángulo y perspectiva posible. Pocos días después, me permitieron participar en la elección de fotografías mías para incluir en el catálogo de la Red. Mis únicos interlocutores en mi paso por Seattle fueron dos mujeres de mediana edad que siempre llevaban severos trajes chaqueta de

color gris y blusas blancas abrochadas hasta el cuello. Se parecían tanto que las llamé A y B.

En el catálogo, después de que incluyeran mis fotos, había seis chicas más, aunque ninguna de ellas vivía en Seattle ni tampoco las vi durante mi formación. Parecía que, una vez te habían formado, no había necesidad de hacer cursos de reciclaje. Todas eran hermosas a su manera; algunas exóticas, otras con cuerpos que rozaban la perfección; había una chica asiática tan menuda que parecía se la podía transportar en un bolso de mano. Yo no era la única rubia, pero sí la que tenía pechos naturales y el tatuaje de una pistola en un lugar estratégico. Solo había otra chica tatuada. Su tatuaje decía: «Una espía en la casa del amor», como la canción de los Doors; estaba escrito en letra gótica sobre la parte baja de su espalda. Nuestros nombres acompañaban las fotografías, pero supuse que la

mayoría de las otras chicas usaban seudónimos. Yo seguí siendo Luba. No quería ser nadie más. La mujer del traje gris que me preguntó qué nombre quería que me pusieran se limitó a gruñir cuando se lo dije.

No me permitieron quedarme con un ejemplar del catálogo. Su distribución era altamente confidencial, pues contenía fotografías de todos nosotros, vestidos y desnudos, nuestros datos y otra información contrastada, y ofrecía tres espectáculos a elegir.

Solo había tres hombres, al final del catálogo. Ninguno de ellos tenía nombre. Después de aceptarme en el programa de formación de Seattle, me dieron tres días para pensar en números concretos que culminaran conmigo practicando sexo a la vista de todos con cada uno de los bailarines. Mis dos guardianas me dieron un montón de sugerencias por si andaba

falta de imaginación. Algunas de sus ideas eran escandalosas, otras aburridas, y algunas simplemente sorprendentes por su ausencia de potencial erótico. Pero tenían años de experiencia, y daban muestras de saber lo que los ricos clientes de la Red deseaban ver.

Planteé tres números.

El hombre con quien me tocaría actuar –los precios para cada uno de los espectáculos que aparecían en el catálogo rayaban lo escandaloso, en mi opinión– llevaba en mi mente el título de la historia que interpretaríamos.

Estaba Tango.

El Sacerdote inca.

Y –¿cómo iba a desperdiciar todos esos años de clases de danza en Rusia?– el Profesor de ballet.

Insistí en que cada número empezaría conmigo bailando sola, y que yo elegiría la

música. Quería que fuera algo más que sexo en vivo a precios exorbitantes. Quería que los clientes sintieran que habían invertido bien su dinero.

Una vez establecidas las normas, llamaron sucesivamente a los hombres que me acompañarían. Estos vinieron de allí donde estuvieran, y pasamos cuarenta y ocho horas juntos para perfeccionar el número. Las dos señoras vestidas de gris observaban y tomaban nota, pero cuando pensaban que no estábamos a la altura intervenían.

Empecé con Debussy. Las notas claras de la música, que tanto me recordaban al ritmo indolente del mar, siempre me hacían pensar en Chey. Y ese recuerdo, anclado firmemente en

mi memoria, sería un muro de acero, impenetrable como una fortaleza, que se aseguraría de que aquel sexo anónimo nunca sería más que un trabajo, y nunca podría dar lugar a ninguna intimidad. Daría mi cuerpo a esos hombres, pero mi mente seguía perteneciéndome.

Primero enseñé el Tango.

Era uno de los pocos bailes con pareja con los que estaba algo familiarizada. Tan sensual y erótico por naturaleza, el tango me parecía una elección natural.

En San Petersburgo aprendimos algo que nuestros libros llamaban el «tango ruso», que se bailaba al son de un disco de Pyotr Leshchenko. Algunos aún lo consideraban un contrarrevolucionario, y el profesor que nos enseñó los pasos solo ponía la música cuando el resto de maestros, con sus espaldas tías y

miradas pétreas, estaban distraídos tomando notas o enseñando la quinta posición a grupos de estudiantes jóvenes.

Para mí, la voz de Pyotr Leshchenko estaba llena de tristeza, de anhelo por un amor perdido, y tan pronto descubrí que aquella era música prohibida, la melodía y los pasos se quedaron grabados en mi mente. Fue un aprendizaje marcado por el fuego de la rebelión y, por supuesto, jamás lo olvidé.

Según el catálogo, mi compañero se había formado en el tango argentino, algo diferente, y sabía que yo tendría que dejarme llevar si quería alcanzar el espíritu pasional de esa danza.

Pero solo dejaría llevar mi cuerpo. Mi compañero no me controlaría. Los años de clases de ballet me habían dado la postura inmutable de una vara, y me sabía capaz de defenderme en la pista de baile. Era la danza la

que me esclavizaba, no el hombre. Él solo era un accesorio. Una visión de carnalidad. Un elemento escénico, nada más. Tango era mi espectáculo, y él solo venía a obedecer, elegido entre una docena de hombres que habían sido seleccionados únicamente gracias a sus atributos físicos y su idoneidad para el papel.

Enarbolé mi orgullo como un escudo mental.

Mi baile en solitario no impresionó a las señoras A y B. Mientras los sonidos del mar se atenuaban, empezó el tango, un ritmo tan distinto de la pieza de Debussy como el día de la noche. Pasar de una cadencia a otra era como viajar de las aguas frías del Mar Báltico a las playas cálidas de Sudamérica; el cambio de temperatura me aceleró el pulso, anticipando lo que iba a venir.

Mi compañero salió de un rincón oscuro del escenario, como una sombra demoníaca que

hubiera cobrado vida. El hombre que me poseería. Era la primera vez que lo veía desde que ensayamos juntos, pero no quise ni aprender su nombre, para preservar la teatralidad del número y evitar cualquier sensación de afecto. Para mí, él solo sería Tango.

Cuando entró en el cerco de luz de los focos, su expresión era fría, y su postura, implacable.

Me tomó la mano, tiró de mí hacia él para encerrarme en un abrazo de hierro. Si hubiera querido desembarazarme de él, el efecto de mis puños hubiera sido tan efectivo como las patas de un gatito sobre el pecho de un bulldog.

El miedo inundó mis pulmones y mi corazón empezó a martillar, pero también llegó la excitación. Al estudiar el catálogo, al repasar los pasos mentalmente, levanté barreras psicológicas y emocionales, bajo el mantra: «Solo es un trabajo, solo es un trabajo». Pero ahora

que me encontraba cara a cara con el primer extraño con quien practicaría sexo en público, todo aquello no significaba nada.

Era joven, hermoso, un cuerpo armónico de piel bronceada y musculoso, color caramelo, y aparentaba saber igual de dulce. Era Chey, diez años más joven, pero con una boca mucho más cruel.

Todas mis estudiadas aserciones y pensamientos desaparecieron, desechadas como el periódico del día anterior, cuando descubrí que me atraía. Y con esa atracción vino la libertad. Entré en el espíritu de la música, del baile, como si no lo hiciera por dinero.

Sabía que ahí, bajo la mirada de las dos supervisoras, estaba a salvo, y en el perímetro de seguridad dibujado por su presencia, era libre de soñar con la rendición. La rendición de soltarse, de dejarse aprehender. De las fantasías

de mi infancia, que siempre giraban alrededor de piratas o vampiros o bandoleros, visiones en las que me veía subyugada y acababa rindiendo mi voluntad a un extraño atractivo y aterrador, de las que salía indemne, con la mente y el cuerpo intactos. Era solo un juego, un juego que me seducía terriblemente, y una vez se encendía mi imaginación, mi cuerpo la seguía.

Pecho contra pecho, su miembro anidado entre mis muslos. El surco entre mis labios se humedecía, su erección crecía con un estremecimiento.

Como la calma antes de la tormenta, la música que manaba de los altavoces se ralentizó de manera imperceptible, y cada nota dejaba una pregunta en el aire.

¿Lo haría? ¿Sería capaz?

Me sostuvo la mandíbula con la mano. Asaltó mi mirada con la suya.

Estábamos encadenados el uno al otro, enzarzados en una lucha de voluntades, una conversación sin palabras en la que sus intenciones estaban muy claras. Tenía los ojos marrones, oscuros como un río profundo. Sus pupilas se dilataron mientras la sangre de su excitación llegaba a sus extremidades.

A lo lejos, oí el chirrido de un bolígrafo sobre el papel, la trayectoria del juicio de nuestras observadoras describiendo la escena. Si se trataba de la señora A o la señora B, era imposible saberlo, puesto que mi compañero seguía sujetándome la barbilla y, con ella, la dirección de mi mirada.

Los altavoces volvieron de nuevo a la vida, y mi chico dorado me alzó en volandas. Mis pies lo siguieron como la primavera no puede evitar seguir al verano, nuestros cuerpos se enredaron por primera vez como dos llamas atraídas de

forma inexorable en una combustión conjunta.

Bailaba con talento, elegancia, precisión, con pasos rápidos y seguros, sus piernas, largas y elegantes, ejecutaban series complejas de piruetas y figuras entre abrazo y abrazo.

A cada vuelta me veía propulsada de acá para allá, lejos de él, después cerca, en una rápida sucesión de movimientos. Era el baile de la conquista, el ritmo del cazador y su presa.

Su pene estaba en su máximo esplendor, y tenía una longitud y un grueso que yo no había visto jamás. Solo con verlo me quedaba sin aire. Un rubor ardiente se extendió rápidamente desde mi entrepierna hasta mi pecho y mi cara y me tiñó la piel de rosa, me aceleró el pulso, agilizó el fluir de la humedad que se estaba acumulando como la marea en el valle de mi sexo, esperándolo.

Me atrajo hacia su torso una vez más. Su

erección se fundía contra mi vientre. Allí estaba fuera de lugar, deseaba entrar. Resistí el deseo inmediato de arrodillarme y ponérmela en la boca. Recorrerla con la lengua, desde la base a la punta, sentir cada relieve, cada vena prominente, atragantarme con su extraordinaria longitud, llevarlo al clímax y que me llenara la garganta con su fluido caliente.

Mi cuerpo respondió a su tacto con una reacción animal. Un instinto tan natural como cualquier otro. Yo tenía los pezones tan duros como su miembro, y palpitaban ansiosos, pidiendo el consuelo de sus labios y la ferocidad de sus dientes. Estaba mojada de deseo.

Otra vuelta, otro giro, otro salto en sus brazos en una vigorosa demostración atlética.

Me hice con el control cuando llegó mi momento, y alcé la pierna en un *spagat* vertical para que él me penetrara hasta el fondo con una

embestida vigorosa.

Por unos segundos, cada uno tan largo como una hora, nos quedamos así, con mis piernas separadas formando una rígida columna que seguía la línea de su torso, coronado por un pie manteniendo una punta perfecta por encima de su hombro, y su miembro erecto envuelto por completo en el túnel de mi vagina, que se abrió para acogerlo con hospitalidad.

Éramos hermanos siameses. Atados por un paso de danza tan atávico como el tiempo. No podía moverme sin que se saliera, así que me rendí y dejé que me llevara, propulsada por el mástil de su erección.

Él mantuvo la expresión impassible durante todo el número. La única señal de esfuerzo —¿o era de emoción? que evidenciaba eran las gotas de sudor que le perlaban la frente, reflejando la áspera luz de los focos como un espejismo.

No llegó al orgasmo. Yo tampoco. La danza terminó cuando la música alcanzó su culminación dramática, y permanecemos unidos hasta que las asesoras tosieron al unísono para recordarnos que estábamos dando un espectáculo para complacer al público, y no a nosotros mismos. No pude reprimir un suspiro cuando se retiró y me dejó hueca, vacía.

Él se giró hacia las señoras, hizo una leve inclinación y echó a andar hacia la salida sin mirar atrás.

Las mujeres que ejercían de jurado del baile no expresaron ninguna opinión, pero sus labios parecían haber abandonado su rectitud geométrica para dibujar algo parecido a una sonrisa que, esperaba, fuera señal de aprobación.

Me dieron un día de gracia para recuperarme antes de hacer mi siguiente número, el sacrificio

del Sacerdote inca.

Empecé otra vez con Debussy. Era mi salvavidas, la melodía que me tranquilizaba y me preparaba para otro polvo anónimo.

Para este baile había elegido un canto gregoriano. La música no tenía nada de peruana, pero el tono sombrío y solemne encajaba con la intención ritual del espectáculo, y el coro de voces monásticas y su cadencia melancólica me parecía tranquilizante y seductora.

Mi Sacerdote inca, al contrario de la música, sí procedía de Sudamérica. Era moreno, musculoso, bien dotado y tan atractivo como el otro compañero, aunque no me excitaba de la misma forma. Me alegré de haber pensado en lubricarme antes de bailar para facilitar la entrada de lo que sabía que sería otro pene de tamaño extraordinario, puesto que parecía que uno de los requisitos para los integrantes

masculinos de la Red era tenerlo muy grande.

Llevaba una gran cruz barroca tatuada sobre el pecho con dos alas blancas como si fuera el cuerpo de un pájaro. Era un símbolo medio cristiano, medio pagano, que daba al espectáculo otra nota de misticismo. Los asesores de la Red habían sabido elegir muy bien a mis compañeros.

La danza culminó con sexo, como todas, pero en esta ocasión añadí un elemento de sorpresa que no había mencionado en mi descripción, así que sería tan inesperado para las dos señoras como para mi futuro público.

Cuando llegó el momento y el Sacerdote inca perforó la bolsita de plástico que yo había colocado en lo más profundo de mi sexo, y la sangre falsa me resbaló por las piernas en la parodia del sacrificio de una virgen, el siseo de asombro de las damas fue audible incluso bajo el ruido de los altavoces.

No pronunciaron ni una palabra, pero me llevé la satisfacción de haber arrancado una respuesta de mis espectadoras impasibles.

Fui yo quien se llevó una sorpresa cuando conocí al que sería mi compañero en el tercer y último acto, el Profesor de ballet, y descubrí que, aunque en el catálogo se lo describía como hombre, no nació así, en el sentido anatómico de la palabra.

Era alto y esbelto, y su piel de alabastro contrastaba vivamente con su pelo corto y negro, un peinado que acentuaba la línea delicada de su mandíbula y sus pómulos altos y felinos. Sus cejas eran delicadas como las alas de una mariposa, y una ligera curvatura en su torso sugería la presencia de pechos, por pequeños que fueran. Llevaba unas mallas de color carne que no hacían nada por disimular el bulto que se ocultaba debajo, pero fue cuando se

bajó la tela elástica para revelar un dildo colgado de un arnés que descubrí que iba a ser penetrada por un consolador por primera vez.

La experiencia del coito no se vio mermada de ninguna forma por saber que el instrumento responsable no era de carne y, una vez más, admiré la percepción de los organizadores, que habían sabido leer en mi breve descripción del baile la mezcla de severidad y feminidad que encapsulaban los profesores rusos de ballet con los que estudié.

—Lo has hecho bien —dijo la señora A, o la señora B, con un ligerísimo amago de sonrisa, al concluir mi tercer número.

Y así, una vez terminado el proceso de selección y preparación, comenzó la siguiente fase de mi viaje.

Hice las maletas de nuevo.

Empaquetar y desempaquetar mis cosas se había convertido en algo tan habitual en mi vida para entonces que ya no me permitía establecer lazos con las ciudades o las casas en las que vivía, ni con los amigos y amantes que hacía en cada lugar. Había nacido bajo una estrella veleidosa, y acabé aceptando que estar en perpetuo movimiento formaba parte de mí, como mis pechos pequeños y mi largo cabello rubio y rizado. No tenía sentido ponerse sentimental. Cada nueva aventura era como las estaciones de la vida, en permanente cambio. Protestar por tenerme que poner en marcha de nuevo sería como quejarme de la lluvia o cansarme del brillo del sol.

La Red había conseguido una colección convincente de documentos para mí. Con mi

pasaporte falso, podría viajar por el mundo y trabajar a placer, y empecé a verme como algo más que una bailarina. Era una ninfa, una criatura de la noche, una mujer de fuego, una promesa viva de sexo. A veces me preguntaba si era real, o tan solo el producto del sueño de otra persona. La fantasía salvaje de un adolescente.

Mis sueños extravagantes tuvieron un final abrupto cuando Madame Denoux confirmó mi primera actuación, en Londres. Alguien había solicitado el número del Profesor de ballet. No abandonaría Nueva Orleans por un destino glamuroso como París, Milán, u otras ciudades que para mí eran lugares de intriga y misticismo. Sabía que Londres era gris, pero estaba decidida a darle algo de color.

6

Bailando sola

Cuando mi avión aterrizó en Heathrow estaba lloviendo. También llovía cuando salí de Seattle, y había llovido casi todo el tiempo durante las ocho semanas que pasé completando el proceso de selección de la Red del placer.

La similitud entre las condiciones meteorológicas de las dos ciudades me resultaba ligeramente reconfortante.

Miré por la ventanilla desde mi cómodo asiento de primera clase para ver cómo me recibía Londres desde tierra a través de una tenue neblina. Era difícil de decir a tanta altura,

pero los edificios parecían ser más bajos y menos uniformes que los de Nueva York. El hilo plateado del Támesis dividía la ciudad en dos. Solo podía vislumbrar uno de los monumentos que esperaba visitar: la noria London Eye, un fulgor blanco en el centro de la ciudad que añadía una nota de frivolidad al aire sobrio londinense; siempre me había resultado un elemento extraño. ¿Para qué querría una ciudad tan seria una estructura arquitectónica más adecuada en una feria o en el parque de atracciones de Coney Island? Algo así nunca pasaría en San Petersburgo.

—¿Primera vez en Londres? —me preguntó la mujer que se sentaba a mi lado, con un acento seco que podría ser de cualquier lugar. Llevaba una blusa de seda color crema abrochada casi hasta el cuello, y en los pies, que cruzaba en los tobillos con recato, unos mocasines de color

beis. Su aroma tenía un deje de tabaco y de piel de limón.

—Sí. No he tenido ocasión de viajar mucho por Europa.

—Te gustará —replicó en tono autoritario, como si yo no tuviera otra elección.

Leía un libro encuadernado con una funda de suave cuero negro, que llevaba una cinta de satén de color huevo de pato como punto de lectura. El tipo de libro que pide que lo acaricien. Se recostó en su asiento y cerró los ojos mientras iniciábamos el descenso y el avión empezaba a prepararse para aterrizar. Me incliné hacia delante para leer el título del libro: *Las variaciones de Scarlett*, estaba escrito en el lomo en anticuadas letras color dorado. La mujer despertó de nuevo y se puso a leer. Entreví una línea por encima de su hombro: «Me sentía como si mi cuerpo cantase». Sonreí.

Aquella frase propulsó una docena de pensamientos e imágenes que se precipitaban en caída libre dentro de mi mente, como una bandada de pájaros al vuelo después de que alguien les lance una piedra. ¿Qué aspecto tendría aquella mujer desnuda?, me pregunté. ¿Qué lencería llevaría? Nada muy femenino, pensé. Ni anticuado. Sencillo, clásico, bien hecho y sin muchas florituras; en negro, blanco o beis, quizá con unas bragas de corte alto.

Se levantó para sacar su equipaje del compartimento superior. Era una bolsa cuadrada, negra, con una gruesa cremallera, como un maletín. Guardó el libro en un bolsillo lateral. Sus pantalones tenían un corte impecable y le llegaban hasta la cintura, resaltando la rectitud de su figura, desprovista de líneas femeninas a excepción de la curva de sus senos. Llevaba el pelo cortado en una sobria media

melenas de color gris plateado. Se recolocó los mechones rebeldes detrás de las orejas con impaciencia, dejando entrever la redondez de los lóbulos, adornados con una perlita. Supuse que tendría unos cuarenta y pocos años, aunque también podía pasar de los cincuenta. Era difícil de calcular.

—¿Es tuya? —me preguntó mientras me tendía mi bolsa negra. Asentí, y me la entregó.

Me coloqué detrás de ella en el pasillo, donde pude admirar sus largas piernas y su firme trasero hasta que la azafata anunció que podíamos desembarcar, y la gente que teníamos delante empezó a moverse.

Éramos las únicas mujeres en primera clase. El resto de pasajeros eran hombres, achaparrados, pálidos y poco interesantes en su mayoría. Nos lanzaban miradas curiosas que yo ignoré pero, al menos, nadie me tendió una

tarjeta de visita con la sugerencia de que «llegáramos a un acuerdo» como había hecho un hombrecillo extraño que llevaba una chaqueta de algodón indio en mi vuelo de Nueva Orleans a Seattle.

—Gracias, señorita Volk —se despidió la azafata con una voz nasal que apenas comprendí cuando pasé junto a ella, para salir del avión y pisar por primera vez Gran Bretaña. A escasos palmos de distancia, iba mi compañera de cabellos plateados.

La actuación de la noche siguiente sería pan comido. Me habían contratado para interpretar el Profesor de ballet; a juzgar por mi estado de ánimo, su rígido dildo de silicona entraría fácilmente. La imagen de los mocasines que tenía delante subiendo por la rampa hacia el control de pasaportes me mareaba. No llevaba calcetines, y solo con ver sus tobillos desnudos

mi sexo empezó a palpar.

Esta vez viajaba con pasaporte alemán. Sería la primera de muchas veces que cruzaría la aduana con documentos falsos. El hombre que comprobó mi fotografía e insertó el pasaporte en el lector electrónico me hizo pocas preguntas y apenas se fijó en mi cara antes de franquearme el paso. Tenía marcas de viruela en la cara, y una gruesa mandíbula cuadrada, como de superhéroe caído en desgracia.

La mujer del cabello gris me esperaba junto a la recogida de equipajes.

—¿Es usted una mujer del pueblo, señorita Volk? —me preguntó.

«Volk» era una variante rusa del mote *vovk*, que significaba «lobo», pero podía confundirse con el significado alemán de la palabra, «gente» o «pueblo llano». Quizá ella fuera alemana.

—Creo que soy un gusto adquirido. No apto

para todo el mundo...

—Como todo lo mejor en la vida. ¿Y le gustan los libros? No es muy educado, leer por encima del hombro de otro.

¿Me estaba riñendo o flirteaba conmigo? En California había conocido mujeres que coqueteaban conmigo, pero no así. Las chicas californianas recorrían el borde de sus copas de champán con uñas perfectamente arregladas o soltaban risitas ásperas a través de bocas cubiertas de carmín, y nunca llegaban a verbalizar las palabras que quedaban flotando entre nosotras: «bésame, tócame, ven a casa conmigo, invítame a una copa». No se parecían en nada al tono irónico y franco de esa mujer, y a la postura tan derecha que parecía conducir a algo de lo que yo aún no era consciente.

—Parecía un buen libro —repliqué.

—¿Te gustaría leérmelo después de cenar?

Una sonrisa recorrió sus labios. Sabía perfectamente lo que iba a responder antes que yo misma. Era inevitable. Otro giro en el río de la vida, y yo ya sentía la crecida de la corriente, que me empujaba de manera inexorable hacia la habitación de su hotel. Al final, sin embargo, regresamos a la mía.

Decidimos cenar en Lena, un restaurante italiano de Shoreditch, después de intercambiar números de teléfono y separarnos para ir a nuestros respectivos alojamientos para dejar las maletas y ducharnos.

Ella aún llevaba consigo su maletín, pero se había cambiado los pantalones por unas mallas estrechas de cuero y una blusa abrochada hasta arriba que se había dejado por fuera y colgaba sobre sus caderas. Era de manga corta, y mostraba sus brazos musculosos. Calzaba unas botas de montar gastadas, con hebillas color

plata en los talones.

Tenía un nombre algo anticuado, Florence, aunque me dijo que podía llamarla Flo. No me salía usar el diminutivo, así que seguí llamándola por su nombre completo.

Florence fumaba cigarrillos franceses. Uno antes del primer plato, y otro después del segundo.

—Para limpiarme el paladar —explicó antes de salir del restaurante para fumar, y desaparecer entre las sombras. Desde la ventana del restaurante bien iluminado, yo apenas vislumbraba el brillo del ascua roja de la punta de su cigarrillo en la oscuridad.

Compartimos una tarta de *ricotta* y limón con una bola de helado de vainilla, que sirvieron en forma de esfera blanca moteada con las semillas de la vaina de vainilla. Ella pidió un café con *amaretto*.

El sabor de Florence era el mismo que el olor que había detectado en el avión. A limón y cigarrillos, y a algo más que no podía identificar. Recorrí su lengua con la mía y retuve su saliva en la boca un instante para descifrar la peculiar combinación de sus besos, de la misma manera que degustaría el buqué de una copa de vino.

Florence era alemana. Trabajaba como química y profesora de universidad, y había venido a Londres a dar una serie de charlas sobre los avances en el desarrollo de vacunas contra la malaria. No me preguntó cómo me ganaba la vida, ni por qué una mujer con acento ruso viajaba con pasaporte alemán a pesar de no hablar ni una palabra en su idioma aparte de *Guten Tag!* y *Tschüss!*

Las dos llevábamos calzado plano, y como aún era pronto fuimos en metro desde Old Street hasta London Bridge y compramos una botella

de vino y un paquete de galletas de jengibre en un quiosco de la estación. Aquel era el tercer ingrediente de su aroma, como descubrí cuando me empujó contra la baranda que separaba el paseo de la orilla del Támesis del agua para besarme de nuevo. Me pilló desprevenida, hizo oscilar la bolsa de plástico que colgaba de mi muñeca y la botella de vino golpeó sonoramente contra la barrera de metal.

Empezaba a llover de nuevo, gotas ligeras que nos cubrían el rostro y apelmazaban mis rizos. Me cogió de la mano y regresamos corriendo a la calle, donde tomamos un taxi hasta mi hotel del South Bank, cerca de la estación de Waterloo y el Royal Festival Hall.

Tenía una *suite* en el ático del Park Plaza. Desde el balcón de la habitación, el London Eye parecía estar al alcance de la mano, y pude comprender el encanto que tenía para los

londinenses. Mostraba una cierta grandeza desenfadada en la sincronía del lento girar de la rueda; era una imagen bella, con aquella luz que brillaba dentro de cada cápsula como si fueran luciérnagas atrapadas en tarros de cristal en perpetuo movimiento.

Florence sirvió el vino y me ofreció una galleta de jengibre. Se aupó de un salto sobre la barandilla que rodeaba el balcón y protegía a los ocupantes de la habitación de caer al vacío mientras admiraban las vistas. Daba la espalda a la nada y a una caída de catorce pisos.

—Vamos, baja —reí—. Imagina lo que tendrían que limpiar los barrenderos si te caes. Igual lo cargan a la habitación.

—Me aseguraré de que valga la pena —dijo. Había abierto las piernas, y sus estrechos pantalones se adherían a los contornos de su sexo de manera inquietante. Veía perfectamente

el leve montículo de su pubis, y las líneas delicadas de los labios de su sexo. Me equivoqué al especular sobre su ropa interior. No llevaba.

—No sé si lo conseguirás desde ahí —le tomé el pelo.

—Me prometiste que leerías en voz alta para mí —replicó.

—Yo no prometí nada. Tú me lo pediste. Hay una diferencia.

Mis palabras tenían un tono retador, pero ella no recogió el testigo como yo esperaba. En lugar de eso, su expresión se suavizó.

—¿Leerás en voz alta para mí? —preguntó, en tono casi suplicante.

—Sí.

La tomé de la mano y la llevé de vuelta al interior de la habitación. Sacó el libro encuadernado en cuero del bolsillo de su bolso, me lo tendió, y se tumbó sobre la cama. Seguía

completamente vestida y con sus botas de cuero puestas. Me tumbé a su lado.

La suave cubierta de cuero parecía piel humana al tacto de mis manos. Aparté la cinta satinada de la página en la que se había quedado, el principio de un relato: «Limpiabotas en la estación de Liverpool Street».

Me deleité con cada palabra mientras leía para capturar la sensación de cada una de las sílabas, ya fuera rápida, lenta, suave, baja, dura, ahogada. Florence cerró los ojos para escucharme. No llevaba rímel, pero tenía las pestañas tan oscuras que parecían teñidas. Eran demasiado gruesas y negras para su rostro, y le enmarcaban los ojos como dos cardenales, como si dos pesos presionaran sus ojos hasta el despertar.

Cuando terminé, abrió los ojos de nuevo, y se puso de lado para acariciarme los labios con los

dedos. Abrí la boca y dejé que introdujera uno. Llevó la mano dentro de sus pantalones y después devolvió sus dedos a mi boca, deteniéndose a pocos centímetros, como si supiera que era mi primera visita a un país extraño y estuviera ofreciéndome a probar una exquisitez local. Incliné la cabeza hacia arriba y lo probé.

Era la primera vez que saboreaba a una mujer, exceptuando mis propios fluidos, que había chupado por curiosidad, pero también para tranquilizar mi preocupación después de que Chey llevara su boca a mi sexo por primera vez y yo tuviera miedo de que la experiencia le resultara desagradable, por más que él se rio de mi incomodidad y me aseguró que era todo lo contrario.

Florence sabía como una chuchería insípida. Su aroma era ligeramente almizclado. No era

agradable ni desagradable.

Mi primera experiencia del sabor de una mujer, como tantas otras cosas, resultó ser bastante insustancial. Mis sentimientos eran ambivalentes. Una vez más, me pregunté a qué venía tanta confusión.

Sin embargo, cuando sus labios se posaron sobre los míos me sentí presa de su suavidad; sus manos, una vez se abrieron camino debajo de mi ropa, eran lentas y habilidosas, y el calor de su cuerpo contra el mío me cosquilleaba la piel y hacía palpar mi clítoris. Éramos un enredo de brazos y piernas que buscaban, tocaban, pellizcaban y acariciaban. Ella contuvo la respiración cuando le desabotoné la blusa y le desabroché el sujetador para liberar sus pechos, y gimió cuando le atrapé el pezón con los labios.

Al quitarle el sujetador, descubrí que solo tenía un pecho. El otro se lo habían quitado, y en

su lugar quedaba una leve protuberancia de carne con una línea donde antes estaba el pezón. La cicatriz era una rugosidad plateada que le recorría la piel en una curva horizontal como un arco de crucero. Exhaló cuando incliné la cabeza y recorrí su piel lentamente con la lengua.

—Salgamos otra vez —dijo de repente—. Necesito aire fresco.

Las dos estábamos un poco borrachas, del vino y la excitación. Si la besaba una vez más, llegaría a estar lo bastante ebria como para saltar por encima de la barandilla, y sentir el viento bajo mis brazos acompañándome en la caída hasta el suelo.

Florence recogió su bolsa mientras nos acercábamos a las puertas correderas de cristal, y de dentro sacó el dildo más grande que había visto en toda mi vida. Era el doble de grueso que

el del Profesor de ballet, y unos cuantos centímetros más largo. Se lo abrochó con un arnés sobre las caderas y me siguió al balcón. El dildo rebotaba cada vez que daba un paso como si asintiera, lleno de promesas. Ella ya estaba completamente desnuda, y el pezón de su único pecho sobresalía como una fruta solitaria.

Me incliné sobre la barandilla y esperé. No sabía si me cabría, pero estaba dispuesta a probar. No había motivos para que no lo hiciera.

Ella puso una mano en la parte baja de mi espalda, y me recolocó; después, deslizó la otra entre mis piernas para comprobar mi humedad. Al parecer, lo que encontró no era lo que esperaba. Rebuscó de nuevo en su bolsa, y oí el clic de una tapa al abrirse. Me estremecí cuando frotó el lubricante, espeso, frío y viscoso entre mis muslos.

La primera embestida no me partió en dos

como temía, pero me penetró muy profundamente. El dildo dejaba una huella que iba directo desde mi sexo hasta mi corazón y mi cerebro. Me hacía sentir completa, a gusto en mi piel. Devolví el empujón y la oí gruñir. Se apoyó de nuevo sobre mí y empezamos un vigoroso tira y afloja que continuó hasta que ella empezó a cansarse, y se inclinó sobre mi espalda para sostenerme entre sus brazos mientras me frotaba el clítoris con los dedos hasta que me corrí.

Nos quedamos así un rato contemplando la ciudad. Los peatones andaban por la calle a muchos metros de distancia, y alzaban la vista para mirarnos de vez en cuando. No estaba claro si podían divisar a las dos mujeres desnudas que les devolvían la mirada catorce pisos más arriba.

Cuando desperté por la mañana, Florence se

había ido. El único recuerdo de la noche pasada era el olor a humo y limón que persistía en el ambiente, y la pila de billetes nuevos que había dejado sobre la mesita baja, sujetos con un paquete vacío de sus cigarrillos.

Cien libras en total. No bastaba ni para una hora con una prostituta de baja estofa. No sé lo que me ofendió más: que decidiera pagarme o que me pagara tan poco.

Dejé de ser confiada con la gente después de aquel episodio. Seguí encontrando hombres y mujeres para satisfacerme, pero ya no dispensaba mi afecto libremente, ni mi mente o mi alma. Mantenía una parte de mí misma encerrada, y había echado la llave a un pozo.

Quizá mi distancia emocional no hacía nada

por mejorar mi estilo de danza, pero lo hacía soportable. Llegué a creer que no tenía nada que ver con el sexo. Yo era solo una actriz, una proveedora de fantasías, una ilusionista que vendía un sueño.

No vendíamos sexo. Eso era cosa de burdeles y locales de *striptease*. Los espectáculos de la Red tenían una parte de fantasía y otra de ironía, la afirmación visual de que hacer el amor era meramente una parte más de la vida, y no algo que hubiera que esconder bajo llave ni que mereciera desprecio o burla. La visión de Madame Denoux era un baile en el que los dos participantes se unían de la forma más íntima sin llamar una atención particular sobre ese hecho. El clímax, la penetración, no era más que otro paso en el ritmo de la vida.

Persistí en mi negativa de ver a mis compañeros –Tango, Sacerdote inca y Profesor

de ballet— fuera del escenario. Las únicas noticias que tenía de ellos entre actuaciones eran las actualizaciones regulares de la Red para confirmar asuntos de fechas y el estado de los bailarines, y para intercambiar los certificados de salud que nos obligaban a completar cada mes.

Estos elementos, fuera de escena, daban un aire estéril y práctico a todo el proceso, pero cuando la música empezaba a sonar y mi compañero aparecía en el escenario de entre las sombras, me olvidaba de todas las cuestiones burocráticas y biológicas y me limitaba a gozar de la respuesta del público y de un pene desnudo que entraba y salía de mí, el pene de un extraño con el que nunca había entablado ninguna conversación más allá de la más fundamental, la que sucedía entre nuestros cuerpos.

Me resultaba arriesgado, peligroso y terriblemente excitante, y cimentó la idea de que

me había convertido en una especie de criatura etérea y sensual, solo humana a medias. La otra mitad era una mezcla de feromonas y deseo, un receptáculo para el erotismo.

Sin embargo, fuera del escenario las cosas eran distintas. Continué mis encuentros con hombres, a veces mujeres y, otras, gente que no se identificaba por completo con ninguno de los dos sexos, sino con algo completamente distinto. Con esos me sentía más a gusto, con los que eran especiales, los hombres y mujeres transexuales que hacían el amor como si la anatomía fuese irrelevante y no parecían necesitar que sus genitales definieran su identidad.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo mis conquistas y los sentimientos que estas inspiraban en mí no tenían nada de especial. Me acostaba con alguien nuevo en cada ciudad.

Coleccionaba amantes como si fueran *souvenirs*, como sustitutivos de los museos y galerías que nunca visitaba.

Florence era la única a la que recordaba por su nombre. Al resto los recordaba por la música que reverberaba de forma inevitable en cualquier habitación a la que regresábamos, una sinfonía de melodías diseñada para relajar, estimular o simplemente ocultar los sonidos de nuestra actividad, el crujido de las camas de hotel y la alegre colisión de los cuerpos uniéndose en un fervor lleno de energía.

En Praga conocí a una chica negra que me penetró con un dildo después de ponerme contra una pared entre las sombras del pasillo de un club. La canción «Lullaby» de los Cure sonaba por los altavoces y el resto de los presentes seguía con sus cervezas en la mano y la mirada perdida mientras comían patatas fritas,

ignorando lo que sucedía en un rincón de la habitación donde dos mujeres que parecían estar hablando en realidad daban rienda suelta a la pasión tras la débil barrera de un taburete de bar.

Berlín sonaba a jazz de la vieja escuela, encarnado en un universitario que vivía en Neukölln y me hizo el amor despacio y suavemente al son de «Mood Indigo» de Duke Ellington y «Fever» de Peggy Lee.

Barcelona fue el camarero de un bar de tapas que me llamó después de que yo dejara mi teléfono anotado en el dorso de una servilleta junto con su propina y trajo su propia recopilación de *reggae* rápido y furioso en español* a mi habitación de hotel al terminar su turno. Sicilia fue impersonal y rápido, sobre el capó de un coche aparcado en una callejuela de Palermo con la *Quinta sinfonía* de Beethoven

de fondo en el equipo de música del coche. París fue un profesor universitario local que conocía las mejores pastelerías del Quartier Latin y solo se excitaba con «I.C.U.» de Loui Doillon. Reykiavik fue un expatriado británico que trajo una bolsa llena de penes de goma y quiso que lo penetrara por detrás mientras Mick Jagger y los Rolling Stones canturreaban «You can't always get what you want». En Estocolmo conocí a un hombre que quería que lo mirara masturbarse mientras escuchábamos a Johnny Cash leer el Nuevo Testamento, y en Milán, una alemana rubia que podría haber sido mi doble me lamió hasta que llegué al orgasmo y me acarició hasta que me dormí mientras sonaba «Overlap» de Ani DiFranco.

Las canciones se volvieron más importantes que las relaciones sexuales, y pronto aquel mar de erotismo con banda sonora se convirtió en el

telón de fondo de mi existencia.

Cuando no bailaba o hacía el amor, dormía, me paseaba por las calles para visitar museos y monumentos desde fuera, disfrutaba de un helado y un trozo de pizza, de una salchicha al curry o nueces caramelizadas o la que fuera la especialidad del lugar, sin molestarme en profundizar ni conocer las ciudades por las que pasaba más de lo que me molestaba en conocer a la gente que encontraba en ellas; es decir, llevarme a alguien a la cama antes de ponerme en camino hacia otro aeropuerto y otra ciudad.

Y, durante todo aquello, no dejaba de pensar en Chey.

Había pasado un año rápidamente. Caí en la cuenta, sorprendida, una mañana mientras me duchaba y arreglaba de forma automática antes de actuar ante otro público invisible, cuyos jadeos y excitación solo podría sentir desde mi

posición sobre el escenario improvisado, como si fueran espectadores de otro mundo. Viajar se había convertido en una rutina tranquila, una sucesión de aeropuertos, hoteles, noches oscuras y cuerpos. Estaba en aquel mundo de visita, pero, en el fondo, sabía que no había visto nada; solo era una turista en la casa del deseo.

Mi danza del sexo empezaba a cansarme. Lo que al principio me pareció un atrevido arte escénico pronto se convirtió en un trabajo más para ganar dinero, y cuando los hombres con quienes bailaba dejaron de satisfacerme, y me quedaba vacía y sola en otra habitación de hotel, con la única compañía de mis desapacibles pensamientos, me preguntaba qué vendría a continuación. ¿Adónde iría, qué haría cuando esta parte de mi vida también llegara a su inevitable fin?

Mi siguiente parada era Ámsterdam. Pero

aún faltaba una semana para eso, y yo estaba en las últimas, así que decidí pasar unos días en la playa, en la costa francesa. Tiempo para mí.

Otro día, otro dólar, otro baile, otra ciudad, y otro pene.

Al menos, eso pensaba antes de recibir la carta.

Me había seguido alrededor del mundo. El sobre blanco tenía las esquinas arrugadas, estaba rasgado por un lado, que alguien había reparado con un poco de cinta adhesiva, y tenía una sucesión de direcciones anotadas a toda prisa y diferentes sellos que constataban que había viajado de un lugar a otro.

Por fin había llegado hasta mí. Me había dado alcance en el sur de Francia, donde estaba

tomándome un descanso en una pequeña localidad playera cercana a Montpellier entre dos actuaciones. Representaba un espectáculo muy concurrido, y muy bien pagado, durante el festival de cine. Bailaba con Tango en una mansión aislada que se encontraba entre las colinas que rodeaban Cannes. Supuse que la mayor parte del público era gente de la industria del cine o inversores, pero no recibí ninguna oferta de Hollywood por mis servicios, solo las proposiciones habituales de sexo por dinero a las que ya estaba acostumbrada.

Chey echó la carta al correo en Miami, dirigida a mí a la dirección de Lucian en Venice Beach, California. Este la reenvió a Nueva Orleans, desde donde había viajado hasta Europa, pasando por un puñado de direcciones de lista de Correos que usaba mientras me movía de un trabajo a otro.

Al principio no reconocí la letra con la que estaba escrito en el sobre mi nombre. Nunca había estado en Miami, ni conocía a nadie de allí. Me pregunté si sería de alguna bailarina con quien había entablado amistad en los vestuarios por los que había pasado, pero, por la firmeza de sus rasgos, aquella caligrafía tenía algo de masculino.

No la consideré importante, y tardé varias horas en abrirla mientras me deleitaba con un desayuno tardío, un paseo hasta la playa y un baño. Toda mi comunicación con Madame Denoux, así como mi correspondencia de trabajo, era *online*; mi Mac Air me acompañaba a todas partes.

Caminé bajo el sol del mediodía de regreso a mi pequeño hotel, y lo único que ansiaba era darme una ducha, pero la carta estaba esperándome sobre la mesilla de noche al abrir

la puerta; sus sellos desordenados me llamaban.

Me quité las chanclas y fui en busca de una lima de uñas para abrirla.

Era de Chey.

Para cuando terminé de leerla y volví al mundo real, el abundante sudor que me cubría se me había pegado a la piel con la ayuda del aire acondicionado.

Luba:

Puedo imaginar lo que sentirás al leer estas líneas y ver quién te las ha escrito. Te lo ruego: no te enfades, no te precipites, no rompas estas hojas sin leerlas.

No lo hagas.

Te echo de menos...

Había cuatro páginas más. Era una carta de

amor, la primera que recibía en mi vida.

Una carta de amor en la que Chey no trataba de justificar la presencia de la pistola en su cajón ni sus repetidas ausencias por supuestos negocios, tampoco explicaba adónde iba cuando me dejaba en Nueva York. Insinuaba razones que quizá algún día podría revelar, pero se limitaba a expresar tristeza porque, decía, no era el momento para explicaciones.

Pero lo que más me dolió fue tener que enfrentarme a la fuerza de la confirmación de sus sentimientos de una forma tan cruda y emotiva mientras, por otro lado, por sus palabras dejaba claro que ya se había resignado a perderme.

Cada día que pasa siento cómo te alejas más, cómo te escondes más de mí. Parece que ha pasado una eternidad

desde que estuvimos juntos, que hablamos, que nos tocamos. Y aunque me duele más que cualquier otra cosa, no pasa nada. Poco a poco, aprendo a aceptarlo. Tu vida futura, donde sea, no puede ser conmigo. Es doloroso, pero tengo que ser realista. No dejarte ir sería injusto para ti. Aunque cada día que paso lejos de ti sea vivir solo a medias, una vida en la que un espacio vacío se ha adueñado de mi cuerpo, mi corazón, mi alma.

Por lo menos diez veces al día, decido asumir que te he perdido para siempre y lloro por dentro, o por fuera si estoy solo. A los pocos minutos, me recompongo y lucho contra esa resignación, porque no quiero aceptar lo que está pasando, o lo que pasará, o lo que ya ha pasado. Es una

lucha que no puedo ganar...

¿Es que no estaba dispuesto a luchar por mí?

Recuerdo todos los segundos que pasé contigo, y te quiero aún más por ellos. Cada café, cada copa que compartimos, los paseos, las comidas, los besos, los silencios. Gracias, Luba, por darme tanto en el breve período en que me permitiste ser tuyo y en el que tú fuiste mía. (Una parte muy codiciosa de mí interviene para decir que no fue suficiente.)

Todos los lugares a los que quería llevarte, ya que sé de tus ganas de viajar y de tu fervor por conocer nuevos horizontes. Las ciudades, los paisajes que podría haber visto a través de tus ojos

como si fuera la primera vez, las calles por las que tus piernas interminables podrían haber caminado, los mil escenarios privados en los que hubiera querido que bailaras solo para mí, *mi prima ballerina*, mi bailarina privada, mi bailarina atrapada en ámbar.

No hacía mención al enfado del día que se enteró de que había empezado a hacer *striptease*, tampoco decía nada de Lev, solo mencionaba vagamente la pistola y lo que yo había hecho con ella.

Por cierto, le pegaste un buen tiro al televisor, quedó irrecuperable... Aunque tampoco importa; no le hacíamos mucho caso, ¿verdad?

En ese punto, la carta, que ya iba por la segunda hoja, se aceleraba; su letra abandonaba la disciplina y la regularidad, quizá estuviera bebido cuando la escribió, pero sus palabras perdieron toda muestra de contención y empezaron a brotar como el río que se desborda, una corriente de pensamientos en los que cada palabra rompía contra la presa de mi corazón y se clavaba en él como una daga.

Ahora mismo estoy en un pueblecito del sur. Te escribo desde la habitación diminuta de una pensión —aquí no hay hoteles—, y el aire acondicionado no funciona, así que solo llevo un pantalón corto y hace días que no me afeito. Estoy sudando a mares. Podría describir la habitación y el paisaje que veo desde mi ventana, pero no serviría de nada. Es que

me siento terriblemente solo cuando pienso en ti.

Espero. No puedo contarte por qué. Y, como tú sin duda adivinaste, no tiene nada que ver con el ámbar, aunque esa parte de mi vida es perfectamente legal, y le tengo mucho cariño. Espero que aún guardes las piezas que te regalé. Vi que ya no estaban en Gansevoort Street cuando te marchaste...

Anoche dormí mal. Pesadillas o sueños, da igual lo que sean si tú apareces en ellos; eres una estrella radiante en mis noches turbulentas. Tuve un sueño erótico que no he podido quitarme de la cabeza al despertar. Rememoraba todas las veces que hemos estado juntos. Maravillado y sorprendido de todo lo que hicimos.

En el sueño, volvíamos a estar juntos, y tú estabas de pie encima de mí, con las piernas separadas. Y entonces sentía la sensación enloquecedora de estar dentro de tu boca, y tú me chupabas, me lamías, me protegías. La blancura de tu piel y la profundidad de tus ojos verdes, el delicioso orificio de tu ano, la acogedora calidez de tu sexo... Yo cerraba los ojos: la suavidad de tus pequeños pechos perfectos, tus manos me tocaban por todas partes, tu lengua se colaba dentro de mi boca; mi amor, has hecho que nadie más pueda satisfacerme.

Cada imagen de color y sensación de mi sueño era totalmente voluptuosa. Pero también era pura, como si fuéramos ángeles, unidos éramos hermosos. Y volví a pensar en lo bien que estábamos juntos,

no solo en la cama. Encontramos consuelo el uno en el otro, a pesar de las diferencias culturales y de las cosas que no compartimos. Éramos amigos, no solo amantes, los compañeros perfectos, ¿verdad?

Ahora debo atesorar esos recuerdos.

Soy un hombre débil, Luba; no soy noble. Sé que llegará el día en que sucumba a la nostalgia y a la tentación y trataré de recuperar esa alegría, ese erotismo, esa felicidad con otras mujeres, y te pido que me perdones, porque sé que el espectáculo de follar con otra con el mismo abandono y transgresión nunca se equiparará a la belleza que nosotros alcanzamos. Será algo mecánico, sin emociones, pero temo que soy solo un hombre, y hay una parte de mí que querrá

probar de nuevo, incluso cuando la otra parte sea consciente de que nunca recuperaré la plenitud a la que llegué contigo, y cualquier otra persona, cualquier otra cosa que pueda hacer, no será más que una vulgar imitación.

Te amo tanto, Luba... ¿Por qué no lo expresé mejor cuando estábamos juntos?

A veces pienso que me gustaría que, como por arte de magia –gracias a un pacto con el diablo, a la fantasía o al poder de los sueños–, pudieras vivir en mi piel por un día. Entonces sentirías lo que yo siento, y te darías cuenta de que lo que siento por ti es único y fuerte. Mataría por ti. Ahora puedes ver la lamentable desesperación que tu decisión de terminar con lo nuestro me ha causado. Me volví loco cuando decidiste retirarme tu amor,

tu afecto. Fue tan repentino que sentí un dolor intenso, cegador, como un ataque de pánico. No tengo palabras para describir cómo me sentía cuando te fuiste.

Pero no pasa nada. No pasa nada, mi amor, mi gitana, mi tesoro.

Acepta mis tópicos trillados por lo que son, y no tengas mala opinión de mí.

Te amo.

Ya no puedo escribir más palabras. No sé más palabras. Se me han agotado.

Aquí empieza el invierno para mí, supongo. Los años que me esperan sin ti...

Las páginas siguientes parecían escritas en un día distinto, más tarde, tal vez, puesto que la letra tenía otra inclinación y era más pausada. Había escrito una lista titulada «Cosas de ti que

nunca olvidaré»:

Tu amor

La ternura de tus ojos

El sonido de tu voz y tu acento
encantador

Tu torpeza ocasional, tus sentimientos
mercuriales según el momento

Tu espontaneidad

Tu travieso sentido del humor

La experiencia desgarradora de ver
cómo te desnudas

O de desnudarte yo mismo

Tu belleza serena, tu piel sedosa

El calor de tu boca contra la mía

Cómo me besabas y dejabas que yo te
besara hasta quedarnos sin aire en los
pulmones

Darme un baño contigo en Gansevoort

Street

Cómo paseabas entre la nieve de
Nueva York

Tu espalda desnuda la noche que
fuimos a Momofukus

La vez que fuimos a ver una película
de Pixar rodeados de niños que no
dejaban de hablar

Cuando me diste la mano en el cine, y
luego en el taxi de vuelta a casa

Verte comer, verte reír

Cómo cantas nanas rusas cuando
crees que nadie te oye

Tu forma de caminar, tan elegante y
sensual, como si flotaras

Tu forma de decir «te quiero dentro
de mí»

Tu forma de decir mi nombre

La serenidad que transmites cuando

duermes

La forma en que me cabalgaste en la
playa la primera vez que hicimos el amor

Cómo te acurrucabas contra mí en
busca de calor cuando las sábanas
estaban frías

El libro que desearía poder escribir
sobre ti si supiera escribir

La forma en que tu cuerpo se adueña
de la cama

La caricia de terciopelo de tu boca
sobre mi miembro

Nuestros silencios

La delicadeza de tus pequeños pechos
y el color de tus pezones

Tu palidez natural

El vello rubio que te crece en la parte
baja de la espalda

Lo hermosos que somos cuando

estamos juntos

Aquella vez que lloraste al teléfono
porque me echabas de menos

Estar dentro de ti, poseerte, y que
cada vez sea como la primera, una y otra
vez

Tu mirada cuando hacíamos el amor
La película de sudor sobre tu piel
blanca

Tus piernas largas e interminables

Tu alma esclava

Tus emociones

La expresión maravillada de tu rostro
cuando lograba sorprenderte

El brillo de tus ojos cuando te regalaba
una nueva pieza de ámbar

Cómo podíamos discutir sobre los
Clash y hablar de libros, de películas, de
música y de la vida

La sensación de entonces, como si nunca fuéramos a cansarnos de estar juntos y siempre fuéramos a tener de qué hablar

Cruzar Washington Square entre perros, niños y ardillas

Pasear por Broadway

Compartir la cama contigo y quedarme callado por la mañana mientras veía cómo te despertabas

La vez que te llevé a Veselka, aquel restaurante ucraniano de la Segunda Avenida y ver cómo te relamías de expectación

El orgullo de que me vieran contigo sin culpa ni dudas

Que tú me hacías una persona mejor

La esperanza de que hubiera un futuro para nosotros

El sueño terrible en el que teníamos un hijo

Nuestra primera pelea, cuando te sentaste en el suelo en un rincón de la habitación, en una actitud infantil y egoísta pero, aun así, irresistible

Cuando me dejaste atarte las manos

Tus mensajes de texto sorpresa

El bosque oscuro y desaliñado de tu vello púbico y después tu deslumbrante suavidad, dos mundos en contraste

La forma en que orquestabas mis movimientos cuando acercaba mi boca a tu sexo

La visión de tus nalgas cuando te ponías de rodillas y me dejabas tomarte por detrás

Mi pene entrando y saliendo de ti

La forma en que examinabas mi

cuerpo, sus partes y su conjunto, para
perfeccionar tu educación sexual

 Caminar por calles desconocidas

 Buscar restaurantes para comer

 Tu lengua sobre mis testículos

 La vez que nos pusimos a pelear en
broma sobre la cama y te hice daño en el
cuello sin querer

 Tu lengua sobre mi lengua

 Estar juntos en bares y terrazas,
tomando copas y cafés

 Observarte mientras te duchas

 Hacer el amor en la ducha

 Las toallas blancas con las que te
envolvías al salir de la ducha

 Ese lunar que tienes en el trasero

 La tristeza que te viene a los ojos
cuando hablas de tu padre y de tu madre

 La vez que saliste sin bragas por mí

Cómo hacías que me cantara el
corazón

Tus prejuicios, tus preferencias, tus
gustos y disgustos

Tus bromas

Que me comprendías

Subir juntos las escaleras de Central
Park

Aquella vez que te ayudé a encontrar
un CD de música rusa que recordabas de
tu infancia

Explorar Nueva York de la mano

Cuando visitamos la Zona Cero y nos
quedamos muy quietos

Tu energía silenciosa y tu intensa
personalidad rusa

Tu gemido silencioso al correrte, y
cómo el orgasmo ilumina la oscuridad
esmeralda de tus ojos

Cuando te desnudaste para mí en el pasillo

Lo mucho que te gusta jugar

Hacer el amor en el suelo y por los sofás cuando no llegábamos a la cama

Ser una pareja, ser «nosotros»

Cuando vimos la final del Mundial de fútbol en la pantalla grande del Red Lion, rodeados de ruidosos aficionados alemanes

Meterte mano por la autopista aquella vez que fuimos a los Hamptons

Tu falda blanca

Aquel traje de baño diminuto que no tapaba nada

La vez que me desabrochaste los pantalones en el silencio del High Line al caer la noche

Tu estilo

Tu exuberante amor por la vida

Tus estados de ánimo

Tu actitud defensiva

Nuestra telepatía

Tus sueños, fueran maravillosos o equivocados

Tu sensualidad

La vaguedad de tus ambiciones

Tu profundo amor por el sexo

La honestidad de tu intimidad

Tu cuerpo

Tu alma

Que eres única

Tus deseos

La forma tan delicada en que a menudo decías de alguien o algo que era «agradable» o «hermoso» o «interesante» aun sin conocerlo

La generosidad de tu carácter y tu

alma

Tus intereses intelectuales, y lo mucho
que se parecen a los míos

Lo bien que estábamos juntos, cuando
fuimos «uno», cuando fuimos felices

Tú

En ningún momento de su carta me pedía
que regresara o una respuesta. Incluso se olvidó
de firmar.

Chey

Bailando con ámbar

La carta de Chey desencadenó un torrente de recuerdos, a cada cual más dulce y doloroso.

Un tornado de imágenes y sensaciones me inundó la mente, como si nuestra relación pudiera dividirse en fragmentos que ahora se ponían en fila para romperme el corazón uno a uno.

El sonido de su risa. Su forma de decir «Luba», siempre arrastrando la «u», como si acariciara mi nombre con la lengua. La costumbre que tenía de colgar las camisas del respaldo de las sillas al quitárselas, que dejaba su

olor en todos los muebles. Su manía de untar dos dedos de mantequilla en la tostada. Su pasión por la música. Su pasión por mí. La firmeza de sus manos y la suavidad de sus labios.

Llevaba la carta conmigo a todas partes y la leí y releí hasta temer que gastaría la tinta del papel. Tampoco hubiera importado. Me la había aprendido de memoria.

Cuando el tren exprés llegó a Bruselas para el transbordo, me sentía malhumorada e impaciente, aburrida de ver pasar interminables prados verdes por la ventana. No me sentía capaz de pasar ni un minuto más sentada en aquel estrecho compartimento, así que aproveché la media hora de escala y anduve a paso ligero hasta el centro de la ciudad; recuerdo que me pregunté por qué la estatua de bronce del niño rechoncho haciendo pis era tan famosa. Arrojé una moneda al agua de la fuente

de todas formas. Algo de suerte no me vendría mal, me dije. Entonces compré la caja de bombones más cara que encontré en la tienda de *souvenirs* más cercana, rellenos de caramelo, avellanas, pistachos y guirlache dentro de una caja blanca cerrada con una lazada púrpura. Volví a la estación, me instalé en un asiento junto a la ventanilla en el siguiente tren y me dediqué a ingerir bombones, uno detrás de otro, hasta que me sentí empachada. Cuando me di cuenta de que un hombre vestido con una camisa de cuadros me estaba mirando fijamente, empecé a comerlos de dos en dos hasta que apartó la mirada.

Estaba cansada de aeropuertos, cansada de viajar. De repente, no tenía nada claro qué quería hacer. Elegí viajar desde Montpellier hasta Ámsterdam en tren solo para ahorrarme otro maldito avión.

Para cuando llegué, estaba resuelta a anunciar mi dimisión a la Red y abandonar la danza para siempre, o, por lo menos, el tipo de danza que culminaba en un espectáculo erótico público.

La forma en que Chey había descrito lo que tuvimos era algo muy personal, muy privado. Leer sus recuerdos de nuestra relación escritos con tanto detalle hacía que la diferencia entre hacer el amor y follar se convirtiera en un abismo. Un precipicio insalvable.

Me había estado engañando. Era imposible que dos personas que no se conocían reprodujeran la emoción de una relación sexual sobre un escenario. Incluso en su estado más esencial, lo que yo hacía nunca dejaría de ser más que una pobre imitación. Y no creía que el público apreciara la habilidad que requería. No se daban cuenta de los complejos pasos y las

piruetas. Mis *entrechats* y *bourrés* ejecutados a la perfección pasaban desapercibidos. Los clientes pagaban un montón de dinero, pero solo estaban allí para presenciar un coito, para ver cómo el pene se perdía dentro de la vagina. No se diferenciaban en nada de los borrachos del local de Barry, o de los fumetas que frecuentaban los bares tirados de California. Lo único que separaba a la clientela exclusiva de la chusma era el grosor de sus carteras.

Pero me consideraba una profesional, y a pesar de mis reservas, retirarme del espectáculo no era una alternativa. Sin duda alguna, las entradas se habrían vendido con muchísima antelación, y el discreto escenario ya estaría arreglado. Algunos de los asistentes viajarían a Ámsterdam solo para verme bailar. El Sacerdote inca, mi compañero para esa actuación, también tenía compromisos y un sueldo que ganar, como

yo. Lloviera o hiciera sol, estuviera de buen o mal humor, hasta cuando tenía el período, bailaba. Ser fiable era una cuestión de orgullo personal.

Esa noche, al menos, no seríamos el único espectáculo. Actuábamos como parte de un programa de sexo alternativo. Durante todo un fin de semana, tenía lugar en Ámsterdam un festival erótico-exótico, y nosotros éramos uno de los números, aunque, como siempre, solo unos pocos elegidos lo sabían.

Actuaríamos en el sótano de una exclusiva galería de arte en el barrio de Jordaan, en el centro de un área residencial muy saneada cuyos habitantes estarían probablemente en casa, visibles a través de las típicas ventanas sin cortinas de Ámsterdam, felizmente ignorantes de la «exposición privada» que tenía lugar unas puertas más abajo.

Por fuera el edificio parecía cerrado, pero la puerta se abrió cuando la empujé, y dentro, en un pequeño cartel escrito a mano se leía: «Expositie», junto a una flecha que apuntaba hacia unas escaleras de piedra e indicaba el camino.

El pasillo que había al final de la escalera estaba encalado y desnudo. Un hombre alto vestido de esmoquin se encontraba en un extremo, bloqueando una puerta. Le mostré la tarjeta que me acreditaba como bailarina de la Red, y él señaló una puerta al otro lado del corredor que resultó ser la del vestuario, un viejo almacén que se había reconvertido para la ocasión. Me pagarían una suma cuantiosa por el espectáculo, pero nunca lo diría a juzgar por las dependencias insalubres que cedían a los artistas.

Una compañía de danza ya pululaba por la

pequeña habitación. Todos desnudos, y cada uno maquillado como un animal diferente. Había una cebra —blanca y negra de la cabeza a los pies—, una jirafa, una pantera y un león. La cebra llevaba puestos unos auriculares y escuchaba música mientras practicaba unos pasos de danza. No eran de estilo clásico, sino algo que me resultaba extraño, una especie de danza del vientre tribal. La música fluía en oleadas a través de su cuerpo mientras se mecía y revolvía al son de la melodía inaudible.

La líder de la manada era una hermosa mujer morena disfrazada de director de circo, con un látigo de cuero y unos relucientes zapatos de tacón de aguja rojos. También llevaba un bigote falso con las puntas rizadas hacia arriba.

Saludé con un gesto cortés y deposité mi bolsa sobre una pila de latas de pintura que había en un rincón, junto a un desordenado montón de

abrigo y boas de plumas que formaban un colorido caleidoscopio.

Un chasquido violento como un tiro me hizo girar, y vi cómo la directora de circo guiaba a sus animales fuera del vestuario. Me guiñó un ojo, tarea que requirió algún esfuerzo a causa de la longitud y el peso de sus pestañas falsas; tenía las puntas pintadas de rojo y le otorgaban una amenazadora apariencia de arácnido. Los animales desfilaron uno a uno. Se movían como si no fueran humanos, sino como bestias de la sabana que se dirigían apaciblemente a la charca más cercana.

La presencia de aquellos pseudoanimales en el espectáculo daba al conjunto un sesgo de bestialidad y, curiosa por ver más, me apresuré en cambiarme. Me quité los sencillos vaqueros que llevaba y la camiseta para ponerme el vestido blanco y después frotarme la piel con un

poco de polvo para ocultar los brillos. Tras una última mirada al espejo para retocarme el pelo, salí corriendo por otro pasillo hasta la parte trasera del escenario, donde podía esconderme tras una bambalina y ver los primeros números.

El decorado del escenario era una selva. El aire parecía cargado de humedad, como si estuviéramos encerrados en uno de los invernaderos de Ámsterdam. El suelo de madera estaba repleto de una amplia variedad de macetas con helechos y plantas tropicales de vivas tonalidades de rojo, morado y naranja. Ni siquiera el sistema de sonido había escapado al decorado selvático, pues se oía el apacible susurro del piar de los pájaros y el murmullo del agua. Las fieras se habían colocado por los rincones y, más que bailar, se comportaban como animales, se deslizaban entre los árboles, mordisqueaban las hojas de las plantas,

contemplaban a los otros bailarines y emitían algún rugido ocasional como reacción al látigo de la directora de circo.

La primera actuación era de una contorsionista, tan flexible que me dolían los huesos con solo mirarla. La siguiente, una mujer fatal ataviada con un camisón de seda negra que bailaba con una pistola y acabó pegando un tiro al público. Era como si hiciera el amor con el cañón del arma, y su pasión por el metal frío me transportó de vuelta al salón de Chey, cuando anduve a gatas por el suelo de parqué con la Sig Sauer antes de descargar mi rabia contra el televisor. «Aunque tampoco importa; no le hacíamos mucho caso, ¿verdad?»

Las palabras de Chey resonaban en mis oídos. Llevaba su carta en un bolsillo de mi bolsa. Lo que más deseaba en ese momento era estar tumbada en la cama acunando las hojas de

su carta, o, mejor aún, estar tumbada a su lado y decirle que lo sentía, que lo amaba, que quería que estuviéramos juntos. Las lágrimas rodaron por mis mejillas. Contemplé a la siguiente bailarina a través de una pantalla acuosa. Iba disfrazada de unicornio, con un largo cuerno pegado a la cabeza y un arnés de lentejuelas que destellaba al moverse. Sus pasos se asemejaban tanto a los de un caballo que, en comparación, los zapatos y el arnés que me había puesto para Chey y con los que apenas podía moverme, y mucho menos, bailar, parecían ahora una mala parodia de ese erotismo, tan profundamente animal que no era capaz de distinguir dónde terminaba la persona y comenzaba el equino.

Mi mirada estaba fija en la bailarina, pero mi corazón y mi alma habían regresado al estudio de Chey y recordaban la sensación de apoyarse en él mientras su miembro ejercía tal presión

sobre mi ano que acabé viniéndome abajo, y él se tendió a mi lado a acariciarme hasta que me recuperé.

Cuando se quitó las relucientes mallas cortas y la camiseta, quedaron a la vista unas braguitas diminutas de lentejuelas. No se veía ningún amago de senos ni el montículo de un pubis, tampoco el bulto de un pene, sino un pecho completamente liso rodeado con las tiras del arnés. Más que quitarse la ropa, parecía que había emergido de una crisálida. Tenía la sensación de estar contemplando a una criatura que revelaba sus formas naturales más que a una bailarina exótica.

Yo estaba acostumbrada a ser la actuación más atrevida, más original y más exótica. Hasta ese momento, los espectáculos de la Red en los que había participado habían sido de número único, solo estábamos mi compañero y yo. Esta

era la primera ocasión en la que formaba parte de un cartel. Y las chicas junto a las que bailé en The Place, Sweet Lola's, el Grand o cualquiera de los otros locales en los que había actuado no fueron más que bailarinas de *striptease* de un estilo u otro, diferentes entre ellas solo en belleza o en su habilidad para menearse y contorsionarse con distintos grados de talento y elegancia alrededor de una barra metálica.

Las actuaciones de esa noche eran algo completamente distinto, y me di cuenta por primera vez de que yo no era la única bailarina erótica del planeta capaz de hacer algo más que quitarse la ropa. Me sentí como una aficionada.

Las primeras notas de *La mer* de Debussy inundaron el sistema de sonido. Me puse en pie y, haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, me puse a bailar. Por última vez, me dije. Tan pronto como volviera al hotel, llamaría

a Madame Denoux para anunciarle mi dimisión. Estaba decidido.

Para colmo de males, descubrí en el último minuto que mi compañero habitual estaba enfermo y tendría que bailar con un sustituto, un hombre con quien no había tenido tiempo de ensayar y con quien no había bailado antes. Era alto y fornido, con una expresión dura. Quizá estuviera tan nervioso como yo, y por eso tenía la mandíbula tensa y aquella expresión tan feroz.

Cuando nos pusimos a bailar, él cayó medio tono por detrás de la música y nunca llegamos a ir al unísono ni a alcanzar una cierta elegancia mientras realizábamos la coreografía.

Cuando por fin me penetró, siguiendo el guion, me sentí sucia y usada. Nunca me había alegrado tanto de oír las notas finales que anunciaban el final de mi número.

Me sentía enferma por lo que acababa de hacer, no solo en ese momento sino durante los meses anteriores. De vuelta al hotel de Leidseplein en el que me hospedaba, no podía evitar reproducir los acontecimientos en mi mente una y otra vez.

Debería haber tomado un taxi para cortar con aquella espiral de pensamientos, pero sabía que necesitaba aire fresco antes de llegar a mi habitación y saltar a la ducha para lavarme toda aquella humillación.

Eran las tres de la mañana y la ciudad dormía. Solo destacaba el suave resplandor de las aguas calmas del Singel a la luz de la luna y los adoquines del paseo junto al canal, más unas cuantas ventanas iluminadas en las fachadas de los viejos edificios sin cortinas. Al pasar junto al escaparate oscuro de la librería Athenaeum y

del American Book Center, en la plaza Spui di un rodeo y me acerqué a la plaza Dam, por la que pululaban algunos rezagados, supervivientes borrachos de alguna celebración nocturna. Entonces, en una especie de trance, enfilé la Kalverstraat, que parecía un fantasma descolorido a la luz de las luces de neón que parpadeaban, y después otro canal, que seguí hasta llegar a Leidseplein.

Para cuando llegué a la habitación, estaba agotada. Pero también furiosa conmigo misma. Por elegir aquella vida, por haber abandonado a Chey, por no tener la fuerza para regresar con él. Ahora bailar me hacía sentir sucia, de una forma que nunca antes había experimentado.

Abrí el grifo de la ducha, me quité la ropa y, con los ojos cerrados, entré y subí la temperatura del agua hasta que el calor me devolvió a la realidad. Me quedé inmóvil y dejé

que el agua me golpeará la piel y que el vapor me envolviera.

Cuando salí, mi piel estaba de color rojo intenso, por el calor y el vapor. Pero mi mente seguía sucia. Y las palabras de la carta de Chey regresaron a borbotones a mi cabeza, punzantes, hermosas, muy lejanas a la escena en la que acababa de participar. El contraste era de lo más esclarecedor.

El alba se asomaba a la ventana de la habitación, una tentativa luz gris tendiendo el manto del día sobre los techos de Ámsterdam, de los cuales tenía unas amplias vistas desde mi *suite* en el ático.

Me tumbé sobre la cama envuelta en gruesas toallas blancas húmedas, pero el sueño no acudía.

Una hora más tarde, se empezó a escuchar en la calle el rumor de la vida cotidiana, y me

puse un jersey, unos vaqueros viejos y unas zapatillas de deporte y bajé a la recepción en ascensor. No había nadie en el mostrador, tan solo el sonido de una aspiradora en la oficina trasera. Salí a la calle. El aire traía un frío otoñal.

A diez minutos a pie, algunos de los puestos del mercado de flores se preparaban para abrir mientras recibían a sus proveedores y regaban y colocaban su mercancía. La orgía de color iluminaba aquella mañana gris mientras los vendedores disponían flores, bulbos, plantas, semillas, accesorios y *souvenirs*. Una chica vestida con ropa punk y con lágrima tatuada en la mejilla colocaba utensilios para cultivar cannabis en cestas en la parte delantera de un puesto. Llevaba el cabello teñido de negro y cortado en una melenita asimétrica; me fijé en que sus zapatillas de deporte eran iguales que las

mías.

Paseé por el mercado. Los ojos casi me dolían al contemplar los brillantes colores de los tulipanes que se exhibían en los diferentes puestos. Era una flor que apenas se veía en Donetsk, ni siquiera en San Petersburgo. Me encantaban sus formas limpias, la uniformidad serena de sus curvas. Aunque ninguno de los puestos había abierto, convencí a un vendedor para que me vendiera un gran ramo de tulipanes de muchos colores, y también me concedí el capricho de otro ramo enorme con flores variadas: rosas, lilas, girasoles y gardenias. Al regresar al hotel con los ramos, atraje miradas curiosas en recepción, donde los turistas empezaban a desfilas hacia la sala del desayuno desde los ascensores.

De nuevo en la habitación, me desnudé y coloqué las flores sobre las sábanas blancas y

limpias, disponiéndolas en un lecho de vegetación salvaje alrededor del perímetro de la cama. Me tumbé en el centro; mi piel pálida y desnuda resplandecía en medio de aquel halo multicolor.

Sentía que estaba loca. Aquello era una locura.

Inspiré profundamente el aroma de las flores y alargué la mano hacia el cajón de la mesilla de noche, del que saqué la bolsita de terciopelo verde en la que guardaba las trece piezas de ámbar. Las coloqué sobre mi piel en un precario equilibrio, y algunas resbalaron hasta caer en el lecho de flores que me rodeaba. La piedra más grande era un pedazo de ámbar casi transparente, de apariencia acuosa pero límpida, que había adquirido forma de corazón sin que ninguna mano humana la manipulara. Estaba colocada a medio camino entre mis pechos y mi

ombligo, lista para caer ante el más mínimo movimiento. La agarré con las puntas de los dedos, me la metí en la boca y la acaricié con la lengua. La saqué cuando estuvo bien lubricada y la inserté cuidadosamente dentro de mi sexo, y su implacable dureza franqueó mis labios.

Entonces, así otra piedra al azar y me la metí en la boca, donde la guardé en el interior de una mejilla.

Estaba borrando al Sacerdote inca, el baile, aquel sexo sin sentido que se hacía pasar por arte.

Ahora me sentía colmada.

De ámbar.

De Chey.

Y por fin vino el sueño.

Desperté a media tarde de un sueño profundo. Los sonidos de la Leidseplein se escuchaban, ruidosos y alegres, detrás de la ventana. Me levanté y me asomé entre las cortinas, vi que un sol frío vertía su luz sobre la ciudad.

Al recuperar un poco la conciencia, me di cuenta de que era el tono de llamada de mi teléfono lo que me había arrancado del sueño.

Removí la cama en su busca, escupí la pieza de ámbar sobre el lecho de flores. Con una sacudida de un placer difuso, que me recorrió todo el cuerpo hasta llegar al cerebro, recordé que la otra seguía dentro de mí.

—¿Sí?

—Luba, he oído tu mensaje. ¿Qué sucede?

Era Madame Denoux. Debía de ser por la mañana en Nueva Orleans.

Me compuse mientras sentía que la furia me

embargaba.

—He terminado —dije.

—¿Qué?

—Lo digo en serio. Estoy decidida a dejar todo esto de la danza, Madame —continué—. Antes me gustaba. Pero ahora me hace sentir fatal.

—Tienes que tener un poco más de distancia de todo esto, Luba —dijo Madame Denoux.

—¡Distancia! —exclamé—. No es eso por lo que empecé...

Aparté algunas de las flores y cayeron formando dibujos caprichosos sobre el suelo enmoquetado. Acaricié con los dedos los volúmenes de la pieza de ámbar que tenía más cerca, y la sensación me resultó reconfortante y apacible.

—Tienes tanto talento y belleza, mi querida Luba. Esto es solo una fase. No puedes dejar de

bailar. Todo el mundo habla de ti mientras crece tu reputación. Me ha llevado años ponerte donde estás ahora.

Pero yo estaba resuelta.

—Quiero dejarlo.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Por favor, piénsatelo —dijo Madame con un tono de súplica.

—No —respondí en tono firme.

—¿Y qué vas a hacer?

—Quizá me dedique a la danza tradicional. No lo sé.

—No te verás tan bien recompensada, ¿has pensado en eso?

—Sí. Pero he ahorrado mucho. Puede que me tome unas largas vacaciones. Luego, ya veré.

Casi me parecía oírla pensar.

—Sí, eso está bien. Un largo descanso. Qué

buena idea. Refresca tu mente y tu cuerpo, Luba. Y luego volvemos a hablar, ¿sí?

Me explicó que retirarme por un tiempo del espectáculo haría que mi ausencia se notara aún más e incrementaría la demanda de mi talento único, lo que, a su vez, supondría un aumento del caché. Sugirió que podíamos arreglarlo para que mis apariciones fueran aún más exclusivas, excepcionales. Que de ahora en adelante solo actuaría en los lugares y los momentos que yo eligiera. Madame Denoux me suplicó que considerara esa posibilidad cuando terminara mi período sabático. ¿Lo haría?

Accedí a regañadientes.

Después de la noche anterior, ya no estaba segura de querer volver a bailar jamás, pero también sabía que ninguna otra cosa me podría satisfacer. Había aprendido a disfrutar de los viajes, de la ausencia de lazos terrenales.

Encontraría una forma de recuperarme, y pronto. No tenía otra cosa en la vida.

Quizá un día incluso me reencontraría con Chey. En algún lugar exótico, nuevo. Los dos éramos inquietos, aventureros.

Había respondido a su carta. Mis palabras fueron débiles y vacilantes, pero intenté, a mi manera, perdonarlo por lo que era, o por aquello en lo que pudiera convertirse. Le abrí la puerta. Le confesé el dolor que me había causado en el alma separarme de él. Pero, después de pasar por varias oficinas de Correos, me devolvieron la carta. Ya no vivía en Gansevoort Street, y no había dejado ninguna otra dirección.

En esos momentos, mi futuro era una página en blanco. Podía hacer lo que quisiera.

Ese día decidí visitar los museos de Ámsterdam. Nunca había tenido la oportunidad de hacerlo en el pasado. Mi habitación en

Leidseplein estaba reservada para dos noches más, y había pagado con antelación. Quizá al día siguiente llamaría a una agencia de viajes para cambiar el billete de regreso a Nueva Orleans para volar a otro lugar. Tal vez, al Caribe. A Barbados, o Jamaica. Me convertiría en una exploradora. Conocería gente nueva. Tendría aventuras.

Estaba hambrienta. Me lavé la cara y los dientes y me vestí. Un simple vestido primaveral de lunares que me llegaba justo por debajo de las rodillas y me dejaba los hombros al descubierto. Me puse una fina chaqueta de cachemira que llevaba en el equipaje y unas bailarinas planas, y salí a pasear.

Cerca de la Estación Central había puestos de patatas fritas con mayonesa, que ya había probado el día que llegué. Me dirigiría allí, y después tomaría un taxi que me llevara al

Rijksmuseum para contemplar los cuadros de Rembrandt, como una turista cualquiera. Mi corazón ya se sentía más ligero ante las posibilidades de los días vacíos que se extendían ante mí. Podría ser un buen momento para redescubrirme. Para encontrar la paz.

Llegué a la taquilla cuando solo faltaba una hora para cerrar. Tendría que darme prisa. En realidad, no, ya que podía volver al día siguiente y tomarme el tiempo que quisiera. Sonreí. Me parecía un lujo.

Estaba en el ala oeste contemplando *La guardia nocturna* cuando oí una voz a mi espalda.

—¿Te han dicho alguna vez que eres tan guapa vestida como desnuda?

Me di la vuelta.

Su cara me resultaba familiar, la había visto en un montón de fotos en revistas y periódicos. Una estrella del rock inglés que se llamaba Viggo Franck. Nunca había escuchado ninguno de sus temas. Su grupo, los Holy Criminals, tenía fama de excesivo, y solían tocar en grandes estadios, por lo que sabía.

En persona era más bajito de lo que esperaba, aunque su delgadez le otorgaba una cierta ilusión de altura. Por delante, su largo cabello enmarañado parecía un nido de pájaro hecho de estudiados enredos que no habían visto un peine desde la Edad Media. Sus piernas flacas estaban embutidas en los vaqueros más estrechos que había visto en mi vida, casi parecían pintados encima de la piel, con el dobladillo deshilachado por detrás, donde rozaban sus pesadas botas de cuero negro que

dejaban ver un dedo de tobillo pálido. Si yo llevara tacones, le habría sacado media cabeza.

Sus ojos negros brillaban, traviosos, y su sonrisa tenía algo de cautivador, casi como la de un niño, curiosa. Me miraba con una mezcla de apetito que no se esforzaba en disimular y una curiosidad sincera, como si fuera un animal exótico del zoo o estuviera expuesta en un escaparate.

Soporté su atención con calma, aunque mis ojos no pudieron evitar fijarse en el evidente y nada desdeñable bulto que ocultaban sus vaqueros, cuya asombrosa estrechez enfatizaba aún más.

Él siguió la dirección de mi mirada, y su sonrisa se volvió astuta.

—Me llevas ventaja —constaté.

Su rostro se iluminó.

—Me encanta tu acento, niña...

Enarqué las cejas.

—¿Eres rusa de verdad? —continuó.

—En realidad soy de Ucrania —respondí.

—Maravilloso —afirmó Viggo.

La noche anterior fue la única vez que había actuado en Ámsterdam, tanto como bailarina como en un dúo sexual, así que tenía sentido suponer que Viggo Franck me había visto allí.

Al ver mi gesto pensativo, él continuó:

—Fui uno de tus espectadores anoche. Me invitaron.

—Ya veo.

—He visto unos cuantos espectáculos de sexo en vivo en varios sitios: Hamburgo, los viejos garitos de la Calle 42 en Nueva York cuando aún era un joven inexperto, Tijuana, aquí..., pero el tuyo fue bellissimo. Tú hiciste que fuera algo lleno de gracia. En serio. Me previnieron que eres única, y tenían razón. Valió la pena costara

lo que costara –dijo.

–Me siento halagada –respondí–. Pero fue una mala noche para verme. Soy mucho mejor cuando lo hago de corazón.

Con el rabillo del ojo, mi mirada se cruzó con la de la niña del vestido amarillo bañada por la luz del cuadro de Rembrandt.

–En ese caso –replicó Viggo Franck–, tendré que arreglármelas para asistir a tu próxima actuación y verte en todo tu esplendor.

–Puede que no haya otra –dije–. No tengo planes para volver a actuar en un futuro próximo.

Su boca se abrió ligeramente en un gesto de decepción, como un niño al que niegan un capricho.

–Eso me pone triste –recalcó.

–Todo lo bueno debe llegar a su fin.

–No era solo por el sexo, la verdad –continuó

él—. Era la combinación de todo, tu forma de bailar, la elegancia y la sensualidad, la música... Lo convertiste en una experiencia inolvidable. Y te lo digo yo que soy un experto en teatralidad. Fue algo hermoso, de verdad.

Por los altavoces se anunció que el museo cerraría sus puertas en quince minutos y debíamos dirigirnos a la salida.

Me disponía a desandar mis pasos por los largos corredores y galerías del Rijksmuseum seguida de aquella estrella del rock, mientras agarraba más fuerte la bolsa de tela que colgaba de mi hombro desnudo, cuando le oí gritar:

—¡Espera!

—¿Sí?

—¿Tomamos un café?

No tenía otros planes. Y su compañía me distraería de los miedos que seguramente me asaltarían en la soledad de mi habitación.

Acepté.

Caía la noche. No parecía haber bares ni cafeterías en las inmediaciones del museo, así que nos dirigimos hacia el sur de la ciudad, hablando de naderías hasta que, pasadas unas cuantas manzanas, llegamos a otro canal bordeado de cafés y restaurantes. Elegimos uno, entramos y me di cuenta de que la apariencia desaliñada de Viggo atraía la atención de los peatones, sobre todo de mujeres de todas las edades.

Recordé que tenía fama de ser un seductor insaciable, aunque a mí en aquel momento me parecía divertido, inofensivo y entusiasmado como un cachorro. Era consciente de que yo podía provocar aquello en los hombres, pero desde la superioridad del escenario, realizada por los focos y el artificio de la situación, y no cuando era la Luba de siempre, con un sencillo

vestido de algodón, zapatos planos y sin maquillaje, la que veía en el espejo todos los días. La chica a la que conocía Chey.

—¿Puedo pedirte una cosa? —dije después de sentarme y pedirle un expreso doble a la camarera, que no dejó de mirar a Viggo mientras este se sentaba en una silla frente a la mía y pedía una copa de vino blanco. A mí no me miró ni una vez, absorta como estaba por la aparición del cantante de rock.

—Por supuesto —consintió.

—No me avasalles con preguntas sobre cómo me convertí en una artista del sexo, ¿de acuerdo? Soy una bailarina. El resto es algo que, simplemente, sucedió, supongo. Pero no quiero hablar de ello. Ahora no.

Torció el labio en una mueca desilusionada, como si acabara de minar todo el interés de su conversación. Pero entonces una chispa

apareció en sus ojos, y volvió a animarse.

–Pues entonces háblame del tatuaje, la pistola –insistió.

–Es una larga historia –repliqué.

–Pues cuéntame la versión abreviada. Soy un hombre impaciente –dijo.

–Fue un capricho, una decisión impulsiva.

–¿Eso es todo?

–Fue por un hombre. Un hombre al que conocía. Tenía una pistola y pasó algo...

–¿Te disparó? –se le escapó.

–No. Yo le pegué un tiro a su televisor.

–Vaya –dijo Viggo.

Al recordar aquel día, sonreí. Visto retrospectivamente, ahora me parecía graciosísimo. En aquel entonces, no tanto.

–No pude dejar de mirar ni un segundo mientras bailabas –dijo.

–¿A la pistola? –pregunté con picardía.

—No solo a la pistola —confesó mientras se pasaba la lengua por los labios para saborear el vino—. Había mucho que ver, y yo tengo una vista perfecta.

Clavó sus ojos en los míos. Ese hombre había visto cómo otro me follaba.

Yo permanecí en silencio.

—Eres el tipo de chica sobre la que me gustaría escribir una canción, cielo —dijo mientras volvía a ponerse serio.

Desde que recibí la carta de Chey, y supe lo que veía y pensaba de mí, no dejaba de tratar de imaginar cómo me verían los demás. El hecho de que me exhibiera a menudo en público no me ayudaba a entender si la visión de los espectadores se correspondería con la visión que yo tenía de mí misma.

En cierta manera, quería ser la heroína de mi propia historia, la estrella rutilante de mi propia

vida.

–Eres misteriosa, distante pero terriblemente real –continuó Viggo.

–¿Real porque me has visto desnuda y en pleno acto sexual, quieres decir?

–No solo eso... ¿Puedo llamarte Luba?

–Así me llamo.

La mención de escribir canciones acerca de mujeres me hizo recordar algo.

Unas semanas antes, cuando crucé el Atlántico en un vuelo nocturno que me trajo a Europa para realizar las dos actuaciones en Cannes y esta última en Ámsterdam, compré un libro en una de las tiendas del aeropuerto O’Hare de Chicago. Su autor era británico. El libro se titulaba *Amarillo*. Narraba la turbulenta historia de una joven extranjera en el París de los años cincuenta, y sus amoríos en el Quartier Latin, dentro de un grupo de músicos de jazz y

expatriados. Me había identificado intensamente con ella, y la novela me había afectado de una manera muy peculiar. Estaba convencida de que aquel personaje se basaba en una persona real, alguien a quien sentía verdadero y tangible, casi como si lo conociera. Nunca había oído hablar del autor. Era su primera novela, y en la solapa del libro decía que era un profesor universitario de Londres. ¿Qué tenían los británicos, que se dejaban inspirar por mujeres poco convencionales, y se sentían atraídos por las debilidades de nuestro carácter?

–Tal vez lo haga. Escribir una canción –dijo Viggo mientras vaciaba su copa.

–Como quieras. Pero no pongas mi nombre –le advertí.

Él hizo una pausa para contemplarme con expresión soñadora. Era un tipo interesante, sin duda, pero su reputación lo precedía, y en el

fondo sabía que no era un hombre para considerar a largo plazo. Era de aquellos con quien la vieja Luba habría jugado un par de noches. No había pasado más de una noche con ninguno de los hombres con los que me acosté después de Chey, a excepción de Lucian. Después del sexo, me aburrían. A veces, incluso suspiraba con hastío mientras hacíamos el amor. Tal vez Viggo durara una semana. Pero por dentro me sentía vacía. No podía enfrentarme al silencio de mi propia mente, pero tampoco estaba preparada para tener compañía.

La verdad es que no sabía lo que quería.

Él me miraba como si estuviera hambriento.

—Escucha —empezó—. Y, por favor, no te ofendas. Sé lo que haces, lo que hacías, si es que has decidido dejarlo, pero... ¿considerarías... actuar... solo para mí? Tú pones el precio —dijo mientras agachaba los ojos, como si le

avergonzara ofrecerme dinero.

Suspiré. Sabía que aquella pregunta era inevitable. Al menos se mostraba dubitativo, y no un arrogante con el convencimiento de que era lo bastante rico como para comprar cualquier cosa.

—Dices que quieres que actúe —observé—. ¿Te refieres solo a bailar, o quieres que me acueste contigo?

—Si me lo pones tan fácil... Lo que tú quieras concederme.

Consideré su oferta.

Quizá alguien tan cálido y honesto en sus intenciones era precisamente lo que necesitaba para reencontrarme conmigo misma. Con él me sentiría segura, al menos por un tiempo, y no estaría sola. Me imaginé junto a Viggo Franck. Tal vez podría bailar para él. Y si podía hacerlo para él, tal vez podría aprender a volver a bailar

para otros.

Aunque Chey estaba anclado en mi alma, y no dejaba de pensar en él, sabía que regodearme en el dolor de su ausencia me atormentaría para siempre. Necesitaba recuperar mi paz de espíritu. No era cuestión de ser fiel a alguien que me había abandonado. Eso era una tontería. Sería una forma de recuperar mi estabilidad emocional.

Hice una seña a la joven camarera neerlandesa que nos observaba desde la barra con curiosidad y envidia para pedirle otro café. Viggo no pidió otra copa de vino.

Respondí por fin a su pregunta.

—No me acostaré contigo, Viggo Franck. No doy sexo a cambio de dinero. Pero puede que sí baile para ti, cuando y donde yo elija. Hoy no, puede que tampoco mañana, pero quizá lo haga...

—¿Cómo? ¿Cuándo?

—Además, ¿por qué ibas a gastar dinero conmigo? Estoy segura de que no tienes más que chasquear los dedos para que la mitad de las mujeres del mundo vayan contigo a la cama sin pedir ninguna recompensa, ¿no? Pero sería agradable ser tu amiga y bailar para ti, Viggo Franck.

Él sonreía como un niño a quien acaban de conceder su mayor deseo.

—El tatuaje de la pistola fue un capricho —aclaré—. Supongo que soy una criatura caprichosa, impulsiva, será por mi alma rusa... Pero soy así.

—¿Y qué?

Ahora todo parecía un juego. Casi me sentía como si la vieja chispa hubiera vuelto a encenderse. Quería jugar con Viggo Franck. Pero a mi manera. Y sospechaba que él era el

tipo de hombre que disfrutaría compartiendo esos juegos.

—Ya te he dicho que no se trata de dinero, pero si me traes una cosa, bailaré para ti. En privado.

—¿El qué?

No quería ponérselo fácil. Quería plantearle un reto. Ponerlo a prueba. Comprobar si mi teoría sobre su carácter era cierta. Miré por la ventana del café. Ya era de noche. Todas las tiendas estarían cerradas. Sentía un calor desacostumbrado en mi interior, a pesar de llevar los hombros desnudos y solo el vestido de algodón.

Le di el nombre de mi hotel de Leidseplein y le dije que a las ocho de la mañana siguiente estaría sentada en el comedor del desayuno, y si me traía una pieza de ámbar, no solo consentiría en compartir con él el desayuno, sino que, más

trasero diminuto, encerrado dentro de aquellos estrechos vaqueros. Nunca había visto un trasero tan pequeño en una mujer, y mucho menos en un hombre.

Esa noche dormí plácidamente, con una sonrisa en los labios.

No tuve sueños, ni pesadillas.

Si pasó la noche recorriendo Ámsterdam en busca de una pieza de ámbar o la encargó a alguien, nunca lo sabré. Ni siquiera sabré si aquella joya fue adquirida en la ciudad, o enviada por avión desde algún confín del mundo en el que las joyerías o anticuarios siguieran abiertos.

Bajé a pie hasta el salón del desayuno, y lo encontré sentado en la mesa que había reservado.

Llevaba la misma ropa del día anterior, y era evidente que no se había afeitado.

Yo llevaba una blusa de seda transparente, consciente de que se me veían perfectamente los pechos, y una larga falda blanca hasta los tobillos. Me sentía invencible.

Él se levantó, se apresuró por alcanzar mi silla antes que yo y la apartó para que pudiera sentarme.

Sobre mi plato reposaba una cajita cerrada color escarlata rodeada de unas finas cintas negras. Podría haber contenido un anillo de compromiso o un reloj. Pero no.

Era una preciosa piedra de ámbar.

Me miró con una profunda satisfacción.

—¿Me concede este baile, señorita Luba?

Bailando por todo el mundo

Viggo y yo pronto llegamos a un acuerdo. Yo accedí a bailar en privado para él, pero aún no estaba preparada para la actuación. En ese momento, no, y tampoco en Ámsterdam.

Él sugirió Londres, donde vivía, y me describió una piscina subterránea, que al parecer estaba dentro de una especie de gruta, que tenía en su mansión. Aquello me resultó decadente y fascinante, y avivó mi imaginación. Lo primero que me vino a la mente fue que podría ser una sirena, y empecé a pensar en qué me pondría y en cuál sería la música más adecuada.

Al hablar, Viggo parecía un niño maravillado describiendo sus juguetes. Accedí, pero le recordé:

—Nada de triquiñuelas. Solo voy a bailar, así que no quiero que te esperes nada, ¿de acuerdo? —Él asintió. Me asustaba pensarlo, pero una vocecita en mi cabeza susurraba que terminaría acostándome con Viggo. Me negaba a pasar la vida sola mientras soñaba con un hombre al que no podía tener y que era evidente que ya no me quería. Porque Chey habría podido encontrarme, habría podido luchar por mí o, al menos, decirme dónde estaba, si de verdad me amaba. Y en cualquier caso, aunque me había cansado de los espectáculos de sexo en vivo, no había perdido mi espíritu aventurero, y tener a un hombre con quien fantaseaban todas las mujeres era una tentación muy grande. Pero me tomaría mi tiempo, y le dejaría muy claro que sería yo, y no

él, quien tomaría la decisión.

Volamos a Londres esa misma tarde.

Durante todo el viaje, Viggo fue cortés, atento e ingenioso, y no me quitó los ojos de encima.

Su Buick nos esperaba en el aparcamiento del aeropuerto. Condujo hacia la ciudad como un poseso, con ansia por mostrarme su casa para presumir o tal vez, por presumir de mí ante sus amigos.

Su casa se encontraba en una zona boscosa a pocos minutos del parque de Hampstead Heath. Mientras me guiaba por todos los rincones, como una Alicia en el país del rock and roll, descubrí que era un vergel lleno de cosas maravillosas. Lo primero que vi era lo apegado que estaba Viggo a los objetos; su mansión era una cueva del tesoro con esculturas, pinturas y litografías, incluso primeras ediciones de libros

que parecían demasiado frágiles como para tocarlos, y mucho menos leerlos. Primero me mostró la habitación de invitados, que sería la mía mientras quisiera quedarme, me informó. Era un dormitorio amplio con las paredes pintadas alternativamente en blanco y negro, decoradas con pequeños cuadros, que, supuse, eran todos originales, impresionistas en su mayor parte, y marinas en todas las tonalidades imaginables de verde y azul; estas últimas eran de estilo puntillista, discretas e hipnóticas. Estaba segura de que Debussy debía de haber visto muchas imágenes como aquellas antes de componer *La mer*; y de que se habría inspirado en esa paleta de color. La habitación tenía un cuarto de baño adjunto con una bañera delirante de estilo gótico, con garras de bronce en lugar de patas y una forma retorcida, y una ducha moderna de cristal y metales cromados.

Solo traía conmigo la ropa que había llevado a Ámsterdam, que distribuí a lo largo y ancho del enorme armario empotrado con puertas correderas de cristal opaco. Si me quedaba mucho tiempo en Londres, tendría que recuperar parte del vestuario que guardaba en Nueva Orleans y también comprarme ropa nueva.

Viggo volvió a buscarme al cabo de un par de horas y me guio por una escalera de caracol hasta las zonas subterráneas de la mansión. Ahí estaba: su gruta, con las relucientes aguas esmeraldas de la piscina atravesando la caverna subterránea en zigzag, como el aliento de un dios marino. Aquí también, a los lados de la piscina, había obras de arte, modernas en su mayor parte, grandes y pequeñas, extravagantes e incongruentes.

—Es precioso —dije—. Pero ni siquiera yo puedo bailar sobre el agua.

—Mira —dijo Viggo, y señaló hacia el extremo más lejano de la habitación, donde el agua de la piscina brotaba como una cascada desde un artístico montículo de pequeñas rocas relucientes.

Mi escenario. Una gran losa de piedra rectangular. Como un altar de sacrificio.

Al ver la piscina y aquella plataforma, supe que bailar para Viggo sería el bálsamo reparador que necesitaba para recuperar el equilibrio interior. El agua me lavaría como un bautismo, purificaría mis pecados, los conocidos y los desconocidos. Sería un ritual. Pagano. Yo sería la suma sacerdotisa de mi propia ceremonia. Me despojaría de todas las capas, arrancaría la piel vieja y regresaría a la Luba de antes de un plumazo.

Bailé para él la noche siguiente. Una danza de deseo ondulante, de piel pálida y rosada, una

ofrenda privada como la primera que hice para Chey mucho tiempo atrás.

Fui sensual y audaz, más de lo que había sido nunca, para asegurarme de que Viggo Franck me deseaba como nunca había deseado a una mujer, que deseaba mi cuerpo, mi intimidad, pero esta vez, el poder sería solo mío. Mientras la música me rodeaba, a mí y a mis movimientos lentos y deliberados, veía el deseo en su rostro, en los ojos fascinados por mi presencia terrenal, lo mucho que ansiaba poseerme, añadirme a su colección. Pero yo seguí bailando, sonriendo por dentro. Estos serían mis nuevos dominios, la guarida subterránea de la sirena de Viggo. Cuando la música terminó, los dos conteníamos el aliento, mirándonos electrizados.

Solo podía hacer una cosa: me eché a reír y salté desnuda al agua fría de la piscina para apagar el fuego.

Me acerqué nadando a un extremo. Cuando salí, Viggo me esperaba con una gran toalla blanca.

—Incluso las sirenas necesitan secarse —dijo con una amplia sonrisa.

—Oh, no, en absoluto —repliqué—. Tienen criados que lo hacen por ellas.

—Nunca me habían llamado criado —dijo él mientras me envolvía en la tela esponjosa que absorbió el agua que goteaba por mi piel. Yo no puse ninguna objeción, así que empezó a frotarme, primero la espalda, luego el pelo y después, con descaro, las nalgas—. Pero creo que podría disfrutar siéndolo —concluyó.

Comimos juntos en su gran cocina moderna. Un famoso chef había preparado la comida. Estaba exquisita. Viggo era gracioso, no dejaba de bombardearme con anécdotas e historias escandalosas sobre los excesos de la vida

roquera. Me enseñó a comer ostras correctamente y a saborear el vino añejo como es debido. Detrás de aquel monstruo de la música había un hombre bueno. Solo los hombres complicados sabían tensarme las cuerdas, pero quizá aquello fuera positivo para mí, al menos de momento. Junto a Viggo podía relajarme y reinventarme.

Era un experto en belleza, me dijo, y quería que me quedara. Su casa sería mi casa, podría incluso ayudarlo con las minucias del día a día de las que no se encargaban sus mánagers y agentes. Una asistente personal, una compañera, una musa. El resto dependía de mí. Si quería volver a bailar, él lo apreciaría, pero no estaba obligada a hacerlo si no lo deseaba.

Me convertí en un miembro más de los Holy Criminals por asociación. Incluso me pusieron en nómina, sin duda alguna para ahorrar impuestos,

supuse al ver cómo se iluminaron los ojos de su contable cuando me presentó para llevar a cabo las formalidades. Ni siquiera me pidió que bailara junto a la banda en sus conciertos.

Pasé la mayor parte de los dos días siguientes en la piscina, desnuda y mojada, en un estado de dichosa inocencia. Viggo me hacía compañía en algunas ocasiones y me daba conversación mientras me contemplaba con avidez mal disimulada. Le sugerí que se metiera en el agua conmigo, y lo hizo, pero solo después de alegrarme la vista con la ardua operación de quitarse sus prietos vaqueros sin perder la dignidad.

Tenía un miembro precioso. Delgado, recto, largo.

Se tiró a la piscina de cabeza. Me acerqué a él y mantuve su cabeza bajo el agua cuando intentó salir a la superficie para que sus ojos y su

boca estuviesen a la altura de mi sexo.

Lo solté y salió de golpe, escupiendo agua y fingiendo estar enfadado. Yo me eché a reír. Su pene, firme, me rozaba el muslo. Mis pies se tensaron y me preparé para apartarlo, pero, para mi sorpresa, el contacto con su sexo me hizo estremecer, y me di cuenta de que me había encariñado con Viggo.

Esa relación no sería como la que tuve con Lucian, más parecida a un acuerdo de negocios. No, le haría el amor a Viggo Franck y disfrutaría.

Esa noche, acudí a su habitación, en la planta superior, y me metí en su cama gigantesca. No era una cama para dormir solo. No había estado con un hombre desde mi estancia en Ámsterdam, y los pensamientos recurrentes sobre Chey se habían acumulado en mi corazón como un nudo doloroso. Un dolor del que quería

liberarme, aunque me doliera arrancármelo, como duele quitarse una muela picada. Quería liberarme del recuerdo de los malos polvos que había tenido desde que dejé a Chey, y tal vez fuera un cliché, pero la única forma que se me ocurría era quitármelo con más polvos. Aquel músico *sexy*, con toda su bondad y sus contradicciones y sus pantalones pitillo, era la medicina perfecta.

—Vaya, hola, cielo —dijo cuando me vio rodar entre las mantas para tumbarme a su lado—. Al final no has podido resistirte, ¿eh?

En cualquier otro hombre, esa confianza en sí mismo me hubiera parecido arrogancia, pero Viggo era tan divertido que incluso en su fanfarronería se reía de sí mismo, y eso hizo que me gustara todavía más.

Reí y agaché la cabeza para besarlo.

No necesitó más.

Estaba tan seguro de sus habilidades amorosas como de las otras facetas de su vida. Su boca era suave y besaba con languidez, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo y su intención fuera aprovecharlo.

Me apoyé sobre un hombro para poder acariciarle el cuerpo, pero él volvió a tumbarme sobre la cama.

—Primero me toca a mí —dijo en tono juguetón—. Creo que a Luba la bailarina le toca estarse quieta un rato. ¿O quieres que te obligue?

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Cierra los ojos —dijo— y te lo demostraré.

Obedecí sus instrucciones, pero cuando a los pocos segundos oí el chirrido del cajón de la mesilla de noche al abrirse, me pudo la curiosidad. Abrí los ojos y lo miré de soslayo.

—Chitón —me ordenó—. Veo que también me

voy a tener que encargarme de eso.

Su tono era risueño y travieso. Era evidente que Viggo se proponía demostrar lo que supuse que sería un amplio repertorio de artes amatorias, y a mí me parecía estupendo.

—¿Alguna vez te han vendado los ojos? — preguntó.

—Nunca. —Había hecho muchas cosas con Chey, pero, curiosamente, eso no.

Me di cuenta de que contenía la respiración de puro deseo. Tenía la mente activa. Normalmente, cuando acababa en la cama con alguien nuevo pasaba al menos una parte del tiempo absorta en la contemplación del espacio mientras dejaba vagar mis pensamientos. Pensaba en lo que iba a hacer después, o lo que opinaba del gusto de mi compañero para la decoración. Pero, tumbada boca arriba en la cama de Viggo con los ojos tapados, mis

sentidos se veían parcialmente impedidos. Me limitaba a escuchar con avidez cada sonido que hacía, seguía con el oído cada uno de sus movimientos. No me había atado, pero me quedé quieta para seguirle el juego y ahora era consciente de las sensaciones en cada parte de mi cuerpo.

—Mmm, creo que te gusta —añadió. No lo veía, pero estaba segura de que tenía la mirada clavada en mí y observaba mis reacciones más infinitesimales mientras mis músculos se tensaban y se relajaban, esperando con paciencia que me tocara.

Cuando los pañuelos de seda me rozaron la piel, jadeé. Estaban fríos y eran de una suavidad deliciosa. Con los ojos cerrados, sin poder ver qué era lo que me acariciaba las piernas y el torso, incluso mis pechos, sentí la caricia de una ola del mar.

–¿Te gusta? –preguntó con suavidad.

–Oh, sí –contesté.

No estaba acostumbrada a hablar durante el sexo, y ya había decidido que no iba a suplicar, si es que eso era lo que él se proponía, pero para cuando la seda pasó sobre mis pezones erectos, entre mis piernas y sobre mis muslos y hasta mis pies, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa que Viggo Franck me pidiera.

Anudó los pañuelos alrededor de mis tobillos y mis muñecas y los ató a los pies y al cabezal de la cama, respectivamente, de modo que yo podía moverme lo suficiente como para estar cómoda, pero estaba atrapada en una posición de estrella de mar, sometida a todos sus caprichos. Entonces me levantó la cabeza y me cubrió los ojos con otro pañuelo para que no pudiera ver nada aunque quisiera.

Oí el crujido del cajón de nuevo.

Para entonces ya sentía que mi clítoris palpitaba, y mi sexo se estaba humedeciendo de forma vergonzante. Quería rogarle que se dejara de juegos y me penetrara allí mismo, pero me obligué a contenerme. Por excitada que estuviera, tenía mi orgullo, y no quería que Viggo se creyera una especie de dios del sexo, capaz de extasiarme con la menor caricia.

La colcha de la cama se hundió un poco bajo el peso de lo que fuera que Viggo estaba sacando de su cajón de juguetes.

Una a una, me provocó distintas sensaciones hasta que el menor contacto me hacía retorcerme y dar un brinco, desesperada por sentir más.

Primero, suaves caricias que me hacían cosquillas por los muslos, por mi sexo húmedo e hinchado, y después acarició mis pezones, en círculos delicados. Creo que utilizó una pluma.

De pronto, sentí el tacto de algo cálido y aterciopelado, como un guante de piel. Luego, algo afilado, aunque no doloroso, como la hoja de un cuchillo romo con el que recorrió firmemente mis puntos más sensibles mientras yo gemía y luchaba contra mis ataduras, no para escapar, sino por el intenso deseo de sentir más.

–Por favor –dije finalmente–, fóllame.

–Aún no –me susurró al oído, siguiendo sus palabras con la caricia de su lengua y el calor de su aliento sobre mi piel.

Me recorrió el cuello con la lengua, y después bajó hasta el pecho, donde tomó mis pezones con la boca y los succionó y mordisqueó hasta que acabaron dolorosamente erectos, mientras yo murmuraba palabras incoherentes, la agonía de la excitación mezclada con la frustración. Descendió por mi torso a lametones, y después recorrió la frontera de mis ingles, a

unos pocos y enloquecedores centímetros de mi clitoris. Me retorcí contra mis ataduras, di tirones hasta que el cabezal empezó a golpear contra la pared deseando acercarme más a su boca, pero él me había atado con mucha pericia, y mi resistencia era en vano.

Cuando por fin bajó la boca para lamirme con firmeza, me corrí en pocos segundos, tirando de los pañuelos de seda tan fuerte que creí que rompería la cama con los espasmos de mi orgasmo.

—Oh, por favor, para —supliqué cuando noté que mi sexo estaba tan sensible que las caricias resultaban dolorosas en lugar de placenteras.

Me quitó la venda de los ojos y me desató. Yo me quedé tumbada, en dichoso disfrute de la languidez de después del orgasmo, hasta que me recuperé y me sentí con fuerzas para empezar otra vez.

–Vaya, parece que tienes aguante no solo para bailar –dijo mientras yo buscaba su pene.

Aún estaba firme, pero después de la intensidad de mi orgasmo, yo estaba agotada, me vi incapaz de cubrirlo con la boca, aunque lo deseara. Él soltó una risita y se dejó caer encima de mí, sin importarle que no pudiera devolverle el placer que me había hecho sentir. Me penetró con delicadeza, y, al rozar los labios del sexo aún sensibles, me arrancó un quedo gemido de placer. Empezó a embestirme, despacio al principio, y yo me sentí plena, envuelta en un afecto que no había conocido en mucho tiempo. Desde Chey.

Viggo no era el tipo de hombre del que pudiera enamorarme, pero sí alguien de cuya compañía podría disfrutar durante mucho tiempo.

Cuando terminamos me ofreció un cigarrillo

que yo rechacé. Rodé sobre las sábanas arrugadas hasta su lado de la cama y dije:

—No voy a enamorarme de ti. Solo me gustas. ¿Es suficiente?

Me miró a los ojos y, una vez más, vi al muchacho que fue, antes del pelo largo y salvaje, los aires y las poses, la imagen pública y los pantalones ajustados.

—Claro, Luba. Sí, podemos ser amigos... Con derecho a roce ocasional —añadió con una sonrisa descarada.

No hizo falta elaborar un contrato. Seríamos amigos y amantes cuando nos conviniera. Podríamos vernos con otra gente si lo deseábamos. Por ahora, eso me bastaba. Y a Viggo también.

Todo estaba acordado.

Levantó la sábana para contemplar de nuevo mi tatuaje situado en un punto estratégico.

—Madre mía —dijo—. Seré raro, pero esa pistola me la pone dura.

—Aprovecha, pues...

Y eso hizo. Y me hizo sentir bien aquel polvo con un amigo. No por dinero, ni por arte, sino porque mi alma y mi corazón lo necesitaban con todas sus fuerzas.

El sexo en sí estaba bien, ni fuerte ni suave. Viggo era un amante habilidoso, aunque a veces me daba la sensación de que lo tenía ensayado, que iba tachando puntos del manual de «Cómo satisfacer a una mujer». Era consciente de que yo tampoco era del todo espontánea en algunas ocasiones. Y empecé a preocuparme otra vez por si algo dentro de mí se había perdido y nunca podría volver a recuperarlo. No tenía nada de malo, dejarse hacer el amor así, pero le faltaba algo de aventura. Quizá fuera que durante el último año y medio, el hacerlo profesionalmente,

por decirlo de alguna manera, había rebajado un poco mi apetito sexual. En realidad, empecé a comprobar que el entusiasmo de Viggo también decayó cuando la fase de la seducción –la caza– terminó. Era evidente que esa era la parte del juego sexual de la que más disfrutaba. También le gustaba utilizar juguetes para ampliar sus posibilidades, algo que yo nunca había hecho y que no me excitó tanto como imaginé. No podía evitar pensar con preocupación que algo se había estropeado en mí, aunque racionalmente sabía que lo más probable era que Viggo no hacía lo adecuado, o que nosotros dos no estábamos hechos el uno para el otro. Pero yo estaba decidida a cambiar el rumbo de mi vida y recuperar mi deseo, así que la falta de pasión no me suponía ningún problema. Estar con Viggo satisfacía mis necesidades sexuales básicas y me daba el espacio necesario para

reencontrarme a mí misma.

Para ser cantante y compositor, Viggo no parecía tener mucha imaginación. Eso fue lo que más me sorprendió de él. Pero, de momento, era la solución a mis problemas, y yo era feliz de disfrutar de su compañía como él disfrutaba de la mía.

Poco después de trasladarme a la casa de Viggo le pedí a Madame Denoux que mandara mis cosas a Londres. Hubiera podido permitirme un vestuario nuevo, pero había prendas y conjuntos a los que me sentía muy apegada, y no quería dejarlos fuera del proyecto de vida en el que me había embarcado.

Estar con Viggo era fácil. A pesar de las apariencias y su reputación, era solitario, como yo, y disfrutaba de momentos de silencio y aislamiento, por más que cuando se encontraba rodeado de gente cobrara vida y se convirtiera

en el alma de la fiesta. Su casa era lo bastante grande como para que pudiéramos pasar horas sin vernos. Yo pasaba la mayor parte del tiempo en mi habitación leyendo un libro o en la piscina esmeralda y, por supuesto, explorando Londres.

Era una ciudad que lo tenía todo, como si todos los hilos de mi vida pasada se unieran en un mismo lugar: el color gris de Donetsk, la belleza de San Petersburgo, la energía de Nueva York y la pátina de sensualidad de Nueva Orleans. Ya había estado allí una vez, cuando conocí a Florence y disfruté de una noche de maravillosa embriaguez sexual que a veces recordaba con un suspiro de nostalgia. Pero vivir allí sin horarios, sin ocupaciones que atender, lugares a los que ir o trabajos que terminar, hacía de la exploración de la ciudad una experiencia totalmente distinta. Un lugar nuevo que podía disfrutar a mi aire y absorber por

todos los poros de mi piel.

Me encantaba fundirme con la multitud en Camden Town y convertirme en una ola en un mar de color; movimiento y olores para después apartarme unos pasos y encontrarme junto a las esclusas del canal, donde yo era la única presencia viva en cientos de metros a la redonda, mientras sus sucias aguas lamían los pilares de los puentes y arrastraban la corriente silenciosa de las barcazas. Y después, a pocos minutos a pie en otra dirección, podía encontrarme en el verdor laberíntico de Hampstead Heath, entre estanques y claros, arbustos y cenadores aislados que, en mis sueños más salvajes, habrían sido escenario de todo tipo de excesos bajo la protección de la noche o de la pálida luz del alba.

Los puestos bulliciosos del Borough Market, donde te dejaban probar cualquier cosa, desde

quesos a salsas, pasando por aceite de trufa y una variedad infinita de panes; y luego, el East End, en el que el aroma fragante del curry se mezclaba con mil notas de especias, de cerveza, de vida, de sudor.

Londres era, realmente, una ciudad con mil caras.

Por primera vez, sentí que podría pasarme allí el resto de mi vida y nunca dejaría de sorprenderme.

Viggo estaba entre dos giras, y esperaba grabar pronto un nuevo disco. Solía estar ocupado componiendo o ensayando con el grupo en un estudio de Goldhawk Road. Había firmado un contrato con su discográfica que le permitía apoyar a grupos nuevos a los que podría supervisar e incluso producir un disco. Su último descubrimiento era un trío de músicos ingleses y americanos que se llamaban Groucho Nights, y

habían acordado que serían teloneros de los Holy Criminals en un concierto único que habían organizado con fines benéficos para la noche siguiente en la Brixton Academy.

–Tienes que venir, cielo –insistía Viggo.

–¿Para que presumas de acompañante?

–No, sé tú misma.

–La única e indiscutible.

–Debo ir vestido, ¿no?

–Claro que sí. No irás a empezar una revuelta.

Era la primera vez que salía con Viggo en público. Claro que habíamos ido a restaurantes y a pasear desde mi llegada a Londres, pero nunca nos habíamos dejado ver en ocasiones en las que hubiera público, ni prensa y fotógrafos, así que

estaba algo nerviosa por mi aparición en el concierto, donde, sin duda, se me vería como su última conquista, su actual compañera.

¿Qué diría si la gente me preguntaba a qué me dedicaba, o quién era?

Me vestí de forma deliberadamente discreta y evité cualquier connotación con el mundo de la música. Me decidí por una falda vaquera corta y una blusa de algodón de estilo victoriano con bordados y botones de color crema. Y bailarinas para no ser más alta que Viggo, que se había puesto unos zapatos de tacón cubano.

—Di que eres una amiga, o mi asistente, si prefieres —sugirió Viggo—. No tiene nada de malo decir la verdad.

Cruzamos el Támesis por Parliament Bridge hacia lo que Viggo llamaba «el salvaje sur de Londres». Una vez me había dicho en broma que, en realidad, Londres se dividía en dos: el

norte y el sur. Y que muchos de sus habitantes nunca cruzaban a la otra orilla del río a menos que fuera cuestión de vida o muerte o, de manera más prosaica, por trabajo. Él era un londinense del norte de pura cepa. A ambos lados del río, las luces de la ciudad brillaban con fuerza, entre las sombras de los edificios lejanos y los monumentos que teníamos más cerca. El London Eye daba vueltas a paso de caracol con sus cápsulas, esas luciérnagas que surcaban el oscuro horizonte, y los edificios geométricos del complejo del South Bank se alzaban como mastodontes junto a la orilla.

El paisaje pronto cambió. Atravesamos una sucesión de calles y cruces sombríos en el reluciente coche negro que conducía Viggo hasta llegar a las estrechas callejuelas de Brixton.

Vi la multitud fuera de la Academy, la cola

que daba la vuelta a la manzana y un embotellamiento que nos aguardaba al final de la calle.

—Ya estamos, cielo —comentó Viggo mientras se acercaba a la acera para aparcar—. Rock and roll.

Abrió la puerta del coche y me hizo una seña para que saliera, pero dejó las llaves en el contacto. Un chico de pelo largo con los recurrentes vaqueros pitillo y una camiseta negra de los Holy Criminals le estrechó la mano, se sentó al volante y se llevó el cuerpo.

—¿Quién es ese?

—Uno de los pipas. Parte de mi equipo. Va a aparcar el coche, es una pesadilla encontrar sitio por aquí. —Varias personas se apartaron del tumulto que se había formado frente a las puertas del local cuando nos vieron. La mitad llevaban cámaras y empezaron a sacarnos fotos.

Los *flashes* me cegaron.

—No hagas caso, cielo —dijo Viggo, y me dio la mano.

—¿Quién es ese bombón, Viggo? —gritó alguien, pero Viggo lo ignoró. Un instante después, franqueamos la entrada del local y los guardias de seguridad cerraron la puerta detrás de nosotros. La Academy no abriría al público hasta dentro de media hora.

Una pareja de chiquillas se nos acercaron corriendo para pedirle a Viggo un autógrafo. Él se lo concedió con una sonrisa sensual. Me pregunté cómo habrían logrado entrar, y de pronto me vinieron a la cabeza los recuerdos de lo que yo solía hacer en Donetsk en el muro de ladrillo rojo.

Preguntó a uno de los asistentes cómo llegar a la sala verde, y nos indicó el pasillo correcto.

Cuando abríamos la puerta para

encontrarnos con una muchedumbre de desconocidos, me pregunté si las fotografías que me habían hecho al entrar en el local aparecerían en la prensa.

¿Vería Chey alguna?

A mi alrededor todo era un caos. La habitación zumbaba de actividad, gente que entraba y salía a toda prisa y a empujones, transportando el equipamiento y dando voces sobre las pruebas de sonido y la seguridad y pidiendo autógrafos de última hora. En solo unos minutos ya me dolía la cabeza.

Todo aquello absorbió la atención de Viggo tan rápido como si le hubieran catapultado a otro mundo. Estaba en su elemento, y sentía cómo su energía y excitación crecían mientras empezaba

a pavonearse como un gallo ante su grupo y su equipo. El niño había desaparecido para dejar paso a la estrella del rock. El cambio me parecía divertido.

Salí de allí en cuanto tuve la oportunidad y me dirigí a un camerino vacío al fondo del corredor. Un guardia de seguridad que estaba apostado en el pasillo me dio la llave después de camelármelo un poco. El espacio era pequeño y olía a tabaco, pero me ofrecía un refugio donde podía sentarme en un taburete desvencijado a leer en paz un par de horas.

Menuda roquera estaba hecha... Imaginé lo que dirían los periódicos, y qué relación guardarían los titulares con la chica que se había encerrado en un camerino vacío para leer *La armónica del sur*, de la neozelandesa Ruth Park.

Estaba tan absorta en el libro que me perdí a

los teloneros de los que Viggo era productor. Me acerqué al lateral del escenario para verlo cuando empezó a tocar. Había dos mujeres que se habían ocultado entre bambalinas y hablaban y reían en susurros; se veía que estaban juzgando a los miembros de la banda. Una de ellas tenía el pelo rojo y rizado e iba vestida como yo, con una minifalda vaquera, medias y una blusa blanca.

Había algo familiar en su forma de moverse. Me detuve un momento para observarlas, y entonces desaparecí por otro pasillo que llevaba al otro lado del escenario, donde podría estar sola. No estaba de humor para dar explicaciones a las devotas fans de Viggo.

Era la primera vez que oía y veía cantar a Viggo. Siempre ensayaba en el estudio de Goldhawk Road. Y por miedo a que me fotografieran, nunca le había acompañado.

Su voz era áspera y seductora, pero yo había oído a cantantes mejores en los camerinos del Grand, donde Blanca siempre se ocupaba de contratar a chicas que supieran cantar además de bailar –una bailarina cantando *Makin' Whoopee!*– mientras se contoneaba sobre el piano era un éxito asegurado. El carisma de Viggo y su evidente sensualidad eran lo que le hacía tener tanto éxito. Eso sin contar, indudablemente, a algún genio de su equipo de marketing, responsable de su presencia en las revistas del corazón y su reputación de mujeriego.

Verlo actuar me hizo añorar los días en los que era yo quien estaba bajo los focos. Reconocía la expresión en la cara de Viggo, recordaba la emoción hedonista que sentía al exponerme a espectadores desconocidos. No era la desnudez, sino más bien el invitar a

extraños a los confines más lejanos de mi alma, permitir a gente a la que ni siquiera podía distinguir verme actuar; eso era lo que más echaba de menos.

Me disponía a marcharme directa a casa en cuanto Viggo terminara el último bis para evitar la tormenta de fans y periodistas que aguardaban para hacernos fotos juntos o pedirle un autógrafo.

Cuando regresé a la sala verde, una multitud lo había engullido, así que supliqué al pipa del pelo largo que tenía las llaves del coche que me llevara a casa. Decidí que aprendería a conducir en un futuro próximo, para no convertirme en rehén del azar con tanta facilidad.

No vi la llamada perdida de Viggo ni escuché su mensaje en el buzón de voz hasta que regresé a la mansión de Belsize Park.

—Hola, cielo —canturreaba—. He invitado a

una gente a casa. ¿Bailarás para nosotros?

Me detuve por un momento mientras consideraba la idea. Desde Ámsterdam no había vuelto a bailar para un público. Una chispa se encendió en mi mente, y en poco tiempo se convirtió en una ardiente llama. La idea me excitaba, y la punzada de miedo porque algo saliera mal me puso en acción. No tenía miedo, me dije. Lucharía con cualquier signo de nerviosismo y lo pisotearía con mis pasos de baile.

Para cuando llegaron, yo ya estaba en posición y empezaba a tener calambres. Había elegido actuar en la enorme sala decorada como un harén del segundo piso de la casa. Comparada con la austeridad del recibidor, aquella sala era otro mundo. Estaba decorada con gruesas alfombras, arañas de caireles de cristal y muebles de estilo gótico y, por supuesto,

la fuente en el centro que yo había elegido como escenario. Me sentía en paz en presencia del agua. La fuente no me dejaba mucho espacio para moverme, pero sería una actuación breve y, en lugar de demostrar mis capacidades atléticas, ideé un número en el que parecería una estatua que poco a poco cobraba vida dentro del agua. Al son de *La mer* de Debussy, mi pieza introductoria habitual.

Las primeras notas, que siempre tenían un efecto calmante en mí, me aceleraron ahora el corazón. Las imágenes se agolpaban en mi mente. El restallar del látigo de la directora de circo. Las expresiones inhumanas de la procesión de animales. El olor penetrante de las flores tropicales. El tacto de los helechos. Una mano extraña que me agarraba el brazo. El aliento cálido en mi cara.

Era demasiado tarde para echarme atrás. Ya

oía voces subiendo las escaleras. Una combinación de acentos: australiano, americano, inglés, el deje escandinavo de Dagur, el batería islandés y, por supuesto, la mezcla de acentos de Viggo de ambos lados del océano. Mi público desconocido había llegado. Fiel a la palabra de Viggo, era bastante reducido.

Cerré los ojos y me quedé completamente quieta mientras calmaba mi mente con toda la fuerza de voluntad de la que era capaz, e ignoraba los temores que amenazaban con enredarse por mi cuerpo como una hiedra venenosa y ahogarme. Me centré en los primeros recuerdos que tenía de aquella música. Cuando estuve con Chey en la playa y él la puso en su iPod y yo bailé para él y solo para él, con aquellos fragmentos impresionistas y cristalinos de la melodía que envolvían mi cuerpo como una marea, moviéndome al ritmo del oleaje en la

naturaleza.

Esa noche bailé con suavidad. Me movía con tanta delicadeza como el agua poco profunda de una bahía tranquila. Bailaba para mí, para Chey.

Al abrir los ojos, la vi: la pelirroja que había encontrado entre bambalinas en el concierto. Y recordé de qué la conocía: la había visto bailar en Nochevieja sobre el escenario de The Place, y ella me había visto bailar a mí la noche anterior.

Tenía la mirada clavada en mi sexo. Entonces se fijó en el tatuaje, y sus pupilas se dilataron en señal de reconocimiento.

La miré a los ojos y sonreí.

Viggo era un director escénico eficiente. Sin que yo tuviera que decírselo, apagó la luz al término de la música para que la estancia quedara inmersa en la oscuridad y yo tuviera unos segundos para escapar por la puerta

trasera y no tener que estropear mi actuación al trepar por la fuente con poca elegancia delante del público.

Me vestí de prisa con un vestido de gasa negro y largo, sin tomarme la molestia de ponerme la ropa interior. Estaba impaciente por regresar a la fiesta y averiguar más sobre la chica pelirroja y el hombre que la había acompañado aquella noche. Aparte, ya me habían visto todos desnuda. Aunque mi espectáculo había terminado, sentía que tenía que mantener unas ciertas apariencias por consideración a mi público. Presentarme ante ellos en vaqueros y camiseta robaría la magia a la imagen que se habrían formado de Luba.

La chica pelirroja hablaba con uno de los músicos del grupo telonero de Viggo, al que aún no me habían presentado. Lucía una expresión desolada, y me quedé merodeando junto al quicio

de la puerta para escucharla antes de acercarme a hablar con ella.

Al parecer, había perdido su violín.

Entonces recordé la pieza musical que había elegido para bailar. *Las cuatro estaciones* de Vivaldi. La imagen del antiguo disco de vinilo criando polvo en la sala de ensayo de San Petersburgo me vino a la mente.

—Deberías tocar con nosotros más a menudo, Sum —le decía el chico del pelo rizado junto a quien estaba sentada. Él casi ni la miraba, porque toda su concentración estaba fija en una chica rubia de pelo corto que, en el otro extremo de la habitación, le ponía ojitos a Dagur.

Despacio, las piezas del rompecabezas empezaron a encajar. Sum... Summer. La bailarina aficionada era Summer Zahova, la sensual violinista que, recordaba vagamente, había causado un revuelo en los Estados Unidos

tras posar desnuda para un folleto promocional. Un millonario presente en una de mis actuaciones me invitó a un concierto suyo después de ver mi número de Debussy y expresar su sorpresa porque una mujer eligiera desnudarse con música clásica en lugar de hacerlo al son de una predecible canción pop. Le recordaba a Summer Zahova, me dijo.

Y entonces ella dijo: «Luba». Su voz salía de su boca con la misma cadencia que la de los hombres cuando querían acostarse conmigo. Era evidente que no había olvidado mi danza, como yo tampoco había olvidado la suya.

—Siempre te queda Luba.

El del pelo rizado la miró sorprendido.

—¿Cómo es que sabes su nombre?

Ella se ruborizó, y empezó a elaborar una excusa endeble para ocultar la verdadera naturaleza de nuestro primer encuentro.

Yo acudí en su ayuda.

—Nos presentaron en Nueva York —dije—. Asistí a uno de sus conciertos.

Junto con el alivio, otra expresión inundó la cara de Summer. Su voz no era lo único que la traicionaba. Observé divertida cómo intentaba apartar la mirada de mis pezones, sin duda alguna visibles a través de la fina tela del vestido, y se estremeció en el sofá al sentir mi piel contra la suya cuando me senté a su lado.

Era obvio que no estaba muy acostumbrada a ocultar sus sentimientos, aunque el resto de los presentes parecía no darse cuenta de su incomodidad ni de su excitación.

Ese juego sería mucho más fácil de lo que esperaba.

Le aparté un mechón de cabello rojo y le susurré al oído, poniendo especial cuidado en rozarle el lóbulo con los labios:

—Quiero que me cuentes la historia de cómo acabaste en un sitio como ese. Y del hombre con el que estabas.

—¿Dominik? —replicó ella.

Sí. Así se llamaba, recordé mientras en mi mente se agolpaban los recuerdos de aquella noche en The Place.

No fue hasta más tarde, cuando dejé que todos los tortolitos se dedicaran a lo suyo y regresé a mi habitación para meterme en la cama, cuando me di cuenta de por qué el nombre de Dominik me hacía sentir como si tuviera una palabra en la punta de la lengua. Otro recuerdo bullía en un rincón de mi mente y deseaba salir a la superficie.

El autor británico que había escrito *Amarillo*, el libro sobre la viajera pelirroja en París que tanto me había gustado, se llamaba Dominik. Sonreí. ¿Era posible tanta coincidencia? Pero lo

decía bien claro en la portada. Dominik Conrad. Hojeé el libro de nuevo, lo guardé y me dormí de inmediato. Conocía bien a Viggo y sabía que Summer seguiría allí por la mañana, y probablemente también a la mañana del día siguiente.

Tendría tiempo de sobra para investigar.

Me levanté muy tarde y disfruté de la sensación de tener una cama entera para mí y poder estirarme. Me puse el traje de baño y bajé descalza al sótano por la escalera de caracol con el propósito de pasar la tarde flotando en el agua.

Era cuestión de tiempo que la violinista me encontrara, pues sabía que aún buscaba su violín. Eric, el jefe de equipo que se encargaba

de los instrumentos, no había visto ni rastro de él. Lo llamé siguiendo las instrucciones de Viggo, y él respondió con impaciencia y casi con grosería.

Acababa de tumbarme sobre las rocas para secarme, cuando ella apareció. Tardó unos instantes en advertir mi presencia mientras sus ojos barrían la habitación y parpadeaban para acostumbrarse a la luz tenue y a la peculiar decoración. Nuestras miradas se encontraron un segundo, pero ella no dijo nada y se dirigió directa al aparador donde Viggo guardaba una colección de instrumentos que colgaban de la pared como insectos atrapados en una vitrina.

Alargó el brazo y acarició el cristal. Estaba fascinada por la colección de violines, pero la decepción al no encontrar el suyo entre ellos era palpable en la inclinación de sus hombros; parecía que se había quedado sin respiración.

—A él no le importará, ¿sabes? Si quieres tomar prestado algo. ¿Quieres tocar algo para mí?

En cuanto le pedí que tocara, sus dudas parecieron desaparecer, y abrió el aparador de inmediato para acariciar los instrumentos hasta que eligió uno. Estaba desafinado y necesitaba una puesta a punto, pero no importaba: la expresión que dominaba el rostro de Summer mientras tocaba era hipnótica. No era de extrañar que Viggo hubiera querido añadirla a su colección.

Era una mujer atractiva, pero en cuanto tocaba un violín se volvía radiante. Cerró los ojos y entreabrió un poco los labios, lo que resaltó la curva sensual de su boca.

Me acerqué a ella, embrujada por la melodía y por la forma en que había respondido de inmediato a mi petición. Si un extraño me

hubiera pedido que bailara para él, me hubiera puesto furiosa, pero ella era como un perrito, deseosa de complacer, y yo no pude evitar imaginarme las posibilidades que su docilidad innata despertaban en mi mente.

Cuando terminó la melodía y se apartó el violín de la barbilla, la besé.

Su respuesta fue tan entusiasta que casi me echo a reír.

La tomé de la mano y la guie escaleras arriba hacia la habitación de Viggo. A él seguramente no le importaría que secuestrara a su nueva mascota durante un par de horas en mi cama, pero ya que solo habían pasado una noche juntos, parecía algo grosero por mi parte el llevármela tan pronto.

El sonido del agua caliente y el canturreo de Viggo llegó a mis oídos. Estaba en la ducha, pero había dejado la puerta del baño abierta.

—Ven —dije mientras me acercaba—.
Démosle los buenos días.

Iniciar a Summer en nuestra vida sexual no resultó ser nada difícil. En verdad, la vida como parte de un trío encajaba conmigo a la perfección. Las habilidades amorosas de Viggo habían empezado a parecerme poco originales, y Summer aportaba un toque más picante. Nunca había conocido a una mujer así: su libido estaba siempre activa y sus ganas de complacer me embriagaban.

Cuando estábamos juntos, me divertía guiar su cabeza hacia el miembro de Viggo y observar la extraña manera en que parecía aumentar su excitación cuantas más órdenes le daba yo, y al mismo tiempo no podía evitar pensar en

Dominik, el hombre que la hizo bailar.

Summer parecía satisfecha, pero yo sabía de manera instintiva que Viggo y yo éramos demasiado suaves para ella. Yo estaba encantada de tirarle del pelo o arañarle la espalda con las uñas, pero esa era toda la violencia de la que me sentía capaz, y Viggo era un blandengue debajo de su pose de gallito. En algunas ocasiones la veía pensativa y melancólica después de nuestras sesiones amorosas. Quizá echaba de menos a su hombre, como yo echaba de menos a Chey.

El sexo entre los tres era bastante tórrido, pero, de alguna manera, yo siempre me sentía como un espectador y actuaba según señales invisibles de un público invisible mientras rodábamos como salvajes por la enorme cama de Viggo –y muchos otros lugares, pues a los tres nos gustaba improvisar– en una maraña de

extremidades, como una araña con tres cabezas atrapada en una red. Aun así, nunca nos fusionábamos en una sola bestia; éramos una amalgama de erotismo, deseo y plasticidad. Summer gozaba siendo el centro de la escena, era exhibicionista hasta la médula y se crecía bajo nuestra mirada mientras Viggo la penetraba o encerraba su cabeza entre mis piernas y se abandonaba al placer. El resplandor de sus ojos mientras las dos nos deshacíamos en atenciones con el hermoso pene de Viggo era hipnótico, o cuando frotaba su lengua contra la mía y nuestros labios se fundían al turnarnos para lamerlo. Pero siempre me pareció un juego, un entretenimiento sin corazón ni ternura, pero muy divertido.

Aquella relación a tres bandas también me dio más tiempo para mí. Más tiempo para leer, para nadar, para explorar las verdes colinas de

Hampstead Heath. Y la presencia de Summer alimentó a la prensa, así que dejé de preocuparme por si mi fotografía aparecía en los periódicos. Ahora aquello era problema de Summer, no mío.

Summer nunca hablaba de Dominik. Tampoco me preguntó cómo acabé en la cama de Viggo en Belsize Park desde un escenario de Nueva Orleans. Era como si hubiera un pacto de silencio entre nosotras acerca del pasado. Tal vez pensaba que yo me avergonzaba de mi pasado como bailarina de *striptease*. De los tres, Viggo era, de lejos, el más hablador.

A ella pronto la convencieron para irse de gira con Groucho Nights, los teloneros de Viggo y de los Holy Criminals en la Academy, y casi no la veía por casa, pues ensayaba día y noche.

Reconocí el cabello oscuro de aquel hombre y el perfil de su rostro iluminado por los focos

del escenario en el primer concierto de la gira en el Cigale de París. No estaba segura de si Summer sabía que él estaba allí.

Tampoco estaba del todo segura de que Dominik, el hombre que había pedido el baile, fuese también Dominik, el escritor, pero mis sospechas se vieron confirmadas cuando dos jóvenes periodistas locales lo interceptaron en el vestuario para preguntarle qué hacía un escritor serio entre bastidores con Viggo Franck. ¿Estaba investigando para su siguiente novela?

Dominik se mostró claramente avergonzado por la atención, y se zafó de ellos. Se ocultó en un rincón. Parecía muy incómodo, y sostenía una botella de agua mineral. Me acerqué más tarde hasta su asiento y le di mi número de teléfono con una sonrisa seductora. No me llamó, pero después de ver cómo contemplaba a su violinista de cabello llameante dominar el escenario,

tampoco esperaba que lo hiciera.

Pasaron unas semanas en las que me encontré sola en casa la mayor parte del tiempo, con Summer de gira y Viggo ocupado con sus compromisos musicales, que solo requerían de mi presencia de tarde en tarde.

Tenía océanos de tiempo libre para perder, y pasé una parte importante pensando en Chey; me preguntaba dónde estaba, si estaría bien. Pero no era solo Chey quien ocupaba mi mente. No podía evitar que mis pensamientos vagaran hacia el misterioso escritor moreno, Dominik, y la pasión que había visto brillar en sus ojos.

—¿Sigues de vacaciones, Luba? —me preguntó Madame Denoux cuando me llamó. Era media tarde en Londres, y los colores de la primavera

empezaban a invadir el parque de Hampstead. Debía de ser primera hora de la mañana en Nueva Orleans, cosa que sugería que aquella no era una mera llamada de cortesía. Madame Denoux raramente salía de la cama antes del mediodía a menos que tuviera un buen motivo para ello. Imaginé por un momento que podía oler las magnolias y oír el murmullo del Misisipi por el teléfono.

Estaba sentada en la terraza de una pastelería judía de Golders Green Road saboreando un té con limón y un plato de pastelitos, como los que recordaba haber comido de niña en Ucrania. Había ido corriendo cuesta arriba hasta allí desde Belsize Park, por Haverstock Hill y Hampstead High Street, sin dejar de jadear mientras superaba todas las colinas y calles empinadas. Aunque ya no bailaba con regularidad, intentaba mantener mi

forma física. Mi vanidad era más fuerte que mi apasionado disgusto por el ejercicio tradicional.

Esta pausa ociosa era mi recompensa. Leía el libro de Dominik por segunda vez. Ahora que lo había conocido en persona, mi fascinación era aún mayor, así como mi interés por su relación con Summer. Ahora estaba totalmente convencida de que el personaje de Elena, la protagonista del libro, se basaba en ella. Había demasiadas similitudes, no solo en la forma íntima en que describía su rostro y su cuerpo. Me sentía como un detective, tratando de separar la ficción de la realidad. La primera vez que leí la novela, pensé que el autor había construido su historia de una manera muy inteligente, pero ahora que la conocía a ella, y un poco a él, no me cabía duda.

—Ya no son vacaciones, Madame Denoux. Se está convirtiendo en mi forma de vida.

–Me alegro, jovencita... –Hizo una pausa–. Eres completamente feliz, ¿pues?

La verdad es que hacía tiempo que había llegado a la conclusión que yo no era la clase de persona que conoce la felicidad. Siempre me faltaba algo. Un hombre. Un lugar. Una emoción imprecisa. Algo.

–Estoy en paz –dije por fin.

–Bien –replicó Madame Denoux–. Es solo que nos ha llegado una oferta maravillosa para tu Tango de un benefactor muy adinerado. –Nunca utilizaba la palabra «cliente»–. Aunque sabe, por la última edición del catálogo, que ya no estás disponible, no deja de insistir.

El Tango siempre fue mi espectáculo favorito. Tenía algo primigenio, por la música que lo acompañaba, y el compañero sin nombre con quien había bailado por primera vez que tanto me recordó a Chey.

Me golpeó una oleada inesperada de nostalgia que me devolvió a aquella primera vez que llevé a cabo esa danza y mi excitación inicial por todo el asunto. Era como un fuego que me recorría las entrañas. Aquello puso a Viggo, y a todos los demás, hombres y mujeres que vinieron después, en un insignificante segundo plano.

Pero no estaba segura de que pudiera hacerlo, después de haber jurado que nunca volvería a bailar así.

—¿Sigues ahí? —preguntó Madame Denoux.

—Sí —balbucí mientras regresaba a la realidad.

—Ofrecen una suma increíble. Podrías vivir de eso unos cuantos años.

—Nunca ha sido cuestión de dinero —le recordé.

—Lo sé. Eres una artista, Luba. Es solo que me parece una pena que...

La interrumpí. Madame Denoux sabía cómo afinarme como un violín. No me dejaría convencer tan fácilmente, me juré. Lo pensaría bien y tomaría una decisión con cuidado, por más que hubiera una parte de mi alma que ansiaba volver a subir a un escenario y oír la respiración agitada del público al ver cómo me movía, y sentir el río de erotismo que corría por mis venas y encendía aquel fuego que yo temía que se hubiera apagado.

—No le digo que sí. Lo pensaré.

—Estupendo —repuso ella—. Llámame. Tómate tu tiempo, y me cuentas. No hay presión...

—¿Tendré a mi compañero habitual?

—Por supuesto. Esa es una condición innegociable.

—Solo por curiosidad, ¿dónde sería la actuación?

No tenía muchas ganas de volver a actuar en Ámsterdam, ni en Londres, ahora que vivía aquí. Tendría que ser en otro lugar.

—En el puerto de una pequeña ciudad llamada Sitges, a una media hora de Barcelona, en España.

—De acuerdo —dije, y colgué antes de que siguiera insistiendo.

Recogí las migajas de tarta y guardé el libro de Dominik en la pequeña mochila que usaba para correr.

En el paseo cuesta abajo casi fui más rápido que corriendo cuesta arriba. La casa de Viggo estaba vacía, y un silencio inhóspito recorría las habitaciones. Me refugié en la mía y me di una larga ducha purificadora. Envuelta en un mullido albornoz, me dejé caer sobre la cama y regresé al libro. Aunque ya sabía lo que ocurría en los últimos capítulos, me sentía como si estuviera

redescubriendo la historia desde una perspectiva completamente nueva.

Una vez terminada la última página, me conecté a Internet. Quería averiguar si Dominik había publicado otros libros. No. Tampoco tenía página web, pero enseguida encontré información sobre su libro, y sobre él, en la página de su editorial. No daba mucha información sobre Dominik, ni sobre una novela nueva, pero enseguida me fijé en una lista de apariciones promocionales, la mayoría de las cuales ya habían pasado de fecha: firmas de libros, festivales, lecturas en voz alta. La última de la lista me hizo sonreír. Sería el destino, o la casualidad, pero Dominik iba a visitar Barcelona para acudir a algo llamado Sant Jordi en unos pocos días.

Madame Denoux respondió al teléfono enseguida.

–Qué rápida –recalcó. Podía imaginar su rostro, con una sonrisa satisfecha como si supiera lo que iba a decirle.

–Lo haré –dije. Y le di la fecha. O era ese día, o me olvidaba del asunto.

–No hay nada imposible, querida mía. Lo arreglaré todo en unas horas. Espero que estés en forma.

–Más que nunca.

El corazón me latía deprisa. Había recuperado a la vieja Luba. Y, para ser sincera, no estaba segura de si era porque volvería a ver al enigmático Dominik, o porque tendría sexo en público con Tango una vez más.

Bailando en el parque

Sant Jordi resultó ser, tal y como yo imaginaba, el paraíso. O casi.

El paseo al norte de la Plaza de Cataluña estaba repleto de puestos donde se vendían libros y flores. Inspiré profundamente para saborear el olor característico de las rosas y el papel. Una mezcla de ambiente mediterráneo flotaba en la suave brisa mientras paseantes de todas las edades, parejas viejas y jóvenes, deambulaban por las bulliciosas avenidas bordeadas de árboles. Dondequiera que mirara veía mujeres con rosas rojas que

mantenían cerca de su pecho para protegerlas de los empujones de la multitud. De lejos, todos los habitantes de la ciudad parecían estar sangrando al unísono, con aquellas vivas manchas de color rojo a la altura del corazón como heridas de bala, como si las flechas de Cupido se hubiesen abatido sobre Barcelona.

De no ser por la multitud que llenaba la calle y por los turistas —iban tan despacio que me sacaban de quicio—, hubiera sido un día perfecto. Enseguida me cansé de estar de pie y hacer cola bajo el sol intenso, y de oír a los fans de los escritores parlotear incesantemente. Me parecían insoportables los groseros que se colaban, para después hojear un libro un segundo y volver a arrojarlo al montón con desdén justo delante del escritor, cuya expresión se volvía triste hasta que aparecía el siguiente devoto con una sonrisa. Pensé que los escritores debían de

tener un ego muy frágil, a menos que desarrollaran una fuerte coraza. Por lo menos, un baile era algo pasajero, y las imperfecciones en la forma o errores de planificación pronto se borraban de la mente del espectador. Agradecía que mis deslices artísticos no quedaran inmortalizados para la posteridad.

Por fin encontré a Dominik, pero la cola frente a su puesto era larga, y se movía aún más despacio que las demás. Era evidente que yo no era la única mujer que se había sentido identificada con su heroína y tenía curiosidad por conocer al hombre que la creó.

Oculto en un puesto cercano, me tomé algún tiempo para observarlo mientras hablaba con una de las muchas lectoras que esperaban para que les dedicara un ejemplar. Era una chica esbelta con una melena oscura que llevaba recogida en un moño desordenado del que caían

algunos mechones. Parecía una gitana, especialmente con aquellos zapatos y su suelto vestido. Cuando se inclinó para que le firmara el libro que acababa de comprar, descubrí que era un vestido muy escotado, y sus pechos amenazaban con salirse. Dominik era más que consciente de la exhibición y le dedicó una sonrisa forzada mientras apartaba los ojos a la primera ocasión.

Era evidente que se trataba de un hombre que prefería las sutilezas.

Sabía que Dominik estaría por allí al menos unas horas más, puesto que había visto su nombre en varias listas de autores en otros puestos. Pero incluso si lograba robarle algunos minutos de su tiempo, pronto tendría que volver a sus obligaciones y satisfacer las demandas de sus lectores entusiastas, de sus editores y de las numerosas librerías que participaban en el

evento. Después de haber viajado hasta allí y de acceder a bailar de nuevo con Tango para tener la oportunidad de conocer más a fondo a un hombre que me fascinaba, no iba a estropearlo todo eligiendo un mal momento entre muchas otras mujeres que competían por su atención.

Tenía calor y me sentía pegajosa, aunque solo llevaba un pantalón de algodón, zapatos planos y una blusa suelta. Di media vuelta y regresé paseando a la Plaza de Cataluña, donde me detuve a tomar un café en la terraza del Café Zúrich. Me sentía mucho más cómoda sentada que de pie entre la multitud; podía observar a los transeúntes y divertirme imaginando los secretos que ocultarían bajo su apariencia respetable. Vi a una chica con un vestido amarillo y tacones chupete a juego, que llevaba una rosa roja detrás de la oreja y corría a reunirse con sus sobreprotectores padres como

si llegara tarde a la cita por haberse entretenido en un encuentro con un amante. Su amante probablemente sería un joven inadecuado para ella, pero terriblemente guapo, que se ocupaba del correo en una empresa, pensé. Quizá fuera el encantador director de la empresa en la que trabajaba, que estaba casado, o incluso la encantadora esposa del director. La chica se frotaba el labio con insistencia a la vez que corría, para borrar las manchas del pintalabios que se le había esparcido durante los apasionados besos de despedida.

Como era habitual en la Red, mi hotel era lujoso a la vez que discreto, oculto entre los edificios de piedra y balaustradas de forja que se encontraban por doquier en el Barrio Gótico. Puede que aquella fuera la última vez que me alojaba en un lugar tan suntuoso por motivos de trabajo, así que aproveché la situación y volqué

los pistachos del minibar en un cuenco de porcelana mientras daba un sorbo largo al cava directamente de la botellita. El líquido burbujeante me hizo toser.

Me desnudé despacio y pasé una eternidad en la ducha, donde usé deliberadamente todos y cada uno de los productos cosméticos. Me enjaboné a conciencia y me quité cada mota de polvo que había acumulado durante mi agotadora jornada.

Dos horas más tarde, estaba relajada y lista para ponerme un vestido rojo de Roland Mouret que sabía que se ajustaba delicadamente a mi cuerpo. Me cubría del cuello hasta las pantorrillas, así que ni siquiera el hombre más tradicional lo consideraría de mal gusto. Era del color de las rosas, como guiño a Sant Jordi.

El calor del día se había disipado, y la luz del atardecer caía como un bálsamo sobre el bullicio

de las Ramblas. Muchos librereros estaban recogiendo sus puestos, tal vez para dirigirse a otros eventos que continuarían hasta que el atardecer diera paso a la noche.

Por un momento temí que se me hubiera hecho tarde y él se hubiera marchado. Fui de puesto en puesto sin ver ni rastro de él, pero finalmente lo encontré rodeado de un grupo de escritores y de sus lectores más pacientes, que habían llegado al final del día aguardando estoicamente la cola.

Estaba tan guapo como siempre, aunque vestía todo de negro, como si estuviera al margen de la moda o del clima catalán. Sus brazos habían adquirido un tono rosa cobrizo después de pasar el día entero bajo el sol, e imaginé que cuando se quitara la camisa se encontraría con las marcas del bronceado en su piel pálida.

—No te molestará firmar a una amiga, ¿no? — pregunté mientras le tendía mi manoseado ejemplar de su libro entre la gente que lo rodeaba buscando su atención. Lo había llevado conmigo a Barcelona deliberadamente.

Reí en voz alta al oír su respuesta cuando me reconoció.

—¿Una amiga o una acosadora?

Una expresión fugaz de miedo en sus ojos sugería que no bromeaba del todo, aunque enseguida se mostró dispuesto a acompañarme a tomar algo. Tuve la impresión que a *monsieur* Dominik le gustaba controlar todos los aspectos del cortejo, y no solo los ocasionales bailes desnudos en público. No le gustaba que las mujeres lo abordaran. Yo aún desconocía las circunstancias que lo unieron a Summer, pero apostararía lo que fuera a que fue él quien dio el primer paso.

«Para una bailarina privada», decía su dedicatoria. Si le había pillado desprevenido, enseguida se recuperó.

Me sorprendió que Dominik me preguntara si era posible conseguir una entrada para verme bailar aquella noche, después de que yo le explicara qué hacía en Barcelona. Le conté que era una fiesta privada para la que no se vendían entradas, pero que estaría encantada de dejar que me acompañara como invitado personal.

Flirteó educadamente conmigo en el bar de tapas que encontramos cerca del Paseo de Gracia, y expresó un interés inusual por mi vida y mi relación con Viggo —como investigación para su próximo libro, sospeché—, pero no tuve la impresión de que quisiera llevarme a la cama. Supuse que aún se sentía ligado a Summer, o tal vez yo no fuera su tipo. Me encogí de hombros en mi fuero interno y lo incluí en la lista que

reservaba para amigos y conocidos poco susceptibles de convertirse en compañeros de cama. Era un cambio agradable después de recibir proposiciones constantemente y soportar continuos manoseos. En el caso de que mi ego se ofendiera por su falta de interés, pronto me recuperaría. No me faltaba mucho para acabar desnuda y vulnerable en los brazos de Tango y me complacía tener a alguien conocido en quien confiaba entre el público. La presencia de Dominik me ayudaría a calmar mis nervios y, como bailarina, me estaba permitido llevar invitados cuando quisiera, así que no sería ningún problema que me acompañara.

Le advertí que debía conseguir un atuendo más formal para la ocasión, pues me explicó que no había llevado mucha ropa.

El chofer nos recogió a las diez en punto, y empezamos el viaje en el espacioso confort de

una limusina de lujo. Apenas hablamos mientras recorríamos la carretera serpenteante que bordeaba la costa hasta llegar a un yate opulento al final del puerto de Aiguadolç en Sitges. La luna llena relucía sobre el agua, y me concentré en el pacífico temblor del océano para calmar mis nervios.

Dominik parecía cómodo en silencio, y me sentí aliviada de que no fuera el tipo de persona que se sentía obligada a un incesante parloteo trivial para llenar los vacíos de la conversación.

La anfitriona de la noche, una matriarca de mediana edad de la Red que iba ataviada con un vestido de noche de terciopelo negro con un cuello blanco de encaje y unos pesados pendientes de oro en forma de lágrima, me vio tan pronto como llegué, y me acompañó a un camerino improvisado en el piso inferior del yate. Dominik se quedó solo. Se había comprado

una elegante corbata de Armani en una de las exclusivas tiendas del Paseo de Gracia, pero aun así parecía fuera de lugar. No estaba habituado al nivel de riqueza inmoral y, a menudo, falto de gusto, que nos rodeaba.

La mer complementaba con aquel escenario a la perfección, y mi cuerpo empezó a moverse, indolente, al ritmo creciente de la música, sin que me acompañaran los sentimientos de asco o vergüenza al pensar en bailar con un extraño que me asaltaron aquella noche en Ámsterdam. Mis malos recuerdos habían desaparecido y, esa noche, Debussy era solo Debussy.

Cuando Tango apareció bajo los focos, todo rastro de tensión en mi postura desapareció, y me dejé caer en sus brazos con alegría, aliviada de volver a verlo y encantada de recuperar el placer que había encontrado en su cuerpo y en la elegante delicadeza de sus movimientos.

Tango siempre había sido mi pareja de baile favorita. Era el más guapo y el mejor bailarín de mis tres compañeros y con el que tenía más empatía. Siempre me saludaba con una sonrisa y un guiño antes de iniciar la pantomima de dominación apropiada para la coreografía, que yo inventé. Parecía que conseguía engañar al público, pero yo sabía que tanto para él, como para mí, no era más que teatro. Al contrario del hombre con quien bailé en Ámsterdam, Tango parecía preocuparse sinceramente por mí, en la medida en que es posible preocuparse por alguien en unas circunstancias tan limitadas como las nuestras.

Con Dominik entre el público, tenía aún más interés en ofrecer un buen espectáculo. Al imaginar sus ojos clavados en mi cuerpo y la excitación que sentiría ante la demostración de mi desnudez y de la armoniosa cópula que nos

disponíamos a representar en público, sentí un cosquilleo previo.

Cuando Tango me tomó de la mano y tiró de mí hacia él, fue como la primera vez que bailamos juntos, excitante y peligrosamente sensual. Mis pezones endurecidos resaltaban como faros en la niebla, y mi sexo empezó a humedecerse, preparándome para que me penetrara.

Por fin se perdió dentro de mí y yo apenas pude controlar mi cuerpo lo suficiente como para seguir con la danza, aunque lo que deseaba hacer desesperadamente era tumbar a ese hombre bronceado y musculoso sobre mí y dejar que me poseyera sobre el duro suelo de madera del yate, y al cuerno con el público. Pero vivir con Viggo me había enseñado que la contención puede a veces ser tan placentera como el desenfreno y, además, yo era una profesional

que pretendía llevar a cabo un espectáculo con clase, no una actuación animal y pornográfica llena de ardor y pasión, por más que fuera lo que realmente quería en ese momento.

Tango me dio un ligero apretón en la mano en señal de despedida cuando la música llegó a su fin, y yo regresé de puntillas al camerino aprovechando que los focos se apagaron un instante. En el vestuario, inspiré profundamente unas cuantas veces y resolví calmarme para mostrar una fachada profesional ante Dominik. No tenía ganas de contarle la historia de mi baile ni los sentimientos que ese número despertaba en mí. También había decidido que no quería llevármelo a la cama ni continuar con la seducción.

Al parecer, Dominik estaba asombrado y maravillado con mi actuación.

—Ha sido hermoso —dijo en el coche, de

vuelta a nuestros respectivos hoteles.

—Estaba bien pagado —repliqué, aunque a esas alturas el dinero me aburría. Ya no me impresionaba en absoluto la riqueza que imperaba en esos eventos, y tampoco me importaba ser o dejar de ser rica. Yo solo quería bailar.

Dominik continuó haciéndome preguntas sobre la colección de arte y de instrumentos musicales de Viggo, hasta el punto de que empecé a preguntarme si se habría convertido en una especie de detective aficionado. O quizá había llegado a sus oídos la desaparición del preciado violín de Summer, que se perdió la noche de la actuación benéfica de Viggo en la Brixton Academy. ¿Sospechaba que Viggo podría estar involucrado? Aunque lo más probable es que anduviera en busca de historias reales que lo inspiraran para escribir su próxima

novela. Me había contado durante la cena que estaba escribiendo la historia de un instrumento y su paso de un dueño a otro. Una idea fascinante que requería mucha investigación sobre coleccionistas. Me pregunté si Dominik era consciente de que él era uno de ellos, un mirón como cualquier otro que viajaba por el mundo a la caza de personajes, motivos y emociones que capturar, como mariposas en la red de un científico que acaban clavadas sobre un papel.

A mi regreso encontré vacía la mansión de Belsize Park. Summer seguía de gira. Una postal de Berlín dirigida a Viggo y a mí aguardaba en el buzón. Pronto volvería a casa, después de sus conciertos en ciudades

escandinavas –Copenhague, Oslo y Helsinki– y el final de la gira en Sarajevo y Liubliana. Si seguía así, se convertiría en una viajera más internacional que yo.

Viggo estaba de camino para unirse a ella y a los Groucho Nights en un único concierto especial en Estocolmo. Yo rechacé la oportunidad de acompañarlo. De alguna manera, aunque Finlandia estaba más cerca, hablando en términos geográficos, me recordaba demasiado a Rusia como para sentirme a gusto. Sabía que era algo irracional. Al pensar en Rusia, me venían a la mente San Petersburgo y Donetsk, y mi amiga Zosia en el dormitorio de la Escuela de Arte y Danza, y su cara hundida, los rasgos delgados de su hijo y su jardín de árboles esqueléticos. No era un lugar al que quisiera volver.

El tiempo pasaba, como de costumbre, pero

acompañado de las oleadas inevitables de soledad que formaban parte intrínseca del hecho de que no tenía nada que hacer. Sin la danza ni ningún otro trabajo, ni mis dos amantes que me hicieran compañía, mi vida adquirió una cierta cualidad azarosa, y solo la inmersión en los mundos imaginarios de los libros que encontré en las interminables estanterías de Viggo evitaron que enloqueciera. Un día particularmente aburrido, me divertí asistiendo a una clase de cocina cerca de Oxford Circus, donde irrité al chef al sugerir con insistencia que trataba sus mostachones con torpeza.

Cuando Summer por fin regresó unas semanas después, la recibí con el entusiasmo de un joven amante, pero pasada la pasión inicial del reencuentro, se volvió retraída y reacia a pasar tiempo en casa. Nunca hablaba de Dominik, y yo no le conté que nos habíamos

encontrado en Barcelona, pues no quería hierirla si resultaba que aquel era un tema sensible.

Viggo y yo seguíamos siendo amantes, pero nuestros sentimientos mutuos habían perdido el ardor, y yo sentía por él poco más que una amistad con derecho a roce. Sin embargo, parecía que aún encontrábamos consuelo en el cuerpo del otro, y la mayoría de mañanas despertaba en sus brazos, con Summer un poco apartada, hecha un ovillo en el borde de la cama.

Desde que regresó de la gira con los Groucho Nights parecía vivir en un estado de perpetua distracción, y había perdido el entusiasmo por nuestras sesiones amorosas a tres bandas. Summer era la chispa que encendía el fuego del trío, y la ausencia de su cuerpo dócil apretado contra el de Viggo y la tentación de empujarla en una u otra posición, o utilizar su melena roja como si fueran las riendas de un

caballo me llevó a pasar más tiempo acariciándome sola en la ducha o en mi habitación. Siempre pensaba en Chey cuando me masturbaba; revivía el tiempo que pasamos juntos e imaginaba las sesiones de sexo pasionales y a veces altamente eróticas que desearía que tuviéramos.

Los motivos del extraño comportamiento de Summer se hicieron evidentes cuando me levanté tarde una mañana, adormilada y legañosa, después de pasar la noche con ella y con Viggo en el preestreno privado de una exposición de fotografía en el South Bank, cerca de donde me había acostado por primera vez con una mujer, con Florence. Summer y Viggo volvieron a casa pronto, pero yo me quedé hasta que terminó la fiesta y di buena cuenta del champán hasta la madrugada. Me metí en la cama que compartíamos sin darme cuenta de la

ausencia de Summer y sin tener ni idea de lo que había sucedido en mi ausencia.

Cuando bajé a la cocina la encontré medio desnuda y radiante de felicidad, con Dominik rodeándole la estrecha cintura con un brazo. Por momentos, su mano se deslizaba ocasionalmente hasta la hendidura entre sus nalgas y la piel de sus muslos, y de vez en cuando se colaba entre sus piernas y le acariciaba el sexo mientras Viggo miraba, contento como un niño en una tienda de golosinas, y Summer se ruborizaba en una docena de tonalidades de rojo a pesar de que Viggo la había visto desnuda cientos de veces y la había tocado en esos mismos sitios. Ninguno de ellos se había dado cuenta de que yo los observaba desde la escalera.

Constaté que Dominik era una persona distinta cuando estaba con ella. Había desaparecido el hombre melancólico que conocí

en Barcelona, y en su lugar vi a un hombre seguro y poderoso cuya confianza en sí mismo parecía incuestionable. Summer apoyaba la cabeza en su hombro con ternura, como si lo invitara a ejercer su particular estilo de dominación sobre ella. En su presencia, Summer perdía su habitual dureza, esa frialdad que solo le había visto perder cuando tocaba el violín o practicaba el sexo con especial vigor. Estaban hechos el uno para el otro.

Y Viggo parecía muy complacido con todo.

—Buenos días —anuncié mientras me ataba el cinturón de la bata de satén y descendía los últimos escalones, como si acabara de levantarme, y encontrármelos a los tres a medio vestir en la cocina no fuese en absoluto algo inesperado.

Alzaron la vista, cada uno con una expresión distinta que oscilaba entre la alegría y la

vergüenza.

–Buenos días, reina de la noche –me saludó Viggo–. ¿Cómo se encuentra hoy nuestra etérea sirena? ¿Se resistió alguna mujer a tus encantos en la fiesta?

–Solo a las aburridas –le repliqué con una sonrisa. La verdad es que pasé la noche flirteando levemente con una pareja de chicas vestidas a juego con trajes de raso de colores alegres, pero no veía ningún mal en perpetuar la fantasía de Viggo, que me veía como una rompecorazones allá donde fuera. Parecía obtener una satisfacción especial al pensar que cualquier hombre o mujer del mundo sería feliz adorándome. Era una fantasía que reforzaba mi situación como joya de la Corona en su colección de objetos preciosos.

–¿Y qué tal habéis pasado la noche vosotros? –les pregunté a ellos.

Hubo un largo silencio durante el cual me pregunté si Viggo, Dominik y Summer habrían pasado la noche en una nueva combinación de trío que me excluía. Viggo había insinuado alguna vez que había experimentado con hombres en su misión eterna de probar todas las experiencias habidas y por haber. No estaba segura de las inclinaciones de Dominik, pero no dudé ni por un segundo que a Summer le hubiera encantado encontrarse en medio de aquellos dos hombres.

Resultó que las actividades nocturnas de mis tres amigos eran de una naturaleza bastante distinta. Viggo me contó que, entre los tres, habían logrado localizar el Bailly, el violín perdido de Summer, y que, al parecer, Dominik había arriesgado su vida para recuperarlo.

—¿Y dónde estaba el violín? —pregunté, perpleja.

—No te aburriremos con los detalles —replicó Dominik como si nada—. Es bastante complicado, y ni de lejos tan apasionante como lo cuenta Viggo.

—Pues espero que, al menos, sacaras buenas ideas para tu próxima novela.

—Bueno, en cierto modo, sí. No me gusta acercarme demasiado a la realidad.

A Summer se le escapó una risita. Dominik le dio un azote juguetón en el trasero.

—¿Dejamos solos a estos dos tortolitos? —dijo Viggo, que me invitó a desayunar en una cafetería de Hampstead High Street.

Para cuando regresamos, Summer y Dominik ya se habían marchado, y en menos de dos semanas ella recogió sus escasas posesiones y abandonó la mansión de Belsize Park para trasladarse a la casa de Dominik más arriba de la colina, en el centro del barrio de Hampstead.

Entre el movimiento de cajas y la limpieza del armario que compartíamos hicimos muchas promesas de mantenernos en contacto y vernos para cenar y pasear por el parque, pero yo sabía que, en realidad, Summer era feliz con Dominik y estaba preparada para cerrar ese capítulo de su vida.

Un día, semanas después de que Summer saliera de nuestra vida —y de nuestra cama— acepté la invitación de Viggo para visitarlo en su estudio de Goldhawk Road, donde estaba grabando unos temas nuevos con los Holy Criminals. Summer le había inspirado para crear un disco con un aire más clásico, y había estado seleccionando intérpretes jóvenes de música clásica de la academia de música cercana al

estudio. Así satisfacía su afición por promocionar a muchos aspirantes que tenían pocas oportunidades de conseguir un contrato con una compañía discográfica sin ayuda.

Enseguida tacharon mi nombre de la lista de invitados, y me señalaron el pasillo al final del cual se encontraba el estudio, donde descubrí que me había presentado justo el día en el que Viggo no iría.

—Está en una reunión con unos de la discográfica —me explicó una chica alta y rubia que tenía un violonchelo entre las piernas cuando pregunté si alguien lo había visto.

»Pero puedes quedarte al ensayo —continuó con una sonrisa insinuante y un guiño descarado.

Con una bienvenida así, negarse sería una grosería, así que me senté en uno de los pufs distribuidos por el suelo del estudio para verla tocar.

No se perdía en la música como lo hacía Summer, pero era igualmente maravilloso contemplar el ángulo pronunciado de su muñeca al arrancar las notas de las cuerdas, y la forma en que sostenía con firmeza el instrumento entre sus muslos abiertos.

—Soy Luralynn —ronroneó al tenderme la mano en señal de saludo cuando terminó. Por un momento, no tuve claro si esperaba que le estrechara la mano o me inclinara para besársela—. ¿Quieres ir a tomar algo?

Acepté su invitación y compartimos una botella de vino y un plato de pan y aceitunas en el Anglesea Arms, que se encontraba cerca del estudio, en Wingate Road. Pronto nos cansamos del ambiente ruidoso, lleno de niños pijos y de madres jóvenes y guapas.

Cuando se excusó para ir al baño, no pude evitar admirar la forma en que la tela de sus

vaqueros negros se amoldaba a su trasero que, estaba segura, meneaba solo para mí. Llevaba unos pantalones tan estrechos como los de Viggo, pero tenía mucha más elegancia para quitárselos, cosa que comprobé cuando me la llevé a la cama de Viggo aquella noche.

Lauralynn era una amante entusiasta y generosa, y muy buena conversadora. Conocía bien Nueva York y se interesó por mi vida allí, la danza y los otros lugares en los que había estado. Casi sin darme cuenta, le conté la historia de mi vida de principio a fin, y solo excluí los detalles más íntimos de mi relación con Chey, que atesoraba como pepitas de oro, como sus piedras de ámbar, que siempre tenía cerca.

Lauralynn tenía algo de peligroso y *sexy*, su seguridad, su mirada impávida, la curva cruel de su boca cuando me llevaba de forma lenta e intensa al orgasmo. Me hacía pensar que tal vez

llevara una doble vida cuando no tocaba el violín como asesina a sueldo. Todos tenemos secretos. Imaginármela vestida como una mercenaria en una película de Hollywood, con un mono ajustado de mujer fatal que la cubriera de la cabeza a los pies interrumpió mis recuerdos de Chey. Me di la vuelta para verle la cara; después, llevé mi mano a su sexo, que volvía a estar caliente y húmedo, antes de recorrerle el cuerpo con los dedos y detenerme en los aretes de plata que llevaba en ambos pezones y se encargaban de que estuvieran permanentemente erectos.

Estábamos tendidas en la cama de Viggo en lugar de en la mía porque era mucho más grande. Cuando le conté a Lauralynn la peculiar naturaleza de nuestra relación, se echó a reír y propuso que nos envolviéramos en las sábanas como si fuéramos un regalo sorpresa.

Al final, Viggo pasó la noche fuera con los ejecutivos de la discográfica, y para cuando volvió a casa, Lauralynn ya se había marchado, con la vaga promesa de que me llamaría. Lo hizo antes de lo que ninguna de las dos esperaba.

—¿Luba?

—¿Sí? —contesté. Hacía solo un par de horas que se había ido, así que supuse que se habría dejado algo olvidado. Era demasiado pronto para una llamada romántica, incluso del pretendiente más pertinaz.

—Tengo que pedirte un favor.

—Dime...

Cuando Lauralynn me contó que se veía obligada a cambiar de casa porque acababa de averiguar que el gran amor de su compañero de piso, un escritor, iba a mudarse a su casa de Hampstead, supe que ella también era amiga de

Summer y Dominik, y que la situación era demasiado fortuita como para ignorarla. Además, Viggo pasaba mucho tiempo fuera, y yo ya estaba harta de pasearme a solas por la vieja mansión.

Esa misma tarde traje todas sus cosas.

Lauralynn se instaló como si nunca hubiera vivido en otro lugar, y, en pocos meses, la vida devino en una rutina agradable, aunque aburrida. Viggo pasaba muchos días, y, a menudo, también las noches, en el estudio de grabación al otro lado de la ciudad, trabajando duro en el nuevo disco. Yo no lograba ilusionarme con el proyecto. Lauralynn era mucho más entusiasta, y ayudó con algunas de las pistas de fondo con el chelo, además de organizar una sección de

cuerda. Los dos eran músicos, al fin y al cabo, y sus afinidades seguían creciendo.

Rápidamente me vi relegada a una tercera posición.

En la cama, por más que apreciara el vigor y la imaginación de Lauralynn, quedó patente muy pronto que nos parecíamos demasiado, y que yo no tenía ni pizca de sumisa. Iba contra mi naturaleza. Pero cuando Viggo se unió a nosotras, ella empezó a descubrir partes secretas de su sexualidad, para sorpresa de ambos.

Yo estaba contenta, pero no podía participar.

Sentía una intensa tristeza, y empecé a preguntarme lo que quería de la vida, consciente de todos los errores que había cometido. Viggo parecía sentir un afecto sincero por Lauralynn; descubrieron que tenían mucho en común, como la música o su modo especial de divertirse.

Summer se había reencontrado con Dominik, y me los imaginaba en su casa, a un par de kilómetros, haciendo el amor apasionadamente en perfecta armonía y felicidad. Y ahí estaba yo: una bailarina que ya no bailaba.

Una voz en mi cabeza me decía que había llegado el momento de hacer borrón y cuenta nueva, pero no tenía adónde ir, ni sabía lo que debería, o podía hacer. Lo único que sí sabía era lo que no quería volver a hacer. Nunca jamás.

Me había vuelto perezosa; siempre era la última en levantarme, y me hacía la dormida cuando Viggo o Lauralynn se levantaban, atesorando en secreto tener la cama para mí sola, donde podía estirarme a placer y dormitar unas horas más mientras ellos se dedicaban a sus cosas o copulaban en el cuarto de baño mientras yo fingía no enterarme.

Hasta que no oía el portazo de la puerta

principal y me aseguraba de estar sola en la casa no abría los ojos para enfrentarme al nuevo día. Bajaba a la cocina y tomaba un vaso de leche y algo para picar, junto con el fuerte café que Lauralynn siempre dejaba hecho. Y el día se me pasaba despacio: nadaba sin prisa en el riachuelo subterráneo de Viggo, pasaba horas leyendo en un sofá del salón. Hacía un uso generoso de la impresionante biblioteca de primeras ediciones de Viggo; leía sin parar. Siempre novelas. Si él supiera que me dedicaba a manosear sus preciados ejemplares sin guantes, se habría puesto furioso, pero los libros son para leer, ¿no? Encontré media docena de discos de melodías y bailes folklóricos rusos en la enorme colección de música de Viggo, y los escuchaba una y otra vez para hundirme en la melancolía eslava hasta que mi corazón coreaba la música y susurraba las palabras que le daban

consuelo.

En días como aquellos, por la tarde sentía la necesidad de salir a tomar el aire, así que a menudo me ponía un chándal heredado de Lauralynn para dar un enérgico paseo rodeando el Royal Free Hospital y la calle de tiendas cerca de la estación de tren.

A esa hora, los accesos al parque estaban llenos de niñeras y cochecitos y de niños pequeños que corrían y daban de comer a los patos mientras sus distraídas cuidadoras chismorreaban en una variedad de idiomas. Corredores de todas las edades jadeaban por los estrechos caminos que llevaban a los terrenos más recónditos del parque, más allá de los estanques y de la zona de baño al aire libre por la que yo no sentía ningún interés, puesto que sus aguas debían de estar tan frías como las de un arroyo ucraniano, además de tener un

desagradable color turbio. Normalmente doblaba a la izquierda y entraba en otro mundo.

Era inquietante cómo tras andar unos pocos metros por esa zona del parque uno casi podía dejar atrás la civilización para encontrarse en lo que parecía un bosque inmemorial, desolado y vacío, inmutable en el tiempo. Había rincones donde meditar, otros en los que sentirse en comunión con la naturaleza, aunque cuando paseaba por esas zonas más remotas sentía un leve zumbido en la boca del estómago indiscutiblemente sexual, como si algo sobrenatural me invitara a arrancarme la ropa y correr desnuda a través de la escasa vegetación, entre troncos caídos y caminos de tierra; abrirme de piernas y ofrecerme al dios Pan. Era algo irracional, lo sabía, y por eso nunca lo hice, pero estaba convencida de que había otra gente que había seguido aquellos mismos caminos y

experimentado la misma sensación. El mundo real parecía muy lejano, incluso el piar de los pájaros se había apagado. Podía perderme por esos senderos serpenteantes, y a menudo lo hacía, pero ese día me sentí atraída hacia otro lugar.

Anduve bajo el baldaquín de los árboles hasta la pequeña colina sobre la cual se alzaba un antiguo cenador de hierro forjado. Se había convertido en uno de mis rincones preferidos, y siempre me sorprendió que estuviera casi vacío. Emerger de la resguardada penumbra del bosque a la luminosidad repentina del claro era como aterrizar en otro planeta. Bañado por la luz, el verde glorioso de la hierba era como un lienzo en blanco. Había una pareja sentada en el césped en el otro extremo del campo disfrutando del sol de finales de otoño, pero el cenador estaba vacío, y me dirigí hacia él. El día antes

había empezado a leer una maltrecha copia de bolsillo de *El crack-up*, la colección de ensayos de Scott Fitzgerald que encontré en un mercadillo de segunda mano en la junta de distrito de Hampstead –nunca me habría atrevido a sacar fuera de casa uno de los libros de Viggo.

Tomé asiento en los escalones de piedra y abrí el libro por la página que había marcado cuando Viggo y Lauralynn se unieron a mí en el dormitorio la noche anterior, con la intención de incluirme en sus caprichos sexuales. Solo me quedaban cuarenta páginas para terminar y aún tenía un par de horas de luz, calculé.

–Ese no lo he leído. ¿Es una novela, o una de sus colecciones de relatos? –preguntó una voz a mi espalda.

Me quedé helada, y las palabras sobre el papel se volvieron borrosas. Esa voz. Me volví y

alcé la vista en dirección a la voz.

El sol me daba en los ojos, así que al principio solo distinguí una silueta. Una poderosa oleada de alivio, miedo, ira y aprensión me golpeó como un *tsunami* de sentimientos.

Chey.

Intenté controlar mis nervios. Mantener la cabeza fría.

Era un momento que hacía meses que imaginaba. Un sueño con el que fantaseaba, pero que nunca creí que se hiciera realidad. No así, no allí. No en esas circunstancias.

—¿Cómo me has encontrado? —exclamé, tal vez demasiado fuerte—. ¿Cómo...? ¿Me has seguido?

—Sí —confesó. Sus ojos se ensombrecieron al mirarme.

El alivio de tenerlo allí, de ver que estaba vivo y bien, se atenuó, y la ira me recorrió las

venas.

–Cabrón.

Chey no dijo nada.

–¿Desde cuándo? ¿Cuánto hace que sabes dónde estaba y no has venido a buscarme? –
continué.

–Te he estado vigilando desde que saliste de la casa de Viggo Franck –dijo él.

–¿Y cuánto hace que sabes que estoy en Londres?

–Vi una fotografía en una revista, estabais los dos en una actuación, creo. Así es como averigüé dónde estabas. Sé que tienes una nueva vida, que eres feliz, pero tenía que venir.

Estaba igual que siempre, atractivo como una fiera, pero acusaba un cierto cansancio, y su porte era de inseguridad. Llevaba unos vaqueros oscuros, una camiseta blanca ajustada y una chaqueta marrón de cuero echada sobre un

hombro. Sus botas se veían viejas.

Recuperé poco a poco la compostura mientras me calmaba. Como me negué a levantarme, él se sentó a mi lado y me quitó el libro de las manos para dejarlo sobre el escalón de piedra.

—Háblame —dijo.

—¿No deberías hablar tú? —repliqué.

La pareja que había visto antes en el césped se había ido, y estábamos solos en el claro. Una única nube tapaba el sol mientras las sombras se alargaban.

—Cuando descubrí dónde estabas, no me quedó otra elección —dijo Chey.

—¿Ah, no?

—Has dejado la danza, ¿verdad? —cambió de tema.

—La danza me ha dejado a mí —dije.

Lo miré a los ojos y la ternura que vi en ellos

me abrumó.

Mi resentimiento desaparecía por segundos. Pero mi mente estaba llena de preguntas. Sus desapariciones, la pistola, los regalos, Lev... Era demasiado. Necesitaba respuestas.

—¿Por qué? —le pregunté.

Él abrió la boca, y le puse un dedo en la boca para acallarle.

—La verdad, Chey. Solo quiero la verdad. Por favor, no me cuentes mentiras.

El contacto, demasiado breve, con la firme suavidad de aquellos labios me electrificó; los recuerdos de su forma de besar y de tenerme en sus brazos burbujearon en la superficie de mi memoria como viejas cicatrices que había logrado tapar, pero cuyo rastro había marcado la esencia de mi ser.

Al percibir mi reacción, acercó una mano a mi mejilla para apartarme un mechón de pelo.

–Es una larga historia...

–Tengo todo el tiempo del mundo.

Era un comerciante de ámbar, empezó a decir, y no era solo una fachada. Heredó de su abuelo un pequeño negocio, y la diversidad poco habitual de la resina, y su uso en joyería, incluso en medicamentos o como ingrediente de perfumería lo sedujo cuando era solo un adolescente. Durante el tiempo que pasamos juntos en Nueva York, me hablaba a menudo del ámbar, sus propiedades y su colorida historia, pero esta vez me contó algo distinto.

Por motivos geológicos, gran parte del ámbar de mejor calidad procedía de los países bálticos, y era un producto de exportación importante. Un día, las autoridades hicieron una redada en su almacén después de recibir un soplo según el cual uno de sus cargamentos se había utilizado para ocultar una gran cantidad de heroína desde

Kaliningrado, donde la mafia rusa era especialmente activa. Las cajas en las que se encontraban las piedras de ámbar que él había adquirido de forma legítima y envuelto personalmente en el origen, al parecer, habían sido manipuladas y sustituidas por contenedores con doble fondo en el que se habían escondido decenas de bolsitas de heroína, que después se habían ocultado con el ámbar.

Cuando lo interrogaron, Chey fue incapaz de demostrar su inocencia. Él no solo había organizado el empaquetado, sino también el papeleo, que contenía algunas irregularidades, pues había sido algo elástico al respecto de las cantidades de ámbar que de verdad importaba para evitar un sobrecargo de tasas de importación. Evidentemente, eso no le facilitó las cosas. Lo creyeran o no los agentes de aduanas americanos que llevaban el caso, se había

metido en un lío.

Le hicieron una proverbial oferta que no pudo rechazar, y accedió a colaborar con los agentes federales y continuar con su importación de ámbar mientras intentaba entrar en la organización de cuyos lazos con la mafia ahora estaba al corriente. Trabajaría como un agente doble de manera extraoficial.

Cuando me conoció, hacía años que se encontraba en esta situación, y ese era el motivo de sus frecuentes ausencias, sus contactos y modales sospechosos y la pistola que guardaba en su piso, aunque solo fuera como precaución por si se descubría su identidad. Vivía dos vidas diferentes, y no podía revelármelo sin ponerme en peligro.

—¿Por qué ahora? —quise saber.

—Las cosas salieron mal —admitió. Una operación tuvo un final catastrófico, y para salir

vivo tuvo que traicionar no solo a sus acólitos criminales, sino también a las autoridades federales, por lo que había tenido que huir de Nueva York y se había convertido en prófugo. No sabía qué hacer ni adónde ir. Se había ocultado en una cabaña junto a un lago en Illinois sin decírselo a nadie, y entonces encontró el recorte de periódico con la foto en la que salíamos Viggo y yo. Tenía unos documentos falsos que podía utilizar y vino a Londres. Eso era todo.

Lo primero que pensé es que éramos tal para cual, los dos con pasaportes e identidades falsos.

Y lo creí. Siempre había querido creerlo, pero él no había tenido el valor de contarme la verdad hasta ahora.

Le tomé la mano y se la estreché. Me moría por besarle, pero algo me hacía contenerme.

Aun así, el calor de su piel contra la mía me

encendió por dentro. Como si cogernos de la mano fuera una promesa de futuro.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No tengo ni idea.

Me miraba con admiración, como si yo llevara una ropa delicadísima en lugar del pantalón de chándal y la camiseta que me había puesto para pasear, y cualquier movimiento brusco pudiera romperla o arrugarla.

Todo volvía a ser como al principio. Y, esta vez, lo haríamos todo bien, y la ventaja de la experiencia y la alegría de nuestro reencuentro compensarían la nada idílica situación.

Las autoridades habían congelado sus cuentas bancarias, y sin modo alguno de acceder a ningún dinero más que el que llevaba en el

bolsillo, estaba alojado en una pensión de poca monta cerca de la estación de King's Cross. Me entristecía verlo allí al recordar la elegancia limpia y reluciente de su apartamento de Gansevoort Street. Pero cuando le sugerí que fuéramos a la habitación que yo ocupaba en la casa de Viggo y le expliqué que era poco probable que nadie nos interrumpiera, Chey dijo que no se sentiría cómodo.

Así que subimos, mareados de excitación, por la estrecha escalera de la pensión, con pausas ocasionales cuando Chey me empujaba contra una pared para robarme un beso o deslizar la mano bajo la goma de mi pantalón para recorrer el borde de mis bragas con un dedo y hacer que yo me estremeciera de placer.

Cuando por fin llegamos a su habitación, arrojó la chaqueta de cuero sobre una silla y se sentó en la cama. Su deseo era más que

evidente, se percibía incluso con los vaqueros puestos. Contuvo la respiración mientras yo me quitaba la ropa, me desabrochaba el sujetador y dejaba que mis bragas cayeran al suelo para apartarlas de una patada. Sin música, sin mecarme lentamente. Hacía años que me desnudaba ante los hombres por dinero, y para mí un *striptease* ya no tenía nada de sensual, y mucho menos de romántico.

—No sabes cuántas veces he imaginado que volvía a verte así —suspiró. Su voz era muy suave, como si hablara solo. Me acerqué a él y levantó la mano hacia mi rostro para acariciarme el mentón con suavidad. Me volví y le besé los nudillos mientras inspiraba la leve fragancia de su piel. Era un aroma indescriptible, pero familiar y profundamente reconfortante.

Durante las horas siguientes, ninguno de los dos pronunció más de media docena de

palabras. Había tanto que no nos habíamos dicho que el silencio parecía lo más apropiado.

Yo estaba desnuda. La habitación estaba desnuda, con solo un pequeño armario, una mesilla de noche, una cama con una colcha de felpilla azul marino y una mochila en un rincón donde probablemente guardaba todo lo que le quedaba en el mundo.

Sus ojos y sus dedos encontraron el tatuaje de la pistola junto a mi sexo.

Lo acarició con ternura, sin hacer preguntas. Y cuando apartó la mirada de la flor de Sig Sauer, como yo la llamaba, se puso de rodillas y la besó con la boca suavemente. Sus labios eran cálidos. Su lengua se deslizó por el tatuaje, a pocos centímetros de mi sexo, y yo quería gemir y suplicarle que se acercara más. Pero no lo hice. No quería interrumpir la ternura mágica de aquel momento, solo porque me pudiera el

deseo. Por la necesidad de él.

Sabía que él podía reconocerlo solo con oler mi excitación, mi humedad. Distraídamente, le pasé los dedos por su espeso cabello. Sin prisa, con calma, pero deliberadamente, como una señal para decirle que todo iba bien y que ya no teníamos que apresurarnos.

Ni nosotros, ni él.

El examen de Chey fue intenso y concienzudo. Yo me quedé perfectamente quieta a la sombra de su mirada mientras él reconocía mi sexo con todo el fervor de un explorador que acaba de descubrir un nuevo territorio. Nunca había tenido un público tan atento, ni siquiera en The Place.

Yo gocé bajo su mirada.

Abrí bien las piernas, a sabiendas de que esa era la imagen que más le gustaba, la visión más íntima de mí.

Sus dedos separaron mis pliegues con delicadeza. Su lengua me recorrió de arriba abajo. Con la yema del pulgar me acarició el clítoris con la suavidad de un pétalo de rosa.

A cada nueva sensación, el fuego de mi ardor crecía, desenrollándose desde mi interior y trepando por mi cuerpo como una serpiente hasta llegar a mi cerebro, y yo no sentía nada más que las sensaciones exquisitas que Chey dispensaba con maestría, como si durante los años que habíamos pasado separados no hubiera hecho otra cosa que memorizar todas las formas en las que me había proporcionado placer cuando estábamos juntos.

Se levantó cuan largo era y nos besamos de nuevo, sus labios salados con mis fluidos, y su lengua en busca de consuelo en el puerto de mi boca.

Deslicé las manos bajo su camiseta y se la

subí con dedos temblorosos para revelar el torso perfectamente musculado, acuciada por mi deseo insatisfecho.

Él se quitó la camiseta y se bajó los vaqueros después de desabrocharse el cinturón. Se quitó el calzoncillo para liberar su erección, era su turno de mostrarse desnudo ante mí: sus hombros poderosos, las dianas oscuras de sus pezones endurecidos en el paisaje esculpido de su pecho, las piernas largas y sólidas, y la línea recta de su miembro potente. Estaba increíblemente firme, y su erección se alzaba de entre la jungla de rizos de su vello púbico.

Lo miré a los ojos en busca de su aprobación.

Él asintió y yo me dejé caer de rodillas, tomé su miembro y me lo llevé a la boca.

Su aroma era natural, persistente, real. Quería saborearlo, experimentar esa sensación

tan íntima.

De forma increíble, su erección aumentó bajo la suavidad complaciente de mi lengua. Lo hice deslizarse hasta lo más profundo de mi garganta para que borrara la melancolía de su ausencia. Parecía una mujer poseída, como si estuviera recuperando los días, las noches y las semanas perdidas, como si el camino a su corazón pasara por la pulsión de su sexo. Al percibir la locura de mi deseo, Chey ralentizó sus movimientos dentro de mi boca mientras me acariciaba la cabeza, como para decirme que teníamos todo el tiempo del mundo. Allí y entonces me sentí liberada; deseaba que se corriera y me inundara la boca con su jugo, que me ahogara. Pero tenía razón, no había prisa.

Después de mucho tiempo sin hacer el amor con él quería disfrutar cada momento. Prolongarlo... Aflojé la presión de mis labios

sobre su miembro.

Por fin, cuando los dos llegamos a un nirvana de agotamiento, él dijo:

—Quiero correrme dentro de ti.

Y mi corazón explotó. Mi boca ávida soltó su pene y le dejé que me tumbara sobre la cama, ensanchara el ángulo de mis piernas y, como un ritual cuidadosamente ensayado, se inclinó ante mí.

Cuando me penetró, llegué rápidamente a esa orilla de la mente en la que el mundo entero desaparece, y yo existía solo a través de las sensaciones y no podía pensar en otra cosa que en la unión de nuestros cuerpos, en cómo todas las partes de mi vida me habían conducido hasta ese momento, mi sexo que pulsaba contra la dureza de su pene elevándonos hacia el clímax. Éramos uno, igual que lo fuimos antes. Estábamos hechos el uno para el otro. Cada

parte de nuestras almas y nuestros cuerpos encajaba como un rompecabezas. Aquello ya no era una danza de opuestos, éramos Chey y Luba, juntos de nuevo de la forma más íntima.

Empezó a moverse sobre mí, y su ritmo aumentó cuando respondí, embestida a embestida mientras sentía cada centímetro suyo avanzando más y más profundamente dentro de mí.

Era maravilloso.

Era muchísimo más que maravilloso.

Era aquello para lo que había nacido.

Y cuando me corrí, grité. Mi forma de hacer el amor nunca había sido particularmente ruidosa, pero el aullido que se alzó aquella noche sobre los techos industriales de King's Cross fue como el sonido de mi renacimiento, una afirmación vital.

En respuesta a la fuerza de mi excitación,

Chey se estremeció unos momentos después de mí, gritando mi nombre.

Al diablo con los vecinos, pensé, mientras los dos perdíamos el control a la vez. Me retorcí entre sus brazos como una salvaje; sentía el peso de su cuerpo como un ánora que me sujetaba y me apresaba.

Yo era sexo.

Yo era de Chey.

Pasamos toda la noche en esa habitación, y toda la mañana siguiente. Con el agua del grifo como único sustento.

Follamos, hicimos el amor y follamos de nuevo. Estábamos agotados, doloridos, locos, felices, teníamos una razón para vivir.

Y aunque el futuro nos esperaba pacientemente a la vuelta de la esquina, podía esperar.

Por ahora.

10

Bailando con la muerte

Lo primero que quería hacer era sacar a Chey de aquella pensión de King's Cross. No solo era un lugar inadecuado, sino que incluso me parecía humillante para él que yo lo viera alojado allí. Él defendía que el anonimato que le proporcionaba era lo mejor en sus circunstancias, pero pronto logré convencerlo de que trasladarse conmigo a la mansión de Viggo era una solución mucho mejor. Aunque la seguridad del edificio era mínima, el hecho de que Viggo fuera un personaje público ofrecía una cierta tranquilidad, puesto que quienquiera que estuviera detrás de

él no pensaría en la casa de Belsize Park como posible escondite. El lugar era lo suficientemente grande, y como Viggo y Lauralynn pasaban mucho tiempo en el estudio de grabación, la presencia de Chey no resultaría molesta ni inconveniente. Le expliqué la relación flexible que mantenía con mis amigos y ocasionales amantes, y él la aceptó con facilidad, con una ligera sonrisa, como si le divirtiera mi propensión a las relaciones poco convencionales.

Aceptó mi propuesta.

Esperó a que se hiciera de noche y pagó la mísera cuenta en efectivo. Pensaba que utilizar su tarjeta de crédito era peligroso, y me dijo que tenía suficiente dinero en metálico como para mantenerse algunos meses. Las autoridades federales estadounidenses se desentendieron de él cuando salió a la luz su condición de topo entre los rusos, y su participación en el asunto

desapareció de todos los registros. No solo no le ayudaron, sino que Chey albergaba la sospecha de que alguno de los oficiales involucrados en el caso tenía relación con los rusos y le había delatado. No podía esperar nada bueno de ellos.

Viggo y Lauralynn fueron muy comprensivos cuando les presenté a Chey. Les había hablado de él en una o dos ocasiones, y no pasaron por alto lo triste que me ponía cuando pensaba en él. Parecían alegrarse sinceramente por mí. Durante las últimas semanas, era evidente que nuestro trío hacía aguas, mientras que la relación entre ellos era cada vez más fuerte a pesar de la vehemente inclinación de Lauralynn por las mujeres. Me apreciaban lo suficiente como para alegrarse de que mi nuevo amante fuera también mi viejo amante. Incluso las personas liberales tienen su lado sentimental.

La nueva situación funcionaba. Pasó un mes

durante el cual nos acomodamos en nuestros nuevos papeles, y compartimos la casa mientras cada uno de nosotros mantenía su intimidad. Chey y Viggo se hicieron amigos cuando Viggo descubrió que Chey atesoraba un conocimiento enciclopédico sobre la música rock, algo que yo desconocía. Pasaban muchas tardes en un rincón del salón, donde reían, charlaban e intercambiaban listas de reproducción en sus iPod mientras Lauralynn y yo cocinábamos o chismorreábamos. Por primera vez en mucho tiempo, no sentí la necesidad de abrir un libro en semanas. Tenía otras cosas que hacer por la noche, como redescubrir a Chey, aprender a relajarme por completo en sus brazos y vivir en el momento; dejar que él guiara las emociones de mi corazón y de mi cuerpo, incluidos los múltiples orgasmos que ni siquiera sospechaba que era capaz de tener. Ahora no había sombras

en nuestra relación, veíamos lo bien que nos acoplábamos física y mentalmente. También los silencios que compartíamos a menudo, después de hacer el amor o durante el día, rebosaban trascendencia e intensidad.

Un día estábamos en la cama, saciados de caricias y sexo. Aun así, su mano seguía acariciando con delicadeza mi trasero desnudo; su tacto era ligero como una pluma, mientras esperábamos el seductor y reparador abrazo del sueño. De pronto vibró su teléfono móvil. Era la primera vez que recibía una llamada desde que vino conmigo a la casa de Viggo.

Los dos miramos a la mesilla de noche, sorprendidos por el zumbido insistente.

—¿Cuánta gente tiene este número? —le pregunté.

Su rostro se ensombreció.

—No mucha.

Agarró el teléfono con desconfianza y se lo llevó al oído.

Me llegó el sonido ahogado de una voz mientras Chey asentía con la cabeza, decía que sí y suspiraba. La conversación terminó de repente, con un escueto «Gracias» de Chey a su interlocutor distante.

Se volvió hacia mí.

—Era Lev —dijo.

—¿Lev?

—Trabajábamos juntos, a caballo entre los buenos y los malos, por decirlo de alguna manera. No es mal tío, aunque a veces sea un poco pesado —explicó—. Él aún sigue. No se ha descubierto su falsa identidad, aunque poco le faltó. Parece que saben que estoy en Londres...

—Maldita sea...

—Lo único que saben es que estoy en la ciudad. No conocen mi ubicación exacta.

Tenía miedo. Me sentía como si un cerco fuera a atraparnos y amenazara nuestra felicidad.

Era evidente que no podíamos quedarnos en casa de Viggo de forma indefinida. Había sido una solución temporal mientras tomábamos aire y pensábamos qué hacer. En cualquier caso, estar encerrado era cada vez más frustrante para Chey. Para aliviar su confinamiento, solo podía dar breves paseos por los caminos más solitarios de Hampstead Heath a primera hora de la mañana.

No solo tenía que escapar muy lejos, donde nadie lo conociera ni lo buscara, sino que también tenía que convencer a sus perseguidores de que ya no representaba un peligro para ellos. Por desgracia, no eran el tipo de personas con las que se pudiera negociar o tener una conversación razonable para aclararlo

todo. Eran hombres peligrosos.

Yo solo sabía una cosa: allá donde fuera, iría con él. Estaba decidida a que nada volviera a separarnos.

—Necesitarás una nueva identidad, documentos nuevos —dije—. Y eso solo para empezar.

—Eso no solo es caro y difícil, sino que hace falta tener los contactos adecuados para organizarlo bien. Se necesitan profesionales, no falsificadores aficionados. Y todos los tipos y organizaciones que conozco que se dedican a eso no me ayudarán si aparezco de pronto pidiéndoles un favor. Me delatarían —comentó.

Sin embargo, por desagradable que resultara, yo empezaba a vislumbrar una solución.

Saqué de mi bolso mi pasaporte alemán y el carné de identidad que había estado usando y se los tendí a Chey.

Él les echó un largo vistazo, y preguntó:

—¿Son tuyos? ¿Tienes documentos falsos?

—¿Parecen lo bastante auténticos?

Los sostuvo a contraluz y los observó con detalle.

—Parecen muy buenos, pero, por supuesto, no soy un experto. Pero sí, parecen auténticos — admitió.

—Puedo conseguir más.

—¿Cómo?

—Donde conseguí estos.

—¿Cuánto costaría?

—Solo nos costará el orgullo.

Y le confesé cómo la Red me había proporcionado mis documentos falsos, y el trabajo que había realizado para ellos.

Chey sabía que había estado con otros hombres desde que lo dejé. Había conocido a Viggo, por supuesto, pero pronto se dio cuenta

de que el cantante no fue más que un amigo con derecho a roce, que la nuestra no era una relación amorosa y, además, Viggo le caía bien, y no estaba celoso de que me hubiera acostado con él. Habría imaginado que había habido otros, ligues anónimos y consuelos para la soledad aquí y allá, pero nunca le había contado la historia de los bailarines y lo que hacíamos para la adinerada clientela.

—Si accedo a una última actuación, estoy segura de que me proporcionarán documentos para ti —dije.

Él agachó la cabeza.

—¿Crees que es la única manera? —susurró, aunque ya se temía la respuesta.

—Sí.

Me tomó entre sus brazos y me estrechó con fuerza.

—De acuerdo —dijo—. Pero deja que yo sea el

bailarín, deja que sea tu compañero esta vez. Puedes entrenarme, enseñarme.

Nos besamos.

—El cliente quedó encantado con tu actuación en Sitges —me comentó Madame Denoux—. Arde en deseos de volver a contratarte desde entonces. Tienes suerte.

—Me alegro —dije, aunque lo que realmente sentía era alivio. Temía que después de los meses que había abandonado la Red de forma voluntaria me hubieran olvidado y sustituido por otras bailarinas.

—Y cuando se enteró de que te ofrecías para una actuación de despedida para Fin de Año, tu canto de cisne, por llamarlo de alguna manera, celebró muchísimo poder organizarlo.

–¿Y está conforme con mis condiciones?

–Sí. Pago en efectivo, aunque habrá que restar nuestra comisión y el coste de los documentos que pides, por supuesto. Tú eliges el baile y a tu compañero, aunque el cliente, que es ruso, como seguro que adivinaste, uno de tus compatriotas...

–No exactamente. Yo soy de Ucrania.

–Oh... –Casi me parecía estar viéndola en su casa de Nueva Orleans fruncir el ceño.

La gente creía que éramos todos iguales. Aunque yo crecí hablando ruso y ucraniano gracias a mis padres, eran dos lenguas diferentes, y nuestra herencia cultural también era muy distinta. Pero a lo largo de los años me había cansado de corregir a los occidentales que cometían ese error constantemente.

–Bueno, es el cliente, o sea que la nacionalidad es lo de menos, ¿eh? Va a pagar, y

pagará bien. Le hemos dicho que el espectáculo será algo muy especial.

—Oh, sí —confirmé precipitadamente, aunque en aquellos momentos no tenía ni idea de lo que íbamos a bailar. Los tres números que realizaba con mis compañeros profesionales eran bastante elaborados, fruto de un entrenamiento considerable, y no creía poder enseñar a Chey todos los pasos, además de las sutilezas de cada movimiento—. ¿Y alguien de la Red se encontrará conmigo a la llegada para darme los documentos que pedimos?

—Eso es. ¿Pero por qué quieres los papeles ahí mismo? Te los podríamos mandar a Londres por mensajero...

—Tengo mis razones —dije por toda respuesta.

—Luego, por supuesto, el cliente ha accedido a la fecha que especificaste, Nochevieja, aunque has avisado con muy poca antelación. Tus

condiciones han complicado un poco la negociación. Por suerte, tiene una casa en Dublín, así que, como pediste, todo tendrá lugar en el archipiélago británico.

Eso era algo en lo que Chey había insistido, para evitar pasar por demasiados aeropuertos y autoridades con su pasaporte actual.

Nunca había estado en Dublín. Chey, tampoco. Pero habíamos logrado nuestro primer objetivo de conseguir papeles nuevos. Los míos no habían levantado sospechas durante varios años viajando por el mundo, así que me parecía seguro utilizarlos una vez más.

El único problema era la segunda mitad del plan. ¿Adónde huir, y cómo desaparecer y escapar de las garras de los que perseguían a Chey?

Teníamos una semana para pensar en un milagro. Y no se nos ocurría nada.

—Creo que tendremos que confiar en la generosidad de los extraños —dijo Chey—. Necesitamos ayuda. No podemos apañarnos las solos.

—¿Quién? —pregunté. Pensé brevemente en Dominik, y recordé, como lo hacía a menudo, lo atraída que me había sentido por él en ausencia de Chey, y la forma descarada en que había tratado de seducirlo en Barcelona. Él era escritor, tal vez se le ocurriría algo, pero entonces recordé rápidamente el poderoso componente autobiográfico de su novela. Otro hombre creativo que no se fiaba únicamente de su imaginación... Igual que Viggo.

Chey se limitó a suspirar.

Oí el portazo de la puerta principal de la mansión, y Viggo y Lauralynn entraron en el gran salón donde nos reuníamos a menudo para tomar una copa por la noche. Habían pasado la

tarde terminando la sonorización en el estudio. Después de saludarnos, Lauralynn se excusó y fue a su habitación, agotada por el extenuante proceso de grabación.

Viggo se sirvió una copa de bourbon y se arrellanó en su sillón de cuero habitual. Él también parecía cansado, nada que ver con la imagen del dios del rock sobre el escenario y en las fotografías de los *paparazzi*.

—¿Qué hay, tortolitos? —preguntó.

Miré a Chey, en busca de su aprobación silenciosa para contarle a Viggo nuestra complicada situación. Lo único que sabía era que Chey estaba metido en problemas, pero no habíamos revelado los detalles, y él tampoco los había pedido. La verdad es que parecía bastante emocionado con la idea de esconder a un fugitivo, pero debía de suponerse que Chey huía de sus acreedores, y no de narcotraficantes

peligrosos con conexiones con la mafia.

–Estamos con el agua al cuello –dijo Chey.

Viggo enarcó una ceja.

–Cuéntame, colega.

Viggo escuchó la historia de Chey con atención, asintiendo ocasionalmente y rellenándose el vaso. Bebía el bourbon solo, sin hielo.

–¡Guau! –exclamó finalmente, cuando Chey concluyó su historia.

–Sí, ¡guau! –lo imité, algo irritada por su cara boquiabierta y su expresión divertida.

–Así que, si lo he entendido bien, ¿tenéis medios para abandonar el país con un destino desconocido, pero sin un subterfugio para que dejen de perseguirte, no servirá de nada?

–Es una forma de decirlo.

Viggo soltó una risita.

–Chicos, lo que necesitáis es... magia.

–¿Magia?

–Sí. Magia.

–No lo entiendo –dije. Chey permaneció en silencio, mirando a Viggo y su cara sonriente con poca convicción.

Viggo cruzó las piernas, dejó su vaso vacío y empezó a gesticular como un maníaco.

–Tenemos que haceros desaparecer. ¡Es así de fácil!

–¿Y cómo harías eso?

–Teatro, amigos míos. Teatro. Y yo de eso entiendo algo. ¿Os he contado alguna vez que me encantaba Alice Cooper cuando era adolescente? Todos aquellos trucos escénicos, el artificio...

–Viggo, ¿puedes hablar en cristiano? –preguntó Chey.

Viggo se alzó del sillón triunfalmente.

–Colega, déjame a mí. Déjame que lo

piense, que lo consulte con la almohada, quizá que lo hable con Lauralynn, pero creo que es una idea brillante, de verdad, y mañana por la mañana, *presto!*, os daré la solución para escapar.

Yo estaba completamente desconcertada, incluso pensé que quizá había bebido demasiado bourbon, pero enseguida recordé que nunca había visto a Viggo borracho. A pesar de su delgadez, tenía la constitución de un caballo.

Me guiñó un ojo pícaro al salir de la habitación.

A la mañana siguiente, el humor de Viggo seguía igual de jovial e irritante.

Lo observé hacer cabriolas por la cocina en ropa interior con su sempiterna sonrisa hasta que

no pude aguantarlo más. Tenía una sartén con beicon que se freía en el fuego, y manejaba la máquina de gofres con la eficiencia de un robot en una línea de montaje hasta que la pila de gofres que formó, al estilo torre de Pisa, amenazaba con derrumbarse sobre el suelo de la cocina en cualquier momento.

La encimera no se veía, cubierta por cazuelas y sartenes de todas las formas y tamaños en precario equilibrio que Viggo había apilado descuidadamente mientras buscaba la plancha; todas estaban salpicadas de harina y azúcar.

Se detuvo en su loca danza culinaria durante un breve instante para servir un café de la máquina de filtro y ponérmelo delante con la reverencia con la que uno ofrecería un sacrificio a un dios furioso.

–Bien –dije despacio, algo apaciguada por la

aparición de la bebida caliente—. ¿Vas a comunicarnos este plan genial tuyo en un futuro cercano?

—Paciencia, querida mía —dijo mientras blandía una espátula en el aire con una floritura teatral—. Tenemos que esperar a que lleguen los demás.

¿Los demás? El corazón me dio un vuelco. ¿Con cuánta gente había hablado Viggo?

Chey seguía en la ducha, donde lo había dejado. El temor por tener que volver a ser un fugitivo le había hecho apreciar aún más los placeres terrenales, y había empezado a asearse con la meticulosidad lánguida que yo reservaba para la piscina del sótano. Y, con poco más que hacer, pasaba horas cada día haciendo ejercicio en el completo y bastante poco aprovechado gimnasio de Viggo. Exceptuando una pequeña parte de su arrogancia inicial, volvía casi a ser el

Chey que yo conocí en Nueva York.

Llamaron a la puerta.

—Hola, queridos míos —exclamó Viggo mientras hacía pasar a los recién llegados, con la espátula aún en el aire como si fuera una batuta.

Dominik y Summer habían llegado, y parecían tan confusos como yo. Dominik observó el estado de semidesnudez de Viggo y enarcó una ceja. Summer no pareció ni darse cuenta.

Llevaba la funda del violín bajo el brazo como de costumbre. Su cabello suelto flotaba alrededor de sus hombros, y un manto de rizos diminutos se alzaba desde su cráneo como un halo, como si la hubiera sorprendido un vendaval o necesitara con urgencia un nuevo acondicionador para el pelo. En mis breves interacciones con Dominik creí haber aprendido que prefería que sus mujeres fueran naturales,

sin artificio, y me divertía observar el cambio que se había obrado en Summer desde que volvió con él. Ya casi nunca la veía con pintalabios.

Lauralynn fue la siguiente en aparecer. Su ropa era tan escueta como la de Viggo; solo llevaba una camisa de hombre abrochada que apenas le cubría las nalgas.

—¿Es que estáis haciendo la colada? — preguntó Dominik con sequedad cuando Lauralynn se le acercó para darle un beso efusivo en la mejilla.

—Un regalo mañanero —replicó ella—. Sé cuánto te gustan las mujeres vestidas de hombre.

Dominik resopló. Aun después de todo ese tiempo, su relación con Summer me parecía fascinante. Ella no parecía en absoluto molesta por ver a su amiga flirtear con su novio, y yo

estaba segura de que Lauralynn jamás se atrevería a tomarle el pelo a Chey de esa manera delante de mí.

Lauralynn asumió el mando en la cocina y mandó a Viggo a vestirse.

—¿Tienes idea de lo que pasa, Lu? —me preguntó Summer mientras servía café para ella y Dominik y se sentaba en un taburete a mi lado. Me llegó un ligero aliento de su perfume, almizclado y dulce.

—¿No os lo ha contado?

—No nos ha dicho ni una palabra. Llamó antes de que amaneciera para invitarnos a desayunar. El *brunch* es mucho más sociable —suspiró. A Summer le gustaba dormir hasta tarde casi tanto como a mí, quizá una costumbre que ambas habíamos adquirido en nuestros años de trabajos irregulares.

Dominik se quedó de pie detrás de ella y

empezó a recorrerle el pelo con las manos. No era de extrañar que lo llevara tan rebelde, si aquella era su manera de peinarse. Ella se recostó contra él y ronroneó.

Viggo apareció unos instantes después, ya vestido, aunque la verdad es que los vaqueros y la vieja camiseta raída no suponían una gran mejoría. Chey llegó en silencio unos pasos por detrás. Su expresión era triste y desolada, e hizo crecer mi empeño por encontrar una solución.

—Muy bien, niños —anunció Viggo mientras se frotaba las manos. Era evidente que estaba disfrutando, y si su plan resultaba ser un desastre, decidí que le tiraría mi taza de café frío a la cabeza para borrarle esa sonrisa de la cara—. ¿Habéis visto *Romeo y Julieta*?

—¿La versión de Baz Luhrmann? —preguntó Summer.

—Eso es irrelevante, querida mía. Permitidme

que os explique.

Nos miró a Chey y a mí, como si nos pidiera permiso para continuar.

—Por el amor de Dios —murmuré—, suéltalo ya. Por favor...

La sonrisa de Viggo se ensanchó.

—Vais a fingir vuestra propia muerte. Y nosotros os ayudaremos.

Lauralynn parecía tan complacida como Viggo. Estaban los dos chalados. Summer y Dominik se quedaron aún más impactados que nosotros.

—¿Nos hemos perdido algo? —inquirió Dominik.

—Nuestros amigos están en fuga, colega. Quizá sea más seguro que no conozcas todos los detalles. Por si acaso, ya sabes. Si todo sale mal y nos interrogan, es mejor que no tengas nada que contarles.

–Bien –replicó Dominik.

–Luba ha creado la oportunidad perfecta para crear una distracción –prosiguió Viggo–. Un último baile en Dublín. No hay mentira que no pueda contarse sobre un escenario, si se hace bien. Especialmente si se cuenta con una mujer desnuda. O dos. –Lanzó una mirada interrogativa a Summer, que se encogió de hombros como diciendo que desnudarse sobre un escenario era un asunto demasiado trivial como para detenerse a comentarlo–. Nos vamos a finales de esta semana –continuó Viggo–. ¿Os apuntáis?

–Parece una locura, pero, por ti, Viggo, ¿cómo vamos a negarnos? –dijo Summer.

–Estupendo. Porque voy a necesitar tu violín.

Noté cómo ella apretaba imperceptiblemente el agarre sobre la funda de su precioso Bailly, pero no protestó.

La conversación giró hacia el tema del desayuno como acto social, y no se dijo nada más sobre el asunto. Si Viggo dio más detalles a los demás en nuestra ausencia sobre el papel que desempeñaría cada uno, no los compartió con Chey ni conmigo.

—No tenemos otra elección, cariño. Tenemos que confiar en él —me dijo Chey cuando, ya solos, yo aireé mi frustración y ansiedad.

Tenía razón, pero eso no hacía que la situación me gustara más. Nuestra vida, y ahora también nuestra muerte, estaba en manos de Viggo, y no había nada que pudiéramos hacer al respecto.

Unos días más tarde, nos pusimos camino de Dublín.

La Red nos había reservado una habitación palaciega en el Gresham Hotel, en el extremo superior de O'Connell Street. Summer se las había apañado para alojarse en el mismo hotel, aunque organizó su reserva por separado, mientras Dominik se quedaba en un *bed and breakfast* más pequeño cercano al Trinity College, al otro lado del río. Chey y yo llevamos muy poco equipaje, a sabiendas de que no saldríamos del hotel como huéspedes normales. Iríamos solo con lo puesto, y la maleta que habíamos guardado en una taquilla de la estación de tren de Heuston al poco de llegar a la capital irlandesa.

Dominik se había adelantado. Había ido a Dublin solo y, exceptuando una breve llamada telefónica a Summer para comprobar que todo iba según lo previsto, no se había puesto en

contacto con nosotros ni lo habíamos visto desde nuestra llegada. Con Viggo, que había sido un apreciado cliente de la Red, como padrino, iba a convertirse en un miembro legítimo del público, y esperábamos que no levantara sospechas. En Londres, antes de que nos fuéramos, Summer bromeó que habían tenido que salir a comprarle un esmoquin especialmente para la ocasión.

No teníamos ni idea de dónde se encontraban Viggo y Lauralynn, pero supusimos que ya estaban en la ciudad y en sus puestos. Viggo aún no había explicado todos los detalles de su plan, ya que quería mantener un cierto elemento de sorpresa. Mi única reserva era que su entusiasmo por la teatralidad y su perverso sentido del humor fueran excesivos y poco convincentes. Pero ya estábamos en sus manos y era tarde para echarse atrás.

Yo quería ir en taxi al local de la actuación,

pero Chey y Summer estaban nerviosos, y sugirieron recorrer a pie la breve distancia que había desde el Gresham hasta el barrio de Temple Bar, al otro lado del río Liffey, para aclararnos las ideas.

Las celebraciones de Nochevieja estaban en pleno apogeo, y grupos de jóvenes borrachos recorrían O'Connell Street en todas direcciones. Temple Bar y sus muchos bares y restaurantes absorbían parte de la multitud, y los seguimos mientras se acercaba la medianoche. Miré a Chey y a Summer, que caminaban a mi lado. Ambos parecían preocupados, y me di cuenta de que, de entre toda la gente que se dirigía al corazón de la fiesta, debíamos de ser los únicos con cara de circunstancias. No solo no estábamos allí para celebrar el cambio de año, sino que no habíamos bebido ni una gota antes de nuestra actuación por miedo a estropear el

disparatado plan de Viggo.

Cuanto más nos acercábamos al lugar, más convencida estaba de que aquello sería un desastre total. Y no solo acabaríamos humillados y acribillados a tomatazos, sino que Chey podría acabar muerto, puesto que ninguno de nosotros dudaba que el oligarca que nos había contratado debía de tener contactos con la clandestinidad, por donde, de bien seguro, circulaban el nombre y la fotografía de Chey.

El lugar estaba en pleno corazón de Temple Bar. Tenía un bullicioso restaurante en la planta baja frente al cual una larga cola de gente mantenía la esperanza de que hubieran cancelado reservas a última hora. A la izquierda de la entrada principal del restaurante, en una puerta cerrada colgaba un cartel con la información de los actos que había en los diversos salones. Todo el piso superior se había

reservado para una fiesta privada. La nuestra.

Llamé a la puerta y me abrieron de inmediato.

El guardia de seguridad que nos recibió tachó nuestros nombres de la lista de invitados. Era corpulento, como una pila de ladrillos, y parecía incómodo dentro de su esmoquin de mala calidad. Su cabeza rapada reflejaba la luz de una bombilla solitaria que iluminaba la estrecha entrada y el largo pasillo que conducía a unas escaleras de madera. Aunque permaneció en silencio y nos indicó el camino con un gesto de la cabeza, supe que ese hombre era ruso. Nuestro anfitrión debía de tener su propia protección a tiempo completo, y no parecía fiarse de los servicios de seguridad locales.

Cuando pasamos junto a él de camino a la escalera, sentí sus ojos clavados en mi espalda. O tal vez fuera la melena llameante de rizos

rojos de Summer lo que llamaba su atención. Las rubias somos bastante comunes en Rusia, pero las pelirrojas escasean algo más.

Me di cuenta de que nuestros nombres se encontraban en una hoja separada de su lista. Solo nosotros tres. El espectáculo.

Avanzamos hacia la escalera y oímos otro timbrazo. Me di la vuelta para ver cómo el gigante de seguridad franqueaba el paso a una pareja de mediana edad ataviados de forma ostentosa y tachaba sus nombres de la lista. Invitados.

En el tercer y último piso nos recibió una joven irlandesa de pelo negro ataviada con un vestido de época con miriñaque. Era un disfraz incongruente, pero iba bien con su complexión pálida y sus ojos verdes.

—Seré vuestra azafata esta noche. Bienvenidos —dijo.

—Somos los artistas —señaló Summer.

—Oh, ya lo sé, señorita Zahova. Es un honor que actúe para nosotros. Soy una gran admiradora suya, por cierto. Me puse contentísima cuando Oleg me contó que usted participaría. —La joven nos miró a Chey y a mí—. Es maravilloso que toque para sus amigos. Una auténtica sorpresa.

Summer forzó una sonrisa.

—¿Dónde podemos cambiarnos y prepararnos? —le dijo a la azafata. Me pregunté brevemente si aquella chica era una empleada del oligarca o si solo la habían contratado para esa noche. ¿Estaba al corriente de la verdadera naturaleza de la actuación que íbamos a hacer?

—Por aquí. —Nos condujo a una amplia habitación vacía donde se guardaban montones de mesas y sillas apiladas en un rincón. En el centro habían instalado un espejo grande y una

tabla sobre caballetes para nosotros.

»No es lo ideal –se excusó la mujer–. Es que fue muy difícil encontrar un local adecuado con tan poca antelación.

–No pasa nada –dije yo.

–Bien –repuso ella–. Los dejo que se preparen. Volveré en un rato con el sobre, según lo acordado. Ustedes saldrán a y cuarto, ¿verdad?

Respiré aliviada cuando se fue, con sus tacones de una altura imposible repiqueteando sobre el suelo de madera de esa sala de banquetes que se había convertido en nuestro camerino.

Nos miramos.

La ropa con la que Chey y yo saldríamos a escena era sencilla y funcional. Para mí, una camisola de seda blanca semitransparente que me llegaba a los tobillos. Bailaría descalza. Para

Chey, encontramos unos pantalones de torero negros muy estrechos, y una ancha camisa blanca de mangas globo que al principio se había negado a ponerse; al final se rindió ante la ausencia de alternativas.

Summer se quitó los vaqueros. Iba sin ropa interior y el fuego de su vello púbico quedó al descubierto. Miré a Chey mientras la contemplaba. A pesar de la tensión del momento, percibí que apreciaba su belleza salvaje. Yo la conocí en Nueva Orleans, donde había disfrutado de su exuberante desnudez, y sabía lo mucho que a ella le gustaba exhibirse, pero sería la primera vez que la vería tocar desnuda. Había accedido a hacerlo para acompañar nuestra peculiar danza. Fue idea de Viggo. La distracción perfecta, dijo. La verdad era que no me sorprendía que Dominik estuviera conforme. El trasfondo y las singularidades

eróticas de su relación no dejaban de fascinarme.

Cuando estuvo completamente desnuda, Summer se alzó ante nosotros con orgullo, con una expresión triunfal. Se inclinó y sacó el violín de su maltrecho estuche.

Contuve la respiración con asombro.

En ese momento regresó la joven azafata, pero no mostró la más mínima sorpresa ante el espectáculo de Summer desnuda enarbolando su instrumento.

Nos tendió unos gruesos sobres, cuyo recibo acusamos con una firma.

—Vuestros honorarios, tal y como se pactaron—dijo mientras nos daba a Summer y a mí dos sobres distintos. Summer había negociado que le pagaran por separado.

Luego me tendió un sobre más grande. Estaba bien cerrado.

–De tus jefes –añadió.

La nueva documentación de Chey. Un pasaporte y un carné de identidad, aunque aún no sabíamos qué nombre tendría que asumir de ahora en adelante. Tampoco si tendríamos ocasión de usar esos documentos.

Chey contempló su reloj con nerviosismo mientras yo le pasaba nuestros sobres a Summer, que los guardó en el estuche de su violín junto al suyo, tal y como habíamos acordado.

El ruido de los fuegos artificiales y los gritos de la gente en la calle llegaba desde fuera anunciando que había dado comienzo el nuevo año.

Solo quedaban unos minutos antes de nuestra danza mortal. Chey pidió un chupito de tequila para cada uno; nos ayudaría a calmar los nervios antes de salir a escena. Bebí el mío de un trago,

y tosí cuando el líquido amargo me quemó la garganta. Se había olvidado de traer sal y limón, y ya no había tiempo. Envalentonados por el alcohol, los tres esperamos, vestidos y desvestidos según correspondía, para el siguiente episodio del descabellado plan de Viggo.

MI corazón se calmó cuando empezó a sonar la música.

Mi vida, tal y como la conocía, estaba a punto de cambiar de manera irrevocable, pero durante los siguientes diez minutos, mi corazón y mis pies estarían ocupados en la actividad que más me gustaba. Bailar. Con Chey.

Y, al menos, si moría esa noche, lo haría en los brazos del hombre al que amaba.

Enseñar a Chey a bailar en menos de una

semana no había sido fácil, pero lo conseguimos. Apartamos todas las máquinas del gimnasio de Viggo y nos adueñamos del espacio, de paredes cubiertas de espejos y relucientes suelos de madera. Era un estudio de danza mucho más bonito que cualquiera en el que yo hubiera bailado de niña; no dejaba de decírselo a Chey.

Por suerte, resultó ser un alumno aventajado, tal vez gracias a sus años de entrenamiento en artes marciales. La coreografía que ideé no tenía movimientos de lucha, pero la elegancia atlética de Chey, su equilibrio y disciplina le hacían mucho mejor que la mayoría de principiantes.

En el momento en que aparecimos en el centro del potente foco en el escenario provisional que se había levantado para la ocasión, percibí un murmullo de susurros entre el público, muchos de ellos marcados por un fuerte

acento ruso. Sabía que esa reacción inicial no se debía solo a mí; yo estaba completamente vestida, aunque de forma sugerente. No, la cara de Chey... Su fotografía debía de llevar tiempo rondando por los ambientes de la mafia rusa. Seguramente que varios hombres del público lo habían reconocido, o estaban conectados a Internet desde sus teléfonos para cerciorarse de que se trataba del famoso fugitivo.

No teníamos otra elección que ignorarlos y empezar nuestra actuación. La suerte estaba echada. Lo bueno era que bailábamos juntos. Estábamos tan familiarizados con el cuerpo del otro que, al bailar, prácticamente nos fundíamos en uno. Respondía a Chey sin pensar ni dudar, era tan natural como respirar. Cuando aplicaba una presión mínima sobre mi espalda para dirigirme, lo seguía flotando, como si hubiéramos ensayado durante años, y no días.

Las notas que brotaban del instrumento de Summer eran profundas y quejumbrosas. Había elegido tocar una versión para violín de «Gloomy Sunday», la sombría canción de origen húngaro que, se decía, había sido la banda sonora de innumerables suicidios. A mí siempre me había parecido un poco deprimente, pero a Viggo le había entusiasmado la idea, y pensó que tal vez el público creería que nuestras «muertes» al término de la canción no eran más que una parte, predecible y poco imaginativa del espectáculo. Por eso esperarían un poco antes de abalanzarse sobre nosotros para ayudarnos o llamar a la Policía. Asumirían que todo era un subterfugio y querrían parecer inteligentes y reconocer el truco, en lugar de pasar por inocentes que habían caído en la trampa.

Bailábamos sincronizados con la música. Era una danza lenta, una danza triste, una danza de

amantes. Estábamos enredados el uno en el otro, trenzados como dos hilos de la misma cuerda. Yo representaba el papel de la mujer digna de lástima, en lo más profundo de su agonía. Él era un hombre fuerte que transportaba mi cuerpo inerte, dando vueltas por el escenario para que todos pudieran ver mi desesperación. No era algo difícil de fingir, con aquella música funesta que reverberaba por el escenario como un canto funerario y el miedo que se había adueñado de mí por si algún fallo en el plan de Viggo salía a la luz en cualquier momento y apartaban a Chey de mi lado para encarcelarlo o, peor aún, matarlo.

Más allá del sonido de la música, un silencio inquietante se apoderó del público. Tal vez fuera la adrenalina que me afinaba el oído, o tal vez el efecto teatral de la melodía conmovedora de Summer que sonaba en directo en lugar de la grabación que yo usaba habitualmente, pero los

susurros de asombro a los que estaba acostumbrada, el chasquido de una silla cuando un espectador se inclinaba hacia delante para ver mejor, estaban misteriosamente ausentes en la actuación de esa noche. El silencio entre el público era absoluto.

Todos mis sentidos estaban acelerados.

Viggo me había repetido una y otra vez la importancia de parecer normal, de comportarme exactamente tal y como lo haría en cualquier otra actuación. Sabía que el oligarca que nos había contratado me había visto actuar en Sitges, aunque con otro compañero. Esperaba que la presencia sorpresa de Chey no hiciera saltar ninguna alarma. Me costaba mucho esfuerzo relajarme y sostenerle la mirada a Chey como lo haría normalmente en lugar de buscar entre el público señales de peligro.

Summer frotó las cuerdas con el arco para

producir un sonido tan íntimo y hermoso que no pude contener las lágrimas, que empezaron a resbalar por mis mejillas. Las emociones se habían apoderado de mí a medida que crecía mi miedo por lo que podría suceder al final de la noche. Summer se encontraba bajo un foco, y cada vez que girábamos hacia ella la veía con el rabillo del ojo, el instrumento bajo la barbilla, exhibiendo con orgullo sus senos y su sexo. Estaba descalza igual que yo, y parecía sólida como un roble, implacable y disciplinada, como si no hubiera fuerza en el mundo capaz de moverla. La mujer imperiosa que tocaba frente a ese público estaba a un mundo de distancia de la chica cohibida a la que vi bailar en Nueva Orleans.

Chey me apartó de él, mi señal para desvestirme y revelar mi desnudez. Eso también había sido otra de las sugerencias de Viggo. La

visión de mi cuerpo desnudo distraería al público, si es que el de Summer no les había hecho ya olvidarse de Chey. Viggo también opinaba que, desnuda, yo parecería más vulnerable, y por ende, menos susceptible de estar involucrada en un engaño.

Usar la miel como cebo era una artimaña de manual, admití, pero, según Viggo, los hombres debían de tener memoria de pez, especialmente cuando se topaban con una mujer desnuda.

El deseo, dijo, empaña los sentidos, incluyendo el sentido común.

Desnudar a Chey presentaba algo más de dificultad. Me negué en redondo a ponerle unos pantalones con velcro, que no le harían diferenciarse en nada de un bailarín de *striptease* en una despedida de soltera. Y no podía simplemente desabrocharse los pantalones de torero y seguir bailando con ellos por las

rodillas. Pero no encontramos ninguna forma de que se quitara los pantalones y la camisa sin que hiciera el ridículo.

Así que yo me quedé sola por un momento bajo la luz abrasadora del foco, girando al ritmo de la música, mientras Chey se desnudaba bajo el manto de la oscuridad a un lado del escenario improvisado. Era mi oportunidad para asegurarme de que los ojos de todos los espectadores estaban puestos en mí, y Chey quedaba relegado al olvido, así que bailé como nunca lo había hecho, curvando mis brazos y piernas en todas las posturas complejas y eróticas que se me ocurrían.

Viggo, de eso estaba segura, debía de haber infiltrado a miembros de confianza de su equipo técnico, eso explicaría por qué la luz se suavizó de forma inexplicable durante unos instantes para permitirme ver al público, más allá de la

penumbra del foco que me envolvía.

Apenas reconocía las caras por detrás de las primeras filas, pero estaba segura de que podía entrever movimiento. Figuras encogidas que se reunían para susurrar. Las pantallas de teléfonos móviles que se iluminaban para hacer una llamada. Rápidos pasos lejanos que recorrían un pasillo. La azafata que correteaba de acá para allá, y sus tacones de aguja que marcaban un ritmo acelerado sobre las baldosas del suelo.

Los rusos habían descubierto nuestro plan, estaba segura. Cada sonido apagado y cada murmullo de agitación me golpeaban como un látigo. Empezaba a sentirme extraña, como si mis extremidades no quisieran responder a mis órdenes y tuviera la cabeza llena de agua. Los efectos de la conmoción, pensé, tal vez la adrenalina. Me obligué a seguir moviéndome aun cuando la sala se inclinó ante mis ojos. Un grito

amenazaba con salir de mi garganta, pero me lo tragué y continué meneándome como si mi vida dependiera de aquellos movimientos, porque esa noche mi vida dependía de ellos, y también la de Chey.

Chey regresó bajo el foco de luz, que había recuperado la intensidad y brillaba con la fuerza del sol del desierto. Estaba completamente desnudo, era hermoso. Sus músculos abdominales recorrían la parte baja del torso en forma de «V» hasta encontrarse en su pelvis. Tenía el miembro erguido, y apuntaba directamente a mi sexo como una flecha. No se había recortado el vello púbico, negro y lustroso, que enmarcaba su pene perfectamente. En ese momento olvidé lo que estábamos haciendo y me dejé caer de rodillas dispuesta a adorarlo. Rodeé su miembro con mis labios con una reverencia casi sagrada.

Eso no formaba parte del plan. Me había salido de la estricta coreografía y el riguroso plan de Viggo para satisfacer mi propio deseo, porque no quería otra cosa que sentir la piel sedosa de su pene contra mi lengua.

Chey se agachó y me agarró la barbilla. Apretó sus labios contra los míos.

Ni siquiera me di cuenta cuando alzó la pistola hasta mi frente y apretó el gatillo.

—Lo siento, Luba. Tiene que ser así—susurró con ternura, en una voz tierna que solo yo debía oír.

Summer gritó.

Mi mundo se oscureció.

Caí al suelo, apenas consciente del balbuceo de sonido a mi alrededor, y el pesado estallido de otro disparo. Un golpe. Otro grito. La voz de un hombre entre el público que gritaba:

—¡Soy médico! ¡Soy médico!

Me di cuenta de que era Dominik. El repiqueteo de tacones. La voz de la azafata me llegaba como si estuviera en un túnel.

—Luba, Luba, Luba... —Y después—: Está muerta. Dios mío, está muerta de verdad.

La mano de un extraño que se cerraba alrededor de mi cuello.

—No le encuentro el pulso —dijo alguien.

—Hay mucha sangre.

No se había abierto una trampilla bajo nuestros pies como yo imaginaba. Los hombres de Viggo no habían venido a rescatarnos.

¿Y dónde estaba Chey?

—Por este no puede hacerse nada.

—Se ha pegado un tiro en toda la cabeza.

—Y a ella le ha pegado otro.

Oía murmullos en ruso. Las palabras flotaban a mi alrededor como colibríes, silenciosas, rápidas, imposibles de atrapar. Intenté moverme,

pero mis extremidades no respondían.

«Lubov Shevshenko, Luba Shevshenko, mi amor, mi vida, mi bailarina privada.»

Oía el sonido del viento que silbaba en mis oídos, al mismo tiempo que un remolino de imágenes y pensamientos inundaba mi mente. No importaba cuánto tratara de concentrarme en lo que me rodeaba en busca de una vía de escape; era incapaz de discernir la realidad del sueño.

Las sirenas se abalanzaron sobre nosotros como el graznido de las urracas. El ruido me llegaba como si me encontrara en la entrada de una cueva y se escuchara un eco. Más repiqueteo de tacones, suficientes para calzar a todo un ejército.

Y entonces alguien me levantó en volandas y me llevó hacia la noche.

Lo siguiente que oí fueron risas.

—¡Dios, creo que incluso ella misma cree que está muerta!

Mis párpados se agitaron.

Parpadeé.

Lauralynn me miraba con una enorme sonrisa en la cara. Nunca la había visto tan poco glamurosa, con el pelo recogido en una coleta y envuelta en una chaqueta reflectante amarilla que le venía grande y unos gruesos pantalones de color verde oscuro. Alargué el cuello para verla mejor. Incluso sus zapatos eran unas botazas gruesas y feas. A excepción de cuando entraba y salía de la ducha, era la primera vez que la veía sin sus tacones de aguja. No llevaba ni gota de maquillaje, sus ojos parecían cansados y sus rasgos algo demacrados.

—Gracias a Dios —dijo cuando alcé la

cabeza—. Empezaba a pensar que tendría que usar esto.

En las manos tenía un desfibrilador.

—¿Dónde estoy? ¿Dónde está Chey?

Los recuerdos de la noche se habían convertido en un amasijo indiscernible en mi cabeza, donde nada parecía encajar.

—Cálmate, Lulu, está aquí. Despertará en un par de minutos.

Me incorporé y di un alarido cuando vi que la cara de Chey estaba cubierta de sangre. Lauralynn se la estaba limpiando suavemente con un trapo húmedo.

—No te preocupes, es falsa. Una pistola falsa, balas falsas, sangre falsa... —hablaba como si explicara algo a un niño con dificultades de comprensión.

La cabeza me martilleaba, y todo me daba vueltas, como si acabara de bajarme de un

tiovivo. Tenía la vaga sensación de que había ocurrido algo importante y me lo había perdido, pero si me concentraba lo suficiente, lograría recordarlo.

—Toma. —Viggo se inclinó desde el asiento delantero—. Esto te ayudará. —Me tendió una botella de agua.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. ¿Dónde estamos?

Yacíamos sobre camillas en la parte trasera de una ambulancia. Las ventanas eran pequeñas y estaban a demasiada altura como para ver el exterior, pero estábamos en marcha y la calle por la que transitábamos estaba tranquila, aunque la celebración por el año nuevo se oía a poca distancia.

—Te has quedado completamente roque —dijo Lauralynn, riendo para sí.

—¿Qué?

Al intentar hablar, mi boca se negaba a dejar que salieran las palabras, como si un muro se hubiera alzado entre mi cerebro y mi cuerpo.

—No confiábamos en que os hicierais los muertos con suficiente convicción —añadió Viggo—. Así que os hemos sedado. Os echamos ketamina en el tequila. Solo un poco, para que os estuvierais un rato quietos. Tuvimos que decírselo a Chey, para asegurarnos de que no estás mal del corazón o algo... No quería ser el responsable de matarte de verdad.

—¿Puedes moverte? —le interrumpió Lauralynn—. Todo esto es muy educativo, pero tenemos que sacaros de Dublín.

Me pasó una mochila, y con un gran esfuerzo de concentración logré ponerme los vaqueros baratos lavados a la piedra y la camiseta de Metallica que me quedaba grande. Unas Converse, una gorra de béisbol y un abrigo de

plumón completaban el conjunto. Me recogí el pelo bajo la gorra, y me enrollé una gruesa bufanda verde al cuello, de las típicas que compran los turistas en las tiendas hortereras de *souvenirs*.

—Nunca te había visto tan guapa —dijo Viggo, que me lanzó una mirada fugaz antes de acercarse a examinar a Chey.

Parecía una cerilla envuelta en una tienda de campaña con aquella bata de médico; le sobraban como tres tallas.

—Esos pantalones anchos te quedan bien —repliqué—. Deberías probar a actuar con ellos. Las mujeres se volverán locas.

Soltó un resoplido mezclado con una carcajada.

—Cállate, o si no, la próxima vez que te metas en líos, dejaré que te maten los rusos.

—¡Mierda! —exclamé al recordarlo todo de

golpe—. ¿Dónde están los rusos? ¿Estamos a salvo?

—Por supuesto —contestó Viggo, cuya sonrisa ladeada se ensanchaba por momentos—. Creamos una pequeña distracción y se olvidaron de ti y de tu hombre en menos de lo que se tarda en decir «Picasso».

—Este nunca aprenderá —suspiró Lauralynn—. Ha mandado a sus chicos a peinar la mansión del oligarca. Al parecer, tiene trastos por valor de millones de libras.

—Me conoces bien. No es el dinero, cariño, es el arte. Es un desperdicio que lo tenga un bruto como ese. No es robar, es liberar. Voy a llevarlo a un lugar mejor.

—Tienes una moral muy distraída, mi amor. No me extraña que te quiera tanto. —Lauralynn se inclinó hacia delante para besarlo en los labios.

Chey empezó a moverse.

—¿Luba? —susurró. Sus labios apenas se movían, como si fuera una estatua de mármol que empezaba a cobrar vida.

—Estoy aquí. —Me acerqué a él, le di la mano y me la llevé a la cara.

—Este momento es precioso —anunció Lauralynn—. Pero tenemos que sacaros de aquí urgentemente.

Desenroscó el tapón de la botella de agua que tenía en la mano y regó la cara de Chey.

—¡Oh! —Boqueaba como un pez fuera del agua.

—Lo siento. —Lauralynn le pasó otra mochila—. Tendrás que vestirte en marcha.

Pasó al asiento del conductor y giró la llave.

—Quédate ahí —siseó cuando yo levanté la cabeza para mirar por la ventana. En lugar de avanzar discretamente por callejuelas

secundarias, Lauralynn puso la sirena y empezó a correr por el centro de la ciudad.

—Así pasaremos más desapercibidos —aclaró Viggo al ver mi expresión de miedo—. Una ambulancia a paso de caracol por esas calles pequeñas llama la atención. Pero nadie mirará dos veces a una que va a toda leche por una ciudad bulliciosa en Nochevieja, y más cuando todo Dublín está lleno de sirenas.

Nochevieja. Ni siquiera sabía si nos habíamos perdido las campanadas.

Contemplé a Chey, absorbí cada molécula de su imagen. Se esforzaba por abrocharse la camisa, pues su coordinación aún sufría bajo los efectos de la droga. Viggo le había dado unos vaqueros, una camisa de algodón ancha, un jersey de lana, un abrigo informal, un gorro y una bufanda. Parecíamos dos personas de lo más normal, como dos mochileros cualquiera de visita

en Dublín para pasar allí Fin de Año.

—¿Dónde están Summer y Dominik? — pregunté cuando los acontecimientos de la noche empezaron a juntarse en mi cabeza.

—A salvo y de camino a casa —replicó Viggo—. Hemos averiado todas las cámaras de vigilancia para que nada quede grabado. Encontrarán una cinta con todo el baile, pero es falsa. Y esta no es una ambulancia de verdad. Solo una furgoneta bien pintada. —Con una risotada, Viggo se dio una palmada sobre el muslo, como para felicitarse a sí mismo. Había sacado el plan adelante con aplomo, y era evidente que había disfrutado.

—Dominik estaba para comérselo, disfrazado de médico —añadió Lauralynn desde el asiento delantero—. Le espera una carrera en *House*, si lo de escribir no le funciona. Y, al menos, le hemos dado mucho material para escribir.

—Son cosas que nadie creería nunca — repliqué mientras miraba a Chey, maravillada al pensar en la rocambolesca aventura que habíamos compartido—. La realidad siempre supera la ficción.

El reloj del salpicadero de la furgoneta marcaba las dos menos cinco de la mañana cuando llegamos a la estación. El siguiente tren partía en quince minutos.

—Bueno tortolitos, eso es todo —anunció Viggo—. No mantengáis el contacto. Parece que ha salido todo bien, pero tendréis que ser discretos por un tiempo.

—Viggo... —le estreché la mano para darle las gracias. Las palabras que intentaba expresar se atascaban en mi garganta y solo pude ofrecerle una sonrisa temblorosa.

—Y esto es para ti.

Me tendió un sobre lleno a reborar de

billetes, junto con el que Summer le había confiado con nuestros honorarios y, lo más importante, los documentos falsos.

—No puedo aceptarlo —dije, señalando el dinero extra—. Ya has hecho demasiado.

—Tonterías —dijo—. Considéralo un regalo. Tu comisión por las obras de arte que acabo de adquirir. Por lo que a mí respecta, tu actuación ha sido la distracción perfecta para el robo del siglo. Tendrías que ver la de cosas que hemos mangado. Van directas a mi cámara acorazada. Y no hay nada que tus amigos rusos puedan hacer, porque ellos lo robaron todo primero.

—Viggo, no seas ingenuo. Vendrán a por ti —supliqué—. Esta gente no se toma una humillación a la ligera.

—Vendrían si supieran que yo estoy implicado. Pero, como todo el mundo sabe, ahora mismo estoy tocando en otro concierto

benéfico de última hora en un bar alternativo de Brighton. Mira –me dijo mientras me enseñaba su teléfono móvil, cuya pantalla mostraba una reproducción en directo—. Encontré a un doble y le di el trabajo de su vida, con una recompensa exorbitante, por supuesto. ¿A que lo hace genial?

En la pequeña pantalla aparecía un hombre esbelto como un junco con una melena despeinada y largas piernas embutido en los característicos vaqueros estrechos de Viggo que lo daba todo con su *playback* en escena mientras el público gritaba de emoción, sin tener la menor idea de que su ídolo no se encontraba en el país, y mucho menos en aquel bar.

–Puede que vuelva a contratarlo –añadió—. Imagínate, no tendría que volver a trabajar nunca más.

–¡Tres, dos, uno! –gritaba un grupito de

muchachos borrachos que intentaban, con poco éxito, cruzar la calle sin caer de bruces al suelo.

El reloj dio las dos. El nuevo año comenzaba su curso.

Chey me abrazó con fuerza y pegó su boca a la mía. No me hubiera importado nada pasar los siguientes trescientos sesenta y cinco días así.

—¡Buscaos una habitación! —exclamó Lauralynn mientras se aseguraba de que lo teníamos todo y nuestros disfraces daban el pego—. Y salid ya. Vais a perder el tren.

Nos despedimos por última vez y, de la mano, nos dirigimos al andén.

La pantalla iluminada que anunciaba el siguiente tren nos prometía cinco minutos más de espera.

El silencio nos envolvía como la niebla, y no se me ocurría una sola palabra que decir que fuera lo bastante importante como para

romperlo.

–Después de una noche así –dijo Chey finalmente–, no puedo evitar preguntarme lo que pasará ahora.

–Pase lo que pase –repliqué–, a mí me da igual. Mientras esté contigo.

Inclinó la cabeza y me besó una vez más.

Epílogo

El último baile

La pesada puerta de la cámara acorazada se cerró detrás de Viggo con un fuerte chirrido.

Él sonrió con satisfacción al pensar en los premios que había añadido a su colección e imaginar las caras de esos nuevos ricos rusos cuando se dieran cuenta de que les habían levantado sus preciosas inversiones delante de sus narices. Pero, a juzgar por los cuellos de toro y la lentitud de reflejos de su equipo de seguridad, tal vez ni siquiera se dieran cuenta. Tan pronto como Luba le contó quién era el oligarca ruso para el que iba a actuar, uno que

tenía una residencia en Dublín, supo que se trataba de otro coleccionista a quien conocía bien, alguien quien, a menudo, se le había adelantado en el último momento cuando una obra de arte de especial valor llegaba al mercado. Oportunidades así no se repetían, y él la había aprovechado.

Sin duda alguna, la misión había sido un éxito en todos los aspectos. Era una pena que nunca pudiera revelar a nadie los detalles de sus logros. Naturalmente, los demás conocían una parte de lo que había hecho. Había tenido que informarlos para que pudieran desempeñar sus papeles respectivos. Pero no le había contado todo su plan a nadie, para que nunca pudiera utilizarse en su contra o en la de sus amigos. Viggo suspiró. El secretismo era necesario, aunque le pesara. Su vida podría inspirar una película maravillosa, pensó. Si tan solo pudiera contárselo

a alguien...

Se imaginó de protagonista frente a un público agradecido mientras subía por la escalinata de madera al dormitorio donde lo esperaba Lauralynn.

—Has sido un niño muy malo, ¿verdad? —dijo ella cuando le vio entrar en la habitación.

—Sí, ama —replicó mientras se arrodillaba para postrarse a sus pies calzados en zapatos de tacón de aguja.

—¿Y qué les pasa a los niños malos?

—Se les castiga, ama.

Lauralynn se había pasado una hora encerrada en el baño para arreglarse para esa noche. Viggo solo había podido contemplarla un instante antes de arrojarse al suelo y ahora, con los ojos clavados en sus zapatos, sabía que no tendría otra ocasión para admirarla hasta que ella se lo permitiera. Ese instante había sido

suficiente, sin embargo, para memorizar la forma exacta en que su mono de látex se ceñía a todas sus curvas; el corte del largo cabello rubio que le enmarcaba la cara como una cortina, el intenso rojo de sus labios y la curva aristocrática de su sonrisa.

Viggo adoraba esos momentos. Nunca fue un hombre religioso, pero se había pasado la vida adorando la belleza en todas sus manifestaciones, y ahora la tenía delante, encarnada en Lauralynn. Y, lo que era aún mejor, durante la siguiente hora, o día, o vida, o durante el tiempo que ella lo permitiera, podría arrodillarse como un devoto y recibir la bendición de una diosa.

No tenía ni idea de por qué alguien prefería ir a la iglesia cuando en el mundo había mujeres como Lauralynn.

—Levántate.

Su voz era fría y desafectada.

Viggo se puso en pie rápidamente.

—No me mires.

Mantuvo la mirada baja, clavada en la punta de sus botas mientras ella recorría la habitación.

Esa era su parte favorita. Preguntarse qué haría a continuación. Qué habría imaginado. Viggo tenía desde niño una imaginación muy fértil y una inclinación por la teatralidad, pero incluso sus fantasías más salvajes palidecían comparadas con las de Lauralynn. Ella era un genio creativo cuando se trataba de sexo, pensó con orgullo.

A veces le hacía ponerse los disfraces más ridículos. En honor a Luba, le puso un maillot y un tutú y lo obligó a pasearse por la casa haciendo piruetas. «Mi bailarina privada», lo llamó. En otra ocasión, lo ensilló como a un caballito para cabalgar sobre él por las

habitaciones de la casa. Una vez invitó a una amiga a cenar, y Viggo se pasó la noche a cuatro patas, sosteniendo sus platos como si fuera una mesa improvisada mientras ellas reían y charlaban como si no existiera. Le hizo llevar durante una semana un brazalete electrónico en los testículos, que Lauralynn activaba con un mando a distancia que le daba una descarga eléctrica de baja intensidad cada vez que le apetecía verlo saltar. Viggo la llevó a cenar a Nobu, y los dos sonrieron cuando un *paparazzi* les hizo una foto que salió en un tabloide al día siguiente junto a un artículo que anunciaba la última conquista del cantante mujeriego, aunque no hacía mención del consolador anal que ella le hizo llevar toda la noche. Nadie sabía lo que la relación de Viggo y Lauralynn implicaba realmente. Chey y Luba dormían como troncos en la habitación de invitados, o hacían el amor,

escandalosos y alegres, sin sospechar que Viggo estaba agachado sobre un taburete en el cuarto de baño mientras Lauralynn lo azotaba todo lo fuerte que podía con la palma de la mano, a la vez que le gritaba obscenidades y le convertía en su juguete. A ella le encantaba. Y él disfrutaba de cada minuto.

Dagur, el batería de los Holy Criminals, enarcó una ceja sorprendido cuando fue un día a casa de Viggo para una sesión de improvisación y casi se sienta sobre la fusta de cuero que Lauralynn olvidó en el sofá, pero no dijo una palabra al respecto.

Le divirtió lo indecible ponerse un día un tanga de látex bajo los vaqueros para acudir a una reunión con un grupo de ejecutivos de la discográfica, y se pasó una hora sonriendo para sí al imaginar lo que aquel atajo de viejos estirados pensaría si supieran los secretos que

ocultaba bajo su fachada de chico malo.

En lo que concernía a Viggo, la carta de «delicias» que Lauralynn le presentó al entrar en su vida era otra parte del rock and roll.

Esperaba con paciencia para descubrir la deliciosa sorpresa que ella le tenía preparada para ese día.

Finalmente, el taconeo de sus zapatos repiqueteando sobre el suelo de madera se detuvo frente a él.

Ella extendió el brazo y le alzó la barbilla para mirarlo a los ojos.

–Bésame –dijo.

–Sí, ama –replicó Viggo con una sonrisa de oreja a oreja.

El pequeño barco que tomamos en Galway fue

solo el primer paso de nuestro viaje al sur. Nos llevó hasta la costa francesa, donde hicimos transbordo a un buque mayor que nos llevaría a Australia, después de parar en Singapur. No pusimos ni un pie en suelo francés; nos llevaron hasta el barco, que se encontraba a algunas millas de la costa, en un pequeño bote de pesca, con la costa de Bretaña que se dibujaba en línea recta entre la masa de nubes grises que flotaban entre las olas.

Para cuando llegamos a Singapur, parecía haber pasado una eternidad. Aislados del resto del mundo, con la única visión del mar y su horizonte difuminado, empezamos a sentirnos a salvo por primera vez en mucho tiempo. No había billetes a la venta para hacer un viaje como el nuestro, y nuestra presencia en el barco rozaba la ilegalidad, así que para evitar despertar las sospechas de la mayor parte de la tripulación,

que no conocía nuestra existencia, permanecíamos en nuestro pequeño y claustrofóbico camarote durante el día. Por la noche, acudíamos al camarote del capitán, donde cenábamos con él y dos de sus subalternos.

El capitán era un lobo de mar neerlandés cuya piel rosada acusaba el azote de los elementos. Era un hombre de pocas palabras. Los oficiales que se unían a nosotros eran asiáticos y no sabían mucho inglés. Pero la comida que servían estaba caliente y era reconfortante, espesas sopas sencillas y trozos de embutido y, por supuesto, pescado de todas las formas y tamaños. Yo siempre había preferido el pescado blanco, cuyo sabor, paradójicamente, no era muy «marino». El arenque, las sardinas y la caballa estaban definitivamente descartados. Sin embargo, al capitán le gustaba el pescado con fuerte sabor a

mar, así que a menudo me veía obligada a mojar mucho pan en la sopa para darle más consistencia y saciar un apetito que la brisa marina no hacía más que acrecentar.

Por la noche, cuando había pocos miembros de la tripulación en cubierta, envueltos en la ropa más abrigada de nuestro escaso equipaje, nos atrevíamos a pasar algunas horas mirando la luna y los miles de estrellas que se revelaban a nosotros en todo su esplendor en la inmensidad del mar. El silencio de la noche era increíble, y nos envolvía como un pesado manto, con el rumor del motor del barco por toda compañía. Era como si estuviéramos en otro planeta, en un mundo acuático, un mundo al que solo nosotros pertenecíamos.

Poco después de recogernos, el capitán sugirió que mantuviera mi melena rubia escondida bajo la gorra para no provocar sin

querer a los miembros de la tripulación, poco acostumbrados a tener a una mujer a bordo. Yo lo intentaba, pero mis rizos rebeldes no dejaban de salirse, así que Chey sugirió cortarlo.

Mi primera reacción fue de horror.

De niña tardé una eternidad en que me creciera el pelo, y cuando por fin conseguí tenerlo lo bastante largo, fue un motivo de orgullo y triunfo. Tras la muerte de mis padres, cuando me acogió mi tía, una de sus primeras órdenes fue que me cortara el pelo para facilitar mi higiene. Mis protestas fueron en vano, yo no tenía voz en el asunto. Estuve deprimida durante meses. Desde que abandoné la casa de mi tía lo había llevado siempre largo, incluso cuando los profesores de la escuela de ballet se quejaban del tiempo y el esfuerzo que costaba domarlo para hacerme el moño reglamentario del cuerpo de ballet.

Pero Chey y el capitán tenían razón. Debíamos construirnos una nueva identidad, y quizá nuestra futura seguridad dependiera de ello.

Así que una noche, en el camarote, Chey me cortó el pelo con mucha delicadeza hasta que quedé como un muchacho. Era desconcertante, y al principio me costaba reconocermé en el espejo, pero pronto empezó a gustarme. Sin aquella cascada salvaje de rizos pálidos, mis rasgos parecían más pronunciados, mis pómulos, más afilados, mis ojos, más grandes. Una versión a lo *garçon* de la mujer que siempre había sido.

—¿Qué te parece? —le pregunté a Chey cuando terminó.

—Estás preciosa —dijo—. Y, después de todo, sigues siendo tú, ¿no? Es solo otro aspecto de ti. Te acostumbrarás y, cuando llegemos y nos

instalemos en algún sitio, siempre puedes volver a dejártelo crecer, ¿verdad?

—Supongo... —repliqué mientras miraba a la nueva Luba en el pequeño espejo lleno de manchas que colgaba encima del lavabo del camarote.

La noche siguiente, mientras me desnudaba, de espaldas a Chey, y me disponía a ponerme el viejo chándal que usaba como pijama en el barco, oí que el sonido familiar de Chey al cepillarse los dientes se había detenido. Me di la vuelta.

Estaba sentado al borde de la cama y me miraba, pensativo, con aire soñador.

—¿Qué pasa? —le pregunté. Aún sostenía el cepillo con una mano, pero se limpió la boca con una toalla que tenía en la otra.

—Con ese pelo corto que tienes ahora, desnuda y de espaldas, pareces un chico —dijo.

–¿Ah, sí?

–Mmm...

Tenía la silueta de una bailarina. Piernas largas pero fuertes, caderas estrechas, un trasero de una redondez perfecta y unos hombros anchos; un cuerpo formado y moldeado por años de entrenamiento y ejercicio.

–¿Te gusta?

–Muchísimo.

–No sabía que te iban los chicos...

–Estaría encantado de hacer una excepción...

–Eres un libertino maravilloso. –Meneé las nalgas en una parodia de todas las malas bailarinas de *striptease* con las que me había encontrado en mis viajes.

–Oh, sí, vaya si me atrae... –recalcó Chey.

Su brazo salió disparado, y me dio un azote en el trasero con la palma de la mano. Lo hizo

con intención juguetona, pero en la estrechez del camarote la intensidad fue mayor de lo que se proponía, y me dolió.

—Ay...

Chey sonrió.

—Eso es lo que les pasa a los chicos cuando se portan mal. Reciben una azotaina.

Fruncí la nariz, enfurruñada.

—Anda, ven. Deja que te cure con un beso.

Apenas estábamos a un paso de distancia, y me acerqué a él de espaldas. Mi nalga, que debía de evidenciar la silueta roja de la palma de su mano sobre mi palidez natural, estaba a la altura de su boca.

—Sí, un beso. Para curarme.

Sus labios eran como un bálsamo, suaves como el terciopelo y llenos de calidez.

Me besó la nalga con absoluta reverencia, como un penitente que rogara perdón al

confesarse. Estábamos congelados en el tiempo, como estatuas, y, a pesar de la ausencia de calefacción en el camarote, yo estaba desnuda, y Chey solo llevaba una camiseta.

Una eternidad más tarde, sus labios se despegaron de mi piel y, con las manos, me separó las nalgas. Y su lengua entró dentro de mí.

Para lamer.

Para explorar.

Para excavar.

Para lubricarme.

Para excitarme.

En el momento en que la punta de su lengua penetró el prieto capullo de rosa de mi ano, el zumbido que sentía dentro de mí subió a otro nivel, y me sentí electrificada. Lo deseaba con locura.

Mi excitación corría alocada por mis venas,

viajaba por mi cuerpo a la velocidad de la luz, o más deprisa todavía, hasta la punta húmeda de su lengua intrusa, para que él sintiera el temblor de mi excitación.

Y Chey seguía y seguía, jugaba con mi deseo hasta que estuve a punto de gritar que me tomara tan intensamente como pudiera y que hiciera conmigo lo que quisiera. Lo que yo quería.

Todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo estaban ahora reunidas en un punto de mi trasero, y parecía que mis piernas iban a darse por vencidas si no me penetraba de inmediato.

—Entra, por favor —supliqué.

—¿Como con un chico?

—Como con un chico —suspiré, mientras asumía que ya no tenía ningún control sobre mis sentidos.

Chey se levantó y me penetró después de inclinarme sobre la cama.

La incomodidad inicial pronto desapareció, y él se acopló dentro de mí tan bien como siempre. Chey era mi dique, mi esclusa. Me fundí con él, y dejé que todo su ardor me arrastrara.

Era otro tipo de danza.

Ahora que, además, era su marinero.

Una sirena de niebla sonó en la distancia en alta mar. En dos o tres días más, nos había dicho el capitán durante la cena, llegaríamos a puerto, y al final de nuestro largo viaje.

Con delicadeza, Summer devolvió su precioso Baily a su estuche.

Ay, la de historias que podría contar ese instrumento si tuviera voz, pensó. Aunque, en

cierto modo, el violín tenía voz, aunque fuera solo a través de la melodía.

Pensaba a menudo en Luba y en Chey y en aquella noche en Dublín en que los había ayudado a escapar. Le venían lágrimas a los ojos cuando recordaba el momento en que vio que el pecho de Luba se movía de forma casi imperceptible y se dio cuenta de que todo era un truco muy bien ejecutado. Representaron tan bien sus papeles que, por un momento, pensó que Chey había matado de verdad a Luba para después pegarse un tiro.

Summer nunca había sido muy romántica, pero su alegría por la felicidad de aquella hermosa pareja le resultaba reconfortante. Incluso había accedido a tomar clases de baile, para sorpresa de Dominik. Su entusiasmo la divertía. Summer se habría tirado de cabeza a una nueva oportunidad para que él la gobernara,

y si se trataba de un vals en el centro cívico más cercano, y no el extremo de una correa en un club fetichista, para ella no tenía importancia.

El sonido familiar de un repiqueteo furioso llegó a sus oídos cuando abrió la puerta del estudio. Observó en silencio unos instantes mientras discernía el humor de su amante por su forma de aporrear el teclado, en plena fiebre creativa.

Llevaba así desde que regresaron de Dublín, desesperado por volcar sobre la pantalla virtual todos los pensamientos, emociones e imágenes que había vivido. Era como si tuviera miedo de que, si no tecleaba lo bastante rápido, sus mejores ideas fueran a desvanecerse en el éter del que habían surgido; en ese caso, solo le quedaría la sensación de casi haber atrapado una buena idea por los pelos.

Era una existencia solitaria, la de la musa –

largos períodos de espera hasta que Dominik emergiera de su aislamiento creativo y regresara al mundo de los vivos. Pero era aún más difícil lidiar con los momentos aparentemente insuperables de bloqueo, en los que Dominik olvidaba todo lo bueno que tenía escrito y se quedaba mirando por la ventana con expresión desolada mientras se quejaba de que cada nueva palabra era como sacarle sangre a una piedra.

Pero ella había sido igual de insoportable, estaba segura —probablemente incluso peor—, unos meses antes, mientras trabajaba sin parar en su nuevo disco, inspirado en músicas neozelandesas, y pasó noches enteras en el estudio sin dejar de lamentarse de que obtener las notas exactas era una agonía, mucho más difícil de lo que había esperado; los recuerdos de su tierra la habían arrollado cuando empezó a tocar, y ahogaban su arco en lugar de

vigorizarlo.

Pero esas largas islas de tiempo en las que cada uno ocupaba su mundo propio les daban la oportunidad de estar solos, y eso hacía que los reencuentros fueran mucho mejores.

Horas después, la noche cayó sobre el parque de Hampstead. Summer había regresado de correr y se estaba dando una ducha; disfrutaba del agua caliente que recorría su cuerpo y calmaba sus extremidades doloridas. No oyó a Dominik subir por las escaleras de dos en dos y abrir la puerta del baño. Permaneció perdida en su ensueño hasta que él se metió, desnudo, en la ducha con ella y se arrodilló para enterrar la cara en el refugio que tenía entre las piernas.

Pillada por sorpresa, Summer gimió y escondió las manos en el espeso cabello de Dominik para mantenerlo en su sitio mientras

disfrutaba de la sensación que empezaba a llenarla, la excitación que crecía en su sexo con cada lametón ardiente.

Antes, la preocupaba que él pudiera ahogarse en esa posición, pero ahora se consolaba con el recuerdo de la vez que confesó su temor a Dominik y él se echó a reír y le dijo que no se le ocurría mejor forma de morir.

Él se puso de pie cuando las protestas de sus rodillas se volvieron imposibles de desoír y giró a Summer para reposar su erección sobre la hendidura de sus nalgas. Dominik se tomó un momento para contemplarla, maravillado ante la visión de aquellas nalgas firmes, las suaves ondulaciones de su columna vertebral, la curva cóncava de su cintura y la forma en que ella se relajaba con tanta facilidad. Le permitía que la moviera a su antojo, sin pensar en su comodidad, ni en la practicidad. Él se inclinó hacia delante y

apagó el grifo, para después sostener sus pechos mojados con las manos y pellizcarle los pezones antes de conducirla hasta el dormitorio.

Aún empapada, Summer se puso a gatas sobre la cama y se estiró con indolencia, arqueando la espalda como un felino y empujando las nalgas hacia arriba para ofrecerse. Dominik le separó las piernas con suavidad y contempló su sexo rosado y expectante, con los labios que se abrían como los pétalos de un capullo en flor.

Era la belleza singular de imágenes como esa lo que hacía que el corazón del voyerista que llevaba dentro diera un vuelco. Dominik nunca había sido el tipo de hombre que lee revistas para hombres o disfruta con aburridas y artificiosas películas X. Prefería de lejos la pureza de la realidad y la manera en que Summer se revelaba ante él de una forma tan

abierta y al mismo tiempo íntima.

Extendió la mano y recorrió su sexo con los dedos para comprobar su humedad. Ella emitió un familiar suspiro de placer y estiró hacia él la palma de su mano.

Dominik se inclinó hacia delante para susurrarle al oído:

—Bésame. —Con la mano libre, le sostuvo la barbilla para acercar su boca a la de ella.

Lo primero que noté cuando aterrizamos en Darwin fue el calor. Llegamos en plena temporada húmeda, después de recalar en Sidney para recorrer el resto de nuestro viaje al Territorio del Norte de Australia en avión.

Yo me esperaba un cielo de un azul rutilante como el de una pantalla de ordenador, sin una

sola nube a la vista, y montañas rojizas recortando el horizonte como las que había visto en las postales de las tiendas de recuerdos del aeropuerto. En lugar de eso, al abrirse la puerta de la terminal, nos vimos atrapados en una llanura sin ningún montículo, una planicie que no había visto en mi vida, y con un cielo gris como la piel de un elefante que parecía caer lentamente sobre nosotros.

El aire era pesado y bochornoso, preñado de humedad, como si la atmósfera fuera a explotar y ahogarnos, o enrollarse alrededor de nuestros cuellos y estrangularnos en cualquier momento. Pero ahora estábamos allí, y decidí que nos las arreglaríamos lo mejor que pudiéramos. Chey eligió Darwin tras una concienzuda investigación, en el supuesto de que si los rusos no se tragaban la farsa de nuestra muerte esperarían encontrarnos en una gran ciudad con

muchos habitantes en la que pudiéramos camuflarnos, probablemente en Europa o Estados Unidos. En el norte de Australia llamaríamos muchísimo la atención, y por eso nadie se molestaría en buscarnos allí.

Era una época tranquila, puesto que muchos de los habitantes de la ciudad se habían marchado en busca de un clima más moderado, y las hordas de turistas no empezarían a llegar hasta el comienzo de la estación seca, en abril o mayo, así que tuvimos una amplia selección de apartamentos vacíos donde elegir, que pagamos en efectivo.

A Chey aún le quedaba dinero, y yo había acumulado una suma nada desdeñable durante mis años como bailarina. Por temor a las autoridades, y con vistas a evadir impuestos, siempre me aseguré de que la Red me pagara en efectivo después de cada actuación.

Guardaba mis ahorros a la antigua usanza, en sobres cerrados debajo del colchón en el cuarto de invitados de Viggo, y, sumado al regalo de Viggo, teníamos dinero suficiente para salir adelante unos cuantos años.

Alquilamos un pequeño apartamento en Nightcliff. No era gran cosa. No queríamos llamar la atención, y, en cualquier caso, yo me había cansado de la trampa del lujo. Pensar en las suntuosas habitaciones de hotel y los vestidos caros que habían formado parte de mi empleo con la Red me ponía enferma. Así que me alegraba lo indecible de tener nuestro pequeño apartamento con su diminuto balcón con vistas al mar, unas vistas que en California hubieran costado millones, pero que los habitantes de Darwin daban por descontado. Igual que ellos, me acostumbré a ver el mar desde prácticamente cualquier lugar, me acostumbré al

ruidoso aparato de aire acondicionado y a las gruesas mosquiteras en todas las puertas que mantenían a raya no solo a los insectos, sino a una amplia familia de lagartos de colores con pliegues en el cuello que se abrían como la gorguera del conde Drácula cuando se enfadaban o se asustaban.

Todos los días, a las cuatro y diez, los cielos se abrían y ahogaban la ciudad con una lluvia torrencial. El tipo de lluvia que te empapaba en dos segundos si tenías la mala suerte de que te pillara en la calle, y dejaba a su paso una sensación de alivio, de limpidez; difundía el dulce olor de los eucaliptos, que me recordaba al aroma de las virutas de madera. Aprendí a adorar Darwin, incluso durante la estación húmeda. Era tan distinto de cualquier otro lugar en el que hubiera vivido... A pesar de sus extraños animales y su desquiciante climatología,

había algo en ella absolutamente vital, vida en estado puro.

Nos pasamos el resto de febrero y la mayor parte de marzo haciendo el amor dentro del apartamento con el aire acondicionado a todo trapo. Solo nos aventurábamos a acercarnos a la playa después del atardecer, cuando el sol dejaba a su paso una estela de cintas rosas, naranjas y violetas. A Chey le daba risa el cuidado que ponía yo en mantenerme apartada del alcance de las olas que lamían la orilla, convencida de que traían cocodrilos de agua salada dispuestos a agarrarme y engullirme a la mínima provocación. Tal vez fuera algo paranoica, pero mis temores no eran infundados. El periódico local contaba un montón de historias sobre los últimos avistamientos de cocodrilos y turistas que lo habían pasado francamente mal.

Tras unas semanas de ocio, empezamos a

aburrirnos, y Chey alquiló una tiendecita en el paseo de Smith Street donde empezó a vender piedras preciosas y joyas a los turistas. Era todavía demasiado peligroso informarse sobre la importación de ámbar, pero la venta de perlas del Mar del Sur y de ópalos australianos nos permitía cubrir costes y sacar un pequeño beneficio.

Chey, que siempre había sido un vendedor nato, y se había ganado la vida vendiendo desde que era un adolescente, se ponía detrás del mostrador casi todos los días, y yo le ayudaba con el inventario y la contabilidad. Cuando decidí que necesitaba algo diferente, me apunté a un curso de joyería y empecé a hacer pequeñas reparaciones, y a diseñar algún collar o un par de pendientes. Era un trabajo de precisión y detalle, y apelaba a mi sentido del orden y estética minimalista. Me aseguré de que nada

que tuviera el más mínimo atisbo de vulgaridad pasara por mis manos, y, en poco tiempo, nos ganamos una reputación de buen gusto y calidad que nos situaba por encima de las tiendas vecinas, en las que se vendían paños de cocina con estampados obscenos, imanes para la nevera y jabones con forma de animales junto a las joyas.

Compré una bicicleta y durante unos días recorrí el trayecto de media hora de Nightcliff a Smith Street, pero después de llevarme un susto de muerte cuando me cayó encima una tormenta eléctrica, le pedí a Chey que me enseñara a conducir. Compramos un Mazda azul como el cielo de segunda mano cuando llegó la estación seca, y la ciudad sufrió mis torpezas, calados y acelerones, constantes hasta que le pillé el truco.

En mayo, cuando desaparecieron la lluvia y las nubes, y el roce de la brisa en mi piel era

como el terciopelo más suave, instalamos un puesto en el mercado de Mindil dos noches a la semana. Yo llevaba largos vestidos de algodón en vivos colores y sandalias, y charlaba con la infinita variedad de personajes que se detenían a contemplar cómo enhebraba un collar o trenzaba un par de pendientes siguiendo las especificaciones de un cliente.

Darwin era un sitio extraño, lleno de gente que huía de algo, o que nunca había conseguido marcharse del todo. Había un número importante de militares que ocupaban los barracones del ejército de la región; un grupo de científicos y médicos que llegaban atraídos por las condiciones meteorológicas siempre variables y las enfermedades tropicales; una corriente de mochileros irlandeses e ingleses que desembarcaban de autocares abarrotados, trabajaban en los bares de la zona y estaban de

fiesta hasta octubre, cuando se marchaban por donde habían venido, y después estaban los *hippies* que se quedaban todo el año, atraídos por las temperaturas cálidas, el apacible ritmo de la vida y la dulzura de los mangos que yo consumía en tal cantidad que la savia me causó una erupción en las manos.

En esa amalgama vital, Chey y yo encajamos tan fácilmente como dos guisantes en su vaina. Por primera vez en la vida, tenía amigos, y sentía que mi existencia tenía un propósito más allá de la danza.

Pasó un año, y no tuvimos ninguna noticia de nadie de nuestro efervescente pasado. Yo aún bailaba, pero solo en el comedor de casa, o en el porche cuando soplaba la brisa del crepúsculo, como una danza pagana para dar la bienvenida a la noche bajo el fulgor del inmenso cielo tropical.

Era Nochevieja, y Edward y Clarissa, una pareja de edad avanzada, estaban sentados en una cafetería de la playa, donde sorbían sus cócteles y disfrutaban de la atmósfera relajada del club marítimo. No tenían ningún plan especial para esa noche. Su viaje alrededor del mundo ya había durado tres meses, y la semana siguiente planeaban regresar a Estados Unidos.

Mientras recordaban los buenos y los malos momentos, concluyeron que habían vivido una vida muy plena, y cualquier cosa que les pasara a continuación sería un extra, una guinda en el pastel de su existencia.

Hubo fiestas liberales, epifanías, y muchos tabúes rotos con entusiasmo una vez cruzaron el umbral de la mediana edad y empezaron a ignorar las opiniones o juicios de su familia y sus hijos, de tendencia más conservadora. Desde

entonces, vivían a su aire sin adherirse a las convenciones habituales de la sociedad.

Aquello significó una participación prolongada en el mundo del BDSM; habían sido testigos de su lado oscuro y de sus aspectos más dionisiacos, y disfrutaron enormemente de ambos. ¿Cómo podía apreciarse la vida de verdad si no se habían probado los extremos? No se arrepentían de nada.

Su relación estaba en ese punto en el que los silencios se volvían tan importantes y significativos como las palabras, y disfrutaban de la paz de su felicidad. La camarera les sirvió otra ronda de cócteles de vivos colores.

La terraza, rodeada de palmeras y protegida por gruesos parasoles blancos, daba al espectacular azul del océano, casi vacío a excepción de un puñado de surferos que cabalgaban sobre el modesto oleaje.

–Qué tranquilidad, ¿eh? –observó Edward.

–Pues sí –concedió Clarissa.

–Pensaba –continuó Edward– que, en lugar de buscar un restaurante más elegante en el centro para celebrar la Nochevieja, ¿por qué no nos quedamos aquí? Veo que tienen marisco en el menú, y no estará tan lleno...

–Es un placer ser tan informal –añadió Clarissa.

–Ya nos hemos arreglado lo bastante a lo largo de los años, ¿verdad?

Ella asintió, y sus ojos se nublaron con los recuerdos de todas las fiestas y ceremonias pasadas.

–Hagámoslo, pues.

Regresaron a sus cócteles absolutamente en paz consigo mismos.

Cuando el sol empezó a desaparecer tras el horizonte del océano y la luz a apagarse, Edward

se puso a estudiar el menú.

—¿Qué te parece? ¿Ostras de la bahía de Coffin para empezar? —propuso.

—Me encantaría —replicó Clarissa con aire soñador.

—Mereces solo lo mejor, querida mía.

Alcanzó la carta de vinos. La camarera anterior había terminado su turno, y la sustituyó en la terraza un camarero mayor con acento griego y modales melifluos.

Edward se decidió por uno y pidió.

La vida era buena.

Acababan de traerles los cafés y de llevarse sus platos vacíos, cuando el sistema de sonido del restaurante se encendió, y una melodía relajante empezó a serenar a los grupos de clientes repartidos por el par de docenas de mesas.

—Es un vals, Ed —dijo Clarissa—. Tal vez

deberíamos bailar.

Señaló la pista improvisada de esteras de bambú que llegaba hasta la arena.

—Quizá más tarde, cuando sea Año Nuevo, ¿de acuerdo? —contestó Edward—. Primero, déjame hacer un poco la digestión. ¿Una concesión a nuestra avanzada edad?

Clarissa sonrió mientras se fijaba en una pareja que se ponía en pie en una mesa cercana y se acercaba a la pista de baile. Eran jóvenes e iban agarrados de la mano. Altos, atléticos y con atuendo informal; ella vestía un sencillo y recatado vestido blanco que le caía justo debajo de la rodilla y bailarinas planas, mientras que su compañero llevaba unos vaqueros y una camisa blanca. La mujer era rubia de pelo corto, y había algo definitivamente de Europa del Este en sus rasgos, según Clarissa. Andaba y bailaba con gracia y compostura. Su compañero también

tenía una apariencia peculiar, pero era incapaz de determinar su procedencia. Ambos lucían un maravilloso bronceado, como si se pasaran el día tumbados en la playa. La mujer llevaba las uñas pintadas de verde, y su único adorno eran unos elaborados pendientes de ámbar.

Se abrazaron sobre la pista de baile improvisada sin dejar de mirarse, y Clarissa y Edward sintieron un delicado zumbido de emoción al contemplar a la joven pareja deslizarse como dos pájaros emprendiendo el vuelo. Ambos pensaron lo mismo, y se dedicaron un guiño. Aquellos bailarines les recordaban a sí mismos en su juventud.

Era un placer observarlos y constatar que no prestaban la menor atención al mundo que los rodeaba, se los veía felices de sumergirse en su resplandor.

Los movimientos de la joven tenían una

elegancia indiscutible, de bien seguro el resultado de una formación de ballet en su pasado. Sus largas piernas transportaban su torso grácil con solidez siguiendo las indicaciones imperceptibles de las manos de su pareja en su cintura, que la guiaba de forma invisible pero con firmeza.

Clarissa cayó en la cuenta de que ya había visto a esa mujer antes, aunque tenía el pelo mucho más largo. La miró una y otra vez hasta confirmar su intuición. Fue en París, cuando su hijo tocó para la sección de metales del grupo patrocinado por Viggo Franck. Sí, estaba en el camerino después de la actuación. Era ella, sin duda. Se estrujó la memoria para recordar si aquella joven los había seguido también en la noche de desenfreno y libertinaje que siguió en el club Les Chandelles. Clarissa concluyó que sí los acompañó, pero ni ella ni Ed interactuaron con ella. Y recordó, con un suspiro aliviado,

cómo su hijo, bastante mojigato, también declinó la invitación de unirse a la fiesta. El hombre con el que bailaba aquella chica sí que no había estado presente en aquella noche lejana.

—¿Piensas lo mismo que yo? —le susurró Edward cuando la joven pareja se separó al término del lento vals, que fue sustituido por una melodía más rápida y alegre.

—Sí —contestó Clarissa.

—Parece que fue hace una eternidad, ¿no es cierto? —dijo Edward.

Clarissa asintió.

—Por un momento pensé que podríamos invitarlos a una copa.

—Tienes razón, Edward. Dejémoslos solos. Somos un par de viejos, ya estamos de vuelta de todo. Seguro que encontrarán su camino en la vida sin nuestra intervención.

Se acercaba la medianoche. Otras parejas

giraban sobre la pista de baile.

—La próxima lenta es para ti —informó Edward a Clarissa—. Aunque tengamos que esperar al Año Nuevo.

—¿Crees que habrá fuegos artificiales? —le preguntó ella.

—Siempre hay fuegos artificiales cuando llega la medianoche —repuso Edward mientras la rodeaba con el brazo.

Un par de mesas más allá, la joven pareja había vuelto a sus asientos y se estaba besando.

A un tiro de piedra, sobre un taburete en la barra, estaba sentada otra joven. Era menuda, con el cabello negro ala de cuervo con un corte estilo gótico y un flequillo recto como cortado a cuchillo. Estaba sola y lo había estado toda la noche, distanciada de la celebración. Qué tristes están sus ojos, pensó Clarissa mientras Luba y Chey se besaban. Y, por un momento, Clarissa

pensó que lloraba, pero luego se dio cuenta de que tenía una lágrima diminuta tatuada debajo del ojo izquierdo.

La chica solitaria del peculiar tatuaje seguía observando a la pareja mientras esta se besaba y se levantó de nuevo, sin prestar atención a nadie más, dirigiéndose de la mano hacia la pista para un último baile.

Agradecimientos

Con la continuación de la serie *Ochenta melodías*, los autores han requerido de la paciencia y la generosidad de mucha gente cuya participación tiene un valor incalculable. En primer lugar, nuestras parejas respectivas, quienes, a pesar de no ser nombradas, puesto que queremos mantener nuestro misterioso anonimato, han tenido que soportar nuestra falta de atención durante las largas horas que hemos pasado escribiendo, y lo han hecho con ecuanimidad y buen humor. Sarah Such, de la Agencia Literaria Sarah Such; nuestros editores Jon Wood y Jemima Forrester, Rosemarie Buckman de la Agencia Buckman y todos sus compañeros han sido esenciales para el éxito de

la serie, y no podemos agradecerse lo suficiente.

Una mitad del tándem Vina Jackson también quiere dar las gracias a Scarlett French, de www.scarlettfrencherotica.com, cuyos libros encuadernados en cuero, y la lectura de «Limpiabotas en la estación de la calle Liverpool» despertaron un gran interés por la literatura erótica y las botas de montar que seguramente durará toda la vida. También quisiera dar las gracias a su jefa por su apoyo incondicional, y a Verde & Co., quienes, sin saberlo, son los facilitadores de un gran número de las aventuras de la serie porque ofrecen un rincón muy agradable para sentarse a escribir, un bombón ocasional y una procesión interminable de los mejores cafés de Londres.

Y, por último, Vina Jackson también quiere agradecer la hospitalidad del Club Groucho,

donde cada título de la serie fue planeado, concebido, desmontado y reconstruido antes de sentarnos a escribir y debatir hasta los tecnicismos más delicados.

*
— En español en el original. (*N. de la T.*)

Título original: *Eighty days amber*

Diseño de cubierta: Romi Sanmartí

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

© Vina Jackson, 2012

© de la traducción, Marta Armengol Royo, 2013

© Maeva Ediciones, 2013

Benito Castro, 6

28028 MADRID

emaeva@maeva.es

www.maeva.es

ISBN: 9788415532125

Conversión a formato digital: Newcomlab,
S.L.L.

Índice

Cubierta	2
1. Bailando con los chicos malos	30
2. Bailando a la luz de la luna	86
3. Bailando con caballos	142
4. Bailando con pistolas	194
5. Bailando con amantes	249

6. Bailando sola	394
7. Bailando con ámbar	394
8. Bailando por todo el mundo	410
9. Bailando en el parque	472
10. Bailando con la muerte	536
Epílogo	592
Agradecimientos	616
Notas	618
Créditos	619